Ernst Jünger

EL TRABAJADOR

Dominio y figura



Ernest Jünger

EL TRABAJADOR

Dominio y figura

Traducción de
Andrés Sánchez Pascual

Ensayo



Título original: *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*

1.ª edición: diciembre 1990

Diseño de la colección y de la cubierta: MBM

ISBN: 84-7223-162-3
Depósito legal: B. 38.923-1990
Fotocomposición: Foinsa - Gran Vía, 569 - 08011 Barcelona
Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa
Libergraf, S.A. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona
Impreso en España

ERNST JÜNGER

Ernst Jünger nació en Heidelberg en 1895. A los 19 años participó como voluntario en la primera guerra mundial, durante la cual destacó por su heroico comportamiento. La experiencia de aquellos años terribles quedó reflejada en el primer tomo de sus diarios, *Tempestades de acero* (Andanzas 53). Terminada la contienda alternó su vocación de escritor con su afición por los estudios de zoología y filosofía, así como por los viajes. Dentro del conjunto de su extensa *Obra Completa* (hasta ahora de 18 tomos) ocupan una posición central sus *Diarios*, que ofrecen el testimonio de una trayectoria intelectual que se extiende a lo largo de casi ochenta años. Tusquets Editores, tras el segundo tomo, *Radiaciones I* (Andanzas 98), publicará íntegramente dichos *Diarios*. Jünger es además autor de numerosas novelas, entre las cuales se encuentra *El tirachinas* (Andanzas 55). Tanto por la polémica que han ido suscitando a lo largo del tiempo como por la originalidad e independencia de sus planteamientos, merecen mención aparte sus ensayos, algunos de los cuales Tusquets Editores proyecta publicar en esta misma colección, donde ya han aparecido *La emboscadura* (Ensayo 1) y está en preparación *Aproximaciones*, disquisiciones sobre la droga.

Indice

EL TRABAJADOR. DOMINIO Y FIGURA

MAXIMAS – MINIMAS

El trabajador
Dominio y figura

Prólogo

Esta obra sobre el trabajador apareció en el otoño de 1932, una fecha en la cual no quedaban ya dudas ni acerca de la insostenibilidad de las cosas viejas ni acerca del surgimiento de fuerzas nuevas. El libro representó —y representa— la tentativa de alcanzar un punto tal que desde él fuera posible no sólo captar los acontecimientos en su carácter plural y antitético, sino también saludarlos, no obstante su peligrosidad.

No es casual la aparición de este libro poco antes de una de las grandes inflexiones de los tiempos; y no han faltado voces que le han atribuido una influencia sobre ella. Eso, claro está, no siempre se ha dicho en tono de reconocimiento. Mas, sintiéndolo mucho, tampoco puedo estar de acuerdo con tal afirmación: primero, porque no sobrevaloro el influjo de los libros sobre la acción, y luego, porque éste apareció muy poco antes de los acontecimientos.

Si los grandes actores se hubieran orientado por los principios que en este libro se desarrollan, ni habrían hecho muchas cosas que resultaban superfluas, más aún, insensatas, ni habrían omitido otras muchas que sí eran necesarias, y cabe incluso sospechar que no hubiera sido preciso recurrir a la fuerza de las armas. Lo que en vez de eso hicieron fue iniciar una molienda cuyo significado oculto se encontraba donde menos se lo sospechaban ellos: en la disolución ulterior del Estado nacional y de los órdenes que con él estaban coligados. En este aspecto se explica lo que en el libro quedó dicho acerca del «burgués».

Ni cabía pasar por alto los sucesos que habían acontecido en otras partes del planeta y costado la vida a millones de seres humanos, ni tampoco dejar de ver que los medios consabidos resultaban insuficientes. En comparación con eso se queda en meramente académica la cuestión de si aún cabía llevar a término la doble tarea consistente en, por un lado, arrojar sin contemplaciones por la borda el equipaje superfluo, pero salvaguardando la sustancia medular, y, por otro, acelerar la marcha e ir más allá del progre-

so, o si con respecto a los preparativos habían dejado de hacerse, primero en 1848 y luego en 1918, ciertas cosas que ya no era posible remediar. Esto es algo que atañe a la diferencia entre la democracia alemana y la democracia mundial y no afecta al problema.

Entretanto ha podido quedar documentado con mayor detalle que lo que en este libro se entreveía y palpaba no eran solamente magnitudes de índole nacional, económica, política, geográfica y etnológica, sino las avanzadillas de un poder terrenal nuevo. Ya entonces hubo más de un lector que se dio cuenta de eso, aunque en todos los tiempos son los ingredientes episódicos y accidentales de un problema, su fachada política y polémica, y no su núcleo sustancial, lo que con más fuerza cautiva la atención. A la larga, sin embargo, lo que actúa es el núcleo sustancial, bien que con disfraces que están siempre cambiando.

Y así estamos viendo que, mientras van quedándose exhaustos los poderes históricos, y eso aun en los sitios donde formaron imperios, simultáneamente está creciendo hasta alcanzar dimensiones mundiales y sobremundiales una realidad más grande, de la cual lo único que captamos por el momento es su potencia dinámica. Es una señal de que las ganancias quedan contabilizadas en un sitio diferente del que se sospecha en medio de los conflictos. Una ceguera parcial forma parte del plan, sin embargo. Lo único que permanece inquebrantable y va emergiendo del caos con una eficacia cada vez mayor es la Figura del Trabajador.

Planes de someter a revisión este libro sobre el trabajador vienen ocupándome desde hace mucho tiempo; en realidad, desde que se imprimió su primera edición. Esos planes están más o menos avanzados y van desde una edición «revisada» y una edición «revisada a fondo» hasta una segunda versión o una versión nueva.

Si a estas Obras Completas he incorporado, no obstante, sin tocarlo, el texto de la tercera edición del libro (1942), ha sido sobre todo por motivos documentales. Hoy han pasado a formar parte de la experiencia cotidiana muchas cosas que en aquel entonces causaron asombro o aun parecieron provocativas. A la vez son ya historia pasada los ingredientes que incitaban a la réplica. Y justo por ello resulta hoy más fácil que entonces subordinar al núcleo del libro —es decir, a la concepción de la Figura— aquellas cosas que constituían su posición de partida y eran episódicas en ella.

Con el correr de los años, de todos modos, los brotes de revisión han granado en una serie de consideraciones más o menos extensas. Algunas de ellas se encuentran en los volúmenes de esta edición de mis Obras Completas que contienen los escritos de índole ensayística; otras han sido recopiladas al final de este libro y van allí como Apéndice.

Wilflingen, 16 de noviembre de 1963

Prólogo a la primera edición

El plan de este libro consiste en hacer visible, allende las teorías, allende las parcialidades, allende los prejuicios, la Figura del Trabajador como magnitud operativa que ha incidido ya de un modo poderoso en la historia y está determinando imperativamente las formas de un mundo que ha experimentado modificaciones. Puesto que aquello de que aquí se trata no es tanto un pensamiento nuevo o un sistema nuevo cuanto una realidad nueva, todo depende de la acuidad de la descripción; y esa acuidad tiene como presupuesto unos ojos dotados de una capacidad visual plena y, además, no cohibida por nada.

Sin duda ese propósito fundamental habrá quedado reflejado en todas y cada una de las frases del libro; en cambio, el material que aquí se ofrece es el que corresponde a la visión de conjunto, forzosamente limitada, de una persona singular, y a su experiencia particular. Mas si con esta obra se hubiera conseguido hacer visible una aleta de Leviatán, una sola, ello le facilitaría al lector el avanzar por sí mismo hacia descubrimientos propios, tarea tanto más sencilla cuanto que la Figura del Trabajador está correlacionada no con un elemento de pobreza, sino con un elemento de abundancia.

A ese importante trabajo, que corresponde al lector, procura prestar apoyo el método seguido en la exposición, método que se afana en proceder de acuerdo con las reglas del entrenamiento militar; en éste un material muy variado sirve de ocasión para ejercitarse en una maniobra única, siempre la misma. Lo que importa no son las ocasiones, lo que importa es la seguridad instintiva de la maniobra.

Berlín, 14 de julio de 1932

Primera parte

La edad del tercer estado como edad del dominio aparente

1

El dominio del tercer estado no ha sido nunca capaz en Alemania de afectar a aquel núcleo, el más íntimo de todos, que determina la riqueza, el poder y la plenitud de una vida. Si volvemos los ojos a un siglo largo de historia alemana, nos es lícito admitir con orgullo que nosotros hemos sido unos malos burgueses. No estaba cortado a *nuestra* medida ese traje que ahora se encuentra ahí hecho unos harapos y por debajo de cuyos jirones está apareciendo ya una Naturaleza más inocente y fiera que aquella cuyas músicas sentimentales agitaron muy pronto el telón detrás del cual ocultaba el Tiempo el gran espectáculo de la democracia.

No, los alemanes no han sido buenos burgueses; y donde menos, en aquellos puntos donde mayor era su fuerza. En todos los sitios donde los alemanes pensaron con gran profundidad y osadía, donde tuvieron sentimientos muy vivos, donde asestaron golpes muy despiadados, en todos esos sitios era patente su insurrección contra los valores que la gran declaración de independencia de la Razón alzó sobre su pavés. Pero los portadores de esa responsabilidad directa que llamamos «genio» nunca estuvieron más aislados, nunca se hallaron más expuestos a peligros en sus obras y en sus acciones que aquí en Alemania, y nunca se proporcionó un alimento más escaso que aquí en nuestro país al desenvolvimiento puro del héroe. Fue menester hincar muy hondo las raíces, perforando un suelo reseco, para alcanzar los manantiales donde se halla emplazada esa unidad mágica de la sangre y el espíritu que hace irresistible la palabra. También la voluntad topó con iguales dificultades para conquistar esa otra unidad del poder y el derecho que eleva lo propio y específico, el modo propio de ser, lo que en adelante llamaremos «especificidad propia», a rango de ley frente a las cosas que le son ajenas.

De ahí que en ese lapso de tiempo fueran muchísimos los grandes corazones cuya rebelión última consistió en poner coto a sus

propios latidos, muchísimos los espíritus egregios que consideraron bienvenido el silencio del mundo de las sombras. En ese lapso de tiempo fueron muchos los estadistas a los que les fallaron las fuentes de su tiempo y que por ello hubieron de ir a extraer agua del pasado con la finalidad de actuar en favor del futuro; y muchas fueron también las batallas en las que la sangre se puso a prueba en victorias y derrotas que eran diferentes de las del espíritu.

Y así ocurre que no es satisfactoria ninguna de las posiciones que los alemanes lograron ocupar durante ese tiempo; tales posiciones se asemejan, sin embargo, en sus puntos decisivos, a esas banderas de combate cuyo sentido estriba en señalar el orden del avance a ejércitos que aún se hallan lejos. En todas partes cabe ofrecer pruebas detalladas de tal discordancia; su razón se encuentra en que los alemanes no supieron hacer uso ninguno de esa libertad que se les ofrecía con todas las artes de la espada y de la persuasión, no supieron hacer uso de la libertad que había quedado instaurada con la proclamación de los derechos universales del hombre: y es que para los alemanes era esa libertad un instrumento que no guardaba la menor relación con sus órganos más íntimos y propios.

Por ello en los sitios donde en Alemania comenzó la gente a hablar ese lenguaje resultaba fácil adivinar que no se trataba de otra cosa que de malas traducciones; y la desconfianza que acerca de Alemania sentía un mundo que era la cuna de la civilización burguesa estaba tanto más justificada cuanto que lo que aquí en Alemania trataba una y otra vez de hacerse oír era un protolenguaje, un lenguaje primordial, sobre cuyo significado diferente y peligroso no cabían dudas. Ese mundo sospechaba que aquí en Alemania no eran tomadas en serio esas valoraciones suyas tan apreciadas, tan preciosas; ese mundo entreveía que lo que aquí se ocultaba bajo la máscara de esas valoraciones era una fuerza indómita y no susceptible de cálculo, la cual vislumbraba que su último refugio estaba en una relación originaria y peculiar — y ese mundo tenía razón al abrigar tales sospechas.

Pues aquí en nuestro país resulta impracticable un concepto de libertad que, cual si fuera un metro fijo, carente en sí mismo de contenido, se deja aplicar a cualesquiera dimensiones que se le sometan. Lo que aquí ha estado vigente desde siempre ha sido, por el contrario, esto: el grado de libertad de que dispone una fuerza es directamente proporcional al grado de vinculación que a esa fuerza le ha sido dispensada; y lo que en la extensión de la voluntad liberada se revela es la extensión de la responsabilidad que otorga a esa voluntad su validez y su justificación. Esto en-

cuentra su expresión en el hecho de que las únicas cosas que logran penetrar en nuestra realidad —y, por tanto, en nuestra historia, entendida esta última palabra en su significado más alto, el de destino— son aquellas que llevan en sí el sello de la mencionada responsabilidad. No necesitamos gastar palabras en hablar de ese sello; puesto que se lo otorga de manera directa, también lleva grabados en sí unos signos que una obediencia siempre pronta sabe leer directamente.

Así son las cosas: los sitios donde nuestra libertad se revela con el máximo poder son aquellos donde su soporte es la conciencia de que la libertad es algo concedido en feudo. En todas las divisas inolvidables con que la nobleza primordial de la nación ha recubierto el blasón del pueblo ha quedado reflejada esa conciencia; ella es la que gobierna nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, nuestras acciones y nuestras obras, nuestra política y nuestra religión. De ahí que tiemblen los cimientos del mundo cada vez que los alemanes se percatan de qué es la libertad, lo que quiere decir: cada vez que se percatan de qué es lo necesario. No caben regateos sobre esto; y, aunque perezca el mundo, es preciso cumplir el mandato cuando se ha escuchado la llamada.

El orden —esa propiedad que más que ninguna otra se considera característica de los alemanes— tendrá siempre una tasación muy baja si no logra verse que él es la imagen de la libertad reflejada en un espejo de acero. La obediencia —lo que quiere decir el arte de oír— y el orden son la disponibilidad a ejecutar el mandato que cual un rayo penetra por la copa y llega hasta las raíces. Todos los hombres y todas las cosas se hallan emplazados en el orden de la enfeudación, y al jefe se lo reconoce en que es el primer servidor, el primer soldado, el primer trabajador. De ahí que la libertad y el orden estén referidos no a la sociedad, sino al Estado, y que el modelo de toda articulación sea la articulación del ejército y no el contrato social. De ahí también que el momento en que nosotros los alemanes alcanzamos nuestro estado de máxima fortaleza es aquel en el que no caben dudas ni acerca de quién es el jefe ni acerca de quiénes son los que integran su séquito.

Lo que es preciso reconocer es esto: que el dominio y el servicio son una misma cosa. Del poder milagroso que en tal unidad reside no se ha percatado nunca la edad del tercer estado, pues demasiado baladíes y demasiado humanos fueron los goces que a ella le parecieron dignos de sus afanes. De ahí que todos los puntos a que los alemanes lograron llegar durante esa edad se alcanzasen *a contrapelo*: no hubo ni un solo sector donde sus movi-

mientos no se efectuasen en el seno de un elemento ajeno e innatural. Por así decirlo, sólo utilizando escafandras lograron los alemanes hacer pie en el fondo verdadero; el trabajo decisivo se efectuó en el espacio de la Muerte. ¡Loor a esos caídos que fueron despedazados por la horrenda soledad del amor o del conocimiento, y loor también a esos otros que fueron abatidos por el acero en las incandescentes colinas del combate!

Pero no hay vuelta atrás. Todos los que en Alemania están hoy ansiosos de un poder nuevo dirigen sus miradas a los sitios donde ven que está trabajando una conciencia nueva de libertad y responsabilidad.

El trabajador, reflejo del mundo burgués

2

Vayamos a buscar esa conciencia primeramente en aquellos sitios donde está operando con máximo ímpetu. ¡Pero hagámoslo con amor, con voluntad de interpretar bien las cosas! Dirijamos, pues, nuestras miradas al trabajador,* quien muy pronto dejó clara su implacable oposición a las valoraciones burguesas y extrajo del sentimiento de esa oposición la fuerza para ejecutar sus movimientos propios.

Nos hallamos ahora lo bastante lejos de los inicios de tales movimientos como para hacerles justicia. El pupitre escolar donde se forma nuestro carácter no podemos elegirlo nosotros, ya que son nuestros padres quienes deciden la escuela. Pero llega un día en que nuestro propio crecimiento nos saca de ella y entonces cobramos conciencia de cuál es nuestra vocación. Al examinar la contundencia de los medios del trabajador es preciso tener en cuenta lo que acabamos de decir; y hay que tomar muy en consideración la circunstancia de que tales medios han ido surgiendo en el combate y de que todas las posiciones ocupadas durante la lucha se ocupan bajo la influencia del adversario. Por ello resultaría demasiado cómodo el hacer al trabajador el reproche de que su complexión se halla entreverada de valoraciones burguesas, cual un metal que aún no se ha fundido lo suficiente para alcanzar la pureza, y de que su lenguaje, el cual pertenece sin duda ninguna al siglo XX, abunda en conceptos que han sido modelados por la manera como en el siglo XIX se planteaban los problemas. Para hacerse entender cuando por vez primera rompió a hablar, el trabajador se vio forzado a utilizar esos conceptos; los límites de las

* Al igual que otros vocablos, también éste de *trabajador* se emplea aquí como un concepto orgánico; eso quiere decir que va experimentando modificaciones a medida que avanza nuestro estudio. En una mirada retrospectiva habrán de pasarse por alto tales modificaciones.

reivindicaciones del trabajador fueron marcados por las reivindicaciones propias de su adversario. Fue así como empezó a crecer paulatinamente el trabajador, presionando desde abajo contra la costra burguesa que lo cubría, hasta que acabó por romperla. No es de extrañar, pues, que lleve en sí las huellas de ese modo suyo de ir creciendo.

Pero no fue sólo la oposición que el trabajador hubo de ejercer lo que dejó sus huellas en él; también las dejaron los alimentos de que se nutría. Antes hemos visto que en Alemania el tercer estado fue incapaz de alcanzar un dominio franco y reconocido y que hubo buenas razones para que tal cosa ocurriera. Pero eso comportó que al trabajador le correspondiera efectuar también una extraña tarea accesoria, a saber: la de hacer real con retraso el dominio que el tercer estado no fue capaz de lograr; e indiscutiblemente resulta muy significativa la hazaña por la cual el trabajador hubo de hacer primeramente que llegase a dominar ese ingrediente extraño que se había mezclado en sus aspiraciones, para así poder luego percatarse de que tal ingrediente no formaba parte de las peculiaridades suyas. Como hemos dicho, esas cosas son huellas dejadas por los alimentos de que el trabajador se nutrió y quedarán expulsadas tan pronto elimine de sí lo que no le es provechoso. ¡Y cómo iban a ser de otro modo las cosas si los primeros preceptores que el trabajador tuvo eran de procedencia burguesa y si el diseño de los sistemas en que quedó emplazada su fuerza juvenil correspondía a pautas burguesas!

Así es como se explica que la fuente de que se alimentaron y por la que se orientaron las primeras agitaciones del trabajador consistiese en el recuerdo de las bodas de sangre de la burguesía con el poder, en el recuerdo de la Revolución Francesa. Ahora bien, de igual manera que no hay repeticiones del proceso histórico, tampoco hay traspasos de su contenido vivo. Y así ocurrió que en todos aquellos sitios donde en Alemania se creyó estar efectuando un trabajo revolucionario, lo que estaba haciéndose era representar la mera comedia de aquella Revolución. Era en habitaciones silenciosas o era de manera encubierta tras los incandescentes cortinajes de la batalla donde en Alemania estaban efectuándose invisiblemente las revoluciones de verdad.

Pero las cosas que son realmente nuevas no necesitan subrayar que se encuentran en estado de insurrección; en el mero hecho de existir, de estar ahí, es donde reside su máxima peligrosidad.

De ahí, en primer lugar, que el equiparar a los trabajadores con un cuarto estado o estamento se deba a una visión desajustada de las cosas.

Sólo a un espíritu habituado a las imágenes mecánicas puede presentársele el proceso de los dominios sucesivos como un proceso en el cual, así como las agujas del reloj van proyectando su sombra sobre las horas de la esfera, así un estamento tras otro va recorriendo el marco del poder, mientras en la parte de abajo está despertándose y cobrando conciencia de sí una clase nueva.

Los burgueses han sido, antes bien, los únicos que se han sentido a sí mismos como un estado o estamento en ese sentido especial; esa palabra, *estamento,* cuya procedencia es muy antigua y buena, ellos la han disociado de su contexto natural, la han despojado de su sentido y la han convertido en una mera máscara de los intereses.

De ahí que sea un ángulo de visión burgués el que interprete a los trabajadores como un estado o estamento. Hay en la base de tal interpretación un ardid inconsciente, que consiste en emplazar dentro de un marco viejo las reivindicaciones nuevas; tal marco tiene como misión el hacer posible la continuación de las conversaciones. Pues el burgués se siente seguro en los sitios donde puede conversar, donde puede negociar. Ahora bien, la sublevación de los trabajadores no será una descolorida copia de segunda mano, no será un recuelo confeccionado de acuerdo con recetas anticuadas. La diferencia esencial entre el burgués y el trabajador no consiste en la sucesión temporal en el dominio, no está en la antítesis entre las cosas viejas y las cosas nuevas. El hecho de que unos intereses más jóvenes y brutales vengan a relevar a unos intereses ya exánimes es algo demasiado obvio como para que hayamos de detenernos a considerarlo.

Lo que suscita la máxima atención es, antes bien, lo siguiente: que entre el burgués y el trabajador hay no sólo una diferencia de edad, sino sobre todo una diferencia de rango. El trabajador mantiene, en efecto, una relación con unos poderes elementales de cuya mera existencia nunca tuvo el burgués el menor atisbo. Con lo dicho guarda relación también el hecho siguiente, que examinaremos más tarde: desde el fondo mismo de su ser el trabajador está capacitado para poseer una libertad que es enteramente diferente de la libertad burguesa, y las reivindicaciones que el trabajador tiene preparadas son mucho más amplias, mucho más

significativas y mucho más temibles que las reivindicaciones propias de un estamento.

4

En segundo lugar, los frentes no pueden ser considerados aquí sino como provisionales; son frentes en los que se libran las primeras escaramuzas y que sitúan al trabajador en una posición de combate que se limita a atacar a la sociedad. También esta palabra, *sociedad,* ha sufrido en la edad burguesa un cambio a la baja de su valor; ha adquirido un significado cuyo sentido es la negación del Estado como medio supremo de poder.

Lo que a esos empeños subyace en lo más íntimo es la necesidad de seguridad que la gente siente y, con ello, la tentativa de negar lo peligroso y de obliterar tan herméticamente el espacio vital que quede impedida la irrupción en él de lo peligroso. Claro es que esto, lo peligroso, se halla siempre ahí y que triunfa incluso de los más sutiles ardides en que se lo enreda; más aún, lo peligroso mismo se infiltra de manera imprevista en tales ardides para ponerse su máscara, y es eso lo que confiere a la civilización burguesa la doble faz que exhibe — de todos son bien conocidas las estrechas relaciones que hay entre la fraternidad y el cadalso, entre los derechos del hombre y las batallas asesinas.

Pero sería un error suponer que el burgués haya hecho surgir nunca lo peligroso conjurándolo con sus propias fuerzas; eso no ha ocurrido ni en sus mejores tiempos. Todo eso se asemeja, antes por el contrario, a una horrenda carcajada burlona con que la Naturaleza se ríe de su subordinación a la moral, se parece a un furioso regocijo con que la sangre se mofa del espíritu, una vez finalizado el preludio de los bellos discursos. De ahí que el burgués niegue toda relación entre la sociedad y lo elemental y que la niegue además con un derroche tal de medios que habrá de resultarle incomprensible a quien no adivine que aquí el padre de los pensamientos es un deseo ideal secretísimo.

La mencionada negación se efectúa relegando lo elemental al reino del error, de los sueños o de una voluntad forzosamente malvada, e incluso haciendo que lo elemental signifique lo mismo que lo absurdo. En este punto el reproche decisivo es el reproche de tontería y de inmoralidad; y puesto que la sociedad se define por los dos conceptos supremos de la razón y la moral, semejante reproche constituye el medio de expulsar al adversario fuera de la

sociedad, es decir, fuera del espacio de la humanidad y, con ello, fuera del espacio de la ley.

A esa distinción corresponde un proceso que una y otra vez se ha observado con asombro y que consiste en lo siguiente: cual si actuase obedeciendo a una consigna, la sociedad ha declarado abolida la pena de muerte justo en los momentos en que se alcanzaban las más sangrientas cimas de la guerra civil, y sus mejores ocurrencias sobre la inmoralidad y el absurdo de la guerra las ha alumbrado cada vez que se cubrían de cadáveres sus campos de batalla.

Pero el suponer que detrás de esa dialéctica sumamente extraña se esconde un propósito equivaldría a sobrevalorar al burgués; en ninguna otra zona se toma éste más en serio a sí mismo que en la zona de la razón y la moral; más aún, en sus ejemplares más significativos el burgués es la unidad de lo racional y lo moral.

Lo elemental se le impone al burgués, antes por el contrario, desde una esfera que es enteramente diferente de aquella en que reside su máxima fortaleza, y con horror se percata él de cuál es el punto donde han terminado las negociaciones. Por toda la eternidad estaría el burgués deleitándose con sus bellas incriminaciones, que tienen como pilares la virtud y la justicia, si en el instante supremo no le obsequiase la plebe con el inesperado regalo de su propia fuerza; esa fuerza de la plebe es más poderosa que la del burgués, pero, sin embargo, es informe y extrae su alimento de las fuerzas primordiales de la ciénaga, esto es, de los bajos fondos. Por toda la eternidad sabría el burgués mantener en equilibrio a los diversos poderes, como una obra de arte que subsiste por sí misma, si de cuando en cuando no hiciera aparición, arrollándolo, el guerrero, alguien a quien el burgués tolera de muy mala gana y con el cual está constantemente dispuesto a negociar. Pero lo que el burgués repudia es la responsabilidad, y eso es así porque él ve su libertad en la moralidad universal y no en un modo propio de ser, en una especificidad propia. El mejor ejemplo que de lo dicho cabe mencionar es el siguiente: el burgués extermina a quienes efectuaron y cometieron realmente los actos y los atentados que le abrieron a él por la violencia las puertas del dominio, tan pronto como acaban su tarea. El encarcelamiento de las pasiones es el recibo con que el burgués liquida el botín de las revoluciones, y el ahorcamiento de los verdugos es la pieza satírica con que clausura la tragedia de la sublevación.

El burgués rechaza asimismo la justificación suprema de la guerra, esto es, el ataque; ello es así porque tiene el claro senti-

miento de que a él no le resulta adecuada tal justificación. Y en las ocasiones en que llama en su ayuda al soldado o se disfraza él mismo de soldado, nunca dejará el burgués de jurar y perjurar, aunque todo ello lo haga por egoísmo manifiesto, que si él actúa de esa manera lo hace en defensa propia, más aún, a ser posible, en defensa de la humanidad. La única guerra que el burgués conoce es la guerra defensiva, lo que viene a significar que no conoce la guerra en cuanto tal, y la causa de que eso ocurra está en que su propia esencia lo excluye de todos los elementos bélicos. Por otro lado el burgués es incapaz de impedir, sin embargo, que tales elementos irrumpan en sus propios órdenes, y la causa de que eso ocurra está en que todas las valoraciones que él puede oponerles son de rango inferior.

Aquí es donde interviene el artificioso juego de los conceptos del burgués, y para él son su política y aun el universo entero un espejo en que desea ver corroborada su propia virtud. No dejaría de ser muy instructivo el observar al burgués entregado a esa infatigable labor de lima que sabe ir desgastando el duro y necesario cuño de la palabra «virtud», durante todo el tiempo que sea preciso, hasta que por fin empieza a transparentarse en ella una moralidad que obliga a todos — unas veces el burgués sabe ver en la conquista de una colonia una mera penetración pacífica; otras, en la segregación de una provincia, el derecho de un pueblo a su autodeterminación; otras, en fin, en el expolio del vencido, una reparación de guerra. Pero basta con conocer el método para adivinar que la concepción de tal vocabulario empezó por la equiparación del Estado y la sociedad.

Ahora bien, todo el que haya comprendido lo anterior comprenderá también que hay un gran peligro, que hay un gran expolio de las reivindicaciones del trabajador, en el acto de asignarle la sociedad como blanco de sus ataques. Las órdenes de ataque decisivas siguen mostrando todas las características propias de una edad en la que, ciertamente, el que un poder que empezaba a despertarse hubiera de concebirse a sí mismo como un estamento era algo tan obvio y natural como el que la ejecución de la toma del poder hubiera de calificarse a sí misma de modificación del contrato social.

Debemos fijarnos bien en lo siguiente: esa sociedad no es una forma en sí, sino que es tan sólo una de las formas fundamentales del pensamiento burgués. Tal cosa se pone de manifiesto en el hecho de que no hay en la política burguesa ninguna magnitud que no sea concebida como sociedad.

Es sociedad la población entera del globo terráqueo, la cual se

presenta al concepto como la imagen ideal de una humanidad cuya escisión en Estados, naciones o razas no estriba fundamentalmente en otra cosa que en un error de razonamiento. Con el correr del tiempo, se dice, ese error será corregido por los pactos, por la ilustración, por la civilización o, sencillamente, por el progreso de los medios de transporte.

Es sociedad el Estado, cuya esencia queda desdibujada en la misma medida en que la sociedad lo somete a sus normas. Ese ataque al Estado se efectúa mediante el concepto de la libertad burguesa, un concepto destinado a transformar todos los vínculos de responsabilidad en relaciones contractuales a plazo.

Finalmente, en relación estrechísima con la sociedad se encuentra la persona singular, esa prodigiosa y abstracta modalidad del ser humano, ese preciosísimo descubrimiento de la sentimentalidad burguesa, que es al mismo tiempo el objeto inagotable de su capacidad artística figurativa. Así como la humanidad es el cosmos del pensamiento burgués, así el ser humano es su átomo. En la práctica, de todos modos, la persona singular se ve confrontada no a la humanidad, sino a la masa, la cual es su exacto reflejo en este mundo sumamente extraño, sumamente imaginario. Pues la masa y la persona singular son una misma cosa y de esa unidad se deriva la estupefaciente imagen doble en virtud de la cual una anarquía desconcertante y muy variopinta va unida a la fría reglamentación de la democracia, una imagen doble que ha constituido el espectáculo de todo un siglo.

Pero una de las características de un tiempo nuevo es que en él la sociedad burguesa está condenada a morir, y tanto da que exponga su concepto de libertad en la masa como que lo exponga en el individuo. Aquí el primer paso consiste en cesar de pensar y sentir dentro de esas formas; y el segundo, en cesar de actuar dentro de ellas.

Lo que esto significa es nada menos que un ataque a todas aquellas cosas que le hacen preciosa la vida al burgués. De ahí que para él sea una cuestión de vida o muerte el que el trabajador se conciba a sí mismo como el portador futuro de la sociedad. Pues basta con que esto forme parte del repertorio de los dogmas para que se salve la forma básica de la visión burguesa; con ello queda también asegurada la más sutil de las posibilidades de su dominio.

Por eso no puede causarnos extrañeza el que la sociedad figurase en todas las prescripciones que tanto desde lo alto de sus cátedras universitarias como desde lo alto de sus sotabancos dictó al trabajador el espíritu burgués; y que figurase no en sus mani-

festaciones fenoménicas, sino, lo que resulta mucho más eficaz, en sus principios. La sociedad se renueva mediante ataques aparentes a sí misma; el carácter impreciso de la sociedad —o, mejor dicho, su falta de carácter—, comporta el que logre absorber en su interior aun las más virulentas de las negaciones de sí misma. Dos son los medios que emplea para ello: o bien adjudica su propia negación a su polo de individuos anárquicos y la incorpora a su repertorio supeditándola a su concepto de libertad; o bien la vincula al polo, aparentemente opuesto, de la masa y aquí la transforma en un acto democrático mediante los censos, las votaciones, las negociaciones o las conversaciones.

La mentalidad femenina de la sociedad se delata en que no trata de apartar de sí las cosas que se le oponen, sino que procura absorberlas. Siempre que tropieza con una reivindicación que se califica a sí misma de decidida, el más sutil de los sobornos practicados por la sociedad consiste en declarar que tal reivindicación es una manifestación externa de su propio concepto de libertad y en legitimarla de ese modo ante el tribunal de su ley fundamental, es decir: en hacerla inocua.

Esto es lo que ha otorgado al vocablo *radical* su inaguantable regusto burgués y eso es lo que hace, dicho sea de paso, que tal radicalismo sea un lucrativo negocio del cual han estado extrayendo su único alimento generaciones y más generaciones tanto de políticos como de estetas. Y el último refugio de la tontería, de la desfachatez y de la irremediable incapacidad consiste en salir por ahí a embaucar a los bobos engalanándose para ello con las plumas de pavo real de una mentalidad meramente radical.

Hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo, que los alemanes vienen asistiendo a ese espectáculo indigno. Su única excusa está en que ellos creen que dentro de toda forma hay necesariamente un contenido, y el único consuelo se halla en que ese espectáculo se desarrolla, es cierto, en Alemania, pero de ningún modo dentro de la efectiva realidad alemana. Pues todas esas cosas caen en el reino del olvido — y no de ese olvido semejante a la hiedra que recubre las ruinas y las tumbas de los caídos en combate, sino de aquel otro olvido, más temible, que pone al descubierto la mentira y la inanidad de algo dispersándolo en el polvo y no dejando de ello ni huellas ni frutos.

Habremos de reservar para una investigación especial, suplementaria, la tarea de poner al descubierto el grado en que el pensamiento burgués consiguió introducir en los primeros esfuerzos del trabajador, mediante una falsificación, la imagen de la sociedad con el pretexto de su autonegación. En tal investigación se

descubrirá que la libertad del trabajador es un nuevo calco del patrón burgués de la libertad, un nuevo calco en el que ahora se interpreta abiertamente el destino como una relación contractual a plazo y se interpreta el triunfo supremo de la vida como una modificación de ese contrato. En tal investigación se verá también que el trabajador es el sucesor directo de la persona singular virtuosa y racional y el objeto de una segunda sentimentalidad que por lo único que se diferencia de la primera es por su mayor indigencia. En tal investigación se descubrirá además, y esto se halla en exacta correspondencia con lo anterior, que el trabajador es la copia de la imagen ideal de una humanidad cuya mera utopía encierra ya en sí la negación del Estado y de sus cimientos. Esto y nada más que esto es lo que significa la reivindicación que se esconde tras vocablos tales como «internacional», «social» y «democrático» — o, mejor dicho, lo que tras ellos se escondía, pues todos los expertos en el arte de adivinar sentirán a la postre únicamente extrañeza ante el hecho de que se haya creído que podía quebrantarse el mundo burgués con aquellas demandas precisamente con las que ese mundo se corroboraba a sí mismo de la manera más inequívoca.

Antes hemos calificado de «suplementaria» tal investigación y lo hemos hecho porque la mencionada corroboración del mundo burgués se ha cumplido ya en el mundo visible. Con la ayuda del trabajador ha conseguido en efecto el burgués asegurarse un grado de potestad dispositiva que no le fue dado tener en todo el siglo XIX.

Y una vez más, al rememorar el instante en que la sociedad alcanzó así el dominio en Alemania, descúbrese ante nosotros una muchedumbre de imágenes simbólicas. Prescindamos aquí enteramente de la circunstancia de que el citado instante coincidiera con el instante en que el Estado se encontraba en el más grave y espantoso peligro y el guerrero alemán hacía frente al enemigo. Pues el burgués ni siquiera logró aportar ese mínimo de fuerza elemental que en tal coyuntura venía exigida por una nueva ofensiva aparente contra sí mismo, es decir, contra un régimen que desde mucho antes se encontraba aburguesado en su núcleo. No fue el burgués quien disparó los pocos tiros que se necesitaron para hacer visible el final de un período de historia alemana, y su actividad no consistió siquiera en prestar su reconocimiento a esos tiros, sino en aprovecharse de ellos.

Desde hacía mucho tiempo venía acechando el burgués la posibilidad de entablar negociaciones; y lo que el esfuerzo supremo de todo un mundo no había podido alcanzar, lo alcanzaron ellas.

Pero aquí es preciso que el lenguaje se imponga cortapisas a sí mismo y rehúse ocuparse en los pormenores de esa tragicomedia monstruosa: tragicomedia que empezó por los «consejos de trabajadores y soldados» —por cierto que los miembros de tales consejos se señalaban por la circunstancia de no haber trabajado ni haber combatido jamás—; tragicomedia en la que, además, el concepto burgués de libertad se desveló como una mera hambre de pan y de tranquilidad; tragicomedia que continuó luego con el acto simbólico de la entrega de las armas y los buques; tragicomedia que tuvo el atrevimiento no sólo de debatir acerca de una culpa alemana cometida contra la imagen ideal de la sociedad, sino de reconocer tal culpa; tragicomedia que, con una desvergüenza inconcebible, trató de elevar al rango de un orden alemán los conceptos más polvorientos del liberalismo; tragicomedia, en fin, en la que el triunfo de la sociedad sobre el Estado se reveló como una continuada traición doble, la alta traición o traición al soberano y la traición a la patria, una doble traición que fue perpetrada contra los alemanes por unas gentes vulgares, demasiado vulgares. Pero en este punto cesan todas las conversaciones, pues lo que aquí está mandado es el silencio, ese silencio que permite vislumbrar por anticipado el silencio de la muerte. En aquella tragicomedia monstruosa la juventud alemana contempló al burgués en su manifestación última, sin velo ni disfraz; y el soldado y el trabajador, las mejores encarnaciones de esa juventud, se declararon inmediatamente partidarios de una rebelión mediante la cual se dio expresión al hecho de que dentro de ese espacio es infinitamente más apetecible ser un criminal que un burgués.

De lo dicho se desprende lo muy importante que es el distinguir entre el trabajador (el cual es un poder naciente, en el que reside el destino del país) y los ropajes con que el burgués revistió a ese poder para que le sirviera de marioneta en sus juegos artificiosos. Esa distinción es una distinción entre la aurora y el ocaso. Y éste es nuestro credo: que la aurora del trabajador significa lo mismo que una nueva aurora de Alemania.

Haciendo que la parte burguesa de su herencia alcanzase el dominio, lo que el trabajador hizo al mismo tiempo fue apartar de sí visiblemente esa parte, que era como un muñeco relleno de paja seca y trillada desde hacía más de un siglo. A la mirada del trabajador no puede escapársele que la nueva sociedad es un calco de segunda mano, un calco más vulgar todavía, de la vieja sociedad.

Por toda la eternidad seguirían haciéndose copias y más copias, por toda la eternidad continuaría alimentándose con la in-

vención de nuevas antítesis el funcionamiento de la máquina copiadora, si el trabajador no llegase a comprender que la relación que él mantiene con esa sociedad no es una relación de antítesis, sino una relación de alteridad.

El trabajador no se revelará como el verdadero enemigo mortal de la sociedad mientras no rechace pensar, sentir y ser dentro de las formas propias de ella. Y eso ocurrirá cuando se percate de que hasta ahora ha venido siendo demasiado modesto en sus reivindicaciones, cuando se dé cuenta de que el burgués le enseñó a apetecer aquellas cosas precisamente que al burgués le parecen apetecibles.

Pero la vida alberga dentro de sí más cosas y cosas diferentes de las que el burgués entiende por bienes, y la reivindicación suprema que el trabajador es capaz de plantear consiste en ser el portador, no de una sociedad nueva, sino de un Estado nuevo.

Hasta que no llega ese instante no declara el trabajador la lucha a vida o muerte. Y entonces la persona singular (la cual no es en el fondo sino un empleado) se transforma en un guerrero; y la masa se transforma en un ejército; y la instauración de un nuevo orden de mando sustituye a la modificación del contrato social. Esto sustrae al trabajador a la esfera de las negociaciones, de la compasión, de la literatura, y lo alza a la esfera de la acción; esto transforma sus vínculos jurídicos en vínculos militares — es decir, en vez de abogados el trabajador poseerá jefes, y su propia existencia, en lugar de estar necesitada de una interpretación, se convertirá en norma.

¿Pues qué otra cosa han sido hasta ahora los programas del trabajador sino comentarios a un texto original que aún está por escribir?

5

Queda finalmente por destruir, en tercer lugar, la leyenda que dice que la cualidad básica del trabajador es una cualidad económica.

En todo lo que sobre tal asunto se ha pensado y dicho se delata la tentativa de la aritmética de convertir el destino en una magnitud susceptible de ser resuelta con los medios del cálculo. Tal tentativa podemos seguirla hasta los tiempos en que se descubría en Tahití y en la isla Mauricio, que entonces se llamaba Île de France, el paradigma del hombre virtuoso y racional y, por tanto, feliz, hasta los tiempos en que el espíritu empezaba a ocuparse de los peligrosos misterios de los derechos aduaneros

sobre el grano y eran las matemáticas uno de aquellos refinados juegos con que se divertía la aristocracia en la víspera de su ocaso.

Allí fue donde se creó el modelo que luego adquiría su interpretación inequívocamente económica por el hecho de que la reivindicación de libertad presentada por la persona singular y por la masa se justificase a sí misma como una reivindicación económica dentro de un mundo económico. El debate que tal reivindicación provocó entre las escuelas materialistas y las escuelas idealistas constituye uno de los episodios de la interminable charla burguesa; ese debate es una copia de segunda mano de aquellas primeras conversaciones a que se entregaron los enciclopedistas en sus mansardas parisinas. Reaparecen aquí los viejos personajes y lo único que ha cambiado es el esquema que los enfrenta y que ahora ha pasado a ser un esquema puramente económico.

Nos llevaría demasiado lejos el dedicarnos a estudiar en detalle cómo lo que sirve de alimento a las citadas conversaciones es la diferente distribución de las viejas etiquetas y cómo es ese solo cambio lo que las anima. Una sola cosa importa y es ver que tales conversaciones abarcan en un orden unitario tanto la disputa de las opiniones como a los propios disputadores.

La imagen ideal virtuosa y racional del mundo coincide aquí con una utopía económica del mundo y todos los planteamientos tienen como punto de referencia las reivindicaciones económicas. Lo ineluctable consiste en que dentro de ese mundo de explotadores y explotados no es posible ninguna magnitud de la cual no decida una instancia suprema; y esa instancia suprema es lo económico. Hay aquí dos especies de hombre, dos especies de arte, dos especies de moral — pero no se necesita mucha perspicacia para reparar en que es una sola fuente la que alimenta esas dualidades.

A uno y el mismo progreso refieren también su justificación quienes libran el combate económico — coinciden en una reivindicación fundamental, a saber, la de ser ellos los portadores de la prosperidad, y creen poder quebrantar la posición del adversario en la misma medida en que consiguen rebatir tal reivindicación en él.

Pero basta — cualquier participación en esas conversaciones implica su continuación. Lo que hemos de ver es que existe, que está ahí, una dictadura del pensamiento económico en sí y que esa dictadura abarca dentro de su perímetro cualquier otra dictadura posible y coarta las medidas que ésta pueda tomar. Pues dentro de ese mundo no es posible efectuar ningún movimiento que no agite otra vez el turbio fango de los intereses, y no hay

dentro de él ninguna posición desde la cual pueda romperse el frente. El centro de ese cosmos está formado por la economía como tal, por la interpretación económica del mundo, y es ella la que otorga su peso a cada una de las partes.

Sea cual sea la parte que llegue a posesionarse de la potestad dispositiva, en todo momento dependerá de la economía, la cual es la potestad dispositiva suprema.

Es bien sencillo el secreto que aquí se esconde: consiste, en primer lugar, en que la economía no es un poder capaz de otorgar libertad, y, en segundo lugar, en que el sentido económico no está en condiciones de abrirse paso hasta los elementos de la libertad — con todo, para poder adivinar ese secreto son precisos los ojos de una generación nueva.

Acaso no esté de más el hacer en este punto una advertencia destinada a atajar la posibilidad de una confusión: negar que el mundo económico sea un poder determinante de la vida —es decir, negar que sea un poder del destino— es discutir su rango, pero no es discutir su existencia. Pues lo que importa no es que se incremente esa tropa de predicadores en el desierto que creen que sólo puede alcanzarse otro espacio diferente si se accede a él por las puertas traseras. Para el poder real y efectivo no hay ningún acceso que no venga al caso.

Idealismo o materialismo — ésa es una antítesis propia de espíritus poco limpios, una antítesis propia de espíritus cuya capacidad imaginativa no está a la altura ni de la Idea ni de la Materia. La dureza del mundo se vence con dureza, no con juegos de prestidigitación.

Entendámonos bien: lo importante no es el neutralismo económico, lo importante no es que el espíritu se aparte de todas las luchas económicas; lo importante es, por el contrario, que se otorgue a esas luchas la máxima virulencia. Pero tal cosa no ocurrirá mientras la economía determine las reglas del combate; únicamente ocurrirá cuando una ley superior del combate disponga también de la economía.

Ese es el motivo por el cual tiene tanta importancia para el trabajador el que rechace todas las explicaciones que pretenden interpretar su aparición como un fenómeno económico, más aún, como un producto de procesos económicos, y, por tanto, en el fondo, como una especie de producto industrial; ése es el motivo por el cual tiene tanta importancia para el trabajador el que cale la procedencia burguesa de tales explicaciones. La medida que más eficazmente puede cortar esas funestas ataduras es que el trabajador se declare independiente del mundo económico. Pero tal cosa

no significa renunciar a ese mundo, sino subordinarlo a una reivindicación de dominio de índole más amplia. Significa que el eje de la sublevación no es ni la libertad económica ni el poder económico, sino el poder en sí.

/Al introducir taimadamente sus propios objetivos en los objetivos del trabajador, el burgués restringió a la vez el objetivo del ataque a un objetivo burgués./ Hoy estamos vislumbrando, sin embargo, la posibilidad de un mundo más rico, profundo y fructífero. Para hacer realidad ese mundo vislumbrado no es suficiente, sin embargo, un combate por la libertad cuya conciencia se alimente del hecho de la explotación./Todo depende, antes bien, de que el trabajador se percate de su superioridad y de que se cree, sacándolas de ella, sus propias normas, por las cuales habrá de regirse su dominio futuro./Esto reforzará el ímpetu de sus medios — la tentativa de dar jaque mate al adversario mediante el despido se transforma así en su sometimiento mediante la conquista.

Estos no son ya los medios propios del empleado, cuya dicha suprema consiste en que se le permita dictar los términos de su contrato de empleo, pero que, sin embargo, en ningún momento logra elevarse por encima de la lógica más íntima de ese contrato. Estos no son ya los medios propios del desheredado y engañado, el cual se ve confrontado, en cada uno de los niveles que conquista, a una nueva perspectiva de engaños. Estos no son los medios propios de los humillados y ofendidos. Por el contrario, son los medios propios del verdadero señor de este mundo, los medios propios del guerrero, el cual es dueño de las riquezas de provincias y grandes ciudades y manda en ellas con una seguridad tanto mayor cuanto más sepa despreciarlas.

6

Volvamos la vista atrás: es el siglo XIX el que ha interpretado al trabajador como el representante supremo de un estamento nuevo, como el portador de una sociedad nueva y como un órgano de la economía.

Esa interpretación adjudica al trabajador una posición aparente, dentro de la cual el orden burgués está asegurado en sus principios fundamentales decisivos. En consecuencia, todos los ataques emprendidos desde tal posición no pueden ser sino ataques aparentes, que a lo único que llevan es a que queden acuñadas con mayor nitidez todavía las valoraciones burguesas. En lo teórico todos los movimientos se efectúan en el marco de una anticuada

teoría de la sociedad y de la humanidad, pero en lo práctico lo que esos movimientos hacen es otorgar el dominio al personaje del comerciante habilidoso, cuyas artes consisten en saber negociar y mediar. Fácil resulta comprobar lo dicho examinando los resultados obtenidos por los movimientos de los trabajadores. Las modificaciones en la política de poder que, más allá de eso, están haciéndose ya visibles son unas modificaciones que en lo más hondo no son queridas, unas modificaciones que escapan a las artes burguesas de la interpretación y que están en total contradicción con las predicciones hechas en el sentido de la utopía humanitaria de la sociedad.

Las ideas a que se intentó someter al trabajador no alcanzan, empero, a solucionar las grandes tareas que corresponden a una edad nueva. Por muy refinados que sean los cálculos que se hagan —y el resultado de tales cálculos no debería ser otro que la felicidad—, siempre queda, sin embargo, un resto, un resto que se sustrae a toda solución definitiva y que en los seres humanos se hace notar unas veces como renunciamiento y otras como desesperación creciente.

Si es que queremos atrevernos a emprender una ofensiva nueva, no podemos hacerlo sino en dirección a unos objetivos nuevos. Esto tiene como presupuesto un frente diferente y unos aliados diferentes. Esto tiene como presupuesto que el trabajador se conciba a sí mismo de una manera diferente y que en sus movimientos cese de expresarse un reflejo de la conciencia burguesa y comience a expresarse una conciencia peculiar de sí mismo.

La cuestión que en este punto se plantea es la de si no estarán escondidas en la figura del trabajador más cosas que las que hasta ahora se ha sabido adivinar.

La figura como un todo que abarca más que la suma de sus partes

7

Antes de pasar a dar respuesta a la cuestión que acaba de plantearse es menester estipular qué haya de entenderse por «figura». Aunque es escaso el espacio que aquí podemos dedicar a dilucidar ese asunto, tal dilucidación no es, sin embargo, una simple nota marginal.

En las páginas que siguen hablaremos al comienzo de figuras en plural, pero eso ocurre porque nos encontramos con una carencia provisional de orden jerárquico; en el transcurso de la investigación irá remediándose tal carencia. La ley que en el reino de la figura decide el orden jerárquico no es la ley de la causa y el efecto, sino la ley, completamente diferente, del sello y la impronta; y veremos que en la época en que estamos entrando habrá que atribuir la impronta del espacio, del tiempo y del ser humano a una figura única, la figura del trabajador.

Con independencia de ese orden, digamos provisionalmente lo siguiente: son figuras aquellas magnitudes que se ofrecen a unos ojos que captan que el mundo articula su estructura de acuerdo con una ley más decisiva que la ley de la causa y el efecto, aunque no vean, sin embargo, la unidad bajo la que se efectúa esa articulación.

8

En la figura descansa el todo, un todo que abarca más que la suma de sus partes y al cual no pudo llegar la edad de la anatomía. Los tiempos que están surgiendo tienen como característica el que en ellos se verá, sentirá y actuará bajo el imperio de figuras. Lo que decide del rango de un espíritu, del valor de unos ojos, es el grado en que en ellos se hace visible el influjo de figuras. Ya tenemos ahí ante nosotros los primeros y significativos

esfuerzos: ni en el arte ni en la ciencia ni en la fe es posible dejar de verlos. También en la política todo depende de que al combate acudamos con figuras y no con conceptos, ideas o meros fenómenos.

A partir del instante en que tenemos nuestras vivencias en figuras, todas las cosas devienen figura, se figuralizan. La figura no es, por tanto, una magnitud nueva que hubiera que descubrir y agregar a las ya conocidas; por el contrario, a partir del momento en que los ojos se abren de un modo nuevo, el mundo aparece como un escenario de las figuras y de las relaciones entre las figuras. Añadamos, para señalar un error que es característico de los tiempos de transición, que no es que la persona singular se desvanezca y haya de recibir su sentido de unas corporaciones, unas comunidades o unas ideas que serían unidades pertenecientes a un orden superior al suyo. La figura tiene su representante también en la persona singular; cada una de las uñas de los dedos de la persona singular, cada uno de sus átomos, es figura. Por cierto, ¿es que no ha empezado ya la ciencia de nuestro tiempo a ver los átomos como figuras, es que no ha dejado de verlos como partes míminas?

Es cierto que una parte no es figura, como tampoco de una suma de partes puede resultar una figura. Conviene tener esto en cuenta si es que quiere emplearse la expresión «ser humano» en un sentido que se mueva más allá de las meras frases hechas. El ser humano posee figura en la medida en que se lo concibe como la persona singular concreta, palpable. Pero lo dicho no rige para el ser humano sin más, el cual es sencillamente uno de los lugares comunes del intelecto y puede significar todo o nada, pero en ningún caso algo definido.

Lo mismo cabe decir de esas figuras más amplias a las cuales pertenece la persona singular. Tal pertenencia no puede calcularse ni por multiplicación ni por división — de una muchedumbre de seres humanos no resulta todavía una figura, y ninguna división de la figura arroja como cociente la persona singular. Pues la figura es el todo, el cual contiene más que la suma de sus partes. Un ser humano es más que la suma de átomos, miembros, órganos y humores de que consta; una familia es más que el esposo, la esposa y el hijo. Una amistad es más que dos hombres; y un pueblo es más que aquello que puede expresarse por el resultado de un censo de población o por una suma de votos políticos.

En el siglo XIX se adoptó la costumbre de relegar al mundo de los sueños a todos aquellos espíritus que pretendían invocar

ese «más», esa «totalidad»,* de relegarlos a ese mundo de los sueños que, si bien resulta adecuado en un mundo más bello, no lo resulta en la realidad verdadera y efectiva.

Pero no puede caber ninguna duda ni de que precisamente la valoración inversa es la apropiada ni tampoco de que en la esfera de la política poseen un rango inferior todos los espíritus que carecen de ojos para ver ese «más». Podrán acaso tales espíritus desempeñar un papel en la historia de la cultura, en la historia de la economía, en la historia de las ideas — pero la historia es más que eso; la historia es figura, de igual modo que tiene como contenido propio el destino de figuras.

Ciertamente —y este inciso pretende señalar con mayor precisión qué es lo que debe entenderse por figura—, ciertamente también casi todos los antagonistas de los lógicos y matemáticos de la vida se mueven en un plano que no se diferencia por su rango del plano que ellos combaten. Pues no hay ninguna diferencia entre invocar un alma abstracta o una idea abstracta e invocar un ser humano abstracto. Entendidas en ese sentido, ni el alma ni la idea son figuras ni hay tampoco una antítesis convincente entre ellas y el cuerpo y la materia.

La experiencia de la muerte parece contradecir lo que acaba de decirse; para el pensamiento rutinario el alma abandona en la muerte el habitáculo del cuerpo y, por tanto, la parte imperecedera del ser humano abandona la parte perecedera. Pero es un error y una doctrina ajena a nosotros el pensar que el ser humano abandona su cuerpo cuando muere — lo que por el contrario ocurre es que la figura de ese ser humano ingresa en un orden nuevo, ingresa en un orden con respecto al cual resultan improcedentes todas las comparaciones espaciales, temporales o causales. De ese saber brotó la visión propia de nuestros antepasados, que decía que en el instante de su muerte los guerreros eran conducidos al Walhalla — y que allí eran acogidos no como almas, sino en su resplandeciente corporeidad, de la cual eran una egregia parábola los cuerpos de los héroes en la batalla.

Es muy importante que consigamos recobrar la plena conciencia de este hecho: el cadáver no es algo así como el cuerpo que se ha quedado sin alma. No hay la más mínima relación entre el cuerpo en el segundo de la muerte y el cadáver en el segundo siguiente; esto es algo que apunta ya en el hecho de que el cuer-

* Mi escrito *La movilización total* (Berlín, 1930) proporciona informaciones más detalladas acerca del vocablo *total*, que desempeñará también un papel en las páginas siguientes.

po abarca más que la suma de sus miembros, mientras que el cadáver es igual a la suma de sus partes anatómicas. Es un error pensar que el alma, cual si fuera una llama, deja tras sí polvo y ceniza. Mucha importancia tiene, en cambio, este hecho: la figura no está sometida a los elementos del Fuego y de la Tierra y, por tanto, el ser humano en cuanto figura pertenece a la eternidad. El mérito innato, inmutable e imperecedero del ser humano, su más alta existencia y su corroboración más honda residen en su figura, con entera independencia de todas las valoraciones únicamente morales y de todas las redenciones y de todos los «esfuerzos afanosos». Cuanto más nos dediquemos al movimiento tanto más preciso es que estemos íntimamente convencidos de que por debajo de él hay un ser en reposo, y de que todo incremento de la velocidad es únicamente la traducción de un lenguaje primordial imperecedero.

De la conciencia de eso resulta una relación nueva con el ser humano y resultan también un amor más ardiente y una más temible inmisericordia. Resulta la posibilidad de una anarquía jovial, la cual coincide a la vez con un orden rigurosísimo — es ése un espectáculo que está ya apuntado en las grandes batallas y en las ciudades gigantescas cuya imagen se alza en los comienzos de nuestro siglo. En este sentido el motor no es el soberano de nuestro tiempo, sino su símbolo, es la imagen simbólica de un poder para el cual la explosión y la precisión no constituyen antítesis. El motor es el audaz juguete de un tipo de hombre que es capaz de saltar con placer por los aires y que no deja de ver en tal acto una confirmación del orden. De esa actitud, que ni el idealismo ni el materialismo pueden adoptar y a la que por eso hay que calificar de «realismo heroico», es de la que resulta ese grado extremo de fuerza ofensiva de que nos hallamos necesitados. Los portadores de tal actitud son del mismo tipo de aquellos voluntarios que saludaron jubilosos la Gran Guerra y que con idéntico júbilo saludan todas las cosas que vinieron tras ella y todas las que vendrán todavía.

Ya ha quedado dicho que también la persona singular posee figura; y el sublime e inalienable derecho vital que ella comparte con los minerales, los vegetales y los animales es su derecho a la figura. En cuanto figura, la persona singular abarca más que la suma de sus fuerzas y capacidades; su profundidad es más honda que la que ella misma logra adivinar en sus pensamientos más profundos, y su poder es más poderoso de lo que puede expresar con la más poderosa de sus acciones.

La persona singular lleva en sí misma de este modo la norma;

y el arte supremo de la vida, en la medida en que la persona singular vive como tal, consiste en tomarse a sí misma como norma. Estas cosas son las que constituyen el orgullo y la aflicción de una vida. Todos sus grandes instantes, los sueños ardientes de la juventud, la embriaguez del amor, el fuego de la batalla, todo eso coincide con una más honda conciencia de la figura; y el recuerdo es el retorno mágico de la figura, un retorno que conmueve el corazón y lo convence de que tales instantes son imperecederos. La más amarga desesperación de una vida consiste en no haberse colmado, en no haber estado a la altura de sí misma. La persona singular se asemeja al hijo pródigo; entregado a la ociosidad, ha dilapidado su herencia, grande o chica, en tierras extranjeras — y, sin embargo, ninguna duda cabe de que volverá a ser acogido en su patria. Pues la parte imperecedera de la herencia de la persona singular está en su pertenencia a la eternidad; de tal hecho tiene plena conciencia en sus instantes más excelsos e indubitables. La tarea de la persona singular consiste en expresar eso en el tiempo. En este sentido su vida se convierte en una parábola de la figura.

Mas la persona singular está inserta, por encima de eso, en un gran orden jerárquico de figuras — éstas son unos poderes tales que nunca resultarán exageradas las ideas que nos formemos acerca de su efectividad, su corporeidad, su necesidad. En comparación con ellas la propia persona singular se convierte en una parábola, en un representante; y el ímpetu, la riqueza, el sentido de su vida dependen del grado en que participe en el orden y en las disputas de las figuras.

A las figuras auténticas se las reconoce en lo siguiente: es a ellas a las que podemos dedicar la suma de todas nuestras fuerzas, es a ellas a las que podemos rendir la más alta de nuestras veneraciones y es contra ellas contra las que podemos dirigir el más extremado de nuestros odios. Puesto que las figuras albergan dentro de sí el todo, demandan el todo. Y así ocurre que el ser humano, al descubrir su figura, descubre al mismo tiempo su propia misión, su destino; tal descubrimiento lo capacita para el sacrificio, el cual alcanza su expresión más significativa en la ofrenda de la sangre.

9

Puesto que a la edad burguesa no le fue dado tener una relación auténtica con el mundo de las figuras, esa edad no logró ver

al trabajador dentro de un orden jerárquico determinado por la figura. En tal edad todas las cosas se diluían en ideas, en conceptos o en meros fenómenos, y los polos de ese espacio líquido eran la razón y la sentimentalidad. Europa, el mundo, que se encuentran ya en el último estadio de su disolución, siguen estando recubiertos de ese líquido, de ese pálido barniz de un espíritu que se ha vuelto autócrata.

Pero nosotros sabemos que en Alemania esa Europa, ese mundo, poseen únicamente el rango de una provincia y que su administración no ha estado encomendada ni a los mejores corazones y ni siquiera a las mejores cabezas. Ya en los comienzos de este siglo fue posible ver sublevados contra ese mundo a los alemanes; en ello estuvieron representados por los soldados alemanes del frente, que eran portadores de una figura auténtica. Esto constituyó al mismo tiempo el comienzo de la Revolución *alemana,* Revolución que fue anunciada ya en el siglo XIX por algunos espíritus egregios y que sólo puede concebirse como una Revolución de la figura. Es cierto que la mencionada sublevación no fue otra cosa que un preludio, pero la causa de que eso ocurriera está en que, en su conjunto, la sublevación carecía todavía de figura, de la cual eran una parábola los soldados que, solitarios y desconocidos, caían día y noche en combate en todas las fronteras del *Reich.*

Pues, en primer lugar, los mandos estaban demasiado impregnados, demasiado convencidos de los valores propios de un mundo que de manera unánime veía en Alemania el más peligroso de sus adversarios; por eso fue justo que tales mandos fueran derrotados y quedaran completamente barridos, mientras que los soldados alemanes del frente mostraron ser no sólo invencibles, sino también inmortales. Todos y cada uno de esos caídos están hoy más vivos que nunca y eso se debe a que, en cuanto figuras, pertenecen a la eternidad. Pero el burgués no pertenece a las figuras; de ahí que, por mucho que se engalane con la corona del príncipe o con la púrpura del general, el Tiempo lo devore.

Pero, en segundo lugar, hemos visto que la sublevación del trabajador fue preparada en la escuela del pensamiento burgués. Por ello no pudo tal sublevación coincidir con la sublevación alemana; eso es algo que apunta en el hecho de que quienes efectuaron la capitulación ante Europa, la capitulación ante el mundo, fueran, por un lado, los miembros de una capa burguesa superior de viejo estilo y, por otro, los voceros, asimismo burgueses, de una denominada «Revolución», es decir, en el fondo, los representantes de uno y el mismo tipo humano.

En Alemania, sin embargo, ninguna sublevación que vaya contra Alemania puede poseer el rango de un orden nuevo. Tal sublevación se halla condenada al fracaso ya por el mero hecho de que atenta contra una legalidad a la que ningún alemán puede sustraerse sin despojarse a sí mismo de las raíces más secretas de su propia fuerza.

De ahí que, entre nosotros, los únicos poderes capaces de combatir por la libertad son los poderes que sean simultáneamente portadores de la responsabilidad alemana. Ahora bien, puesto que el burgués no era partícipe de tal responsabilidad, ¿cómo iba a poder traspasársela al trabajador? De igual manera que el burgués, mientras gobernó, no fue capaz de lanzar la fuerza elemental del pueblo a una acción irresistible, así tampoco estuvo en condiciones, mientras aspiró al gobierno, de movilizar revolucionariamente esa fuerza. De ahí que intentase hacer que también ella participase en la traición al destino perpetrada por él.

Esa traición es irrelevante en la medida en que es mera alta traición, es decir, traición al soberano; en ese aspecto hay que verla como un proceso de autoaniquilación del orden burgués. Ahora bien, esa traición es simultáneamente traición a la patria, en tanto en cuanto el burgués intentó involucrar en su propia autoaniquilación la figura del *Reich*. Al burgués no le es dado el arte de morir y por ello intentó retrasar a cualquier precio el momento de su muerte. La culpa del burgués con respecto a la guerra está en que ni fue capaz de hacerla realmente —es decir, de hacerla en el sentido de la movilización total— ni fue tampoco capaz de perderla —es decir, de ver en su propio hundimiento su libertad suprema—. Lo que diferencia al burgués del soldado del frente es que el primero estaba al acecho, aun en la guerra, de cualquier ocasión de negociar, en tanto que para el segundo la guerra significaba un espacio en el que se trataba de morir, esto es, en el que se trataba de vivir de tal manera que quedase corroborada la figura del *Reich* — de ese *Reich* que forzosamente ha de quedarnos a nosotros, aunque ellos, los burgueses, se lleven el cuerpo.

El burgués y el soldado del frente son dos tipos diferentes de hombre; al primero se lo reconoce en que está dispuesto a negociar a cualquier precio; al segundo, en que está dispuesto a combatir a cualquier precio. La pedagogía que el burgués practicó en el trabajador consistió en educarlo para que fuera su socio en la negociación. El sentido que en eso se esconde, y que consiste en el deseo de prolongar a cualquier precio la duración de la vida de la sociedad burguesa, ha podido permanecer oculto en tanto esa

sociedad poseyó en el equilibrio de las potencias un fiel trasunto de sí misma en la política exterior. Pero la tendencia antiestatal del burgués hubo de quedar forzosamente al descubierto en el preciso instante en que apareció entre las potencias una relación diferente de la relación de negociación. No obstante, al burgués la última victoria de Europa le ayudó a hacer posible una vez más uno de esos espacios artificiosos desde cuyo ángulo de visión la figura y el destino significan lo mismo que lo insensato. El secreto de la derrota alemana está en que la muy callada ilusión abrigada por el burgués era la perduración de tal espacio, la perduración de Europa.

Aquí quedó entonces al descubierto con total claridad también el papel indigno que el burgués había pensado adjudicar al trabajador. En política interior supo hacerle creer, con mucha habilidad, que era él, el trabajador, quien tenía el dominio; pero, frente a una situación de deuda en política exterior, las reivindicaciones propias de tal dominio tenían que revelarse una y otra vez como cheques sin fondo. El plazo de protesta de tales cheques es a la vez el último plazo de vida de la sociedad burguesa; también en esto se expresa la existencia aparente de tal sociedad, pues esa existencia intenta apoyarse en los capitales del siglo XIX, que están gastados hace ya mucho tiempo.

Pero lo que el trabajador no ha de hacer es combatir contra ese espacio, ya que en él topará siempre con negociaciones y con concesiones y con ninguna otra cosa; lo que el trabajador ha de hacer con ese espacio es, sencillamente, quitárselo de encima con desprecio. Las fronteras exteriores de ese espacio han surgido de la impotencia; y sus órdenes internos, de la traición. Así es como Alemania llegó a convertirse en una colonia de Europa, en una colonia del mundo.

Ahora bien, el acto mediante el cual logra el trabajador quitarse de encima ese espacio consiste precisamente en verse a sí mismo como figura y dentro de un orden jerárquico de figuras. En eso se basa también la más honda justificación de su combate por el Estado, una justificación que ahora ha de invocar no una interpretación nueva del contrato, sino una misión encomendada de manera directa, un destino.

10

El ver figuras es un acto revolucionario por cuanto es conocer un ser en la entera y unitaria plenitud de su vida.

La gran superioridad de ese proceso está en que se efectúa tanto allende las valoraciones morales y estéticas cuanto allende las valoraciones científicas. En esa esfera lo que por lo pronto importa no es si algo es bueno o es malo, es bello o es feo, es falso o es correcto, sino cuál es la figura a que pertenece. El círculo de la responsabilidad adquiere así unas dimensiones que son enteramente incompatibles con todas las cosas que el siglo XIX entendió por justicia: en pertenecer a esta o a aquella figura es donde residen ahora la legitimación o la culpa de la persona singular.

En el preciso instante en que se conoce y reconoce eso desmorónase todo el complejo monstruosamente complicado de aparatos que una vida que se ha vuelto muy artificial ha instalado para protegerse a sí misma, puesto que la actitud que al comienzo de nuestra investigación calificamos de «inocencia más salvaje» no tiene ya necesidad de tales aparatos. Esta es la revisión a que el ser somete a la vida, y quien conoce posibilidades nuevas y mayores de vida saluda esa revisión en lo que tiene de inexorable, de tremendamente inexorable.

Uno de los medios de preparar una vida nueva y más osada es aniquilar las valoraciones propias de un espíritu que se ha vuelto abstracto y autocrático, es destruir la labor educativa que la edad burguesa ejecutó en el ser humano. Para que eso ocurra de manera fundamental, para que no ocurra como una reacción que lo único que pretende es retrotraer el mundo a la misma situación en que se encontraba hace ciento cincuenta años, es menester haber pasado por esa escuela. Lo que ahora importa es educar un tipo humano que esté desesperadamente cierto de que las reivindicaciones propias de la justicia abstracta, de la investigación libre, de la conciencia artística, han de acreditarse ante una instancia que es más alta que la que puede hacerse valer dentro de un mundo de justicia burguesa sin más.

Esto es algo que empieza ocurriendo en la esfera del pensamiento, pero es así porque al adversario hay que ir a buscarlo al campo donde está su fortaleza. La mejor respuesta al delito de alta traición contra la vida cometida por el espíritu es que éste cometa un delito de alta traición contra el «espíritu»; uno de los goces más excelsos y crueles de nuestro tiempo es estar participando en ese trabajo de voladura.

Una consideración figural del trabajador —es decir, una consideración que lo vea como figura— podría conectar con los dos fenómenos de que el pensamiento burgués extrajo su *concepto* del trabajador; esos dos fenómenos son el fenómeno de la comunidad y el fenómeno de la persona singular, los cuales tuvieron su común denominador en la noción que del ser humano poseyó el siglo XIX. Ambos fenómenos experimentan un cambio de significado cuando en ellos entra en acción una imagen nueva del ser humano.

Valdría la pena estudiar con detenimiento el modo en que, bajo aspectos heroicos, la persona singular, por un lado, aparece como el soldado desconocido que es aniquilado en los campos de batalla del trabajo, y, por otro, y precisamente por ello, se presenta como el señor y ordenador del mundo, como un tipo imperioso que está en posesión de un poder pleno vislumbrado sólo oscuramente hasta ahora. Ambas caras pertencen en propiedad a la figura del trabajador y es eso precisamente lo que las aúna en lo más hondo de sí también en aquellos sitios donde miden sus armas en una lucha a muerte.

De igual manera, también la comunidad aparece por un lado como sufriente y pasiva, por cuanto es la portadora de una obra tal que, comparada con su ímpetu, aun la más alta de las pirámides se asemeja a la punta de un alfiler; y, sin embargo, por otro lado aparece como una unidad significativa cuyo sentido depende enteramente de la existencia o inexistencia de tal obra. A ello se debe sin duda el que entre nosotros se acostumbre a discutir sobre cuál debe ser el orden en el que cabe servir a la obra y dominarla, cuando en realidad la necesidad de tal obra forma parte del destino y se encuentra, por tanto, allende todas las discusiones.

Lo dicho encuentra su expresión, entre otras cosas, en lo siguiente: en ningún momento se ha negado, ni siquiera en los movimientos de trabajadores habidos hasta ahora, que el trabajo es un hecho fundamental. Hay un fenómeno que forzosamente llena de respeto y confianza al espíritu y es que, aun en aquellos sitios donde conquistaron ya el poder tales movimientos —que, no se olvide, fueron creciendo en la escuela del pensamiento burgués—, la consecuencia inmediata de ellos no fue el aminoramiento del trabajo, sino su acrecentamiento. Más adelante comentaremos que, por un lado, esto se basa en que el nombre mismo, *trabajador*, no puede sugerir sino una actitud que ve en el trabajo su misión propia y, en consecuencia, su libertad. Por otro lado, empero, aquí se manifiesta también con toda claridad que el resorte esencial

que aquí actúa no es la opresión, sino un sentimiento nuevo de responsabilidad, y que los verdaderos y efectivos movimientos de trabajadores hay que concebirlos no como movimientos de esclavos (eso fue lo que hizo el burgués, tanto si aceptó esos movimientos como si los rechazó), sino como encubiertos movimientos de señores. Todo el que ha visto eso ha visto también la necesidad de adoptar una actitud que lo haga digno de llevar el título de trabajador.

Por tanto, la consideración figural del trabajador, su consideración como figura, no debe conectar ni con la comunidad ni con la persona singular, aunque también esos dos fenómenos hayan de ser concebidos figuralmente. Claro está que, cuando se hace eso, cambia el contenido de esas dos expresiones —«comunidad» y «persona singular»—; y ya veremos cómo dentro del mundo de trabajo es menester establecer una diferenciación entre la persona singular y la comunidad por un lado, y el individuo y la masa del siglo XIX por otro. Nuestro tiempo ha agotado sus fuerzas en esa antítesis, de modo muy similar a como las ha agotado también en otras antítesis, así la de idea y materia, la de sangre y espíritu, la de poder y derecho; pero lo único que de esas antítesis resulta son interpretaciones perspectivistas que arrojan luz sobre esta o aquella reivindicación parcial. Mucho más que eso importa el ir a buscar la figura del trabajador en otro rango, en un rango tal que, vistas desde él, tanto la persona singular cuanto asimismo la comunidad han de ser concebidas como parábolas, como representantes. Representantes del trabajador son en este sentido esos encumbramientos supremos de la persona singular que fueron vislumbrados ya tempranamente en el superhombre;* y representantes suyos son asimismo esas comunidades que viven sujetas, a la manera de las hormigas, al imperio de la obra y cuya constitución es tal que, vista desde ella, la reivindicación de un modo propio de ser, de una especificidad propia, aparece como una improcedente manifestación de la esfera privada. Esas dos actitudes vitales se han desarrollado en la escuela de la democracia; de ambas cabe decir que han pasado por tal escuela y que ahora están participando desde dos direcciones aparentemente opuestas en la aniquilación de las viejas valoraciones. Pero, como hemos dicho, ambas actitudes son parábolas de la figura del trabajador, y su unidad interna se muestra en que la voluntad de dictadura total se ve a sí misma, en el espejo de un orden nuevo, como voluntad de movilización total.

* Y vislumbrados, por cierto, a través del *medium* del individuo burgués.

Ahora bien, todo orden, sea cual sea el modo en que esté constituido, se asemeja a la red de meridianos y paralelos superpuestos a un mapa; lo que otorga significado a la red es el paisaje a que la red está referida — en eso se parece a los cambiantes nombres de las dinastías, nombres que el espíritu no necesita recordar mientras se siente conmovido por los monumentos que las conmemoran.

Y así es como la figura del trabajador está emplazada en el ser más honda y quietamente que todas las parábolas y órdenes que la corroboran, más hondamente que las constituciones y las obras, que los seres humanos y sus comunidades; todas estas cosas son como las cambiantes facciones de un rostro cuyo carácter fundamental permanece inalterado.

12

Vista en la plenitud de su ser y en la fuerza de una impronta que acaba de empezar, la figura del trabajador aparece abundante en contradicciones y tensiones internas y, no obstante, provista de una unidad prodigiosa y de una cerrada coherencia, propia de un destino. Así, en instantes en que ninguna finalidad y ningún propósito turban el ánimo, esa figura se nos revela a veces como un poder quieto y preformado.

Y así es como hay ocasiones, cuando de repente queda en silencio la tempestad de martillos y ruedas que nos rodea, en que nos parece que sale a nuestro encuentro de una manera casi corpórea la quietud que se esconde tras el exceso de movimiento; es una buena costumbre de nuestro tiempo el que, para honrar a los muertos o para grabar en la conciencia un instante dotado de significación histórica, se mande, como por una orden suprema, parar el trabajo por algunos minutos. Pues ese movimiento es un símil, es una parábola de la más íntima de las fuerzas; lo es en el mismo sentido en que, por poner un ejemplo, el significado secreto de un animal donde más claramente se revela es en su movimiento. Pero el asombro que nos produce esa detención del trabajo es en el fondo el asombro que nos produce el hecho de que nuestros oídos crean percibir por un instante los manantiales más profundos, aquellos que alimentan el decurso temporal del movimiento. Esto eleva el mencionado acto de parar el trabajo al rango de un acto de culto.

Las grandes escuelas del progreso se señalan por su falta de relación con las fuentes primordiales y por el hecho de que su

dinámica se basa en el decurso temporal del movimiento. Tal es el motivo de que las conclusiones a que esas escuelas llegan sean de suyo convincentes y, sin embargo, estén condenadas, como por una matemática diabólica, a abocar al nihilismo. Nosotros mismos hemos tenido una experiencia viva de tal cosa, ya que hemos participado en el progreso, y consideramos que la gran tarea encomendada a una generación que por largo tiempo estuvo viviendo en un paisaje primordial consiste en restablecer el contacto inmediato con la realidad.

La relación del progreso con la realidad es una relación de naturaleza derivada. En él lo que se ve es la proyección de la realidad sobre la periferia de los fenómenos; eso es algo que cabe demostrar en todos los grandes sistemas del progreso y es algo que cabe decir también de su relación con el trabajador.

Y, sin embargo, de igual modo que la ilustración es algo más profundo que la Ilustración, también el progreso posee un trasfondo propio. También él ha conocido esos instantes a que acabamos de referirnos. Hay una embriaguez cognoscitiva cuyo origen es más que lógico; y hay un orgullo por los éxitos técnicos y por la dominación ilimitada del espacio que posee una vislumbre de la más secreta voluntad de poder; ese orgullo considera que todas esas cosas son únicamente armas destinadas a unas luchas y sublevaciones nunca antes vistas, y justamente por ello tiene esas armas por preciosas y por necesitadas de unos cuidados más amorosos que los que jamás dispensó guerrero alguno a su armamento.

De ahí que para nosotros no venga al caso esa actitud que intenta oponer al progreso los medios de orden inferior propios de la ironía romántica; tal actitud constituye la segura característica de una vida debilitada en su núcleo. No es tarea nuestra el ser los antagonistas en el juego de nuestro tiempo, sino el ser jugadores que dicen *va banque* y cuya puesta total ha de ser comprendida tanto en su extensión como en su profundidad. Cuando se lo ve dentro de un cuadro más amplio, cambia de significado el sector que nuestros padres iluminaron con una luz tan intensa. La prolongación de un camino que parecía llevar a la comodidad y a la seguridad está penetrando ahora en la zona de las cosas peligrosas. En este sentido el trabajador aparece, allende el sector que le adjudicó el progreso, como el portador de la sustancia heroica fundamental que determina una vida nueva.

Nos hallamos cerca del trabajador en todos aquellos sitios donde sentimos que esa sustancia está operando; y nosotros mismos somos trabajadores en la medida en que es ella una parte de nuestra herencia. Todas las cosas de nuestro tiempo que senti-

mos como maravillosas y que en las leyendas de siglos todavía muy lejanos nos harán aparecer como una generación de magos poderosos, todas esas cosas forman parte de tal sustancia, forman parte de la figura del trabajador. Ella es la que está operando en nuestro paisaje, el cual no nos parece infinitamente extraño por la sola y única razón de que nosotros hemos nacido en él; la sangre de esa sustancia es el combustible que mueve las ruedas y humea en los ejes.

Al contemplar ese movimiento, el cual es, a pesar de todo, un movimiento monótono, parecido a un campo lleno de molinos de oración tibetanos, al contemplar los órdenes rigurosos y geométricos, semejantes a plantas de pirámides, de esas víctimas, las cuales son más numerosas que las que nunca exigieron la Inquisición y el Moloch y cuyo número es acrecentado con mortal seguridad por cada paso adelante que se da — ¿cómo unos ojos entendidos realmente en ver podrían sustraerse a la evidencia de que por detrás del velo de las causas y los efectos, por detrás de ese velo que las luchas del día hacen ondear, están operando el destino y la veneración?

La irrupción de poderes elementales en el mundo burgués

13

Hasta ahora hemos venido dando por supuesto que al trabajador le es peculiar una relación nueva con lo elemental, con la libertad y con el poder.

Los esfuerzos dedicados por el burgués a obturar herméticamente el espacio vital para evitar que lo elemental irrumpa en él son la expresión especialmente lograda de un antiquísimo afán de seguridad, afán que cabe observar por doquier en la historia del espíritu y también en cada vida singular. En este sentido hay detrás del fenómeno del burgués una posibilidad eterna que todas las edades y todos los seres humanos encontrarán dentro de sí — de modo similar a como están a disposición de cada edad y de cada ser humano las formas eternas del ataque y de la defensa, si bien no es casual cuál de esas dos formas se emplea en el momento de la decisión.

El burgués no puede prescindir desde luego de la defensa; pero lo que diferencia las murallas de un castillo de los muros de una ciudad es que las primeras son el último refugio, mientras que los segundos son el único. Aquí apunta también la razón de por qué en la política burguesa desempeña un papel especial desde sus comienzos mismos el estamento de los abogados y asimismo la razón de por qué, cuando estallan guerras entre democracias nacionales, lo que se discute es quién es el atacado, el agredido. La izquierda es la mano de la defensa.

En ningún momento se sentirá impulsado el burgués a ir a buscar por su libre voluntad el destino en el combate y el peligro, pues lo elemental queda allende su horizonte; para el burgués lo elemental es lo irracional y, por tanto, lo inmoral sin más. Y así el burgués procurará siempre apartarse de lo elemental, tanto si se le aparece en las modalidades del poder y de la pasión como si se le muestra en los elementos primordiales del Fuego, el Agua, la Tierra y el Aire.

Vistas desde este ángulo, las grandes ciudades de comienzos de nuestro siglo aparecen como los ideales alcázares de la seguridad, como el triunfo del muro en cuanto tal, el cual hace ya más de un siglo que se ha retirado de las circunvalaciones fortificadas y ahora, en forma de piedra, de asfalto, de cristal, está ciñendo la vida con unos órdenes parecidos a las celdillas de los panales y ya ha invadido, por así decirlo, sus órdenes más íntimos. Cada una de las victorias de la técnica es aquí una victoria de la comodidad, y quien determina el acceso de los elementos es la economía.

Pero lo extraordinario de la edad burguesa no está tanto en el afán de seguridad cuanto en el peculiar carácter exclusivo de tal afán. Lo extraordinario está en que aquí lo elemental aparece como lo absurdo y, en consecuencia, el muro que ciñe el orden burgués se presenta a la vez como el muro que ciñe la razón. En esto es en lo que el burgués se diferencia de otros personajes, en lo que se diferencia, por ejemplo, del creyente, del guerrero, del artista, del navegante, del cazador, del criminal, y también, como ya se ha dicho, del trabajador.

Acaso quede claro ya en este lugar el motivo por el cual el burgués siente aversión por esos y otros personajes, los cuales, por así decirlo, con sus solos atuendos llevan ya a las ciudades el olor de lo peligroso. Es la aversión por la ofensiva que va dirigida no contra la razón, sino contra el culto a la razón, ofensiva que viene ya dada por la simple presencia de las mencionadas actitudes vitales.

Una de las jugadas de ajedrez del pensamiento burgués tiene, en efecto, como objetivo el desenmascarar toda ofensiva contra el culto a la razón como una ofensiva contra la razón y, en consecuencia, el despacharla acusándola de irracional. A lo cual hay que objetar que una congruencia de esas dos ofensivas la hay únicamente dentro del mundo burgués, pues así como hay una concepción burguesa del trabajador, así hay también una razón específicamente burguesa, la cual se señala precisamente por ser incompatible con lo elemental. Las otras actitudes vitales a que acabamos de referirnos no poseen en modo alguno esa característica.

Así, para el guerrero es la batalla un proceso que se efectúa en un orden elevado; para el poeta es el conflicto trágico una situación en la que resulta posible captar con especial claridad el sentimiento de la vida; y para el criminal es una ciudad devastada por un terremoto o una ciudad en llamas un campo de actividad superlativa.

De igual manera, el creyente participa en un círculo más am-

plio de la vida llena de sentido. Con la desgracia y con el peligro, y también con el milagro, el destino inserta de forma inmediata al creyente en un régimen más poderoso, y en la tragedia se acepta el sentido de tal intervención. A los dioses les gusta manifestarse en los elementos, en los astros incandescentes, en el rayo y en el trueno, en la zarza que arde y no es consumida por las llamas. Sentado en el trono más alto de todos, Zeus se estremece de placer mientras la Tierra retumba con la batalla de los dioses y los hombres, pues así ve él corroborado enérgicamente su poder en toda su amplitud.

Hay en las relaciones con lo elemental dadas al ser humano unas que son superiores y otras que son inferiores, y hay asimismo muchos niveles en los cuales tanto la seguridad como el peligro se encuentran rodeados por uno y el mismo orden. Al burgués, por el contrario, hay que concebirlo como el ser humano que considera que la seguridad es el más alto de los valores y que guía su vida por esa idea.

El poder supremo por el cual ve garantizada el burgués esa seguridad es la razón. Cuanto más próximo al centro de la razón se halla el burgués, tanto más se desvanecen las oscuras sombras en que se ocultan las cosas peligrosas; a veces éstas se pierden a lo lejos, en tiempos en que el cielo parece estar empañado casi sólo por una pequeña nube.

El peligro se halla siempre presente, sin embargo; cual si fuera uno de los elementos, perpetuamente está intentando romper los diques de que se rodea el orden; de acuerdo con las leyes de una matemática secreta, pero insobornable, en igual proporción en que el orden sabe expulsar de sí el peligro, en esa misma proporción tórnase éste más amenazador y mortal. Pues no es sólo que el peligro quiera tener participación en todo orden, es que él mismo es también el padre de la máxima seguridad, de una seguridad en la cual no puede participar en ningún momento el burgués.

La situación ideal de seguridad que el progreso aspira a alcanzar consiste, por el contrario, en que el mundo sea dominado por la razón, la cual deberá no sólo aminorar las fuentes de lo peligroso, sino también, en última instancia, secarlas. El acto en que eso ocurre es precisamente aquel en que, a la luz de la razón, lo peligroso se revela como lo absurdo y pierde así, por tanto, su derecho a ser real. Lo que en este mundo de la razón burguesa importa es ver lo peligroso como lo absurdo; lo peligroso queda vencido en el instante mismo en que, visto en el espejo de la razón, aparece como error.

Lo dicho es algo que puede demostrarse con todo detalle y en

todas partes dentro de los órdenes espirituales y fácticos del orden burgués. En lo grande se revela en la aspiración a ver el Estado (el cual se basa en el orden jerárquico) como sociedad (la cual tiene como principio fundamental la igualdad y ha sido fundada por un acto de la razón). También se revela en la amplia construcción de un sistema de medidas de seguridad destinado a que queden repartidos de manera parigual y sometidos con ello a la razón no sólo los riesgos de la política interior y exterior, sino también los riesgos de la vida privada — es decir, se revela en unos esfuerzos que pretenden disolver el destino mediante un cálculo de probabilidades. Y se revela además en los numerosos y muy complicados esfuerzos por ver la vida anímica como un flujo de causas y efectos y de llevarla, por tanto, de una situación no susceptible de cálculo a una situación que pueda ser calculada, es decir, en el esfuerzo por encerrarla en el círculo donde ejerce su dominio la conciencia.

Todos los planteamientos, tanto los de índole artística como los de índole científica o política, que en el interior de este espacio se desarrollan, a lo que van a parar es a decir que los conflictos son evitables. Mas si los conflictos hacen acto de presencia (y eso es algo que, ante los hechos permanentes de la guerra y del crimen, es imposible dejar de ver), lo que importa es demostrar que son errores y que su repetición puede evitarse con los medios de la educación o la ilustración. Esos errores, se dice, hacen aparición únicamente porque aún no son de conocimiento general los factores de ese magno cálculo que tendrá como resultado que la población del globo terráqueo esté formada por una humanidad unitaria fundamentalmente buena y también fundamentalmente razonable y por ello también fundamentalmente asegurada.

La fe en la fuerza de convicción de tales perspectivas es uno de los motivos que hacen que la ilustración tienda a sobreestimar las fuerzas que le son dadas.

14

Antes hemos visto que lo elemental se halla siempre presente. Desde luego su expulsión podrá alcanzar unos niveles muy altos, pero tal proceso tropezará siempre con unos límites precisos, dado que lo elemental no forma parte únicamente del mundo externo, sino que también está adjudicado cual una dote inalienable a la existencia de cada persona singular. Tanto como ser natural cuanto como ser demónico el hombre vive dentro de los elementos. Nin-

gún razonamiento puede reemplazar los latidos del corazón o la actividad de los riñones y no hay ninguna magnitud, ni siquiera la denominada «razón», que no quede alguna vez supeditada a las pasiones inferiores u orgullosas de la vida.

Las fuentes de lo elemental son de dos especies. Por un lado están en el mundo, el cual es siempre peligroso, como el mar, que siempre encierra dentro de sí el peligro aun en los momentos en que no sopla el viento. Y por otro lado se hallan en el corazón humano, el cual está siempre anhelando juegos y aventuras, odios y amores, triunfos y caídas, y en todo momento se siente necesitado de peligro y también de seguridad, y siempre consideraría, y con razón, que una situación que estuviera fundamentalmente asegurada sería una situación incompleta.

La distancia a que parece haberse retirado lo elemental es una escala que nos permite medir la extensión del dominio de las valoraciones burguesas — hemos dicho *parece,* pues ya veremos que, disfrazado con máscaras banales, lo elemental sabe esconderse incluso en el centro del mundo burgués. Conviene decir, por lo pronto, que frente al burgués —el cual es el defensor nato—, lo elemental aparece en una extraña posición defensiva, la del romanticismo. En el ser humano lo elemental aparece como la actitud romántica; en el mundo, como el espacio romántico.

Al espacio romántico no le es dado tener un centro propio; ese espacio consiste únicamente en una proyección. El espacio romántico queda en la zona de sombra del mundo burgués, y la fuente de luz que de éste emana no sólo determina su extensión, sino que también logra disolverlo con facilidad, y ello en cualquier tiempo y en cualquier lugar. Esto es algo que encuentra su expresión en el hecho de que el espacio romántico nunca aparece como un espacio que esté presente; incluso cabe decir que su característica esencial es la lejanía — una lejanía cuya distancia se mide, sin embargo, con unas medidas que están tomadas del presente. «Cerca» y «lejos», «claro» y «oscuro», «día» y «noche», «sueño» y «realidad»: ésos son los puntos cardinales de la estima romántica, entendida aquí la palabra «estima» en su sentido náutico.

En su lejanía del espacio temporal el lugar del espacio romántico aparece como el pasado y, además, como un pasado coloreado por el sentimiento reflejo (el re-sentimiento) contra la situación concreta de cada momento. La lejanía del presente local se presenta como la huida que nos lleva fuera de un espacio que está completamente asegurado y que se halla saturado de conciencia; de ahí que el número de los paisajes románticos vaya decreciendo en proporción a la marcha triunfal de la técnica, la

cual es el medio más enérgico de que dispone la conciencia. Todavía ayer se hallaban por ventura los paisajes románticos «en la lejana Turquía» o en España o en Grecia; hoy acaso se encuentren aún en las selvas vírgenes que ciñen el ecuador o en los helados casquetes polares; pero mañana habrán desaparecido ya las últimas manchas blancas, es decir, los últimos territorios inexplorados, de ese prodigioso mapa de los anhelos humanos.

Lo que a nosotros nos importa saber es que una de las escapatorias de los vencidos es lo maravilloso, entendido en ese sentido que sabe evocar mágica y amorosamente los tañidos de campanas medievales o los perfumes de flores exóticas. El hombre romántico pretende instaurar las valoraciones propias de una vida elemental en la que no participa, pero cuya validez vislumbra; de ahí que no puedan faltar el engaño o la decepción. El hombre romántico se percata de que el mundo burgués es incompleto, pero el único medio que sabe oponer a tal mundo es la huida. Mas quien ha sido realmente llamado, ése se encuentra en todos los lugares y a todas horas dentro del espacio elemental.

Es así como hemos asistido al espectáculo siguiente: el triunfo del mundo burgués ha encontrado su expresión en el empeño de crear Parques Naturales en los cuales se conservan cual curiosidades los últimos restos de lo peligroso o lo extraordinario. No hay mucha diferencia entre la conservación de los últimos bisontes en el Parque de Yellowstone, por un lado, y, por otro, la alimentación de esa variopinta clase de seres humanos cuya tarea consiste en ocuparse de otros mundos.

Así como el espacio romántico aparece en la lejanía con todas las características de un espejismo del desierto, así la actitud romántica se presenta como protesta. Hay tiempos en los cuales toda relación del ser humano con lo elemental aparece como un talento romántico que lleva ya prefigurado en sí el punto de fractura. Del azar depende el que esa fractura se haga visible como un perecer en tierras lejanas o como un hundirse en la embriaguez o en la locura o en la miseria o en la muerte. Todas esas cosas son formas de huida en las cuales la persona singular rinde las armas tras haber estado recorriendo en busca de una salida el entero perímetro del mundo espiritual y corporal. A veces esa rendición de armas acontece en forma de ataque, a la manera como desde un barco que está hundiéndose se dispara a ciegas una última andanada.

Pero nosotros hemos aprendido a conocer el valor que tienen los centinelas caídos en las posiciones perdidas. Hay muchas tragedias a las que va unido un gran nombre, pero hay también otras,

anónimas, que, parecidas a una irrupción de gases tóxicos, afectan a capas enteras de seres humanos y les arrebatan el aire necesario para vivir.

A punto ha estado el burgués de convencer al corazón aventurero de que lo peligroso no existe de ninguna manera y de que la ley que gobierna el mundo y su historia es una ley económica. A los jóvenes que de noche y en medio de la niebla abandonan la casa de sus padres su sentimiento les dice que en la búsqueda del peligro hay que irse muy lejos, cruzar los mares, marchar a América, alistarse en la Legión Extranjera, escapar a los países donde crece la pimienta. Hácense así posibles unos personajes que casi no se atreven a hablar su propio lenguaje, que es un lenguaje superior, ora el lenguaje del poeta que a sí mismo se compara con el albatros cuyas alas poderosas, hechas para la tempestad, son, en un ambiente extraño y sin viento, únicamente el objeto de una fastidiosa curiosidad, ora el lenguaje del guerrero nato, el cual aparece como un haragán porque la vida del tendero le llena de asco.

15

El estallido de la guerra del 14 pone punto final a este tiempo, trazando por debajo de él una gruesa raya roja.

En el júbilo con que los voluntarios saludan esa guerra hay algo más que la liberación que sienten unos corazones a los que de la noche a la mañana se les revela una vida nueva y más peligrosa. En ese júbilo se esconde al mismo tiempo la protesta revolucionaria contra las viejas valoraciones, cuya vigencia ha prescrito irrevocablemente. A partir de ese momento se tiñe de un colorido nuevo, elemental, la corriente de los pensamientos, de los sentimientos y de los hechos. Se ha vuelto inútil seguir ocupándose en una transvaloración de los valores — ahora basta con ver las cosas nuevas y participar en ellas.

También queda trastocada de un modo extraño a partir de ese momento la aparente congruencia entre el espacio elemental y el espacio romántico. La protesta de la clase activa —activa en el sentido más hondo de la palabra—, que actúa por propia voluntad en aquellos sitios donde todos los demás parecen hallarse afectados por la irrupción de una catástrofe natural, es de todos modos una protesta que en su superficie ideal sigue refiriéndose por lo pronto al espacio romántico. Pero esa protesta se diferencia de la protesta romántica en que simultáneamente se orienta a un presente, se dirige a un «aquí y ahora» indubitable.

Muy pronto queda claro que se han vuelto insuficientes las fuentes de energía que se alimentaban de la lejanía o del pasado, las fuentes de energía, por ejemplo, de las ensoñaciones aventureras o de un patriotismo convencional. La realidad efectiva del combate reclama unas reservas distintas; y la diferencia que manifiestamente hay entre, por un lado, el entusiasmo de unas tropas que parten hacia el campo de batalla y, por otro, las acciones llevadas a cabo por esas mismas tropas en el campo de embudos de una batalla de material es la diferencia que hay entre dos mundos distintos. De ahí que también resulte imposible seguir contemplando este proceso desde alguna de las perspectivas románticas. Para poder participar de alguna manera en él es preciso ser partícipe de una independencia nueva. La aparición de ese proceso demanda el conocimiento de unos pros y unos contras diferentes de los que se hallan contenidos en las categorías del siglo XIX.

Así queda también desvelado muy claramente el alcance de la justificación de la protesta romántica. Es una protesta condenada al nihilismo por cuanto consistía en una escapatoria, en una simple antítesis frente a un mundo que estaba hundiéndose, razón por la cual dependía incondicionalmente de él. Pero en la medida en que bajo esa protesta se hallaba latente una herencia heroica auténtica, en la medida en que bajo ella había amor, tal protesta trasciende el espacio romántico y penetra en la esfera del poder.

En eso es en lo que está el secreto de que una misma generación pudiera llegar a conclusiones aparentemente contradictorias: por un lado, a la conclusión de haber quedado destrozada por la guerra; por otro, a la conclusión de haber sido hecha partícipe —gracias a la gran cercanía de la Muerte, del Fuego y de la Sangre— de una salud nunca antes sentida. La guerra del catorce no se libró únicamente entre dos grupos de naciones; se libró también entre dos edades. Y en ese sentido hay aquí en nuestro país, en Alemania, tanto vencedores como vencidos.

La transformación del espacio romántico en espacio elemental está en correspondencia con el paso de la protesta romántica a una acción que no tiene ya como característica propia la huida, sino el ataque. El modo como se efectúa ese proceso consiste en que lo peligroso, que estaba confinado en las fronteras más lejanas, parece refluir a gran velocidad hacia los centros. Y, así, es algo más que un azar el hecho de que el suceso que sirvió de ocasión a la guerra aconteciera en la periferia de Europa, en una atmósfera de penumbra política.

En todas las tensiones de este tiempo los sitios donde se originan las tempestades, los rincones donde caen los primeros rayos,

quedan en la periferia. Pero ahora están comenzando a inflamarse también los asegurados recintos del orden, cual una pólvora negra que ha estado seca durante mucho tiempo; y lo desconocido, lo extraordinario, lo peligroso se convierten no sólo en lo habitual, sino también en lo permanente. Lo que queda tras el armisticio —y sólo en apariencia ha puesto el armisticio fin al conflicto, lo que en realidad ha hecho ha sido vallar y minar todas las fronteras de Europa con sistemas completos de nuevos conflictos—, lo que queda tras el armisticio es una situación en la cual la catástrofe aparece como el *apriori* de un pensamiento modificado.

En correspondencia con ese proceso, el concepto mismo de orden entendido en el viejo sentido conviértese ahora en un concepto romántico. El burgués vive de alguna manera en los buenos viejos tiempos de la anteguerra y aparece como el hombre que procura evadirse de una realidad enteramente peligrosa huyendo a la seguridad, que se ha vuelto utópica.* El burgués continúa entregado a sus viejos afanes, de manera similar a como en un período de inflación la gente sigue utilizando durante algún tiempo las monedas habituales; pero las valoraciones propias del burgués han dejado de tener curso legal y es imposible no ver que lo que hay detrás de esas consignas que proclaman «calma y orden», «comunidad del pueblo», «pacifismo», «armisticio económico», «entendimiento», que lo que hay, en suma, detrás de la última apelación a la razón del siglo XIX es la actitud más débil — pues las mencionadas consignas pertenecen al vocabulario de la restauración burguesa, y las constituciones de tal restauración se asemejan a los tratados de paz en la circunstancia de hallarse extendidas cual unos velos tenues y provisionales sobre el avance cada vez más enérgico de los preparativos bélicos.

Lo peligroso, que antes aparecía bajo el signo de la lejanía y del pasado, domina ahora el presente. Ha irrumpido en él cual si llegara de unos tiempos remotos y de los confines del espacio, ha irrumpido en él, por así decirlo, bajo los aspectos de un astro amenazador que regresara de los abismos cósmicos por unas trayectorias en las que rigen unas leyes desconocidas. Ni el espíritu del progreso ni los febriles esfuerzos efectuados por una capa diri-

* No es casual que quienes hoy demandan seguridad sean precisamente los denominados «Estados vencedores», y, en especial, Francia, la potencia burguesa *par excellence*. La nota característica de la victoria real y efectiva consiste, por el contrario, en poder otorgar seguridad —es decir, en poder ofrecer protección—, porque se la posee de sobra.

gente que en lo más hondo de sí retrocede atemorizada ante la decisión han logrado impedir la llegada del combate. Y a pesar del incremento y de los refinamientos de los medios, el combate aparece y aparecerá, en los sitios donde se libra de manera real y efectiva, como un combate cuerpo a cuerpo de hombre a hombre. Estas son formas de combate propias de los tiempos prehistóricos, formas de las que se creía que ya sólo estaban vivas en el recuerdo o en los grandes bosques de Sudamérica. De la Tierra desgarrada por el Fuego y empapada de Sangre álzanse unos espíritus que no se dejan desterrar cuando quedan en silencio los cañones, unos espíritus que, antes al contrario, se infiltran de una manera extraña en todas las valoraciones establecidas y producen una modificación de su sentido.

Unos verán en esto la recaída en una barbarie moderna; otros lo saludarán como un baño de acero. Lo importante es ver que de nuestro mundo se ha apoderado un aflujo nuevo y todavía indomeñado de fuerzas elementales. Bajo la seguridad engañosa de unos órdenes anticuados, que únicamente son posibles en tanto dure la fatiga, tales fuerzas hállanse demasiado próximas y son demasiado destructivas como para que ninguna mirada, ni siquiera la más tosca, pueda dejar de verlas. La forma propia de esas fuerzas es la anarquía; en los años de la así llamada «paz» la anarquía resquebraja volcánicamente, en focos ardientes, la superficie.

Quien aquí siga creyendo que con los órdenes de viejo estilo es posible domeñar ese proceso pertenece a la raza de los vencidos, una raza que está condenada a la aniquilación. Lo que de aquí resulta es, antes por el contrario, la necesidad de unos órdenes nuevos en los que esté incluido lo extraordinario — de unos órdenes no calculados sobre la base de la exclusión de lo peligroso, sino engendrados por unos nuevos desposorios de la Vida con el Peligro.

Todos los indicios apuntan a esa necesidad y resulta imposible no ver que dentro de tales órdenes la posición decisiva le está adjudicada al trabajador.

Dentro del mundo de trabajo la reivindicación de libertad aparece como reivindicación de trabajo

16

En la cercanía de la Muerte, de la Sangre y de la Tierra asume el espíritu unos rasgos más duros y se tiñe de unos colores más intensos. La existencia se halla expuesta a mayores amenazas en todos sus estratos, hasta llegar a aquel género de hambre, casi caído ya en el olvido, frente al cual fracasan todas las regulaciones económicas y que coloca a la vida ante la alternativa de perecer o de conquistar.

Una actitud que quiera estar a la altura de estas decisiones tendrá que alcanzar, dentro de unas destrucciones cuyas dimensiones no son visibles todavía en su integridad, ese punto desde el cual resulta posible tener una sensación de libertad. La certidumbre de estar participando en el germen más íntimo de nuestro tiempo es una de las características de la libertad — tal certidumbre proporciona unas alas maravillosas a las acciones y a los pensamientos y en ella la libertad de quienes actúan se ve a sí misma como la expresión especial de lo necesario. Tener ese conocimiento, en el cual el destino y la libertad efectúan su encuentro en el filo de una navaja, por así decirlo, es el indicio de que la vida sigue interviniendo en el juego y de que se concibe a sí misma como la portadora de un poder y una responsabilidad históricos.

En los sitios donde está presente ese conocimiento la irrupción de lo elemental se presenta como una de esas marchas hacia abajo en que se encierra una marcha hacia arriba. Cuanto más despiadada y profundamente destruyan las llamas las cosas del pasado, tanto más dinámica, despreocupada y desconsiderada será la nueva ofensiva. Aquí la anarquía es una piedra de toque de lo indestructible, a lo cual le complace ponerse a prueba en medio de la destrucción — la anarquía se asemeja a la confusión propia de esas noches abundantes en sueños de las que el espíritu se alza pertrechado con fuerzas nuevas para órdenes nuevos.

Pero lo que otorga a este siglo ese rostro suyo tan sumamente

peculiar es precisamente que el retorno de las pasiones inquebrantadas y de los instintos fuertes y directos acontece en un paisaje donde está presente una conciencia agudísima, y que así llega a ser posible una intensificación recíproca de los medios y los poderes de la vida, una intensificación nunca antes vislumbrada ni tampoco puesta a prueba. Esa imagen —de la cual un espíritu profético intentó dar una noción mediante las figuras del Renacimiento— adquiere nitidez por vez primera en el soldado de la Gran Guerra, en su soldado auténtico, invicto; en sus instantes decisivos, en los cuales se combatía por la nueva faz de la Tierra, a ese soldado hay que concebirlo como un ser perteneciente a la prehistoria y a la vez como el portador de la más fría y cruel de las conciencias. Aquí se cortan la línea de la pasión y la línea de la matemática.

Que, por encima de todos los planteamientos y más allá de ellos, estaban llenos de sentido los acontecimientos que se desarrollaban en medio de un fuego infernal, alimentado por instrumentos de precisión, es algo que puede mostrarse sólo ahora, con retraso, y gracias únicamente a la fuerza del poeta. Pues, de igual manera, también resulta muy difícil percatarse de la relación esencial del trabajador con el mundo de trabajo, un mundo del cual el aludido paisaje de fuego es su símbolo bélico.

No faltan ciertamente esfuerzos encaminados a ofrecer interpretaciones de ese mundo, pero no nos es lícito aguardarlas ni de una especie particular de dialéctica ni de una especie particular de interés. Todos esos empeños están referidos a un ser que envuelve incluso los flancos extremos de ellos. Con todo, constituye un espectáculo estremecedor el ver la gran cantidad de agudeza intelectual, la gran masa de fe, la gran suma de sacrificios que están gastándose en combates parciales — ese espectáculo resulta soportable únicamente si se presupone que cada una de tales ofensivas posee un papel dentro de la operación de conjunto. Y, en verdad, aunque dado a ciegas, cada uno de esos golpes se asemeja a un golpe de cincel destinado a extraer de lo indeterminado alguno de los rasgos ya preformados de este tiempo nuestro y a proporcionarle una nitidez mayor.

La gran cantidad de penalidades y peligros, la destrucción de los vínculos antiguos, la índole abstracta y especializada de todas las actividades, así como su *tempo,* todas esas cosas disocian unas de otras de un modo cada vez más intenso las posiciones individuales y alimentan en el ser humano el sentimiento de hallarse perdido en una inextricable jungla de opiniones, acontecimientos e intereses. Los sistemas, las profecías, las exhortaciones

a la fe que aquí aparecen aseméjanse a los destellos súbitos de los reflectores; la luz y las sombras alternan fugazmente en tales destellos, que inmediatamente después dejan tras de sí una inseguridad mayor y unas tinieblas más profundas. Todas esas cosas son géneros nuevos de divisiones a que el ser es sometido por la conciencia y que en el fondo introducen pocos cambios. Una de las vivencias más asombrosas que uno puede tener es la de tratar a los denominados «espíritus dirigentes» de nuestro tiempo y comprobar que éste posee, a pesar de ellos, una enorme cantidad de orientación y de legalidad.

Pues en la base de esta confusión hay, pese a todo, un denominador común, aunque su naturaleza es ciertamente muy distinta de la que en sus sueños se imagina una poco profunda voluntad de llegar a un entendimiento. El creer que este mundo nuestro tiene un sentido no es sólo una necesidad — una necesidad que, por cierto, no tiene por qué debilitar ni en una sola línea la posición de combate, cualquiera que sea la índole de ésta, sino que reclama para sí las fuerzas efectivas de nuestro tiempo; el creer eso es, además, una de las características de todas las actitudes que aún poseen futuro. Es cierto desde luego que resulta más difícil que nunca alcanzar seguridad en medio de una situación que es puramente dinámica y en la que no es posible ver ningún eje; pero, después de una generación de autocomplacencia engañosa y de afectadas posturas drásticas, eso es algo que debemos saludar.

En los puntos donde reina el padecimiento, donde reina la pasividad, no puede experimentarse una sensación de libertad; sólo puede tenérsela en aquellos puntos donde hay actividad, donde se efectúa una transformación operativa del mundo. Sean cuales sean los sitios por donde anden distribuidos los portadores de la fuerza real y efectiva del mundo — es preciso que cada uno de ellos note en ocasiones la certidumbre de que, allende las circunstancias empíricas, allende los intereses, él se halla vinculado de manera muy profunda a su espacio y a su tiempo. Este hecho de estar participando en el propio espacio y en el propio tiempo, esta felicidad extraña y dolorosa de que durante segundos se hace partícipe a una existencia, es el indicio de que ésta pertenece no sólo al material de la Naturaleza, sino también al material de la Historia — es el indicio de que esa existencia conoce cuál es su tarea. Ciertamente tal pertenencia a la obra roza hasta tal punto los límites, roza hasta tal punto los márgenes en los cuales la fuerza creadora desemboca en las estructuras del espacio y del tiempo, que sólo puede hacérsela visible en imágenes situadas a grandes distancias.

17

Y así, tal vez en ningún otro momento es afectado con mayor claridad el espíritu por el significado de la obra que cuando contempla las ruinas que nos han sido legadas como testimonios de unidades de vida hundidas ya en la nada. No se trata sólo de la destrucción en sí, cuyo triunfo nos lleva a plantearnos la cuestión de lo indestructible — a preguntarnos por el contenido secreto de esos talleres abandonados hace ya mucho tiempo y cuyo sentido, sin embargo, eso lo sentimos muy bien, no puede perderse.

Llegando de remotas lejanías, el sonido de aquellos tiempos parece penetrar de algún modo en el silencio que rodea sus derribados símbolos, a la manera como el rumor del mar se conserva en las caracolas arrojadas por las olas a la playa. Es un sonido que sin duda sabemos percibir bien nosotros, cuyas azadas excavan la tierra en busca de los restos de ciudades cuyos nombres, incluso cuyos nombres, han caído en el olvido.

Esas piedras que se hallan ocultas bajo la arena del desierto o bajo la hiedra son monumentos que conmemoran no sólo el poder de los fuertes, sino también el trabajo anónimo, la más pequeña operación que aquí se efectuó con las manos. En cada una de esas piedras se ha depositado el ruido de canteras olvidadas y se han sedimentado los peligros de rutas terrestres y marítimas ya desaparecidas, el bullicio de las ciudades portuarias, los planos de los maestros de obras y las fatigas del trabajo de los esclavos; en cada una de esas piedras se han sedimentado, en suma, el espíritu, la sangre y el sudor de razas que hace ya mucho tiempo pertenecen al pasado. Tales piedras son un símbolo de esa unidad profunda de la vida que sólo en raras ocasiones es desvelada por la luz del día.

De ahí que todo espíritu que posea una relación verdadera con la historia se sienta atraído por esos parajes ante los cuales se compenetran de un modo extraño la aflicción y el orgullo. Aflicción por la fugacidad de todos los afanes, orgullo por la voluntad que, a pesar de todo, una y otra vez intenta expresar en sus símbolos que ella misma forma parte de las cosas imperecederas.

Pero también en nosotros y en nuestra actividad está viva esa voluntad.

18

Vayamos a buscar también en los confines del espacio la efigie de esa voluntad que en los confines del tiempo se nos apare-

ce, por así decirlo, como si estuviera licuada y asimismo como si estuviera purificada del juego y contrajuego de las intenciones.

Las grandes ciudades en que nosotros habitamos hállanse en nuestra representación, con todo derecho, como los puntos focales de todas las antítesis posibles. Dos calles principales de una misma ciudad pueden estar más distantes la una de la otra que el polo norte del polo sur. Es extraordinaria la frialdad que impera en las relaciones entre las personas singulares, entre los transeúntes. Coexisten en nuestras ciudades el lucro, las diversiones, el tráfico rodado, la lucha por el poder político y económico. Cada uno de sus edificios ha sido construido a instancias de una decisión precisa y para una finalidad concreta. Los estilos se han imbricado los unos en los otros de múltiples maneras; los antiguos lugares de culto hállanse rodeados de estaciones ferroviarias y de edificios comerciales, y en las afueras quedan todavía algunas granjas campesinas diseminadas en la red de las fábricas, de los campos de deporte y de los barrios residenciales.

Y bien, en ese todo que es la ciudad resulta posible penetrar conceptualmente de múltiples maneras, según sean los medios y los planteamientos que se empleen. No cabe la menor duda de que la ciudad es un lugar de producción y también un lugar de consumo y asimismo un lugar de explotación e igualmente un lugar de relaciones sociales, y un lugar de orden y un lugar de crimen y un lugar de todo lo que se quiera.

Cada una de las ciencias particulares, que están enlazadas funcionalmente entre sí, logra situar sus conceptos como denominadores por debajo de esos mecanismos; y cada día surgen ciencias nuevas, a medida que se las necesita. Para el sociólogo el todo es sociológico; para el biólogo, biológico; para el economista, económico; y el todo es eso en cada uno de sus detalles, desde los sistemas de pensamiento hasta las monedas de cinco céntimos. Tal absolutismo es el privilegio indiscutible de la visión conceptual de las cosas — en el supuesto, claro está, de que los conceptos estén formados en sí de un modo limpio, es decir, estén formados de acuerdo con las leyes de la lógica.

Aparte de esto, en nuestras ciudades viven millones de seres humanos que son capaces de enjuiciar su situación no tanto con una visión abstracta cuanto con una visión directa — en correspondencia con eso hay una cantidad equivalente de respuestas a la pregunta que se interroga por el porqué de su existencia. Finalmente, no sólo resultan de aquí puntos de partida tan numerosos como se quiera para una penetración artística de las cosas, sino que todas las aportaciones a la comedia humana pue-

den acontecer a su vez conforme a las diversas recetas de las escuelas idealistas, de las escuelas románticas o de las escuelas materialistas. Pero no sigamos hablando de eso — demasiado conocidas son las infinitas posibilidades de diferenciación. Una fuerza notifica la amplitud de sus reivindicaciones por el grado en que sabe renunciar a esas posibilidades infinitas.

Imaginémonos ahora esa ciudad vista desde una distancia más grande que la que hasta el momento logramos alcanzar con nuestros medios — imaginémosla tal como aparecería, por ejemplo, si se la viese con un telescopio desde la superficie de la Luna. Desde tales distancias se desvanece, y queda reducida a unidad la diversidad de los objetivos y de los fines. La participación del observador se torna en cierto modo más fría y más ardiente a la vez, pero, en todo caso, es diferente de la relación que la persona singular que está allá abajo mantiene, en cuanto parte, con el todo. Tal vez lo que veamos sea la imagen de una estructura especial, de la cual podemos adivinar, por múltiples indicios, que se alimenta de los jugos de una gran vida. En este punto no pensamos ya en la diferenciación de esa estructura, como tampoco la persona singular suele verse a sí misma de manera microscópica, es decir: como una suma de células.

A una mirada que se encuentre separada del juego y contrajuego de los movimientos por distancias cósmicas no puede escapársele que hay allí una unidad que se ha creado su efigie espacial. Este género de contemplación es diferente de los esfuerzos encaminados a concebir la unidad de la vida en su posibilidad más superficial, esto es, como mera adición; y la diferencia está en que el primero sí capta la creación, la obra, la cual resulta a pesar de todas las antítesis o con ayuda de ellas.

19

Ahora bien, nosotros sabemos que al ser humano no le es dado contemplar su propio tiempo con los ojos de un arqueólogo al cual se le revelase su sentido secreto —el de ese tiempo— al mirar, por ejemplo, una máquina eléctrica o un cañón de tiro rápido. Tampoco somos unos astrónomos a los cuales nuestro espacio se nos presente en la forma de una geometría que haga inmediatamente evidentes las fuerzas y contrafuerzas de un oculto sistema de coordenadas.

La actitud de la persona singular queda dificultada, antes bien, por la circunstancia de ser ella misma una antítesis, es decir, por

la circunstancia de encontrarse en la posición más avanzada de la lucha y el trabajo. Mantener esa posición y no ser, sin embargo, engullido por ella; ser no sólo material del destino, sino a la vez portador del destino; concebir la vida no sólo como un campo de batalla de lo necesario, sino simultáneamente como un campo de batalla de la libertad — poder hacer todas esas cosas requiere una capacidad que ya en páginas anteriores ha sido calificada de «realismo heroico». Esa capacidad, verdadero lujo de una generación extremadamente amenazada, es lo que está en la base de un espectáculo extraño en el cual nos hace participar nuestro tiempo: el espectáculo de que está empezando a crecer una capa dirigente unitaria en medio de un espacio colmado de una conflictividad anárquica.

En la medida en que la persona singular se sabe perteneciente al mundo de trabajo, su concepción heroica de la realidad se manifiesta en que esa persona se capta a sí misma como representante de la figura del trabajador. En páginas anteriores hemos interpretado esa figura como la portadora más íntima, como la sustancia medular, simultáneamente activa y pasiva, de este mundo que es el nuestro y que es completamente distinto de cualquier otra posibilidad. La secreta voluntad de ser representante de esa sustancia es lo que explica la sorprendente congruencia de esas ideologías que han sido desarrolladas en múltiples maneras por la moderna lucha por el poder. Y así ocurre que casi no hay ningún movimiento que pueda renunciar a la pretensión de ser un movimiento de trabajadores y casi no hay ningún programa en que no quepa descubrir ya en las primeras frases la palabra «social».

Es preciso ver que aquí está comenzando ya a anunciarse, más allá de esa mezcolanza de economía, compasión y opresión, más allá de los sentimientos reflejos —de los re-sentimientos— de los desheredados, una voluntad de poder cada vez más nítida; o, más bien, que hace ya mucho tiempo que se halla ahí presente una realidad nueva que en todas las esferas de la vida está esforzándose en llegar a una expresión unívoca de sí misma. Frente al hecho de que hay una *única* forma de poder querer, de poder usar la voluntad, resulta irrelevante la pluralidad de formulaciones con que la voluntad misma experimenta.

Incapaces de concebir el sentido de la obra de otra manera que como finalidad, y la unidad de otro modo que como número, los arteros captores de votos, los mercachifles de la libertad, los bufones del poder se sienten inquietos por la oscura vislumbre de esa magnitud nueva que es la forma en que habrá necesaria-

mente de aparecer la libertad en medio del mundo de trabajo. Mas como todas esas gentes dependen completamente del esquema moral de un cristianismo corrompido, de un cristianismo al que el trabajo mismo se le aparece como algo malvado y que transfiere la maldición bíblica a la relación material entre explotadores y explotados, tales gentes se demuestran incapaces de ver la libertad de otro modo que como algo negativo, como la redención de ciertos males.

No hay cosa más evidente que ésta, sin embargo: dentro de un mundo donde el nombre «trabajador» posee el significado de un distintivo de grado y donde la necesidad más íntima de ese mundo se concibe como trabajo, la libertad se muestra precisamente como la expresión de esa necesidad; o dicho con otras palabras: dentro de ese mundo toda reivindicación de libertad aparece como reivindicación de trabajo.

No podrá hablarse de un dominio del trabajador, de una «edad del trabajador», hasta que no salga a luz esa versión de la reivindicación de libertad. Pues lo que importa no es que tome el poder una capa política o social nueva, lo que importa es que un tipo humano nuevo, de igual alcurnia que todas las grandes figuras históricas, llene el espacio del poder y le otorgue sentido. Antes hemos rechazado el ver en el trabajador el representante de un estamento nuevo, el representante de una sociedad nueva, el representante de una economía nueva, y hemos rechazado todas esas cosas porque el trabajador, o bien no es nada, o bien es más, a saber, el representante de una figura peculiar, de una figura que actúa según sus leyes propias, que sigue su vocación propia y que participa de una libertad especial. Así como la vida caballeresca se manifestaba en que cada uno de los detalles de la actitud vital tenía como soporte el sentir caballeresco, así la vida del trabajador, o bien es autónoma, es expresión de sí misma, y, por lo tanto, es dominio, o bien no es otra cosa que el afán de participar en los derechos polvorientos, en los goces, que se han vuelto insípidos, de un tiempo periclitado.

Para poder captar eso es preciso, de todos modos, ser capaz de concebir el trabajo de un modo diferente del rutinario. Es preciso saber que en una «edad del trabajador» nada puede haber que no sea concebido como trabajo, si es que esa edad lleva su nombre con todo derecho y no se reduce simplemente a calificarse de tal, que es lo que hacen todos los partidos que hoy se denominan a sí mismos «partidos de los trabajadores». Trabajo es el *tempo* de los puños, de los pensamientos y del corazón; trabajo es la vida de día y de noche; trabajo es la ciencia, el amor, el arte,

la fe, el culto, la guerra; trabajo es la vibración del átomo y trabajo es la fuerza que mueve las estrellas y los sistemas solares.

Pero tales reivindicaciones, y muchas otras de que hablaremos más adelante, en especial la reivindicación de dar sentido a las cosas, son la característica propia de una capa de señores que está formándose. El problema, tal como se planteaba ayer, tenía esta formulación: ¿cómo llega el trabajador a tener participación en la economía, en la riqueza, en el arte, en la cultura, en la gran ciudad, en la ciencia? Pero el planteamiento de mañana se formulará así: ¿qué aspecto habrán de ofrecer todas las cosas en el espacio de poder del trabajador y qué significación les será adjudicada?

Por tanto, dentro del mundo de trabajo toda reivindicación de libertad es posible únicamente en la medida en que aparece como reivindicación de trabajo. Esto significa que el grado de libertad de la persona singular es directamente proporcional al grado en que esa persona es un trabajador. Ser trabajador, esto es, ser representante de una gran figura, de una figura que está entrando en la historia, significa: tener participación en un tipo humano que el destino ha señalado para que ejerza el dominio. ¿Es, pues, posible que uno alcance a tener, tanto si se halla en el espacio del pensamiento como si está detrás de las máquinas ruidosas o se encuentra en medio del bullicio de las ciudades mecánicas, una sensación de la conciencia de una libertad nueva, una sensación de la conciencia de hallarse en el puesto decisivo? No sólo poseemos indicios de que eso es posible, sino que además nosotros creemos que tal cosa es el presupuesto de toda intervención real y efectiva y que es en eso precisamente donde se encuentra el eje de unas modificaciones que ningún redentor se atrevió nunca a soñar.

En el instante mismo en que el ser humano se autodescubra como señor, esto es, como portador de una libertad nueva, sea cual sea el lugar en que eso ocurra, en ese instante cambiarán fundamentalmente sus circunstancias. Una vez que se haya captado eso, aparecerán como inanes muchas cosas que todavía hoy resultan apetecibles. Cabe prever que en un puro mundo de trabajo no disminuirán las cargas que gravitan sobre la persona singular, sino que incluso aumentarán — pero al mismo tiempo quedarán liberadas, para vencer esas cargas, unas fuerzas de índole enteramente diferente. Una conciencia nueva de libertad instaura unas relaciones nuevas de rango, y allí es donde se encuentra una felicidad más honda, una felicidad mejor pertrechada para la renuncia, si es que ha de hablarse siquiera de felicidad.

20

Cosas extraordinarias están preparándose en aquellos sitios donde va creciendo en medio de privaciones extremas el sentimiento de las grandes tareas de la vida — y ese sentimiento, del cual hemos procurado ofrecer algunas estampas, *va creciendo.*

La rigurosa disciplina a que se encuentra sometida una generación que está formándose en el desierto de un mundo enteramente racionalizado y moralizado invita a establecer una comparación con la evolución del prusianismo. Hay que decir que resulta perfectamente posible integrar en el mundo de trabajo el concepto prusiano de deber, entendido en su carácter inteligible, pero que las reivindicaciones que en aquel mundo se plantean son significativamente más amplias. No es casual que pueda demostrarse la presencia de la filosofía prusiana en todos los sitios del mundo donde se observan afanes nuevos.

En el concepto prusiano de deber se efectúa ese sometimiento de lo elemental que ha quedado grabado en nuestro recuerdo en múltiples formas: en el ritmo de las marchas militares, en la condena a muerte del príncipe heredero, en las espléndidas batallas que fue preciso ganar con la ayuda de una aristocracia domesticada y de unos mercenarios sometidos a un duro entrenamiento.

El único heredero posible del prusianismo, el trabajador, no excluye, empero, lo elemental, sino que lo incluye; él ha pasado por la escuela de la anarquía, por la destrucción de los vínculos antiguos, y de ahí que tenga que efectuar su reivindicación de libertad en un tiempo nuevo, en un espacio nuevo y mediante una aristocracia nueva.

La especificidad propia de ese proceso así como su amplitud dependen de la relación del trabajador con el poder.

El poder como representación de la figura del trabajador

21

Tempranamente consiguió demostrarse la validez universal de la voluntad de poder — se hizo en un trabajo que supo minar incluso los más profundos de los pasadizos de una moral de viejo estilo y ser más astuto que todas las astucias de ella.

El mencionado trabajo tiene dos caras, puesto que por un lado pertenece a un tiempo que sigue dando valor al descubrimiento de verdades universales y por otro va más allá de eso y descubre que la verdad misma es una expresión de la voluntad de poder. Es aquí donde se efectúa la explosión decisiva; ¿pero cómo iba a serle posible a la vida permanecer más de un efímero instante en esa atmósfera —una atmósfera más fuerte y más pura, pero también mortal— de un espacio pan-anárquico, a la vista de ese mar de «fuerzas que en sí mismas se desencadenan y suben como una marea», sin lanzarse ella misma, inmediatamente después, a la más dura de las resacas, como portadora de una voluntad de poder completamente determinada, que posee una especificidad propia y unos objetivos propios?

Para favorecer una moral guerrera de rango supremo nada resulta más apropiado que el aspecto violento de un mundo que se encuentra en insurrección permanente. Pero la cuestión que ahora se suscita es la cuestión de la legitimación, la cuestión de una relación especial y necesaria, pero en modo alguno dependiente de la voluntad, con el poder, relación a la que también cabe calificar de «misión».

Es precisamente esa legitimación lo que hace que un ser aparezca ya no como un poder elemental, sino como un poder histórico. El grado de legitimación es el que decide el grado de dominio que la voluntad puede alcanzar. Damos el nombre de «dominio» a una situación tal que en ella el espacio ilimitado de poder está referido a un punto desde el cual ese espacio de poder aparece como espacio de derecho.

La pura voluntad de poder, en cambio, no posee legitimación, como tampoco la posee la voluntad de fe — aquello que encuentra su expresión en esas dos actitudes, en las cuales se despedazó a sí mismo el romanticismo, no es la plenitud, sino un sentimiento de carencia.

22

De igual manera que no hay una libertad abstracta, así tampoco hay un poder abstracto. El poder es un signo de existencia y, por tanto, no hay tampoco medios de poder en sí: los medios reciben su significado del poder que se sirve de ellos.

En la edad del dominio burgués aparente o bien no cabe hablar ya de poder o bien no cabe hablar todavía de él. La demolición del Estado absoluto efectuada por los principios universales aparece como un acto grandioso de debilitamiento o desvaloración de un mundo completamente conformado. Vista desde una perspectiva modificada, esa nivelación de todas las fronteras se presenta como un acto de movilización total, como la preparación del dominio de unas magnitudes nuevas y distintas cuya aparición no se hará esperar.

En la historia de los descubrimientos geográficos y cosmográficos, en esas invenciones cuyo sentido más secreto se revela como una voluntad furibunda de omnipotencia, de omnipresencia y de omnisciencia, como una voluntad de un osadísimo *eritis-sicut-Deus,* el espíritu se ha adelantado a sí mismo, por así decirlo, con el fin de acumular un material que está aguardando con impaciencia a que se le otorgue un orden y a que se lo impregne de poder. Ha surgido de ese modo un caos de hechos, de medios de poder y de posibilidades de movimiento que se halla ahí dispuesto como el instrumental para un dominio en gran estilo.

El motivo auténtico del sufrimiento del mundo, un sufrimiento que ha crecido mucho y se ha vuelto casi universal, está en que el mencionado dominio no se ha hecho aún realidad y en que, en consecuencia, estamos viviendo en un tiempo en que los medios se presentan como más significativos que el ser humano. Sin embargo, todos los enfrentamientos, todas las luchas que estamos observando en el interior de los pueblos y entre los pueblos se asemejan a unas tareas de las cuales se aguarda que tengan como resultado una especie nueva y más decisiva de poder. La fase última, aún no clausurada, de la extinción del mundo viejo consiste

en que cada una de sus fuerzas está tratando de armarse de reivindicaciones imperialistas.

Quienes plantean tales reivindicaciones no son solamente las naciones y los cultos; las plantean también formaciones espirituales, económicas y técnicas de la más diversa índole. Una vez más cabe observar aquí que fue la edad del liberalismo la que creó los presupuestos de estos afanes tan nuevos. Fuerzas muy diversas y, en parte, muy ajenas al liberalismo se han aprovechado del adiestramiento formal por el cual se aprende a establecer ciertos valores como universalmente válidos — aquí se ha formado un ambiente que otorga un gran alcance al lenguaje.

Ni ha de sobreestimarse ni tampoco ha de subestimarse esta metódica moderna; el modo correcto de valorarla consiste en ver en ella una táctica nueva, una táctica a cuyas formas es el poder que de ellas se sirve el que les otorga una meta y un contenido. El sempiterno error de la cortedad está en que suele tomar en serio esas formas en sí mismas. De ahí que la expresión «toma del poder» sea una de esas frases hueras detrás de las cuales se oculta con preferencia la incapacidad propia de una vida debilitada. Para poner al descubierto esa incapacidad nada resulta más apropiado que una situación que le otorgue la posesión de los medios de poder.

Siempre que el resultado a que se llega es una situación de movimiento puro, de descontento demasiado banal, emerge el poder como la meta suprema, como la panacea ofrecida por los mercaderes de opio en la política. Ahora bien, el poder no es, como tampoco lo es la libertad, una magnitud que pueda ser «tomada» en algún lugar del espacio vacío o con la cual logre ponerse en relación, a su antojo, una nada cualquiera. Antes por el contrario, el poder va inseparablemente asociado a una unidad vital estable y determinada, a un ser indubitable — lo que aparece como poder es precisamente la expresión de tal ser; sin ella carece de significado el llevar las insignias.

En un movimiento real y efectivo de trabajadores el poder sustancial que dentro de tal movimiento habita resulta, en este sentido, mucho más importante que la lucha por un poder abstracto cuya posesión o no-posesión es tan inesencial como la posesión o no-posesión de una libertad abstracta.

El trabajador ocupa realmente una posición decisiva y eso es algo que cabe inferir del hecho de que hoy todas las magnitudes que poseen voluntad de poder tratan de ponerse en relación con él. Hay así partidos de trabajadores, movimientos de trabajadores, gobiernos de trabajadores de la más varia índole. Más de una

vez hemos asistido en nuestro tiempo a la «conquista del Estado» por el trabajador. Ese espectáculo es irrelevante si lo que sale a luz como resultado suyo es una consolidación del orden burgués y un nuevo recuelo de los principios liberales. Por un lado, las experiencias de esa índole indican que lo que hoy se entiende por poder estatal no posee un carácter existencial; por otro, de ellas cabe extraer la conclusión de que el trabajador no se ha concebido todavía a sí mismo en su modo diferente se ser, en su alteridad.

Mas justo esa alteridad, ese ser peculiar del trabajador, al que nosotros hemos calificado de «figura», es mucho más significativo que esa forma de poder que no es lícito en absoluto querer. Ese ser es poder en un sentido completamente diferente, ese ser es un capital original que se invierte tanto en el Estado como en el mundo y que se forja a sí mismo sus propias organizaciones, sus propios conceptos.

De ahí que dentro del mundo de trabajo el poder no pueda ser otra cosa que una representación de la figura del trabajador. Es en eso donde reside la legitimación de una voluntad de poder nueva y especial. A esa voluntad se la reconoce en que es dueña de sus armas ofensivas y de sus medios y en que mantiene con ellos no una relación derivada, sino una relación sustancial. No necesitan ser nuevas tales armas; antes por el contrario, una fuerza original se señala precisamente porque descubre en las cosas conocidas unas reservas no vislumbradas.

Un poder legitimado por el trabajador, en la medida en que aparece, por ejemplo, como lenguaje, ha de abordar al trabajador como una capa enteramente diferente de la que puede ser captada con las categorías del siglo XIX. Tal lenguaje ha de abordar a un tipo humano que concibe su reivindicación de libertad como reivindicación de trabajo y que posee ya un sentido para un lenguaje nuevo de mando. La mera presencia de tal tipo humano, la mera utilización de semejante lenguaje resultan ya de por sí más amenazadoras para el Estado liberal que todo el juego de los aparatos sociales, juego que el liberalismo jamás eliminará por la simple razón de que es uno de sus inventos.

Las actitudes a las que les es dada una relación real y efectiva con el poder cabe reconocerlas también en esto: en que no conciben al ser humano como la meta, sino como un medio, como el portador tanto del poder cuanto de la libertad. Donde el ser humano despliega su fuerza suprema, donde despliega dominio, es en todos aquellos sitios donde sirve. El secreto del auténtico lenguaje de mando está en que no hace promesas; hace exigencias.

La más honda felicidad del ser humano consiste en ser sacrificado y el arte supremo de mandar consiste en señalar metas que sean dignas del sacrificio.

La existencia de un tipo nuevo humano es un capital que aún no ha sido reclamado. Ese tipo humano nuevo es la más afilada de las armas ofensivas, es el supremo medio de poder que está a disposición de la figura del trabajador.

El manejo seguro, el empleo preciso de ese medio de poder es una característica infalible de que está operando una política nueva, de que está operando una estrategia nueva.

23

También poseen rango de armas ofensivas los medios de destrucción mediante los cuales la figura del trabajador se rodea de una zona de aniquilación, pero sin que ella misma esté sometida a sus efectos.

Con tales armas guardan relación los sistemas de un pensamiento dinámico que apuntan contra los recintos de una fe debilitada en los cuales se ha vuelto impotente la espada del Estado y se han apagado las hogueras de la Inquisición. A todos los instintos auténticos se los reconoce en que ellos sí se dan cuenta de que las cosas de que en el fondo aquí se trata no pueden ser ni unos conocimientos nuevos ni unas finalidades nuevas, y de que lo que aquí está en juego en todas las esferas de la vida es la cuestión de un dominio nuevo.

Esa cuestión ha sido decidida ya en sentido negativo, pues, en efecto, a todas las fuerzas, excepto a una, les están cerrados los accesos al poder verdadero. Hay que distinguir bien entre una zona en la que se es objeto o sujeto de la destrucción y una zona diferente, en la cual se es superior a la destrucción. Aquí cabe observar que es la aparente validez universal de una situación lo que pone en manos de la fuerza que está a su altura unos medios de poder dotados de una peligrosidad especial. Es éste uno de esos juegos donde aparentemente pueden ganar todos los jugadores que intervienen en él, pero donde en realidad sólo la banca puede hacerlo.

Es preciso saber eso si quiere apreciarse correctamente en su rango de poder situaciones concretas del pensamiento dinámico tales como la técnica. También la técnica es aparentemente una esfera neutral, una esfera de validez universal, que admite fuerzas cualesquiera. Desde un punto de vista formal no hay ninguna

diferencia entre que un particular adquiera una fábrica de máquinas con la voluntad de obtener ganancias y una cabaña o un palacio sean equipados de corriente eléctrica, o que una encíclica pontificia se sirva de la radio o un pueblo de color instale telares mecánicos o construya en sus astilleros cruceros acorazados. Pero detrás de esas modificaciones, cuyo *tempo* es tal que ya nos hemos cansado de asombrarnos, hay unas cuestiones que son diferentes de, por ejemplo, la cuestión de la práctica o la cuestión del confort.

La expresión «marcha triunfal de la técnica» es un residuo de la terminología de la Ilustración. Puede aceptarse a condición de que se vean los cadáveres que esa marcha va dejando en su camino. Pero no hay una técnica en sí, como tampoco hay una razón en sí; cada vida tiene la técnica que a ella le resulta adecuada, que le es congénita. La adopción de una técnica extranjera es un acto de sumisión cuyas consecuencias son tanto más peligrosas cuanto que se efectúa en primer lugar con el espíritu. Aquí las pérdidas habrán de ser forzosamente mayores que las ganancias. Cabe concebir la técnica de las máquinas como el símbolo de una figura especial, la figura del trabajador — servirse de las formas de la técnica es lo mismo que adoptar el ritual de un culto extranjero.

Así es como se explica también que la resistencia a la penetración de las formas de la técnica fuera especialmente enérgica en todos aquellos sitios donde ésta topó con los restos, conservados bajo el caparazón burgués que los cubría, de los tres estamentos antiguos, «eternos». Los caballeros, los sacerdotes y los campesinos barruntaron bien que aquí había más cosas que perder que las que el burgués podía vislumbrar — de ahí que no carezca de atractivo el seguir los combates, que a menudo rozan lo tragicómico, de los tres estamentos citados. Pero la extravagancia de aquel general de artillería que quiso que la salva de honor sobre su tumba fuera disparada con viejos fusiles de avancarga y no con armas de cañón rayado fue una extravagancia que indudablemente tenía un buen sentido. El verdadero soldado no empuña sino a regañadientes los nuevos medios bélicos que la técnica pone a su disposición. En los ejércitos modernos, pertrechados con los últimos medios técnicos, quienes combaten no son ya unos guerreros que constituyen un estamento y que se sirven de esos medios técnicos, sino que esos ejércitos son la expresión bélica que la figura del trabajador se otorga a sí misma.

De igual manera, ningún sacerdote cristiano debiera dudar de que lo que cabe ver en una «lámpara perpetua» que es sustituida por una bombilla eléctrica no es un asunto sacral, sino un asunto

técnico. Y así como antes hemos visto que no hay en absoluto asuntos puramente técnicos, también está fuera de duda que lo que aquí se halla en juego es algo que tiene una connotación ajena a la religión. De ahí que en aquellos sitios donde el estamento sacerdotal identifica el reino de la técnica con el reino de Satanás siga poseyendo un instinto más hondo que en aquellos otros donde instala un micrófono junto al Cuerpo de Cristo.

Y asimismo tampoco cabe hablar ya de un estamento campesino en aquellos sitios donde el agricultor se sirve de la máquina. La torpeza, teñida a menudo de superstición, que caracteriza a este estamento y de la cual se lamentan con frecuencia los químicos agrarios, los constructores de máquinas y los economistas del siglo XIX, no es una torpeza que brote de una falta de sentido económico, sino que nace de un daltonismo congénito para una especie muy determinada de economía. Y así ocurre que a menudo las granjas y plantaciones de los territorios coloniales son explotadas con unas máquinas a las que continúan cerrados los campos de cultivo que confinan con las fábricas que producen tales máquinas. El agricultor que comienza a trabajar con caballos de vapor, en sustitución de los caballos de sangre, no pertenece ya a un estamento. Es un trabajador que trabaja en condiciones especiales y que coopera en la destrucción de los órdenes estamentales igual que lo hicieron sus antecesores que se pasaron directamente a la industria. La nueva problemática a la que el agricultor se ve sometido tiene para él, lo mismo que para el trabajador industrial, esta formulación: o ser un representante de la figura del trabajador o perecer.

Volvemos a encontrar confirmado aquí lo que antes se dijo: que por trabajador no ha de entenderse ni un estamento en el sentido antiguo ni una clase en el sentido en que la concibió la dialéctica revolucionaria del siglo XIX. Las reivindicaciones del trabajador transcienden, por el contrario, todas las reivindicaciones estamentales. En especial, jamás se llegará a unos resultados verdaderamente limpios mientras se identifique al trabajador en general con la clase de los trabajadores industriales, con los «obreros». Pues eso significa contentarse con una de las manifestaciones de la figura, en lugar de ver la figura misma — la consecuencia de actuar así será por fuerza una visión borrosa de las verdaderas relaciones de poder. Es cierto que cabe ver en el trabajador industrial un tipo especialmente endurecido cuya existencia ha contribuido de manera principalísima a hacer patente la imposibilidad de seguir viviendo dentro de las viejas formas. Pero el hacerlo intervenir en el sentido de una política de clases de viejo

estilo equivale a desgastarse en resultados parciales cuando de lo que se trata es de decisiones últimas.

Tales decisiones presuponen una relación más fría y osada con el poder, una relación que ha pasado por los sentimientos reflejos —por los re-sentimientos— de los oprimidos y por el amor a las cosas anticuadas, y ha superado todo eso.

24

La superficie de la Tierra se encuentra recubierta de cascotes de imágenes que han sido derribadas. Estamos asistiendo al espectáculo de un hundimiento que no admite otro parangón que el de las catástrofes geológicas. Sería perder el tiempo el compartir el pesimismo de los destruidos o el optimismo superficial de los destructores. En un espacio del que ha quedado barrido hasta los últimos confines todo dominio real y efectivo, la voluntad de poder se halla atomizada. Sin embargo, la edad de las masas y de las fábricas representa la fragua gigantesca de las armas de un *imperium* que está surgiendo. Vistos desde él, todos los hundimientos aparecen como algo querido, como una preparación.

La aparente validez universal de todas las situaciones crea un ambiente engañoso que da en tierra de manera invisible con los vencidos y los convierte, en aquellos sitios donde ellos se figuran estar tomando opciones por sí mismos o ser más astutos que los demás, los convierte, digo, en meros objetos de una voluntad que aún no se ha personalizado. Volver más abrumadoras todas las cargas, eso es lo que hacen con una seguridad diabólica todos los medios de poder que tan fácilmente, que tan demasiado fácilmente están a disposición de todas las fuerzas. Y de lo que no puede caber duda es de la vigencia universal cuando menos del sufrimiento.

Pero lo que en modo alguno resulta accesible a todos es el lugar donde no se agarran los medios por el lado que cortan, el lugar desde el cual se hace posible adueñarse de ellos. Y ser dueño de los medios es algo muy distinto del simple usarlos. Ese adueñamiento es la característica del dominio, de la voluntad de poder legitimada. Para el mundo entero tiene la máxima importancia el que se haga realidad ese dominio, aunque ello no pueda lograrse más que en un único punto. Sólo desde él será posible resolver esas cuestiones de segundo orden que hoy se le aparecen al ser humano como las más importantes, lo cual ocurre precisamente porque en ellas la falta de dominio sale a luz con los sím-

bolos del sufrimiento. Cuestiones de ese género son, por ejemplo, la regulación de las funciones técnicas y económicas mundiales, la producción y distribución de los bienes, la delimitación y asignación de las tareas nacionales.

Es evidente que un orden mundial nuevo, consecuencia del dominio mundial, no es un regalo que caiga del cielo ni es tampoco el producto de una razón utópica, sino que pasa por el turno de trabajo de una cadena de guerras entre pueblos, o sea, de guerras internacionales, y de guerras dentro de los pueblos, o sea, de guerras civiles. Los extraordinarios preparativos bélicos que cabe observar en todos los espacios y en todas las esferas de la vida indican que el hombre está pensando en ejecutar ese trabajo. Esto es lo que colma de esperanza a todo aquel que ame en lo más íntimo al ser humano.

Tiene un valor sintomático lo siguiente: hoy, en la lucha por el poder dentro de los Estados, la gente trata de prenderse la insignia de la revolución, y, en las confrontaciones entre los Estados, la insignia de la revolución mundial, para lo cual se pone en relación con el trabajador. Necesariamente habrá de mostrarse cuál de las múltiples manifestaciones de la voluntad de poder que se sienten llamadas es la que posee la legitimación. La prueba de esa legitimación consiste en adueñarse de las cosas que han adquirido un exceso de poder — en domeñar el movimiento absoluto, cosa que sólo puede lograr un tipo humano nuevo.

Y nosotros creemos que ya está ahí, que ya existe, semejante tipo humano.

La relación de la figura con lo múltiple

25

De lo que se trataba en el curso de nuestras consideraciones anteriores era de transmitir una vislumbre del modo como en el ser humano está comenzando a apuntar una figura. Hemos de decir todavía unas palabras acerca del sentido desde el cual esa tarea se concibe a sí misma como necesaria y dentro de cuyos confines ha de permanecer.

En primer lugar, ese sentido no hay que buscarlo en la persecución de unos intereses especiales. Es decir, lo que importa no es aumentar con una representación más las múltiples representaciones que el trabajador ha encontrado hasta este momento y que continuará encontrando en lo sucesivo, aumentarlas con una representación más que pretenda ser, siguiendo el patrón usual, especialmente verdadera y especialmente decidida, para de ese modo atraer a sí una parte de las fuerzas de fe y de las fuerzas de voluntad que hoy están libres por doquier.

Es preciso saber, por el contrario, que semejante figura se encuentra allende la dialéctica, aunque sea ella la que con su propia sustancia alimenta a la dialéctica y la provee de contenido. En su sentido más significativo, semejante figura es un ser, y eso es algo que, con referencia a la persona singular, se expresa de este modo: o bien la persona singular es un trabajador o bien no lo es la mera pretensión de serlo resulta, en cambio, irrelevante. Es la cuestión de una legitimación que se sustrae tanto a la voluntad como al conocimiento, para no hablar de los indicadores sociales o económicos.

Pero así como lo que puede importar no es el presentar una parcialidad cualquiera como la instancia decisiva, así tampoco ha de entenderse la palabra «trabajador» como una perífrasis del Todo, de la Comunidad, del Bien del Pueblo, de la Idea, de lo Orgánico o como quiera se llamen esas magnitudes con que el sentimiento suele alcanzar, principalmente en Alemania, sus quie-

tistas triunfos sobre la realidad. Es ése un vocabulario propio de maestros vidrieros, que, si hace falta, podremos admitir cuando las cosas estén en orden.

Pero no es porque estén desvaneciéndose las antítesis por lo que apunta una imagen nueva del mundo, sino porque están haciéndose más inconciliables y porque todas las áreas, aun las más lejanas, están adquiriendo un carácter político. En lo que se verá que detrás de la muchedumbre de las contiendas se esconde el perfil de una figura naciente no será en el hecho de que los contendientes se unan, sino en el hecho de que sus objetivos se vuelvan muy similares, de manera que cada vez resulte más claro que sólo hay una dirección en la que pueda querer la voluntad.

Para todo aquel que no piense darse por satisfecho con la pura contemplación esto significa la agravación de los conflictos, no su resolución. El espacio en que hemos de imponernos se torna cada vez más angosto. De ahí que no será sustrayéndonos a las parcialidades, sino utilizándolas, como llegaremos a ser superiores a ellas. Una fuerza real y efectiva emplea el «más» de que dispone no para obviar las antítesis, sino para cruzar por en medio de ellas. A tal fuerza se la reconoce no en que se dedica a recrearse, desde el elevado observatorio de un Todo ilusorio, en el sentimiento de su propia superioridad, sino en que se esfuerza en ir a buscar el Todo en el combate y en que vuelve a emerger de las parcialidades en que se desgastan y perecen todas las capacidades más modestas. En el «más», en la sobreabundancia, es en lo que se delata la relación con la figura. Vista desde la perspectiva del tiempo, esa relación es sentida como referencia al porvenir.

El mencionado «más» aparece como una certidumbre última cuando se está aquende la zona del combate, y como dominio una vez que se ha recorrido esa zona de punta a punta. También es en ese «más» en donde está, en el interior de los Estados y en el interior de los Imperios, la raíz de la justicia, la cual sólo puede ser ejercida por fuerzas que sean más que partidos, más que naciones, más que magnitudes separadas y limitadas — la cual sólo puede ser ejercida, en consecuencia, por fuerzas a las que les esté encomendada una misión.

De ahí que hayamos de tener claro de dónde recibimos nuestra misión.

En segundo lugar, con referencia a la figura es preciso liberarse del pensamiento de la evolución, un pensamiento que impregna completamente nuestra edad, de igual modo que la impregnan también el psicologismo y el moralismo, es decir, el modo psicológico y el modo moral de contemplar las cosas.

Una figura *es*, y ninguna evolución la acrecienta o la aminora. De ahí que historia de la evolución no sea historia de la figura, sino, a lo sumo, su comentario dinámico. La evolución conoce comienzos y conoce finales, conoce nacimientos y conoce muertes; a todas esas cosas está sustraída la figura. La figura del ser humano era antes del nacimiento y será después de la muerte; y de igual manera una figura histórica es, en lo más hondo, independiente del tiempo y de las circunstancias de que parece surgir. Los medios de que ella se sirve son superiores, su fecundidad es inmediata. La historia no hace brotar figuras, es ella la que cambia con la figura. La historia es la tradición que un poder victorioso se otorga a sí mismo. Así es como las familias romanas retrotraían su origen hasta los semidioses y así es como habrá de escribirse una historia nueva a partir de la figura del trabajador.

Es preciso hacer constar esto por cuanto hoy ocurre que todas las interpretaciones de nuestro tiempo se impregnan de unos temples optimistas o de unos temples pesimistas según que consideren que ya ha quedado clausurada o que todavía se encuentra en plena marcha una determinada evolución.

En oposición a eso nosotros hemos calificado de «realismo heroico» la actitud propia de una generación nueva; ese realismo heroico conoce tanto el trabajo de la ofensiva como el trabajo de la posición perdida, pero considera que el hecho de que mejoren o empeoren las circunstancias atmosféricas posee un significado secundario. Hay cosas que son más importantes y que están más próximas que el comienzo y el final, la vida y la muerte. Si uno se lanza realmente al combate, siempre puede alcanzar lo más alto. Mencionemos, a modo de ejemplo, los muertos de la guerra del 14; el significado de esos muertos no queda aminorado en lo más mínimo por la circunstancia de que cayesen combatiendo en ese tiempo y no en otro diferente. Esos muertos cayeron tanto por el futuro cuanto en el sentido de la tradición. Es ésa una diferencia que, en el instante de la metamorfosis producida por la muerte, se funde en un significado superior.

Es preciso que la juventud se eduque a sí misma en ese sentido. El dibujo de una figura no puede prometer nada; puede, a lo

sumo, dar un símbolo de que, hoy como siempre, la vida posee rango y de que, para quienes sepan vivirla, sin duda merece la pena.

Ciertamente esto presupone una peculiar conciencia de rango, una conciencia que no es ni heredada ni adquirida y que le resulta del todo posible precisamente a la vida más sencilla; en tal conciencia es preciso ver la característica de una aristocracia nueva.

27

Con esto guarda relación, en tercer lugar, lo siguiente: la cuestión del valor no es una cuestión decisiva. Así como la figura hay que buscarla allende la voluntad y allende la evolución, de igual manera ella se encuentra allende los valores: la figura no posee cualidad ninguna, atributo ninguno.

De ahí que la morfología comparativa que hoy se practica no permita hacer pronósticos válidos. Tal morfología es, antes bien, un asunto de museo, una ocupación propia de coleccionistas, de románticos, de gozadores en gran estilo. La multiplicidad de los tiempos pretéritos y de los espacios lejanos se impone como una orquesta polícroma y seductora con la que lo único que está en condiciones de hacer una vida debilitada es instrumentar su propia debilidad. Pero la cortedad no deja de serlo porque, revestida con una prestada piel de león, se critique a sí misma. Esa actitud es parecida a la de aquel general que, habiendo envejecido con la táctica de línea, no reconocía su derrota porque había sido fruto de un combate librado en contra de las reglas del arte.

Pero no hay reglas del arte en ese sentido. Una edad nueva decide qué es lo que ha de tener vigencia como arte, como norma. No es el valor superior o inferior que posean lo que diferencia a las edades, lo que las diferencia es su alteridad. De ahí que querer abordar en este punto la cuestión del valor equivalga a querer introducir reglas de juego que están fuera de lugar. El hecho, por ejemplo, de que en un determinado tiempo se supiera pintar cuadros es algo que puede servir de norma únicamente en aquellos sitios donde esa actividad continúa siendo el objeto de la ambición para unas capacidades insuficientes: en esos sitios se vive de un crédito al descubierto. Mayor importancia que eso tiene el tratar de descubrir los lugares en los que *nuestro* tiempo nos concede un crédito a nosotros.

Estamos viviendo en una situación en la que resulta muy difí-

cil decir qué cosas merecen aprecio, a no ser que uno quiera contentarse con puras frases hueras — en una situación en la cual lo primero que se precisa es aprender a ver. Tal cosa se debe a que un orden jerárquico no es reemplazado por otro inmediatamente, sino que la marcha nos hace atravesar unas zonas en que los valores están en la penumbra y en que las ruinas aparecen dotadas de más significado que el albergue fugaz que se abandona cada mañana.

En esa marcha es preciso cruzar un punto desde el cual la nada aparece más apetecible que todas las cosas en las que habite todavía la más mínima posibilidad de duda. Aquí toparemos con una sociedad compuesta de almas primitivas, con una raza primordial que aún no se ha presentado como sujeto de una tarea histórica y que por ello se halla libre para tareas nuevas.

Sólo a partir de ahí se obtiene como resultado un sistema de referencias nuevo, más decisivo. No hay aquí ningún género de monedas que se acepte de buena fe. Las monedas viejas o bien son rechazadas o bien reciben un sello nuevo — y en esto puede prescindirse de averiguar si el metal en que se las acuña posee o no posee un valor absoluto. Los valores son establecidos por relación a la figura, la cual no tiene cualidad, pero es creadora. De ahí que los valores sean relativos, pero relativos en el sentido de una unilateralidad bélica desde la cual se impugnan todas las otras pretensiones que sean de especie diferente. Y así, no es sólo posible, sino que incluso es probable, que las situaciones en que nosotros nos encontramos fueran ya contempladas en las tempranas visiones de los monjes cristianos y fueran ordenadas de acuerdo con su valor — fueran vistas, por ejemplo, como el advenimiento del Anticristo. Un juicio como ése puede tener validez, pero también cabe verlo, desde una perspectiva modificada, como algo no vinculante o como material de la propia valoración. El secreto que se oculta detrás de esa contradicción no forma parte de nuestro asunto: pertenece a las cuestiones de la teología, no a las de la estrategia superior.

Las salvedades que hemos hecho permiten comprender que no es posible describir en el sentido habitual una figura. Nuestra mirada queda aquende el prisma que refracta en luces multicolores el rayo de color. Nosotros vemos, sí, las limaduras, pero lo que no vemos es el campo magnético que determina con su realidad efectiva la ordenación de las limaduras. Salen así a escena unos hombres nuevos y con ellos cambia el escenario, como movido por una mágica dirección escénica. La eterna disputa comienza a girar en torno a otras cuestiones y son otras las cosas que apare-

cen como apetecibles. Todo ha estado ahí desde siempre y todo es nuevo de una manera decisiva. Es maravilloso vislumbrar que el ser humano es mucho más profundo que la apariencia que él mismo nos ofrece — mucho más refinado que los propósitos que se imagina perseguir, mucho más significativo que los más osados sistemas con que logra testificar en favor de sí.

Si con la descripción de algunas modificaciones que ha habido en el ser humano y que nosotros consideramos significativas hemos conseguido dejar abierta una ventana en todos aquellos sitios donde aquí se habla de la figura, una ventana que el lenguaje lo único que puede hacer es enmarcar, y si hemos conseguido dejar así un hueco, un lugar vacío que el lector ha de llenar mediante una actividad diferente de la del leer, consideraremos cumplida esta parte preparatoria de nuestra tarea.

Segunda parte

28

El proceso en el cual una figura nueva, la figura del trabajador, encuentra su expresión en un tipo humano especial preséntase, por lo que se refiere al adueñarse del mundo, como la salida a escena de un principio nuevo, al que debe calificarse de *trabajo*. Este principio es el que determina las únicas formas de confrontación que son posibles en nuestro tiempo; él es el que instala la única plataforma en la que posee sentido tener encuentros, si es que pensamos siquiera tenerlos. En él es donde está el arsenal de los medios y de los métodos en cuyo manejo superior se reconoce a los representantes de un poder que está formándose.

A todo aquel que esté dispuesto a admitir que el mundo se encuentra sometido a una modificación decisiva, la cual porta en sí su sentido propio y sus leyes propias, el estudio de este cambiante modo de vivir lo convencerá de que es preciso concebir al trabajador como el sujeto de la citada modificación. Una consideración fecunda, si quiere llegar en los detalles a resultados no contradictorios, ha de captar al trabajador, con total independencia de las valoraciones, como portador de un tipo humano nuevo; y, de igual manera, el trabajo ha de presentársele por lo pronto como un modo nuevo de vivir, que tiene como objeto la superficie entera de la Tierra y que sólo en contacto con la multiplicidad de ella cobra valor y adquiere diferencias.

El significado de un principio nuevo entendido en este sentido no hay que buscarlo acaso en que ese principio eleve la vida a un nivel más alto. Antes por el contrario, tal significado reside en su alteridad. Así, el empleo de la pólvora negra tiene como efecto una estampa modificada de la guerra, estampa de la cual no cabe afirmar, sin embargo, que sea superior en rango a la estampa del arte militar de la caballería. Pero, a partir del instante en que aparece la pólvora, constituye un disparate el acudir sin cañones al campo de batalla. A un principio nuevo se lo reco-

noce en que no cabe medirlo con categorías antiguas y en que no resulta posible sustraerse a su aplicación, independientemente de que se sea el sujeto o se sea el objeto de ella.

De lo dicho se deduce la consecuencia de que para ver el vocablo «trabajo» en un sentido modificado es menester disponer de unos ojos nuevos. Tal vocablo nada tiene que ver con ese sentido moral que se expresa en la frase que habla del «sudor de la frente». Sin duda es perfectamente posible desarrollar una moral del trabajo: lo que en ese caso se hace es aplicar conceptos de trabajo a conceptos de moral, pero no a la inversa. El trabajo no es tampoco aquel trabajo *sans phrase* que en los sistemas del siglo XIX aparece como la referencia fundamental de un mundo económico. El hecho de que quepa extender mucho las valoraciones económicas, más aún, de que quepa extenderlas de manera aparentemente absoluta, tiene su explicación en que el trabajo hay que interpretarlo también económicamente, pero no en que «trabajo» sea sinónimo de «economía». Antes por el contrario, el trabajo sobresale enormemente por encima de todas las realidades económicas; acerca de ellas logra él decidir de muchas maneras, no de una sola, pero en la esfera de lo económico alcanzará únicamente resultados parciales.

El trabajo, finalmente, no es una actividad técnica. No cabe discutir que es precisamente esta técnica nuestra la que proporciona los medios decisivos, pero no son ellos los que modifican la faz del mundo; quien la modifica es la voluntad peculiar y específica que se encuentra detrás de los medios y sin la cual no son éstos otra cosa que juguetes. Con la técnica no se ahorra nada, con ella no se simplifica nada ni se resuelve nada — la técnica es el instrumental, es la proyección de un modo especial de vida, para designar el cual es *trabajo* la expresión más sencilla. Por tanto, un trabajador arrojado a una isla desierta continuaría siendo allí un trabajador, de igual manera que Robinson continuó siendo un burgués. No podría poner en conexión dos pensamientos, ni experimentar un sentimiento ni contemplar un objeto de su entorno sin que en tales actividades se reflejase su cualidad especial, la cualidad de trabajador.

El trabajo no es, por tanto, actividad en general, sino que es la expresión de un ser especial que intenta llenar su espacio propio, henchir su tiempo propio, cumplir sus leyes propias. De ahí que el trabajo no conozca nada que se le oponga fuera de sí, no conozca ninguna antítesis; se parece al fuego, el cual devora y transforma todas las cosas susceptibles de combustión y al que sólo puede disputarle el terreno su propio principio, es decir, un con-

trafuego. El espacio de trabajo es ilimitado, de igual manera que la jornada de trabajo abarca veinticuatro horas. Lo contrario del trabajo no es acaso el descanso o el ocio; no hay, desde este ángulo de visión, ninguna situación que no sea concebida como trabajo. Como ejemplo práctico de esto cabe mencionar el modo en que hoy se entregan los seres humanos a sus esparcimientos. Estos esparcimientos, o bien exhiben, como ocurre en el deporte, un patentísimo carácter de trabajo, o bien representan dentro del trabajo un contrapeso coloreado de juego, como ocurre en las diversiones, en las festividades técnicas, en las estancias en el campo, pero de ninguna manera representan lo contrario del trabajo. Con esto guarda relación el absurdo creciente de los domingos y días festivos de viejo estilo — de los domingos y días festivos de ese calendario que corresponde cada vez menos al ritmo modificado de la vida.

Es imposible no reparar en que esta tendencia hacia el todo se halla viva también en todos los sistemas de la ciencia. Si consideramos, por ejemplo, el modo en que la física moviliza la materia, el modo en que la biología sabe adivinar por debajo de los afanes proteicos de la vida su energía potencial, el modo en que la psicología se esfuerza en ver como acciones aun el dormir y el soñar, se nos hará evidente que lo que aquí está operando no es el conocimiento en general, sino un pensamiento específico.

En tales sistemas están apuntando ya sistemas propios del trabajador y lo que determina la imagen del mundo que esos sistemas tienen es un carácter de trabajo. Ciertamente es preciso, para reparar en esas cosas, cambiar el punto de vista; no es lícito mirar en la perspectiva del progreso, sino que hay que hacerlo desde el lugar en que esa perspectiva deja de tener interés — y deja de tenerlo porque una identidad especial de trabajo y ser logra garantizar una seguridad nueva, una estabilidad nueva.

Aquí, desde luego, los sistemas *cambian* su sentido. En la misma medida en que pierde importancia su carácter de conocimiento, en esa misma medida se infiltra en ellos un carácter peculiar de poder. Esto guarda similitud con el hecho por el cual una rama aparentemente pacífica de la técnica, la perfumería por ejemplo, se descubre un buen día a sí misma como productora de armas químicas y a partir de ese momento se ve requisada. Un pensamiento puramente dinámico, que, como toda situación puramente dinámica, no puede significar en sí mismo otra cosa que disolución, puede convertirse en algo positivo, puede convertirse en un arma por el hecho de quedar referido a un ser, de quedar referido a la figura del trabajador.

Considerado de ese modo, el trabajador se halla en un punto tal que en él no es ya aplicable la destrucción. Esto rige tanto para el mundo entendido como política cuanto para el mundo entendido como ciencia. Lo que en el primer caso se hace notar como la ausencia de una oposición esencial, de un contrario, en el segundo aparece como una imparcialidad nueva, como un servicio nuevo que la *ratio* presta al ser, un servicio que abre brecha en la zona del conocimiento puro y de sus defensas —esto es, de la duda— e instaura con ello la posibilidad de la fe. Es menester hallarse en los sitios donde cabe concebir la destrucción no como una clausura o terminación, sino como una anticipación. Es preciso ver que el futuro logra intervenir en el pasado y en el presente.

El trabajo, al que con relación al ser humano cabe calificar de modo de vida y con relación a su eficacia, de principio, preséntase con relación a las formas como estilo. Estos tres significados se funden entre sí de múltiples maneras, pues tienen, en efecto, su origen en la misma raíz. Con todo, la modificación del estilo se hace visible más tarde que la modificación del ser humano y de sus afanes. Y la explicación de esto se halla en que su presupuesto es la conciencia, o, para decirlo de otro modo, en que la acuñación es el último acto por el que se hace notar una moneda. Y así puede ocurrir, por citar ejemplos, que un funcionario, un soldado, un agricultor, o bien un municipio, un pueblo, una nación, se encuentren ya en un campo de fuerzas enteramente modificado y no hayan cobrado, sin embargo, conciencia de ello. A estos representantes del trabajador que ya lo son sin saberlo se enfrentan otros que creen ser trabajadores sin que quepa ya calificarlos de tales — fenómenos de esta índole intenta captarlos la vieja terminología con el concepto de «trabajador que no tiene conciencia de clase».

Pero nosotros hemos visto que una conciencia de clase entendida en ese sentido no es suficiente; la conciencia de clase es uno de los resultados del pensamiento burgués y el único efecto que puede causar es una distensión y una disolución de la situación burguesa. Se trata, por tanto, de mucho más que de la conciencia de clase, ya que el dominio que está en cuestión posee un carácter total que sólo puede ser expuesto mediante una gran extensión, pero no mediante su antítesis, es decir, mediante una última consecuencia dentro del mundo viejo.

Quien desee que dominen las fuerzas productivas ha de ser también capaz de formarse una idea total de la producción real y efectiva, una idea que conciba esa producción como una fecundidad grande y abarcadora. Pues lo que importa no es esquemati-

zar el mundo, ajustarlo a la horma de estas o de aquellas reivindicaciones especiales; lo que importa es digerirlo. Mientras estén puestos al trabajo unos espíritus monótonos, el futuro no podrá aparecer sino bajo el aspecto de la insipidez. Con todo, aunque en el principio fundamental es menester ver algo sencillo y libre de valores, también es preciso ver que son infinitas las posibilidades de configuración.

El hecho de que el nuevo estilo, decantación de una conciencia modificada, no resulte todavía conocible, sino únicamente vislumbrable, se debe a que lo pretérito no es ya real y lo venidero no es aún visible. De ahí que sea exculpable el error que considera que la uniformación del mundo viejo es la característica decisiva de nuestra situación. Ese género de uniformación pertenece, sin embargo, al reino de la descomposición — es la uniformidad de la muerte, la cual recubre el mundo. La corriente modificada sigue fluyendo perezosamente durante algún tiempo entre las consuetas orillas, de igual modo que durante algún tiempo siguieron construyéndose vagones de ferrocarril con el aspecto de diligencias, automóviles con forma de carrozas de caballos y fábricas en el estilo de iglesias góticas, o que en Alemania, quince años después de la guerra del catorce, todavía intenta la gente taparse con las mantas de las situaciones anteriores a esa guerra. Pero la corriente encierra en sí tensiones nuevas, secretos nuevos, y es menester aguzar bien los ojos para ver esas cosas.

Como una helada cae la destrucción sobre el mundo que está hundiéndose y que se halla repleto de lamentaciones por que hayan pasado ya los buenos tiempos. Tales lamentaciones no tienen fin, como tampoco lo tiene el tiempo; en ellas encuentra su expresión el lenguaje de la vejez. Pero aunque cambie mucho la configuración y se alternen sus representantes, es imposible que disminuya la suma, el potencial de vitalidad. Unas fuerzas nuevas vienen a llenar los espacios abandonados. Para mencionar una vez más el caso de la pólvora negra, se han conservado bastantes documentos que deploran la demolición de los castillos, es decir, de las sedes de una vida orgullosa e independiente. Pero pronto aparecen los hijos de la nobleza en los ejércitos de los reyes; unos hombres diferentes combaten por unas cosas diferentes en unos ejércitos diferentes. Lo que perdura es la vida elemental y sus motivos; lo que siempre cambia es, empero, el lenguaje en que se traduce la vida, la asignación de los papeles en los cuales se repite el gran juego. Los héroes, los amantes y los creyentes no se extinguen; en cada una de las edades vuelven a ser descubiertos y, en este sentido, el mito emerge en todos los

tiempos. La situación en que nosotros nos encontramos se asemeja a un entreacto; durante él está bajado el telón, y detrás del telón está efectuándose la desconcertante metamorfosis del personal y de los accesorios.

El estilo, es decir, aquello por lo cual se tornan visibles las líneas nuevas, cabe concebirlo como la clausura, como la acuñación última que se da a unas modificaciones precedentes; pero el estilo instaura a la vez el comienzo de la lucha por el dominio del mundo de los objetos. En su esencia, ciertamente, ya se ha efectuado ese dominio; mas para salir de su carácter anónimo precisa, por así decirlo, de un lenguaje en el cual negociar, en el cual formular las órdenes y hacerlas comprensibles a la obediencia. Precisa de la escenografía que permita ver cuáles son las cosas apetecibles y cuáles son los medios con que ha de confrontarse.

Las aniquiladoras modificaciones de las formaciones naturales y espirituales en toda la faz de la Tierra cabe concebirlas como los preparativos de la mencionada escenografía. Las masas y los individuos, los sexos, las razas, los pueblos, las naciones, los paisajes, y también los personajes, las profesiones, las instituciones, los sistemas y los Estados hállanse expuestos de manera parigual a una intervención que por lo pronto se presenta como la aniquilación completa de sus leyes. En la esfera de las ideologías esa situación está colmada de debates entre, por un lado, los defensores de unas valoraciones destinadas a sucumbir y, por otro, unas cabezas fofas a las cuales el barniz nihilista se les aparece como un valor.

Lo único que en tal situación nos resulta digno de atención es la preparación de una unidad nueva del lugar, el tiempo y el personaje, la preparación de una unidad dramática cuya aparición cabe vislumbrar detrás de las ruinas de la cultura y bajo la máscara mortal de la civilización.

29

La situación en que nos encontramos nosotros, qué lejos se halla, sin embargo, de esa unidad capaz de garantizar una seguridad nueva y un nuevo orden jerárquico de la vida. No hay en nuestra situación ninguna unidad visible, salvo la de las modificaciones vertiginosas.

Nuestro estudio ha de acomodarse a ese hecho si no quiere darse por contento con la seguridad engañosa de las islas artificiales. Es cierto que aquí no escasean los sistemas, los principios,

las autoridades, los pedagogos y las cosmovisiones — pero lo que en todas esas cosas mueve a sospecha es que se ofrecen a un precio muy bajo. Su número aumenta en la misma medida en que la debilidad se siente necesitada de una seguridad dudosa. Es un espectáculo de charlatanes que prometen más de lo que es posible cumplir y de pacientes a quienes la salud artificial de los sanatorios se les aparece como apetecible. De lo que en definitiva se tiene miedo es del hierro; pero no será posible eludirlo.

Hemos de reparar bien en que nosotros hemos nacido en un paisaje de hielo y de fuego. Las cosas del pasado están hechas de tal manera que no podemos aferrarnos a ellas; y las que están naciendo poseen una constitución tal que no podemos instalarnos en ellas. Este paisaje presupone como actitud un grado altísimo de escepticismo bélico. No es lícito que nos encuentren en aquellos sectores del frente que hay que defender, sino en aquellos donde se actúa. Es preciso atraer a sí las reservas de tal manera que resulten invisibles y se hallen más seguras que si estuvieran encerradas en casamatas blindadas. No hay banderas, salvo las que uno mismo lleva sobre su cuerpo. ¿Es posible poseer una fe sin dogmas, un mundo sin dioses, un saber sin máximas y una patria que no pueda ser ocupada por ningún poder del mundo? Son éstas unas preguntas en las que la persona singular ha de examinar la categoría de sus armas. No escasean los soldados desconocidos; más importantes que ellos es el *Reich* desconocido sobre cuya existencia no es preciso llegar a ningún entendimiento.

Unicamente así aparece iluminado de un modo correcto el escenario de este tiempo: como un terreno de lucha que, para quien sabe apreciarlo bien, se halla más lleno de tensiones y es más abundante en decisiones que ningún otro. El punto secreto de atracción que confiere valor a los movimientos es la victoria, cuya figura es representante también de los esfuerzos y los sacrificios de los destacamentos perdidos. Sólo que aquí no se encuentra a gusto, no se encuentra como en su propia casa, nadie que no piense hacer la guerra.

Unicamente así, desde la conciencia propia de una actitud bélica, resulta posible adjudicar a las cosas que nos rodean el valor que les corresponde. Es un valor parecido al que les es peculiar a los puntos y sistemas de un terreno de lucha: un valor táctico. Esto quiere decir que hay ciertas cosas que en el transcurso del movimiento poseen una seriedad mortal y que, sin embargo, se tornan insignificantes luego que han quedado rebasadas por el movimiento, de igual manera que en el terreno de combate una aldea abandonada o un bosquecillo devastado aparecen como los sím-

bolos tácticos de la voluntad estratégica y son dignos, en cuanto tales, de los esfuerzos supremos. Si uno no piensa ceder a la resignación, ha de ver nuestro mundo en ese sentido: verlo como algo completamente móvil y, sin embargo, tendente a lo fijo, verlo como algo desierto y, sin embargo, no carente de señales de fuego por las cuales se ve corroborada la voluntad más íntima.

Lo que puede verse no es por ventura el orden definitivo, sino la modificación del desorden bajo el cual cabe adivinar una gran ley. Es el cambio de posición lo que hace que cada día sea menester tomar una deriva nueva, mientras el continente que se aspira a descubrir sigue envuelto en la oscuridad. Nosotros sabemos, empero, que el continente existe, que es real, y esa certeza encuentra su expresión en nuestra participación en la lucha. De esa manera hacemos indudablemente más aportaciones que las que vislumbramos; y lo que nos recompensa es la transparencia con que ese «más» ilumina de cuando en cuando nuestra actividad.

Si, después de haber hablado del ser humano, ahora hablamos aquí de su actividad y le concedemos importancia, eso sólo puede ocurrir en el sentido de la mencionada transparencia.

Nosotros sabemos cuál es la figura cuyo perfil está comenzando de ese modo a dibujarse.

El ocaso de la masa y del individuo

30

Para Ahasvero, que recomienza su peregrinaje en el año de 1933, la sociedad humana y su actividad ofrecen un aspecto extraño.

Ahasvero abandonó la sociedad humana en un tiempo en que, tras muchas tormentas y vacilaciones, comenzaba a instalarse en Europa la democracia y ahora la reencuentra dotada de una constitución en la cual el dominio de esa democracia se ha vuelto tan indubitable, tan obvio, que puede prescindir de su predicado dialéctico, el liberalismo — prescindir de él al menos en la realidad, bien que no en su fraseología oficial. Lo que se sigue de esa situación es una igualdad notable y peligrosa de los seres humanos — peligrosa porque se han perdido las seguridades que proporcionaba la articulación antigua.

¿Cuál es la visión que se ofrece a una conciencia apátrida que se ve arrojada al centro de una de nuestras grandes ciudades y trata de adivinar como en sueños las leyes que rigen en los procesos? La visión de un movimiento superlativo que se efectúa con un rigor impersonal. Tal movimiento es amenazador y uniforme; hace desfilar unas al lado de otras unas cintas de masas mecánicas cuyo flujo uniforme viene regulado por señales acústicas y ópticas. Un orden meticuloso imprime el sello de la conciencia, del trabajo preciso del entendimiento, a esa maquinaria que se desliza y gira y que se asemeja al funcionamiento de un reloj o de un molino; el todo aparece al mismo tiempo, sin embargo, como algo parecido a un juego, en el sentido de un pasatiempo automático.

Esta impresión se hace más intensa a ciertas horas en que el movimiento alcanza un grado de orgía que aturde y extenúa los sentidos. Las pesadas cargas que aquí son vencidas escaparían tal vez a la percepción si unos sonidos silbantes y ululantes, en los que se expresa de manera inmediata una imperiosa amenaza de muerte, no llamara su atención sobre el grado de las fuerzas

mecánicas que aquí están operando. Realmente el tráfico se ha desarrollado hasta convertirse en una especie de Moloch que año tras año devora una suma de víctimas sólo comparable a las de una guerra. Esas víctimas sucumben en una zona moralmente neutra; el modo en que se las percibe es de naturaleza estadística.

La especie de movimiento de que aquí estamos hablando no domina tan sólo, sin embargo, el ritmo de los fríos y ardientes cerebros artificiales que el ser humano se ha creado y en los que fosforece el brillo de unas luces gélidas. Ese movimiento es perceptible hasta donde alcanzan a ver los ojos; y en este tiempo nuestro los ojos alcanzan a ver muy lejos. Tampoco es únicamente el tráfico —la superación mecánica de la distancia, que aspira a alcanzar la velocidad de los proyectiles— aquello de que se ha apoderado el movimiento. El movimiento se ha apoderado de toda actividad en cuanto tal. Cabe observar el movimiento en los campos de cutivo donde se siembra y se recoge la cosecha, cabe observarlo en las minas de las que se extrae el acero y el carbón y cabe observarlo en los diques ante los que se represa el agua de los ríos y los lagos. El movimiento está trabajando, en millares de variantes, tanto en el más pequeño de los bancos de taller como en las grandes zonas de la producción. El movimiento no falta ni en los laboratorios de la ciencia ni en las oficinas del comercio ni en ningún edificio oficial o privado. No hay un solo sitio, por muy remoto que sea, en el cual no esté martilleando, accionando o emitiendo señales el movimiento — ya sea el sitio en que un buque se hunde de noche en el océano, ya sea el sitio en que una expedición ha penetrado en los hielos polares. El movimiento se halla tanto en los sitios donde los seres humanos piensan y actúan como en los sitios donde combaten y donde se divierten. Hay aquí lugares, que son maravillosos y angustiantes, en los cuales la vida se reproduce a lo largo de cintas deslizantes, en tanto resuenan el lenguaje y el canto de voces artificiales. Hay campos de batalla que se parecen a paisajes lunares y en los cuales rige una alternancia abstracta de fuego y movimiento.

Los ojos de un extraño son los únicos que pueden ver realmente ese movimiento, puesto que, parecido al aire que respiramos, envuelve completamente la conciencia de quienes han nacido dentro de él y es tan sencillo como maravilloso. De ahí que resulte extremadamente difícil y tal vez imposible el describirlo, de igual modo que no puede describirse la musicalidad de un idioma o el grito de un animal. Sin embargo, es suficiente haberlo visto una sola vez en algún lugar para reconocerlo en todas partes.

En el movimiento apunta el lenguaje propio del trabajo, un

lenguaje que es primitivo y también envolvente, un lenguaje que se afana en trasladarse a todas las cosas que pueden ser pensadas, sentidas, queridas.

La pregunta por la esencia de ese lenguaje, pregunta que sin duda se suscitará en el observador, insinúa como respuesta la siguiente: tal esencia hay que buscarla en lo mecánico. Pero a medida que va acumulándose el material de observación, se impone el conocimiento de que en este espacio falla la vieja distinción entre las fuerzas mecánicas y las fuerzas orgánicas.*

De ahí que todas las fronteras se encuentren aquí extrañamente borradas; y sería inútil el ponerse a sopesar si es que la vida está notando en medida creciente el impulso a exteriorizarse de un modo mecánico o es que unos poderes especiales, disfrazados con ropajes mecánicos, están comenzando a extender su imperio sobre los seres vivos. Cabe desarrollar de manera consecuente tanto lo uno como lo otro, con la diferencia de que en el primer caso la vida aparece como activa, inventiva, constructiva, y en el segundo, como pasiva y expulsada de sus zonas genuinas. Pero el ponerse a razonar acerca de esto significa tan sólo someter a un cambio de terreno la cuestión eternamente insoluble de la libertad de la voluntad. Sean cuales sean las regiones de las que proceda esa invasión y sea cual sea la actitud que frente a ella se adopte — lo cierto es que no cabe dudar de su realidad ineluctable. Esto se vuelve claro en toda su amplitud cuando se mira con detenimiento el papel que en este espectáculo el ser humano mismo tiene — y da igual que en él veamos a su actor o que veamos a su autor.

31

Para llegar a ver al ser humano se necesita ciertamente un esfuerzo especial — y esto no deja de ser raro en una edad en la que el ser humano aparece *en masse*. Una experiencia que una y otra vez llena de asombro a quien camina por este paisaje inaudito, que aún se halla en los inicios de su desarrollo, es la siguiente: uno puede estar cruzando durante días tal paisaje sin que en su recuerdo queden prendidos ningún personaje especial ni ningún rostro humano especial.

* Esto resulta especialmente claro, por ejemplo, cuando se observan formaciones mínimas y formaciones máximas, tales como la célula y los planetas.

Desde luego está fuera de duda que la persona singular ya no se destaca con entera plasticidad contra su transfondo natural, arquitectónico o social, como ocurría en la edad del absolutismo de los príncipes. Más significativo que ese hecho es, empero, este otro: que aun el reflejo último de tal plasticidad, reflejo que se ha transferido al individuo merced al concepto de libertad burguesa, está comenzando a desvanecerse y a rozar el ridículo en todos aquellos sitios donde todavía se lo reclama. Así ocurre que la indumentaria burguesa (y sobre todo la ropa burguesa de fiesta) está comenzando de alguna manera a volverse ridícula — de igual manera que están tornándose ridículos tanto el ejercicio de los derechos burgueses, en especial el derecho de voto, cuanto las personalidades y las corporaciones que son las representantes de tal derecho.

La persona singular no logra ya revestirse de la dignidad del personaje, pero tampoco aparece como un individuo, ni la masa aparece como una suma de individuos — es decir, como una cantidad numerable. Cualquiera que sea el sitio en que nos topemos con la masa, resulta imposible no ver que está comenzando a ser invadida por una estructura diferente. La masa se ofrece a la percepción en bandas, mallas, cadenas y cintas de rostros que pasan rápidamente a nuestro lado con la velocidad del rayo; también se muestra en columnas de hormigas cuyo movimiento de avance no está ya sujeto al arbitrio de cada cual, sino a una disciplina automática.

Tampoco es posible dejar de ver esa misma modificación en los lugares donde lo que da ocasión a la formación de masas no son el deber, los negocios, la profesión, sino, por ejemplo, la política, las diversiones, los espectáculos. La gente no pertenece ya a una asociación o a un partido, sino a un movimiento o a un séquito. Aun prescindiendo de que nuestro tiempo ha reducido al mínimo las diferencias entre las personas singulares, la gente tiene además una predilección especial por el uniforme, por el ritmo de los sentimientos, de los pensamientos y de los movimientos.

Al observador no puede extrañarle, pues, que aquí hayan ido perdiéndose casi todo las huellas de una articulación por estamentos. Lo que de representación estamental se ha conservado todavía, eso se ha refugiado en islas artificiales.* En el público provocan asombro los gestos estamentales, el lenguaje estamental, los atuendos estamentales, a no ser que, por así decirlo, queden

* Un ejemplo de «isla artificial»: la *Kaiser-Wilhelm-Gedächtnis-Kirche* [iglesia conmemorativa del emperador Guillermo] en Berlín.

disculpados por ocasiones cuyo sentido podemos calificar de «atavismo de la fiesta». Los lugares donde la Iglesia busca hoy imponer sus decisiones no están allí donde sus representantes aparecen revestidos con los ornamentos sacerdotales, sino allí donde se presentan con el traje del plenipotenciario.* De igual manera, la guerra se hace no en los sitios donde vemos adornados a los soldados con las insignias estamentales, sino en los sitios donde manejan de manera poco vistosa los volantes y las palancas de sus máquinas de combate, en los sitios donde atraviesan, cubiertos con una mascarilla y con envolturas protectoras, las zonas invadidas por los gases asfixiantes, o en los sitios donde se hallan inclinados sobre los mapas y rodeados del zumbido de los teléfonos y del tableteo de los telégrafos.

De una articulación por estamentos y de la cantidad adecuada de personajes que sean sus representantes no podemos descubrir ya otra cosa que meros vestigios, y, de igual manera, también cabe observar que cuando menos se ha vuelto difícil el diferenciar a los individuos por clases, por castas o aun por profesiones. En ninguno de los sitios donde se intenta ordenar y agrupar en clases a los individuos partiendo de principios éticos, sociales y políticos, en ninguno de esos sitios se está en los lugares decisivos del frente — al actuar así lo que se hace es moverse en una provincia del siglo XIX, una provincia que el liberalismo, en una actividad de decenios, ha nivelado hasta tal punto merced al derecho de sufragio universal, merced al servicio militar obligatorio, merced a la enseñanza general obligatoria, merced a la movilización de los bienes raíces y a otros principios similares, que hace que todo seguir esforzándose en ese sentido y con esos medios aparezca como un mero jugueteo.

Lo que acaso no es posible ver todavía con igual nitidez es, empero, el modo en que también está empezando a quedar limada la diversidad de las profesiones. Es cierto que a primera vista el observador no puede sustraerse a la impresión de una multiplicidad extraordinaria. Pero hay una gran diferencia entre la manera como, por ejemplo, los gremios antiguos adjudicaban a alguien una actividad y la manera en que hoy se especializa el trabajo. En el primer caso el trabajo es una magnitud estable y divisible, en el segundo caso es una función que se pone en relación de

* En la aparición en escena, en conexión con la Reforma protestante, de la Orden de los jesuitas y del ejército prusiano apuntan ya principios de trabajo; naturalmente, si se valoran esas cosas a partir de la figura del trabajador.

modo total con otras funciones. De ahí que no sólo aparezcan aquí como trabajo muchas cosas de las que antes ni se soñaba que lo fueran (por ejemplo, el fútbol), sino que además esté irrumpiendo de un modo cada vez más enérgico en las áreas especiales un carácter total de trabajo. Ahora bien, el carácter total de trabajo es el modo en que la figura del trabajador está comenzando a penetrar el mundo.

Y así, mientras están intensificándose el crecimiento y la fragmentación de las áreas especiales y, con ello, el crecimiento y la fragmentación de las profesiones, de los géneros y posibilidades de actividad, ocurre que la actividad misma está simultáneamente uniformándose y en cada uno de sus matices expresa, por así decirlo, el mismo movimiento primordial. Surge de este modo la imagen de un esfuerzo extraño, que cabe observar en millares de sectores. El resultado es una estupefaciente identidad de los procesos, la cual, a su vez, sólo puede ser captada en toda su amplitud por los ojos de un extraño. Esta agitación se asemeja a las cambiantes imágenes de una *lanterna magica* iluminada por una fuente de luz constante. ¿Cómo va a discernir Ahasvero si está asistiendo a una sesión de fotografía en un estudio o a una exploración médica en una clínica de enfermedades internas, cómo va a discernir si está cruzando una zona de batalla o una zona industrial, y cómo va a discernir si al hombre que desliza bajo la máquina de sellar los millones de ingresos de un banco o de una oficina de cheques postales hay que considerarlo como un funcionario y al que repite ese mismo movimiento en las perforadoras de una acería hay que considerarlo como un trabajador? Y los que están entregados a esas actividades, ¿según qué puntos de vista se disciernen a sí mismos?

Con esto guarda relación lo siguiente: el concepto de producción personal está comenzando a experimentar unos cambios profundos. La verdadera causa de tal fenómeno hay que buscarla en que el centro de gravedad de la actividad está desplazándose del carácter individual de trabajo al carácter total de trabajo.* Y en esa misma medida se torna cada vez más inesencial quién sea el personaje, cuál sea el nombre propio a que va asociado el trabajo. Esto rige no sólo para el acto propiamente dicho, sino que rige

* De ahí que estén destinadas al fracaso todas las medidas que se tomen dentro de la empresa industrial para reforzar la conciencia individual de trabajo. La necesidad de una maniobra estereotipada no está justificada en ninguno de los niveles en que desempeñen un papel el gusto o el disgusto del individuo.

también para toda especie de actividad en general. Aquí cabe mencionar el fenómeno del soldado anónimo; con todo, es preciso saber que tal fenómeno no pertenece a un mundo de sufrimiento individual, sino que pertenece al mundo de las figuras.

Ahora bien, no existe sólo el soldado desconocido, existe también el jefe de Estado Mayor desconocido. Sea cual sea la dirección a que se vuelvan los ojos, siempre ven un trabajo que es efectuado en ese sentido anónimo. Y esto mismo rige también para aquellas áreas con las cuales parecen mantener una relación especial los esfuerzos individuales y que son reclamadas por ellos con preferencia — por ejemplo, la actividad constructiva.

Ocurre así no sólo que a menudo permanece en la oscuridad el verdadero origen de inventos científicos y técnicos importantísimos, sino también que la duplicidad de los inventores aumenta en una manera tal que pone en peligro el sentido del derecho de patente. Esta situación se asemeja a un tejido al cual se enhebrase cada nueva malla con una pluralidad de hilos. Es cierto que se mencionan nombres propios, pero tal cosa tiene algo de accidental; es como el destello repentino del eslabón de una cadena cuyos presupuestos permanecen sumidos en la oscuridad. Hay una previsión de los descubrimientos que otorga un carácter secundario a la intervención individual afortunada: hay materias de la química orgánica que nunca han sido vistas y que, sin embargo, son conocidas hasta en sus propiedades, y hay estrellas sobre las que ya se han hecho cálculos, pero que ningún telescopio ha encontrado todavía.

Sería una tentativa superficial, dicho sea de paso, el transferir a fuerzas colectivas, tales como institutos científicos, laboratorios técnicos o complejos industriales, el saldo activo que aquí parece perderse para la persona singular; eso cabría considerarlo, más bien, como una deuda que se paga a los inventores del horno, de la vela o de la espada. Mayor importancia tiene, empero, el ver que el carácter total de trabajo rompe tanto las fronteras colectivas como las fronteras individuales y que ésa es la fuente a la que están referidas todas las producciones de nuestro tiempo.

El grado que ha alcanzado ya el proceso de disolución del individuo cabe adivinarlo mejor si estudiamos el modo en que está empezando a cambiar la relación entre los sexos. Aquí se plantea el problema de si tal modificación es siquiera posible. No lo es, ciertamente, en el sentido en que esa relación, igual que, por ejemplo, la lucha, forma parte de las relaciones elementales, de las protorrelaciones. Pero aquí cabe observar el mismo cambio que

otorga a la guerra en la edad del trabajador una faz tan completamente diferente de la que tenía en la época burguesa — una faz que exhibe rasgos de una sobriedad mayor y, al mismo tiempo, de una fuerza elemental más poderosa.

En este sentido cabe decir que al descubrimiento del individuo se asoció el descubrimiento de un amor nuevo, un amor al que le está adjudicada una duración determinada, aunque alcance las profundidades. Han palidecido los encendidos colores de *La nueva Eloísa,* de igual modo que han palidecido también los ingenuos colores con que se describe el despertar de Pablo y Virginia en sus selvas vírgenes; y ya no hay ningún chino que «con mano temblorosa pinte en el cristal Wertheres y Carlotas». También estas cosas han pasado a formar parte de los buenos tiempos antiguos; y ese conocimiento se le presenta al ser humano, igual que todos los conocimientos de esa índole, como un proceso de empobrecimiento.

Cuando Ahasvero abandona las grandes ciudades para recorrer los campos se convierte en testigo de un nuevo retorno a la Naturaleza. Los ríos, los lagos, los bosques, las costas de los mares, las nevadas pendientes de las montañas, todos esos sitios los encuentra poblados por unas tribus cuyas actividades guardan semejanza con la vida de los indios, de los habitantes de las islas de los mares del Sur o de los esquimales.

Pero no se trata ya de aquella Naturaleza con la cual se recreaba la aristocracia francesa en las pequeñas granjas y pabellones de caza que se hacía construir a mil pasos de Trianon; no se trata tampoco de aquel «cielo más azul» de Italia, ni de aquella Florencia en la que el individuo burgués vive como un parásito en los cuerpos y miembros del Renacimiento.

Esto de que aquí estamos hablando cabe calificarlo, antes por el contrario, de un género particular de nuevo sansculotismo, de una consecuencia necesaria de la democracia, que encontró ya su temprana expresión de las *Hojas de hierba* de Walt Whitman. También aquí se ha formado una epidermis nihilista — el higienismo, los superficiales cultos del Sol, el deporte, la educación física, en suma: un *ethos* de la esterilidad que no merece que nos detengamos a mirarlo. En general es una nota característica de este tiempo la extraña desproporción que hay entre la sucesión rigurosa de los hechos, por un lado, y las justificaciones morales e ideológicas que los acompañan, por otro. En todo caso es evidente que aquí no puede hablarse ya de relaciones entre individuos.

Las características a que se concede valor han experimentado

modificaciones; son de esa *naturaleza más sencilla, más tonta,* que indica que aquí está empezando a cobrar vida una voluntad de formar una raza — de formar un tipo determinado, cuyo equipamiento es más unitario y se halla mejor adaptado a las tareas que es preciso efectuar en el interior de un orden definido por el carácter total de trabajo. Esto se halla en conexión con el hecho de que están disminuyendo cada vez más las diversas posibilidades de la vida como tal, en beneficio de una posibilidad única que devora todas las demás y corre presurosa hacia situaciones propias de un orden de acero. El futuro está creándose la raza que necesita, y basta con escuchar atentamente lo que dicen hoy los niños en sus juegos para saber que de ellos cabe aguardar cosas extrañas.

Es lícito pasar por alto la voluntad de esterilidad si pensamos ir a buscar la vida a los sitios donde más fuerte es — ¿pues quién seguiría dudando todavía de cuál es el destino que espera a esas cosas que aquí están hundiéndose en su ocaso? Este es uno de los modos de morir, tal vez el más descolorido, que tiene el individuo; su motivación es de naturaleza individual y su práctica, digna de elogio. Pero lo que aún no es posible vislumbrar en toda su amplitud, bajo el confusionismo de los debates jurídicos y médicos, es la posibilidad de irrupciones nuevas, temibles, del Estado en la esfera privada; están a punto de llegar, bajo la máscara de la asistencia sanitaria y social.

Una evolución que todavía a principios de nuestro siglo parecía prometer una nueva Sodoma y una nueva Gomorra, es decir, un refinamiento extremo de los jugos nerviosos, está comenzando, pues, a tomar un giro igual de sorprendente que otras varias evoluciones. El París de este tiempo nuestro, con su exportación de vestidos, con sus comedias, con sus novelas de costumbres y de sociedad, se ha convertido de alguna manera en una provincia; en París el burgués que viaja procura divertirse, de igual modo que en Florencia trata de cultivarse.

Y también se ha convertido en un personaje provinciano el *bohémien,* con sus revistas y sus cafés, con el esteticismo de sus pensamientos y sentimientos; arrastra la misma dolencia que la sociedad burguesa, de la cual depende enteramente, sea cual sea la posición negativa que frente a ella se figure adoptar. En el primer tercio del siglo XX vemos todavía al *bohémien* operar con unos medios de finura microscópica; en la descripción de procesos morbosos y de descomposición, en la descripción de aberraciones y de fantasmales paisajes oníricos ejecuta un acto al que cabe calificar de «aniquilación por pulimento». También ha alcanzado un grado absurdo de coherencia lógica en su hereditaria pro-

fesión paralela, la crítica de la sociedad. Con asombro vemos cómo se pone en marcha el viejo y periclitado aparato con el fin de asegurar la cabeza, la existencia individual, de un ladrón asesino cualquiera o de un maniaco sexual cualquiera, mientras pueblos enteros se hallan sobre un suelo volcánico y la vida naciente se pierde en centenares de miles de gérmenes.

Lo que en este contexto hay que decir sobre el arte y la política demanda unos desarrollos especiales. Sin duda la rápida incursión que aquí se ha hecho puede bastar por el momento para sugerir qué es lo que debe entenderse por «disolución del individuo». Un paseo informativo por cualquiera de nuestros campos de visión confirmará lo que aquí se ha dicho y aportará cuantos materiales se quiera.

El modo en que el individuo muere presenta muchos matices — desde los tonos policromos en que el lenguaje del poeta, el pincel del pintor agotan las últimas posibilidades en los confines del absurdo hasta el color gris de la cotidiana muerte por hambre, la muerte económica que la inflación, proceso monetario anónimo y demoniaco, invisible guillotina de la existencia económica, ha dispuesto para innumerables víctimas desconocidas.

En esto es en lo que se revela la intervención de la revolución de verdad, la Revolución del Ser; esa intervención afecta tanto a las cosas más visibles cuanto a las cosas más ocultas y, en comparación con ella, todas las suertes de dialéctica revolucionaria aparecen como algo insípido.

32

La existencia de la persona singular es el escenario dentro de cuyos confines acontece el ocaso del individuo. Es de segundo orden la cuestión de si, en esto, la muerte del individuo coincide con la muerte de la persona singular (lo cual ocurre, por ejemplo, en el caso del suicidio o de la aniquilación) o si la persona singular sobrevive a esa pérdida y establece contacto con unas fuentes nuevas de energía.

Este proceso, del cual cabe demostrar que constituye hoy una experiencia que hacen aun las existencias más insignificantes, se muestra con especial claridad en el modo como la guerra ha modelado el destino de la persona singular.

Recordemos a este propósito la célebre ofensiva de los regimientos de voluntarios alemanes en Langemarck. Ese acontecimiento, que más que un significado histórico-bélico posee un sig-

ubicado histórico-espiritual, es de alto rango por lo que respecta a la cuestión de cuál es la actitud que en general resulta posible en nuestro tiempo y en nuestro espacio. Vemos cómo en Langemarck se desmorona una ofensiva clásica, a despecho de la fortaleza de la voluntad de poder que anima a los individuos y a despecho de los valores morales y espirituales por los que esos individuos se señalan. La libre voluntad, la cultura, el entusiasmo, la embriaguez del desprecio a la muerte, ninguna de esas cosas es suficiente para vencer la fuerza de gravedad de los pocos centenares de metros donde impera la magia de la muerte mecánica.

Lo que de aquí resulta es la estampa única, verdaderamente fantasmal, de un morir en el espacio de la Idea pura, la estampa de un hundimiento en el que, como en un mal sueño, ni siquiera el esfuerzo absoluto de la voluntad logra domeñar una resistencia demoniaca.

El obstáculo que aquí detiene los latidos incluso del corazón más osado no es el ser humano en una actividad cualitativamente superior — es la entrada en escena de un principio nuevo, temible, que se presenta como negación. El desamparo en que aquí se cumple el destino trágico del individuo es la imagen simbólica del desamparo del ser humano en un mundo nuevo, inexplorado, cuya ley de acero es sentida como absurda.

Nuevo es este proceso únicamente en su superficie bélica; en él se repite en un lapso de segundos un proceso de aniquilación que había sido observado ya durante un siglo en el individuo significativo — en los portadores de esos órganos finísimos que tempranamente sucumbieron al soplo de un aire en el que la conciencia común seguía teniendo la sensación de la buena salud. Aquí se anunció la extinción de un tipo especial de hombre, extinción efectuada por un ataque lanzado contra sus posiciones avanzadas. Pero tanto los sentimientos del corazón como los sistemas del espíritu son refutables, mientras que un objeto es irrefutable — y uno de esos objetos es la *ametralladora*.

Lo que en el fondo subyace al proceso ocurrido en Langemarck es la entrada en escena de una antítesis cósmica, la cual se repite cada vez que el orden del mundo está quebrantado y que aquí se expresa en los símbolos propios de una edad técnica. Es la antítesis entre el fuego solar y el fuego telúrico, que en un lado aparece como llama espiritual y en el otro como llama terrenal, es decir, que en un lado aparece como luz y en el otro como fuego — un intercambio de conjuros entre «los cantores en la colina de los sacrificios» y los herreros que tienen a su servicio las fuerzas de los metales, del oro y del hierro. Los portadores de la Idea,

que, alejados de las imágenes primordiales, se han convertido en un bello trasunto de ellas, son abatidos por la Materia, madre de las cosas. Pero, de conformidad con una ley mítica, ese contacto con la materia les procura fuerzas nuevas. Lo que muere, lo que cae al suelo, es el individuo en cuanto representante de unos órdenes debilitados, destinados a perecer. La persona singular ha de atravesar esa muerte y es igual que ésta ponga fin o no ponga fin a su carrera visible para los ojos; y es un bello espectáculo el que se produce cuando la persona singular no trata de esquivar esa muerte, sino que va a buscarla en la ofensiva.

33

Examinemos ahora la significativa diferencia que hay entre esta tardía élite de la juventud burguesa y aquel tipo de combatientes que fue modelado por la guerra misma y al que, en el transcurso de sus últimas grandes batallas, podemos ver provisto de unos rasgos cada vez más acusados. En los centros de fuerza ocultos en los que se efectúa la dominación de la zona de la muerte nos encontramos con unos hombres que han ido desarrollándose en contacto con unas exigencias nuevas y peculiares.

En este paisaje, en el cual resulta muy difícil descubrir a la persona singular, el fuego ha calcinado todas las cosas que no poseen carácter de objeto. En los procesos que acontecen en tal paisaje se revela un máximo de acción con un mínimo de «¿por qué?» y de «¿para qué?». Todas las tentativas de seguir poniendo en concordancia tales procesos con una esfera individual de colores románticos o de colores idealistas abocan directamente al absurdo.

Se ha modificado la relación con la muerte; su extrema cercanía está desprovista de todo talante que pudiera interpretarse todavía como un carácter solemne. A la persona singular la aniquilación le llega en instantes preciosos en los cuales se halla sometida a un máximo de exigencias vitales y espirituales. La fuerza de combate de la persona singular no es un valor individual, sino un valor funcional; los hombres ya no caen luchando, sino que sufren una avería y quedan fuera de servicio.

También aquí cabe observar cómo el carácter total de trabajo, que en este caso aparece en su calidad de carácter total de combate, se expresa en un sinnúmero de modos especiales de lucha. En el tablero de ajedrez de la guerra han hecho aparición numerosas figuras nuevas, mientras se ha simplificado el modo de

moverlas. El grado de moralidad del combate, cuya ley fundamental es la misma en todos los tiempos, a saber: matar al enemigo, empieza a identificarse de un modo cada vez más inequívoco con el grado en que puede hacerse realidad el carácter total de trabajo. Esto rige tanto para el campo de acción de los Estados combatientes como para el campo de acción de las personas singulares que luchan.

Aquí se han vuelto históricas las imágenes de una disciplina suprema del corazón y de los nervios, imágenes que cabe colocar al lado de las mejores tradiciones, pues son de igual alcurnia que ellas — pruebas de una frialdad suprema, objetiva, metálica por así decirlo, merced a la cual sabe la conciencia heroica tratar el cuerpo como un puro instrumento y arrancar de él, allende los límites del instinto de conservación, toda una serie de complejas prestaciones. En el remolino de llamas de los aviones derribados por los disparos, en las cámaras de aire de los submarinos hundidos en el fondo del mar, en esos sitios sigue efectuándose todavía un trabajo que propiamente queda ya más allá del círculo de la vida, un trabajo que no es mencionado por ningún parte de guerra y al que cabe calificar, en un sentido eminente, de *travail pour le Roi de Prusse.*

Es preciso subrayar que estos portadores de una fuerza nueva de combate no se hacen visibles hasta las fases tardías de la guerra y que su modo propio y diferente de ser, su alteridad, resalta en la misma medida en que va disgregándose la masa de los ejércitos formados según los principios imperantes en el siglo XIX. También es preciso subrayar que a tales portadores de una fuerza nueva de combate se los encuentra sobre todo en aquellos sitios donde se expresa con especial claridad en el empleo de los medios el modo propio de ser de su edad: en las unidades de carros, en las escuadrillas aéreas, en las tropas de choque (en las cuales adquiere un alma nueva la infantería, que va desmoronándose y a la que las máquinas de guerra han reblandecido) y, en fin, en aquellas partes de la flota que se han endurecido como el acero en el hábito de la ofensiva.

También se ha modificado el rostro que nos mira desde debajo del casco de acero o desde debajo de la gorra protectora del aviador. En la gama de sus diferentes versiones, tal como puede observársela, por ejemplo, en una reunión de camaradas o en las fotografías de grupo, ese rostro ha ido perdiendo multiplicidad y, por tanto, individualidad, mientras ha ido ganando nitidez y claridad de la impronta singular. Se ha vuelto más metálico, en su superficie está galvanizado, por así decirlo. La osamenta

destaca claramente, las facciones están simplificadas y tensas. La mirada es tranquila, fija, se halla entrenada para observar objetos que es preciso captar en situaciones de gran velocidad. Es el rostro de una raza que comienza a desarrollarse bajo las exigencias específicas de un paisaje nuevo y que tiene su representante en la persona singular, pero no en cuanto ésta es un personaje o un individuo, sino en cuanto es un tipo.

La influencia de ese paisaje puede reconocerse con la misma seguridad con que cabe reconocer la influencia de las regiones naturales, de las selvas vírgenes, de las montañas, de las orillas del mar. Los caracteres individuales van cediendo más y más, en beneficio del carácter de una legalidad superior, de una tarea enteramente determinada.

Así, por ejemplo, hacia el final de la guerra resulta cada vez más difícil distinguir a los oficiales, ya que el carácter total del proceso de trabajo borra las diferencias de clase y de estamento. Por un lado la actividad combativa produce dentro de la tropa un tipo de experimentados capataces; por otro se multiplican las funciones importantes para cuya ejecución se requiere una élite nueva. Y así, por ejemplo, el vuelo, y en especial el vuelo de combate, no es un asunto de estamento, sino un asunto de raza. Es tan limitado el número de personas singulares que dentro de una nación se hallan capacitadas para tales prestaciones elevadísimas que la pura idoneidad ha de bastar como legitimación. En los métodos psicotécnicos estamos viendo una tentativa de captar ese hecho con medios científicos.

La citada modificación cabe observarla no sólo en la zona del trabajo combativo concreto; invade también los recintos del alto mando. Hay de ese modo inteligencias que se hallan especialmente capacitadas para trazar esquemas de combate enteramente determinados, como, por ejemplo, batallas defensivas de gran estilo; y esas inteligencias no ejercen ya su actividad desde el fondo de sus propias unidades, sino que entran en función estratégicamente en todos aquellos sitios donde comienza a desarrollarse, en la amplitud total del frente, el esquema abstracto de semejante proceso de batalla. Estas son prestaciones propias de unos talentos casi siempre desconocidos, cuyo valor típico supera mucho su valor individual.

Pero, aun prescindiendo de tales fenómenos puramente militares, se hace cada vez más difícil determinar cuál es el sitio donde se efectúa el trabajo bélico decisivo. Esto encuentra su expresión de modo especial en lo siguiente: en el transcurso de la guerra misma hacen aparición sorprendentemente unos géneros nuevos

de armas y unos procedimientos nuevos de lucha; y este hecho ha de ser concebido a su vez como un signo del hecho, perteneciente a un orden superior, de que el frente de guerra y el frente de trabajo son idénticos. Hay tantos frentes de guerra cuantos frentes de trabajo; de ahí que el número de los especialistas aumente en la misma proporción en que su actividad comienza a tornarse más unívoca — es decir, a transformarse en expresión del carácter total de trabajo. También esto contribuye a la univocidad del tipo, el cual es aquello por lo que se manifiesta la categoría del hombre decisivo.

Tales modificaciones afectan a la totalidad de los seres humanos; sin embargo, como ya indicamos antes, el número de representantes activos del proceso de trabajo es limitado. Vemos surgir aquí una especie de Batallón de la Guardia, una nueva columna vertebral de las organizaciones combatientes — una élite a la que también cabe calificar de Orden, en el sentido monástico o caballeresco de la palabra. En los puntos cruciales donde se concentra el sentido de los acontecimientos el tipo aparece completamente troquelado, acuñado con un nitidez especial. Aquí vemos ya de un modo más diáfano la razón de por qué fue necesario trazar una relación nueva con lo elemental, con la libertad y con el poder, relación que es la afirmación —acomodada a la raza, acomodada a la voluntad y acomodada a las capacidades— de un ser determinado. Los principios imperantes en el siglo XIX, en especial la enseñanza general obligatoria y el servicio militar obligatorio, no son suficientes para efectuar la movilización en sus grados últimos, los más duros. Tales principios se han convertido en una plataforma sobre la cual está comenzando a alzarse un *niveau* de índole diferente.

34

Pero volvamos a las grandes ciudades, en las cuales cabe observar con claridad no menor el proceso decisivo. Hemos de ir a buscarlo desde luego en aquellos sitios donde ya ha aparecido de manera visible. Antes subrayamos que la persona singular se desvanece dentro del conjunto del proceso; hace falta realizar un esfuerzo especial para verla. El motivo de esto no es simplemente el que sólo quepa observarla *en masse*.

Antes por el contrario, la masa está desapareciendo de las ciudades igual que ha desaparecido de los campos de batalla, en los cuales se presentó con las guerras de la Revolución Francesa. Al

proceso de disolución a que está sometido el individuo singular no puede sustraerse tampoco el conjunto de los individuos, en la medida en que tal conjunto aparece como masa.

La vieja masa, la que se encarnaba, por ejemplo, en el gentío de los domingos y días festivos, en la sociedad, en las reuniones políticas, como un factor que votaba y asentía, o en las revueltas callejeras; la masa que se amotinó delante de la Bastilla; la masa cuya brutal fuerza de choque fue echada en el platillo de la balanza en cien batallas; la masa cuyos gritos de júbilo conmovieron todavía las ciudades del mundo al estallar la guerra del 14 y cuyo ejército gris se dispersó como un fermento de descomposición por todos los rincones cuando llegó la hora de la desmovilización: esa masa forma parte del pasado, igual que forman parte del pasado quienes siguen invocándola como magnitud decisiva. Cada vez que esa masa, en su calidad de tal, intentó forzar los ardientes cerrojos de los frentes de batalla del siglo XX, recibió una corrección mortal, y ello con un pequeño gasto de fuerzas. Son muchos los Tannenberg que esa masa ha sufrido desde entonces, unos Tannenberg a los que no va asociado ningún nombre ni va asociado tampoco lugar ninguno.

Los movimientos de la masa han perdido su magia irresistible en todos aquellos sitios donde se les ha opuesto una actitud verdaderamente resuelta — dos, tres viejos guerreros apostados detrás de una ametralladora que esté intacta no se inquietan por la noticia de que contra ellos se dirige un batallón entero. Hoy la masa no es ya capaz de atacar; más aún, ni siquiera es ya capaz de defenderse.

En numerosos fenómenos se hace palpable ese hecho; por ejemplo, en las concentraciones que los partidos políticos convocan en nuestro tiempo. Antes la policía vigilaba esas reuniones; hoy puede decirse, por el contrario, que asume el papel de protector suyo. Esto es algo que se torna aún más claro en aquellos sitios donde la masa comienza a segregar órganos propios de autoprotección, como los que en Alemania se formaron después de la guerra del 14 con los nombres de *Schutzstaffeln* [Escuadrillas de protección], *Saalschutz* [Protección de locales] y otros. Decenas de millares de personas tienen necesidad de unos cuantos centenares de hombres para su protección; y es fácil ver que en estos pocos centenares encuentra su expresión un tipo humano completamente diferente del tipo que tiene su representante en el individuo reunido en masa.

Lo dicho guarda relación con un hecho de mayores dimensiones, que es el siguiente: en lo esencial está acabado el papel de

los partidos políticos de viejo estilo en su calidad y en su tarea de formadores de masas. Quien todavía hoy sigue ocupándose en formar partidos de ese género lo que hace es entregarse a rodeos políticos. En esos partidos los individuos son juntados como granos de arena para formar un montoncito, y ese montoncito se escurre también por entre los dedos igual que los granos de arena.

Estos fenómenos se basan en particular en lo siguiente: la masa no ha experimentado reestructuraciones comparables a las que podemos observar en ciertas áreas singulares (por ejemplo, la organización policial), en las cuales cuando menos se ha desarrollado de una manera más nítida el carácter especial de trabajo. Esa reestructuración, o, más bien, la sustitución de la masa por unas magnitudes de una especie nueva, se efectuará, sin embargo, igual que ya se ha efectuado en el primer tercio del siglo XX una transformación de las nociones físico-químicas de la materia. La existencia de la masa se halla amenazada en la misma medida en que se ha vuelto ilusorio el concepto de seguridad burguesa.

Los medios de transporte, el abastecimiento de las necesidades más elementales, como el fuego, el agua, la luz, un evolucionado sistema de crédito y otras muchas cosas de que todavía hablaremos se asemejan a unos delgados cordeles, a unas venas puestas al descubierto, a los cuales está unido a vida o muerte el amorfo cuerpo de la masa. Tal situación incita necesariamente a actuaciones monopolísticas, capitalistas, sindicalistas o también delictivas, las cuales amenazan a una población de millones de personas con todos los grados de la miseria, hasta llegar al terror pánico./No son acuerdos tomados por la masa los que determinan la subida anónima de los precios, la depreciación de la moneda, el modo de pagar los tributos, el misterioso magnetismo de la cotización del oro./Al altísimo incremento de la eficacia de las armas de largo alcance, que amenazan en un lapso de horas a metrópolis indefensas, corresponde una técnica de subversión política que ya no intenta sacar las masas a la calle, sino apoderarse, con unas unidades de choque decididas, del corazón y el cerebro de la ciudad donde reside el gobierno, de la capital de la nación. Al citado incremento corresponde también, ciertamente, el equipamiento de la policía con unos medios cuya eficacia es capaz de pulverizar en segundos a una masa amotinada. Los grandes crímenes políticos no van dirigidos ya contra los representantes personales o individuales del Estado, contra ministros, príncipes o representantes de los estamentos; van dirigidos contra los puentes de ferrocarril, contra las antenas de la radio o contra los depósitos industriales. Por detrás de los métodos individuales de los socioanarquistas,

por un lado, y de los métodos del terror masivo, por otro, están apuntando unas escuelas nuevas de violencia política activa.

Todas estas cosas, todos estos pormenores que restringen el espacio vital de la masa del siglo XIX, se hacen visibles de manera fisiognómica en un paseo de observación por cualquiera de los barrios de una gran ciudad — aquí es preciso tener bien claro que también esta ciudad «nuestra», cuyo crecimiento ha sido modelado por esas masas, pertenece a los fenómenos transitorios.

Todas estas cosas cabe observarlas también en la desconsideración con que los medios de transporte echan a un lado al peatón, que es una especie en vías de extinción, y asimismo en la estupefaciente velocidad con que se dispersan en el tráfago callejero todas las especies de sociedad; por ejemplo, la de los espectadores que salen de una función teatral.

Zonas enteras de la ciudad hállanse sumergidas en esa atmósfera de putrefacción que se anunciaba ya en la novela naturalista a través de un optimismo superficial y que está tornándose cada vez más clara y desesperanzada en una serie de fugaces estilos decadentes, con su coloreada marchitez, su resecamiento, su distorsión explosiva o su objetivismo esqueletizador.

En los desolados paisajes manchesterianos de la parte oriental de la ciudad, en las polvorientas calles del centro, en los barrios residenciales del oeste, en los cuarteles proletarios del norte y en los barrios de pequeños burgueses del sur se representa en múltiples matizaciones uno y el mismo proceso.

Esta industria, estos negocios, esta sociedad están destinados a hundirse y por todas las grietas y rendijas del disgregado entorno está filtrándose ya el soplo de tal hundimiento. Los ojos vuelven a encontrar aquí el mismo paisaje de las batallas de material, con todas las características de la atmósfera mortal. Es cierto que hay salvadores que están actuando y es cierto que ha vuelto a inflamarse en otros niveles la vieja disputa entre las escuelas individualistas y las escuelas socialistas, es decir, el gran soliloquio del siglo XIX; pero tales cosas no cambian para nada el viejo dicho: «A la muerte no hay cosa fuerte».

No es, pues, dentro de esa masa donde nosotros vamos a buscar a la persona singular. En tal masa topamos únicamente con el individuo que está hundiéndose, con el individuo cuyos sufrimientos se hallan grabados en decenas de miles de rostros y cuyo aspecto llena al observador de una sensación de absurdidad, de fatiga. Vemos hacerse cada vez más lánguidos los movimientos, como en un recipiente lleno de infusorios en el que cae una gota de ácido clorhídrico.

El que ese proceso se efectúe sin ruido o el que se produzca a la manera de una catástrofe es una diferencia que afecta a la forma, no a la sustancia.

35

Es más bien en contextos de otra índole donde está comenzando a perfilarse el nuevo tipo humano, el tipo de hombre propio del siglo XX.

Ese tipo estamos viéndolo emerger en el interior de formaciones que en apariencia son muy distintas entre sí y a las que por el momento vamos a llamar, de un modo muy general, «construcciones orgánicas». Tales formaciones van alzándose de una manera aún confusa sobre el nivel del siglo XX, del cual es preciso distinguirlas completamente, sin embargo. La característica común de tales formaciones consiste en que en ellas se hace ya visible el carácter especial de trabajo. Este carácter especial de trabajo es el modo y manera en que encuentra su expresión organizativa la figura del trabajador — el modo y manera en que esa figura introduce orden y diferencias en las realidades vivientes.

En el curso de esta investigación hemos rozado ya en páginas anteriores algunas de esas construcciones orgánicas; en ellas el mismo poder metafísico, la misma figura que en cuanto técnica movilizó la materia, está ahora empezando a supeditar a sí también las unidades orgánicas. Estudiamos de ese modo la élite que, a través de la marcha monótona de las batallas de material, va ganando influencia sobre el proceso del combate; estudiamos las fuerzas de nueva índole que van abriendo brecha en el aparato de los partidos políticos; y estudiamos también las comunidades de camaradas, entre cuyas actividades y las reuniones de la vieja sociedad hay la misma diferencia que entre la platea de un teatro de 1860 y las filas de espectadores de un salón de cine o de un palacio de deportes.

En las modificaciones de los nombres está ya apuntando de múltiples maneras que las fuerzas que provocan tales agrupamientos son de una especie diferente. En vez de «reunión» se dice «desfile»; en vez de «partido», «séquito»; en vez de «congreso», «campamento» — lo que en todos esos nombres se expresa es que no se considera ya como presupuesto tácito de la reunión la decisión voluntaria de una serie de individuos. Antes por el contrario, ese presupuesto suena ya a banal o a ridículo, como se ve claramente en vocablos como «asociación», «sesión» y otros parecidos.

De una construcción orgánica no se forma parte por una decisión de la voluntad individual —es decir, por el ejercicio de un acto de libertad burguesa—, sino por un entretejimiento objetivo que viene determinado por el carácter especial de trabajo. Y así, para elegir un ejemplo baladí, tan fácil resulta ingresar en un partido político o salirse de él como difícil es salirse de especies de asociación a las que se pertenece por el mero hecho de estar abonado, por ejemplo, a la corriente eléctrica.

Esa misma diferencia entre una participación ideológica y una participación sustancial es lo que hace que un sindicato pueda elevarse al rango de construcción orgánica mientras que tal cosa le resulta imposible al partido político que está estrechamente asociado con él. Esto mismo rige también para las nuevas organizaciones políticas de lucha; muy pronto se hará visible su antítesis con respecto a los partidos que en ellas han intentado crearse unos órganos propios.

Un medio sencillo de comprobar en qué grado seguimos dependiendo del mundo del siglo XIX consiste en investigar cuáles de las relaciones en que nos encontramos integrados son rescindibles y cuáles no lo son. Uno de los empeños del siglo XIX es el que aspira a transformar todas las relaciones posibles en relaciones contractuales rescindibles, de conformidad con la concepción fundamental de que la sociedad surgió por un contrato. Y así, lógicamente, se ha alcanzado uno de los ideales de ese mundo cuando el individuo puede rescindir incluso su carácter sexual, esto es, cuando puede determinarlo o cambiarlo por una simple inscripción en el registro civil.

De ahí que la huelga, el cierre patronal, la aplicación explosiva del despido como medio supremo de la lucha económica formen parte obviamente de los procedimientos sociales del siglo XIX, con la misma obviedad con que tales cosas resultan inadecuadas al riguroso mundo de trabajo del siglo XX. El sentido secreto de todas las luchas económicas de nuestro tiempo aboca a lo siguiente: a elevar también la economía en su carácter total al rango de construcción orgánica, hurtándola así a la iniciativa tanto del individuo aislado cuanto del individuo que se presenta *en masse.*

Pero eso no podrá suceder hasta tanto no se haya extinguido por sí mismo, o haya sido forzado a extinguirse, el tipo de hombre que no puede concebirse a sí mismo en otras formas que en ésas.

El relevo del individuo burgués por el tipo del trabajador

36

Al fijar ahora nuestra mirada en ese tipo que está saliendo a nuestro encuentro en el interior de unas formaciones nuevas, al fijarla en el pionero nato de un paisaje nuevo, hemos de hacerlo renunciando a toda especie de valoración que se encuentre situada fuera del círculo de visión. La única especie de valoración que aquí viene al caso hay que buscarla en el tipo mismo, y buscarla además verticalmente, en el sentido de un orden jerárquico propio, no horizontalmente, por comparación con cualesquiera otros fenómenos pertenecientes a otro espacio o a otro tiempo. Ya indicamos antes que aquí no cabe negar un proceso de empobrecimiento. Se basa en el hecho fundamental de que la vida se devora a sí misma, como ocurre en el interior del capullo, donde la imago consume a la oruga.

Lo que importa es ganar un punto tal de observación que desde él quepa ver los lugares de la pérdida como la masa de piedra de que va desprendiéndose el bloque mientras se esculpe la estatua. Hemos alcanzado un estadio tal que en él la historia evolutiva falla si no se la cultiva invirtiendo sus claves, es decir, viéndola desde una perspectiva en la cual sea la figura, en cuanto ser no sometido al tiempo, la que determine la evolución de la vida naciente. Aquí descubrimos, empero, una metamorfosis que va volviéndose cada vez más unívoca a cada paso que se da.

Tal univocidad se expresa también en el tipo, en el cual está comenzando a apuntar la citada metamorfosis; y la primera impresión que esa univocidad provoca es la de un cierto vacío y una cierta uniformidad. Es la misma uniformidad que nos hace muy difícil el discernir los individuos dentro del conjunto de las razas animales o de las razas humanas extranjeras.

Lo que en primer lugar llama la atención, en el aspecto puramente fisiognómico, es la rigidez de máscara que hay en el rostro, una rigidez que por un lado es adquirida, pero que por otro

queda acentuada e incrementada también por ciertos medios externos, como son, por ejemplo, la ausencia de barba, el corte del cabello, los cubrecabezas ajustados. En ese aspecto de máscara, que en el caso de los varones suscita una impresión metálica y en el de las mujeres una impresión cosmética, sale a luz un proceso muy decisivo; eso es algo que puede inferirse ya del mero hecho de que ella misma, la rigidez, logra limar incluso aquellas formas mediante las cuales se hace visible fisiognómicamente el carácter sexual. No es casual, dicho sea de pasada, el papel que desde hace poco tiempo está empezando a desempeñar otra vez la máscara en la vida diaria. Aparece de múltiples maneras en sitios donde está abriéndose paso el carácter especial de trabajo, bien como máscara antigás con que se pretende equipar a poblaciones enteras, bien como máscara para el rostro en los deportes y en las grandes velocidades, como las que llevan puestas todos los corredores de automóviles, bien, en fin, como máscara de protección cuando se trabaja en espacios amenazados por radiaciones o emanaciones tóxicas. Cabe sospechar que a la máscara le incumbirán todavía unas tareas enteramente diferentes de las que hoy podemos vislumbrar — por ejemplo, en conexión con una evolución dentro de la cual la fotografía está adquiriendo el rango de un arma política decisiva.

Esa condición de máscara puede estudiarse no solamente en el rostro de la persona singular, sino también en el conjunto de su silueta. Cabe observar así que la gente dedica gran atención a modelar completamente su cuerpo y que hace eso de una manera muy precisa, muy planificada, mediante lo que se denomina el *training*. En estos últimos años se han multiplicado las ocasiones de que los ojos se habitúen a ver cuerpos desnudos a los que una misma disciplina ha vuelto muy uniformes.

La dirección de ese proceso se torna más clara en la modificación que está efectuándose en el vestuario. El traje burgués, que se había mantenido bastante igual durante ciento cincuenta años y que, en lo que respecta a su significado, ha de verse como una reminiscencia informe de las antiguas indumentarias estamentales, está comenzando a volverse de alguna manera absurdo en cada uno de sus detalles. Ese traje no ha sido tomado nunca completamente en serio, es decir, a ese traje no se le ha reconocido nunca el rango de una indumentaria estamental, y eso es algo que se infiere del hecho de que se procuraba evitarlo en todos aquellos sitios donde aún podía mantenerse una conciencia estamental en el sentido antiguo, esto es, en los sitios donde se libraba un combate, donde se desempeñaba un cargo público,

donde se predicaba un sermón o donde se administraba justicia.

En cualquier caso, ese género de representación por la indumentaria estamental tenía forzosamente que oponerse a la conciencia dominante de la libertad burguesa. De ahí que en la segunda mitad del siglo XIX resulte imposible abrir las páginas de una revista satírica sin tropezar con ilustraciones de la toga de los jueces, de los hábitos de los frailes, de la sotana de los curas o del manto de armiño, ilustraciones que lo que se proponen demostrar es que quienes llevan atuendos tales no pertenecen al reino de los seres humanos, sino a algún reino de animales o de marionetas. Resulta imposible replicar a tales ataques de la ironía cuando se ha renunciado a hacer uso del patíbulo o de la hoguera. De ahí que la indumentaria estamental comience a retirarse cada vez más al campo del uso interno o de las ocasiones extraordinarias; esa forma de vestir evita la esfera pública, la cual se torna día a día más influyente merced al influjo de los medios de transporte, de la libertad de prensa, de la fotografía.

Hacia finales del siglo pasado el acto decisivo de inscribir en los registros públicos los grandes momentos de la vida elemental lo realizan unos funcionarios que van vestidos con ropa burguesa; en eso apunta una victoria ganada a la Iglesia por el Estado nacional mediante el empleo de medios liberales. En los Parlamentos del continente europeo del siglo XIX no se conoce una vestimenta parlamentaria especial; la ropa burguesa se impone de manera unitaria en todo el arco parlamentario, desde la derecha hasta la izquierda. A las grandes sesiones parlamentarias del verano de 1914 se presenta de uniforme una parte de los parlamentarios; después de la guerra aparecen minorías enteras vestidas con una indumentaria especial, de una uniformidad militar. Tampoco los ministros destacan por algo especial, si prescindimos de algunas excepciones, como el uniforme de general de que dispone el presidente del consejo de ministros de Prusia. Se generaliza la huida de la indumentaria representativa, y esa huida adopta formas extrañas. La gente se guarda bien de hacer alarde de una cualidad diferente de la de mero individuo. A la masa se le enseña el modo como uno come y bebe o la manera en que actúa cuando practica un deporte o se encuentra en su casa de campo; hacen aparición esas fotografías en que el ministro se muestra con un traje de baño de punto, y el monarca constitucional, con traje de calle y en una atmósfera de charla relajada.

A principios de siglo la degradación del modo de vestir de las masas corre parejas con la degradación de la fisonomía individual. Acaso no exista ningún otro tiempo en que encontremos tan mal

y tan absurdamente vestida a la masa como en ese período. El espectáculo suscita la impresión de que por las plazas y las calles se hubieran desparramado las muy variopintas y baratas existencias de unas ropavejerías enormes y de que la gente llevase puestas esas piezas de vestir con una dignidad grotesca. Ya antes de la guerra hubo quien experimentó esa misma sensación y procuró introducir cambios; eso es lo que procuró hacer la *Jugendbewegung* [Movimiento juvenil] alemana. Semejante tentativa estaba condenada al fracaso, por la simple razón de que lo que estaba en su base era una actitud romántico-individualista.

Digamos de pasada que la indumentaria burguesa les cae especialmente mal a los alemanes. Esto es lo que explica que en el extranjero se los «reconozca» con una seguridad infalible. La razón de un fenómeno tan llamativo como ése es que en lo más íntimo de sí los alemanes han carecido de cualquier relación con la libertad individual y precisamente por ello han carecido también de cualquier relación con la sociedad burguesa. Esto es algo que se expresa asimismo en el modo de comportarse de los alemanes. De ahí que en los sitios donde se tropieza con un alemán que, bien solo o bien en grupo, realiza un viaje de placer, ese alemán despierte la impresión de un particular embarazo y de una peculiar torpeza: es que le falta urbanidad.

Estas cosas experimentan un cambio, sin embargo, en todos aquellos sitios donde la persona singular sale a nuestro encuentro integrada ya en construcciones orgánicas y, por tanto, en contacto inmediato con el carácter especial de trabajo. Una vez más hemos de recordar a este propósito que ese carácter de trabajo no tiene nada que ver con la condición de profesional o de operario entendido en el viejo sentido, sino que posee el significado de un estilo nuevo, de un *modus* diferente de aparecer la vida como tal.

En este sentido la indumentaria burguesa se ha convertido en el traje civil o de paisano, un traje que ya no encontramos en ninguno de los sitios donde está comenzando a imponerse el estilo de trabajo, es decir: donde hoy la gente se dedica realmente en serio a una cosa. En todos esos sitios cabe hablar ya de una indumentaria típica de trabajo, de una indumentaria que posee el carácter de uniforme, dado que el carácter de trabajo y el carácter de combate son idénticos.

Tal vez es en la modificación habida en el uniforme militar donde puede observarse eso mejor que en ningún otro sitio; el primer signo de esa modificación es que los tonos multicolores de las guerreras desaparecen y dejan paso a los matices monótonos que corresponden al paisaje en que se combate. Es éste uno de

los símbolos en que se hace visible la disolución del estamento guerrero; y también este símbolo aparece, como todos los símbolos de nuestro tiempo, bajo la máscara de la acomodación absoluta a unos fines. La evolución lleva a que el uniforme del soldado aparezca, con una nitidez creciente, como un caso especial del uniforme de trabajo. Con ello queda suprimida también la diferencia entre el uniforme de guerra y el uniforme de paz y de desfile. El desfile militar es el símbolo de la más alta disponibilidad a la guerra y hace alarde en cuanto tal de los medios más recientes y más eficaces de su tiempo.

La indumentaria de trabajo no es una indumentaria estamental, de igual modo que tampoco ha de concebirse al trabajador como el representante de un estamento. Y menos todavía ha de considerarse esa indumentaria como la característica propia de una clase, es decir, como la indumentaria del proletariado, por ejemplo. El proletariado en este sentido es masa de viejo estilo, de igual modo que su fisonomía es la misma fisonomía del burgués sin cuello duro. El prolerariado es el representante de un concepto económico-humanitario muy elástico, pero no el representante de una construcción orgánica, esto es, de un símbolo de la figura y, de igual modo, al proletario hay que concebirlo como un individuo sufriente y pasivo, pero no como un tipo.

Así, pues, mientras que el vestido burgués se desarrolló inspirándose en viejas indumentarias estamentales, la indumentaria de trabajo o uniforme de trabajo exhibe un carácter completamente autónomo y diferente; forma parte de los signos externos de una revolución *sans phrase*. La tarea que le incumbe no es realzar la individualidad, sino acentuar el tipo — por ello aparece también en todos aquellos lugares donde están formándose destacamentos o equipos nuevos, ya sea en el terreno de combate o en el del deporte o en el de la camaradería o también en el de la política. Asimismo se hace visible esa indumentaria en las muchas ocasiones en que cabe hablar de guarnición o tripulación, esto es, en aquellos sitios donde puede verse al ser humano en una conexión estrecha —centáurica— con sus medios técnicos. Es evidente que están multiplicándose las ocasiones que exigen una indumentaria especial. Pero lo que tal vez no resulte todavía tan evidente es que lo que se oculta bajo la suma de esas ocasiones es el carácter total de trabajo.

Y así ocurre que las masas aparecen especialmente mal vestidas los domingos — peor vestidas, en todo caso, que los equipos de deportistas o que los pilotos de carreras automovilísticas a cuyas competiciones acuden las masas en tropel, y peor vestidas también

que la mayoría de las personas singulares de que esas mismas masas se componen, cuando esas personas se dedican a su actividad cotidiana. Lo dicho está relacionado, por una parte, con el hecho de que el domingo es el símbolo de unos órdenes cultuales que hoy están en decadencia y, por otra, con el concepto de la «habitación de gala», de la que el ser humano se separa de mala gana. Una de esas «habitaciones de gala» es también, precisamente, la individualidad; la gente se aferra a ella, procura exhibirla, aunque están disminuyendo y desvalorizándose las ocasiones en que puede usársela. Esto es lo que explica también la gran debilidad y la gran inseguridad de la actitud ideológica que hoy cabe observar en la persona singular, en contraste con la significación y con la coherencia lógica que poseen las circunstancias objetivas en que esa persona singular se halla integrada. Sin embargo, esta disparidad, esta pérdida, irá haciéndose más imperceptible a medida que el carácter total de trabajo intensifique sus exigencias a la persona singular. Sabemos que esa exigencia se refiere a la totalidad. Una de las representaciones de la imagen total del mundo que está comenzando a emerger detrás de las máscaras racionales y técnicas es también una unidad bien articulada de la indumentaria, en la cual intenta salir a luz, desde luego, un sentido enteramente nuevo.

Pero limitémonos al presente. Estamos observando que la indumentaria, igual que la apariencia externa en general, se torna más primitiva, se primitiviza, bien en conexión con la formación de unos destacamentos o equipos nuevos, bien en relación con el empleo de medios técnicos — se primitiviza en un sentido que hay que concebir como una característica de raza. La caza y la pesca, la residencia en ciertas zonas, el trato con animales, en especial con caballos, todas esas cosas generan una uniformidad similar. Tal uniformidad es un signo de que están aumentando las circunstancias objetivas que imponen sus exigencias a la persona singular. La suma de esas circunstancias objetivas es cada vez mayor. En páginas anteriores hemos rozado algunas de ellas, y más adelante tocaremos otras cuando hablemos de las construcciones orgánicas con más detenimiento.

37

Hemos partido de la impresión de máscara que suscita la vista del tipo, impresión que es subrayada también por la indumentaria. Algunas observaciones sobre la actitud y los gestos completarán el perfil de esta primera impresión.

En la concepción de los seres humanos y de los grupos de seres humanos que puede estudiarse en la pintura de los últimos cien años se delata una creciente ofensiva contra la nitidez del perfil. La relación de los seres humanos entre sí que la escuela romántica colocó ante nuestros ojos al ofrecernos vistas de calles, plazas, parques o espacios cerrados hállase aún animada de una armonía tardía, de una seguridad efímera, en que resuena el eco de un gran modelo y que corresponde a la sociedad de la Restauración. Sólo si se parte de esa atmósfera resultan comprensibles los escándalos que rodearon la aparición de los primeros retratos impresionistas en las salas de exposiciones y que hoy nos parecen del todo incomprensibles. Encontramos en esos retratos al ser humano, bien solo o bien en grupo, en una actitud extrañamente relajada e inconexa, que en muchas ocasiones necesita de la excusa del crepúsculo. Los asuntos predilectos son así los jardines iluminados por farolillos, los bulevares a la luz artificial de los primeros faroles de gas, los paisajes en la niebla, en el crepúsculo o bajo la centelleante luz solar.

Este proceso de descomposición se agrava a medida que van transcurriendo los decenios, para alcanzar las fronteras del nihilismo en una serie de ramificaciones sorprendentes y en parte brillantes; es un proceso que marcha paralelo a la muerte del individuo y a la eliminación de la masa como medio político. Apenas puede ya hablarse aquí de escuelas artísticas, sino más bien de una serie de etapas clínicas que anotan y registran cada uno de los espasmos efectuados a la luz del día por un organismo moribundo.

El precipitado de esa implacabilidad con que una música de colores acompaña el ocaso y los sufrimientos del individuo no representa, sin embargo, la única fuente óptica que está a disposición del observador. No es una coincidencia casual que sobre las personas y las cosas empiece a caer, en simultaneidad con el corte indicado, la mirada desapasionada y fría de los ojos artificiales; y hay una relación muy instructiva entre lo que los ojos del pintor logran retener y lo que logra retener el objetivo de la cámara fotográfica.

Hemos de mencionar aquí un hecho que con asombro ha sido notado hace poco tiempo y es que los primeros retratos fotográficos son muy superiores en carácter individual a los retratos fotográficos de hoy. En muchos de los retratos de antaño hay como una atmósfera de pintura, hasta el punto de que quedan borradas las fronteras entre el arte y la técnica. Se ha intentado explicar eso por las diferencias que existen, por ejemplo, entre el trabajo a mano y el trabajo a máquina: y también eso es acertado.

Pero la verdadera explicación, que pertenece a un orden superior, es que en aquel tiempo el rayo de luz encontraba todavía un carácter individual mucho más denso y compacto que el que hoy es posible. Ese carácter individual, que se refleja aun en los más pequeños utensilios que se nos han conservado, es lo que otorga también su rango especial a aquellas fotografías. Esa degradación de la fisonomía individual y social que fue tratada por la pintura puede estudiarse también luego en la fotografía; tal degradación lleva hasta un nivel en el que se convierte en una vivencia fantasmal la contemplación de las fotografías que en sus escaparates suelen exponer los fotógrafos de los barrios suburbiales.

Pero simultáneamente cabe observar un incremento tal de la precisión de los medios que sería impensable si su sentido hubiera de reducirse a fijar las cosas banales. Tampoco es ése el caso de ninguna manera. Antes por el contrario, lo que descubrimos es que la vida está comenzando a ofrecer aspectos que son apropiados para el objetivo fotográfico de una manera especial y en un modo completamente diferente que para el lápiz de dibujo. Esto rige para todos aquellos sitios donde la vida ingresa en la construcción orgánica y rige también, por tanto, para el tipo que aparece con y en esas construcciones.

En el caso del tipo el sentido de la fotografía experimenta un cambio y con ello experimenta un cambio también lo que se entiende por una «buena cara», por un «rostro fotogénico». La dirección de la mencionada modificación se presenta también aquí como un avance que va de la plurivocidad o la ambigüedad a la univocidad. El rayo de luz parte en busca de unas cualidades de especie diferente, es decir, en busca de la nitidez, de la precisión y de un carácter objetivo. Es posible aportar pruebas de que el arte está empezando a procurar orientarse por esa ley óptica y a pertrecharse, a partir de ahí, con medios de una especie nueva.

Pero en ningún momento es lícito olvidar que aquí no se trata de causa y efecto, sino de simultaneidad. No existe ninguna ley puramente mecánica; las modificaciones del conjunto mecánico y del orgánico están concentradas dentro de un espacio perteneciente a un orden superior, y es desde ese espacio desde el que se determina la causalidad de los procesos singulares.

No existe, pues, el hombre-máquina; hay hombres y hay máquinas — pero sí que se da una conexión profunda entre la aparición de unos medios nuevos y la aparición simultánea de unos hombres nuevos. Para captar la citada conexión es preciso, de todos modos, esforzarse en atravesar con la mirada las máscaras

de acero y las máscaras humanas de nuestro tiempo a fin de adivinar la figura, la metafísica que las mueve.

Así y sólo así, desde el espacio de una unitariedad suprema, es posible captar la relación que se da entre un tipo particular de hombre y los medios particulares que están a su disposición. En todos los sitios donde aquí se percibe una disonancia, el fallo hay que buscarlo no en el ser, sino en el punto de vista del observador.

38

En el cine se pone de relieve con mayor claridad aún que lo que aquí está efectuándose es una representación no del individuo, sino del tipo.

En el ocaso del teatro clásico, a cuyas últimas y lamentables fases pudimos asistir nosotros todavía, cabe reconocer un proceso que estaba decidido ya a finales del siglo XVIII. Pues en ese proceso se refleja el ocaso no del individuo, sino del personaje, en el cual encuentra su expresión el mundo estamental. Del teatro forma parte no sólo la pieza y no sólo el autor; de él forma parte el aire que se respira en las calles y en las plazas, en las cortes y en los domicilios particulares, un aire que llega hasta el teatro desde todos esos lugares y que hace temblar las llamas de las velas de las arañas. Y del teatro forma parte el monarca absoluto, cuya presencia visible constituye el punto central que garantiza la unidad interna del proceso.

Pero todo eso, toda esa armonía que a nosotros nos resulta enteramente inimaginable y que a veces llega hasta nuestros oídos, a través de los relatos, como el eco de una música maravillosa, conviértese en una mera reminiscencia a partir del instante en que los afanes del ser humano se desvían de los principios absolutos para orientarse hacia los principios universales. Las piezas teatrales clásicas han perdido su relación con la vida real y efectiva y ese hecho se vuelve explícito en lo siguiente: hay un grupo nuevo de espectadores que asiste a ellas para *edificarse*. Tal vez no haya ninguna otra cosa que exprese con mayor claridad esa pérdida de unidad que la barrera que se alza entre el escenario y el espacio destinado a los espectadores; hace ya mucho tiempo que han desaparecido aquellas butacas que hacían que una parte de la platea se metiera en el escenario mismo.

Pero esa barrera invisible, que transforma el escenario en una tribuna, establece una separación no sólo entre el espectador y el actor, la establece también entre el actor y la pieza. La decaden-

cia del teatro se revela en el hecho de que el desmoronamiento del mundo estamental coincide con la aparición del «gran actor», el cual comienza a hacerse un nombre, como puede observarse en Londres, en París, en Berlín. Pero este «gran actor» no es otra cosa que el individuo burgués, cuya aparición hace saltar en pedazos, también en el escenario, las leyes de la pieza teatral clásica.

En la victoria de la interpretación individual sobre las reglas del juego y sobre los caracteres tradicionales se repite la victoria del individuo burgués sobre el personaje. El teatro de corte de la monarquía constitucional queda rebajado a la categoría de un asunto cultural, de una institución moral; su significado es museístico. La opinión pública encarnada de manera cada vez más clara por ese teatro no es la opinión de un público de privilegiados, sino la de un público que paga y la de una crítica pagada. Por ello ese teatro no se encuentra de ningún modo en condiciones de sustraerse a la sanción de los ataques sucesivos de la anarquía vital, del denominado «drama burgués» y de la discusión social.

En él perdura de todos modos un viso de unidad externa, mientras que en el escenario popular de la democracia burguesa el teatro se fragmenta en una serie de elementos autónomos y que se hostilizan mutuamente. Encontramos aquí el teatro como instrumento de educación general, el teatro como empresa económica, el teatro como asociación, el teatro como asunto de partido, en suma, encontramos aquí el teatro como expresión de todas las aspiraciones peculiares de la sociedad burguesa. Desde luego ese teatro no es ya teatro, como tampoco esa sociedad es ya sociedad en el verdadero sentido del término. En páginas anteriores señalamos ya que la fractura definitiva se produce muy pronto; históricamente se hizo visible en los grandes escándalos teatrales en los cuales la vieja sociedad manifestó que ya no se sentía a sí misma como una unidad.

En el cine, que está comenzando a desarrollarse en nuestro tiempo, no hay que ver una prolongación, en un plano modificado, de la mencionada degradación, sino la expresión de un principio que es de índole completamente diferente; ahora bien, para poder ver el cine de ese modo es preciso tener claro que tampoco en él es lo decisivo el carácter técnico, los aparatos. Esto es algo que se pone ya de manifiesto en el hecho de que ese carácter técnico ha invadido también el teatro; así lo vemos, por ejemplo, en el escenario giratorio, en las representaciones en serie y en otros fenómenos.

De ahí que sea errado el punto de vista de la calidad, mediante el cual intenta destacarse el teatro. Lo que ante todo es menester saber es que, hoy, detrás de la reivindicación de calidad se esconden dos valoraciones completamente distintas. La calidad in-

dividual es una calidad enteramente diferente de la que el tipo reconoce. En la fase última del mundo burgués se entiende por calidad el carácter individual y, en especial, el carácter individual de una mercancía, su ejecución única. De esta manera el cuadro pintado por un maestro antiguo o el objeto que se compra en una tienda de antigüedades poseen calidad en sentido completamente diferente del que era siquiera imaginable en la época en que ese cuadro o ese objeto surgieron. El hecho de la publicidad, cuyas técnicas son puestas en movimiento de la mismísima manera para promocionar una marca de cigarrillos que para promocionar la celebración del centenario de un clásico, delata muy claramente en qué medida se han vuelto idénticos la calidad y el valor comercial. Entendida en ese sentido, la calidad es una subespecie de la publicidad y lo que mediante ella quiere hacerse creer engañosamente a la masa es que el carácter individual es algo de lo que se siente necesidad. Pero como el tipo no siente ya para nada tal necesidad, el mencionado proceso se convierte, por lo que a él se refiere, en una pura ficción. De esta manera el hombre que conduce un determinado automóvil no se imaginará jamás en serio que se halla en posesión de un medio cortado a la medida de su individualidad. Al contrario, sentirá desconfianza, y con razón, frente a un automóvil que haya sido fabricado en un ejemplar único. Lo que él presupone tácitamente como calidad es, antes bien, el tipo, la marca, el modelo construido en serie. Para él la calidad individual posee, por el contrario, el rango de una curiosidad o de un objeto de museo.

Se emplea esa misma ficción en aquellos sitios donde, por comparación con el cine, el teatro reivindica para sí calidad, es decir, en este caso, superioridad artística. El concepto de ejecución única se presenta aquí como la promesa de una vivencia única. Ahora bien, esa vivencia única forma parte de los asuntos individuales de primer rango. Antes del descubrimiento del individuo burgués era desconocida la vivencia única, ya que lo absoluto y lo único —lo que ocurre una sola vez— se excluyen necesariamente; y en un mundo en que está empezando a abrirse paso el carácter total de trabajo esa especie de vivencia pierde su significación.

La vivencia única es la vivencia propia de la novela burguesa, la cual es la novela propia de una sociedad de Robinsones. El mediador de la vivencia única en el teatro es el actor en su condición de individuo burgués, y de ahí también que la crítica teatral haya ido transformándose de un modo cada vez más claro en una crítica de los actores. Con esto se hallan en correspondencia las fatales definiciones a que el siglo XIX sometió el arte al decir de

él que es «un fragmento de Naturaleza visto a través de un temperamento» o «el día del juicio final del propio yo» y cosas similares — la característica común de esas definiciones consiste en el elevado rango que atribuyen a la vivencia individual.

Estas discusiones acerca de la calidad giran en torno a unos ejes que se han vuelto imaginarios. En modo alguno puede tomarse el arte como término de comparación para establecer parangones entre el teatro y el cine, y ello sobre todo en un tiempo en que o bien no puede hablarse ya de arte o bien no puede hablarse todavía de él. La cuestión decisiva que aquí se plantea y de la que hoy no se ha cobrado todavía conciencia en modo alguno es, antes bien, ésta: ¿cuál de esos dos medios, el teatro o el cine, es el representante más nítido del tipo? Hasta que no se haya comprendido eso, hasta que no se haya comprendido que aquí no se trata de diferencias de rango, sino de una diferencia en el modo de ser, en la especificidad, no se estará en condiciones de ver las cosas con la imparcialidad necesaria. Cuando se comprenda eso se comprenderá la diferencia específica que separa al público de un teatro del público de una sala de cine que acaso quede al lado, aunque la suma de las personas singulares sea tal vez la misma en ambos casos. Y también se comprenderá por qué la gente trata de descubrir en el actor teatral la individualidad, la representación única, mientras que en los actores de cine esa individualidad no forma parte en modo alguno de los presupuestos. Hay una diferencia entre la máscara de carácter y el carácter de máscara de toda una época.

El actor de cine está sometido a una ley diferente por cuanto su tarea consiste en la representación del tipo. De ahí que no se le exija unicidad, sino univocidad. Lo que del actor de cine se aguarda no es que dé expresión a la armonía infinita, sino que dé expresión al ritmo preciso de una vida. La tarea que a él le incumbe es actuar de conformidad con las leyes que rigen dentro de un espacio muy determinado y muy objetivo, unas leyes cuyas reglas se han incorporado a la carne y a la sangre incluso del último de los espectadores.

Que esto es así, tal vez en ningún otro sitio resulta más claro que allí donde la película parece tratar exactamente el asunto contrario, es decir, la inferioridad del ser humano con respecto a ese espacio. Nuestro tiempo ha producido así un género particular de pieza cómica cuya comicidad estriba en que el ser humano aparece como la pelota con que juegan unos objetos técnicos. Los rascacielos han sido construidos únicamente para que la gente se caiga de ellos; el sentido que tiene el tráfico rodado es que la gente

sea atropellada por los vehículos; y el que tienen los motores, que la gente explote con ellos.

Quien corre con los gastos de esa comicidad es el individuo, que no domina ni las reglas fundamentales de un espacio muy preciso ni tampoco los gestos que a tales reglas les son connaturales; y el contraste que halla su expresión en la comicidad consiste precisamente en que al espectador sí le resultan completamente obvias tales reglas. Es, por tanto, el tipo el que se divierte a costa del individuo.

Lo que aquí sucede en el fondo es el descubrimiento de la carcajada como característica de una hostilidad primitiva y terrible; y las exhibiciones de eso en los centros mismos de la civilización, en unas salas seguras, calientes y bien iluminadas, son perfectamente comparables a unos combates en los que se disparase con ametralladoras contra unas tribus que fueran armadas de flechas y arcos.

La inocencia, la buena conciencia, la ingenuidad de todos los participantes son muy características de la revolución *sans phrase*. Ese género de comicidad, de destrucción por la carcajada, forma parte de un tiempo de transición. Ya hoy está comenzando a desvanecerse su eficacia; y cuando dentro de cincuenta años se exhume de los archivos una de esas películas, resultará incomprensible, de igual manera que una representación de *La mère coupable* de Beaumarchais no logra provocar hoy los sentimientos que tenía el individuo cuando empezaba a cobrar conciencia de sí.

De lo que aquí se trata es del reflejo de un espacio de índole diferente, y ese hecho aparece claro si reflexionamos sobre esto: la transposición de una pieza teatral clásica al teatro burgués puede concebirse como una repetición en un medio más débil; en cambio, en la transposición de una pieza teatral clásica al cine no se conserva ni la menor huella del cuerpo antiguo. En una película cuyo argumento sea el de una pieza teatral clásica, tal argumento aparece mucho menos emparentado con su modelo que con el noticiario político o con la escena de caza en Africa que se proyectan en la misma sesión. Ahora bien, ésa es la característica de una exigencia de totalidad. Son indiferentes el período histórico, el paisaje geográfico, el sector social que sirven de argumento: la problemática que trata de encontrar respuesta en él es siempre la misma. Esto es lo que explica que los medios con que se trabaja sean muy sincrónicos, muy uniformes y muy unívocos — en suma, que sean unos medios típicos.

Las características externas iluminan de una manera especial lo dicho. La película no conoce representaciones únicas y tampo-

co conoce un estreno propiamente dicho; una película se proyecta a la misma hora en todos los barrios de la ciudad y puede repetirse a voluntad con una precisión matemática que llega a los segundos y a los milímetros. El público de las películas no es un público especial, no es una comunidad estética; es, antes bien, el representante de ese mismo público con el que también podemos tropezarnos en todos los demás puntos del espacio vital. Asimismo resulta notable el hecho de que disminuya la importancia de la crítica; es reemplazada por los anuncios, es decir, por la publicidad. Al actor de cine no se le exige, ya lo hemos dicho, la representación del individuo, sino la representación del tipo. Esto presupone una gran univocidad de la mímica y de los gestos — una univocidad que desde hace poco tiempo se ha vuelto más nítida por la introducción de la voz artificial y que sin duda será todavía intensificada por otros medios.

39

Recordemos aquí una vez más que nuestra tarea consiste en ver, no en valorar. Pero en los sitios donde lo que hacemos es ver tiene poca importancia la objeción de que acaso se trate aquí de unos goces muy abstrusos, como también tiene poca importancia la objeción de que el hombre revestido de una armadura es tal vez más valioso que el pertrechado con un fusil. La vida pasa por encima de tales objeciones, las considera improcedentes, y la tarea del realismo heroico consiste en corroborarse a sí mismo a pesar de ellas y gracias precisamente a ellas.

Como ya dejamos dicho antes, para nosotros no se trata aquí de lo viejo o lo nuevo ni se trata tampoco de medios o instrumentos. De lo que se trata es, antes bien, de un lenguaje nuevo, de un lenguaje que es hablado de repente; y el ser humano o bien responde o bien permanece mudo — y eso es lo que decide de su realidad efectiva.

Esa otra cosa, el triunfo o la muerte, es la gran sorpresa que la vida tiene preparada. Emerge en algunos puntos e irradia a su alrededor un círculo mágico de aniquilación al que sucumbimos o que superamos. El tableteo de los telares de Manchester, el crepitar de las ametralladoras de Langemarck — esas cosas son los signos, son las palabras y frases de una prosa que desea que nosotros la interpretemos y dominemos. Lo que se hace cuando se intenta rechazarla por absurda es darse por vencido. Lo que importa es adivinar la ley secreta (una ley que, hoy como siempre,

es mítica) y servirse de ella como de un arma. Lo que importa es dominar esa lengua.

Si nos entendemos en esto, entonces no son menester más palabras. Entonces nos entendemos también en esto otro: en que la observación del ser humano, que es la forma suprema de la caza, promete capturas especiales precisamente en nuestro tiempo. La crítica, la duda incondicional, el trabajo incansable de la conciencia han hecho madurar una situación que permite una observación tranquila al crítico demasiado ocupado para ver lo sencillo. Ese crítico descubrirá que los seres humanos no son significativos en los sitios donde se tienen por tales — es decir, no son significativos en los sitios donde son problemáticos, sino en los sitios donde no son problemáticos.

Si queremos agasajar a Ahasvero no habremos de llevarlo a las bibliotecas donde se amontonan libros y más libros — o, si lo llevamos a ellas, será tan sólo para mostrarle cómo están encuadernados los volúmenes, qué títulos son los que gustan y cómo va vestido el público. Será mejor llevarlo a las calles y a las plazas, a las casas y a los patios, a los aeroplanos y a los ferrocarriles subterráneos — a los lugares donde el ser humano está viviendo, luchando, divirtiéndose, en suma, donde está trabajando. El gesto con que la persona singular abre su periódico y pasa la vista por él resulta más instructivo que todos los editoriales periodísticos del mundo, y nada proporciona más enseñanzas que permanecer parado un cuarto de hora en un cruce de calles. ¿Es que hay algo más sencillo y también más aburrido que el automatismo del tráfico? Y, sin embargo, ¿no es también él un signo, una imagen del modo como el ser humano está empezando hoy a moverse obedeciendo a unas órdenes que son silenciosas e invisibles?

El espacio vital está volviéndose cada vez más unívoco, cada vez más obvio; al mismo tiempo va creciendo la ingenuidad, va creciendo la inocencia con que la gente se mueve en ese espacio. Pero en eso es en lo que se esconde la clave de un mundo diferente.

La cuestión que ahora se plantea es la siguiente: ¿no habrá que buscar detrás de las máscaras de nuestro tiempo algo más que la muerte del individuo, una muerte que vuelve rígidas las fisonomías y que significa en el fondo más cosas, y cosas más dolorosas, que la mera cesura que separa dos siglos? Pues esa cesura, ese corte, significa al mismo tiempo la última volatilización de la vieja alma, cuya disolución empezó pronto, empezó con la clausura de las situaciones universales y antes de que se hiciese presente el personaje absoluto.

La diferencia entre el orden jerárquico del tipo y el orden jerárquico del individuo

40

Hemos examinado las características externas del tipo en algunos ejemplos cuyo número cabe multiplicar cuanto se quiera. El proceso común que se encuentra en la base de tales características consiste en la mengua de la individualidad, mengua que en las múltiples situaciones de transición es sentida como una pérdida.

Puede estudiarse esa pérdida empezando por las formas supremas del sacrificio y terminando por las formas de la consunción vegetativa, de la muerte burguesa. El representante eminente del individuo, el genio, es el primero en ser afectado por esa atmósfera de ocaso. La ofensiva de la muerte contra las masas, que sigue efectuándose sin interrupción, bien de manera invisible, o bien en el modo de las catástrofes visibles, y que durará todavía un tiempo imposible de calcular, constituye la clasura del proceso. Una vez que se ha visto eso, no merece ya la pena seguir ocupándose por más tiempo en los pormenores.

Es preciso tener bien claro, sin embargo, que esta definición del tipo posee un carácter negativo. Cuando del individuo se resta el individuo, lo que queda es la nada. En nuestro tiempo eso es algo que incontables veces ha sido demostrado tanto práctica como teóricamente y con gran derroche de medios. Una vez alcanzado ese punto podemos cerrar las actas, archivar la cuestión — a condición de que pensemos seguir aferrados al concepto de evolución, el cual es uno de los conceptos medulares de la *Weltanschauung*, de la visión del mundo del siglo XIX. El flujo de una evolución ilimitada, el movimiento sin orillas de una razón impuesta por la fuerza a la Naturaleza, eso es lo que da su corroboración a la vivencia única del individuo y lo que otorga perspectivas a esa vivencia.

Pero no hay nada que a nosotros nos obligue a aferrarnos a los diccionarios de los que están tomados esos conceptos. La clau-

sura de la evolución del individuo, es decir, su muerte, es una característica del tipo tan sólo en cuanto constituye uno de sus presupuestos incondicionales. Unicamente la completa disgregación de las viejas estructuras, únicamente el hecho de que se tornen absurdas, es lo que hace posible que aparezca la realidad efectiva de un campo de fuerzas diferente.

La característica muchísimo más importante del tipo y su libertad auténtica consisten precisamente en esto: en la pertenencia del tipo a ese campo de fuerzas. La figura del trabajador domina ese campo. Pero en los sitios donde se presentan figuras, todos los conceptos, también el de evolución, se retiran. La figura no excluye la evolución, sino que la implica como una proyección en el plano causal — de igual manera que ella misma, la figura, aparece como un centro nuevo de la historiografía.

La fuerza esencial del tipo estriba en que él invoca un presente diferente, un espacio diferente, una ley diferente, y el centro de todas esas cosas es la figura — la fuerza esencial del tipo estriba, en suma, en que él habla un lenguaje diferente. Pero en aquellos sitios donde se habla un lenguaje diferente el debate está ya cerrado y comienza la acción. Comienza la revolución. Y lo que hay que considerar como el medio más fuerte de la revolución es la pura existencia, el mero estar ahí. Esa existencia está conclusa en sí, es señora de la enciclopedia de sus conceptos; por lo que se refiere al orden jerárquico, no está sometida a ninguna comparación, sino que contiene en sí los medios que se requieren para comprobar ese orden. Si esto es así, entonces en la primera aparición del tipo han de estar incluidos ya los distintivos de un orden jerárquico propio y peculiar.

Lo que hace que la comprobación de un orden jerárquico nuevo aparezca a primera vista muy difícil es el hecho de una nivelación muy amplia a la que se muestran sometidos los seres humanos. Ese aplanamiento parece comenzar ya con el desfile triunfal de los principios universales, con la demanda de igualdad de todos los que llevan un rostro humano.

Ahora bien, si se miran las cosas con más detenimiento se verá que esa igualdad posee desde luego unos límites. Así como el concepto de evolución forma el transfondo natural, así el concepto de libertad burguesa forma el transfondo jurídico mediante el cual se ve confirmado el individuo en la posesión de su vivencia única. Pero en este punto queda suprimida la división. Como su propio nombre indica, el individuo es la inatacable molécula del orden del mundo; él define la estructura de ese orden mediante los dos polos que le están adjudicados por el derecho natural: el

polo de lo racional y el polo de lo moral. Tal rango se lo confirman al individuo no sólo las primeras palabras de todas las Constituciones del siglo XIX, sino también las grandes frases con que el espíritu saluda su primera aparición y que van desde «la ley moral dentro de mí» hasta «la suma felicidad de todos los hijos de la Tierra», felicidad que es vista en la conciencia de la «personalidad».

Solamente así, como culto del individuo, puede comprenderse también la enorme influencia que tuvo la fisiognómica a finales del siglo XVIII. Es el descubrimiento del individuo moral, descubrimiento que coincide en el tiempo con el descubrimiento en Tahití del individuo natural y, con ello, racional. También los vocablos «genial» y «sentimental» forman parte de esa misma tensión. El culto del individuo produce luego una situación tal que en ella la historia de la cultura y de las guerras no sólo es vista como el resultado de la voluntad individual, con especial preferencia por el Renacimiento y por la Revolución francesa — sino que además es reemplazada en parte por la biografía del individuo histórico y del individuo artístico. Surgen así sistemas enteros de biografías en los cuales se pasa por la colada y se deshilacha día por día y hora por hora la existencia del individuo significativo. El material es inagotable por cuanto una vez más es la concepción individual quien puede iluminarlo con las luces que quiera. El asunto es siempre el mismo; trata la evolución y la vivencia única. Ese mismo criterio se traspasa luego también al individuo económico; éste ocupa el centro de las consideraciones económicas, bien como el portador de la producción o bien como el órgano de la iniciativa, dentro de una evolución progresiva que ahora aparece como la férrea ley económica de la competencia.

Para comprender que en ese espacio la igualdad teórica cabe conciliarla muy bien con un orden jerárquico práctico es menester saber que aquí el individuo puede ser considerado, según se quiera, o bien como la regla o bien como la excepción. El descubrimiento del ser humano, un descubrimiento que embriagó los corazones, lo es con restricciones; se refiere únicamente al ser humano en su condición específica de individuo. En la medida en que la persona singular se presenta como individuo, puede permitirse muchas cosas; dispone de unos privilegios mayores que los que fueron posibles en otros tiempos más severos.

Así, un determinado concepto de la propiedad otorga al individuo económico una gran potestad dispositiva sobre los bienes, una potestad dispositiva que no tiene responsabilidades ni para con el pasado ni para con el futuro. Un traficante de armas puede

fabricar medios bélicos para cualquier potencia. Un invento nuevo es una parte de la existencia individual; consecuentemente, va a parar a las manos de quien más ofrezca por él. Una de las primeras medidas que se tomaron después de la victoria definitiva del individuo en Alemania consistió, no en estatalizar las grandes fincas, sino en abolir los fideicomisos y los mayorazgos; es decir, consistió en transferir las propiedad del linaje al individuo.

También se observará una agitación muy especial en todos aquellos sitios donde el individuo significativo —por ejemplo, el individuo artístico— se ve envuelto en un proceso criminal. En teoría todos los ciudadados son iguales ante la ley; en la práctica, sin embargo, se tiende a ver en cada caso un caso de excepción, es decir, una vivencia única. La demostración de individualidad es cuando menos una circunstancia atenuante; de ahí que en la administración de justicia se introduzca con una fuerza cada vez mayor el dictamen médico, y en los últimos tiempos también el dictamen psicológico, y asimismo en determinados casos el informe social.

En correspondencia con eso, para el portador de una individualidad bien pronunciada —la individualidad literaria, por ejemplo— el proceso judicial se reconfigura como una variedad especial de la publicidad, como un foro desde el cual la persona singular lanza sus acusaciones contra la sociedad. En páginas anteriores dijimos ya algo sobre la valoración de la existencia individual que se expresa en las enconadas luchas acerca de la pena de muerte; esa valoración se halla en una extraña discordancia con el número de no-nacidos que son matados.

Todo lo dicho es una corroboración de este hecho: en este espacio se posee un rango en la misma medida en que se dispone de una individualidad. Como es natural, también aquí hay, igual que en todas partes, reglas de combate: el arma que se emplea es precisamente la individualidad. Y ese hecho ha encontrado tal vez su expresión más certera en la frase que se ha hecho famosa y que dice: «Vía libre para los competentes».

Y no es necesario explicar quiénes son aquí «los competentes».

41

Vistas las cosas desde este espacio, el hecho de que el tipo no participe ya en ese orden jerárquico no puede ser interpretado de otro modo que como signo de una falta de valor, de una no-valiosidad. El objetivo de la actividad pedagógica practicada por

el burgués en el trabajador consistió únicamente en esto: en hacer de él el portador de un orden jerárquico específico — en hacerlo participar decisivamente en la continuación de la vieja discusión. Pero en nuestro tiempo está poniéndose de manifiesto que ya no es posible en modo alguno tal continuación.

De ahí que acaso merezca la pena observar más de cerca esa aparente falta de valor del tipo, esa no-valiosidad suya, para ver si no está ya contenido precisamente en ella el bosquejo o apunte de un orden jerárquico de una especie completamente diferente. Parece recomendable empezar a este propósito por la relación del ser humano con el número, pues el reproche de la falta de valor suele revestirse de preferencia con la fórmula de que la persona singular se ha convertido en una cifra.

El mejor modo de expresar la modificación que aquí se ha producido consiste en decir: en el siglo XIX la persona singular aparece variable y la masa, constante, mientras que en el siglo XX, en cambio, la persona singular aparece constante, pero en las formaciones en que ella se hace presente cabe observar una gran variabilidad. Esto guarda relación con el hecho de que están creciendo ininterrumpidamente las exigencias que se hacen a la energía potencial de la vida — tal cosa presupone, empero, un mínimo de resistencia en la persona singular. La masa es algo que por su propia esencia carece de figura; de ahí que sea suficiente la igualdad puramente teórica de los individuos, los cuales son los sillares con que se construye el edificio de la masa. La construcción orgánica, propia del siglo XX, es, por el contrario, una formación de índole cristalina; de ahí que la construcción orgánica demande del tipo que en ella se hace presente una estructura de dimensiones enteramente diferentes. Esto comporta que la vida de la persona singular se vuelva cada vez más unívoca, más matemática. De ahí que no haya de causar extrañeza el que en la vida empiece a desempeñar un papel creciente el número, o, más bien, la cifra precisa; esto guarda relación con el carácter de máscara del tipo, asunto del que ya hemos hablado antes.

Aquí hemos de mencionar, como pareja que hace juego con la irrupción revolucionaria de la fisiognómica a finales del siglo XVIII, el renacimiento de la astrología, un fenómeno que a primera vista resulta enigmático y del cual hemos sido testigos nosotros. Esta predilección de ahora no tiene nada que ver con la astrología clásica, de igual manera que la quiromancia no tiene nada que ver con la dactiloscopia moderna. Antes, por el contrario, viene a dar satisfacción a una tendencia propia del tipo, tendencia que está referida a unas constelaciones precisas. La significación de la in-

genuidad se acrecienta en aquellos sitios donde se diluyen las diferencias individuales.

También cambian, en correspondencia con eso, los medios de comprobación de la identidad. Para hacer constar la identidad de su propio yo el individuo invoca unos valores por los cuales se diferencia de los demás — es decir, invoca su individualidad. El tipo, en cambio, se muestra afanoso de rastrear marcas situadas fuera de la existencia singular. Nos encontramos así con una caracterología matemática, «científica», con la investigación, por ejemplo, de la raza, investigación que llega hasta a medir y contar los glóbulos sanguíneos. Al afán de uniformidad en lo espacial corresponde en lo temporal la predilección por el *ritmo* y, especialmente, por la repetición — esa predilección conduce a esfuerzos tendentes a ver imágenes enteras del mundo como repeticiones rítmicas y regulares de un mismo y único proceso fundamental.

No menos instructivo es el hecho de que la noción de infinito esté comenzando a experimentar modificaciones. Aparece aquí una tendencia que intenta captar con cifras tanto lo infinitamente pequeño como lo infinitamente grande, tanto el átomo como el cosmos, «el cielo estrellado por encima de mí». Lo mismo está sucediendo con los sectores infinitamente pequeños; hace su aparición un arte especial de medir los fenómenos vibratorios en el cual desempeña un papel, y no sin razón, el cristal. Finalmente, también el sector infinitamente pequeño de la evolución está perdiendo su carácter indeterminado; la variación, a partir de cuya infinita competencia entre los individuos se despliegan las especies, conviértese en mutación, la cual de manera súbita y decisiva se hace visible como un magnitud determinada.

Estos procesos será posible interpretarlos únicamente si se adivina por detrás de ellos el dominio de la figura, el cual pone a su servicio el sentido del tipo, es decir, el sentido del trabajador. No es posible captar la figura mediante el concepto general y espiritual de infinitud, sólo cabe hacerlo mediante el concepto particular y orgánico de totalidad. Este carácter concluso comporta que la cifra aparezca aquí en un rango completamente diferente, es decir, aparezca en relación inmediata con la metafísica. ¿Se comprende que en ese mismo instante haya de experimentar modificaciones, haya de adquirir un carácter mágico la física?

No menos significativo es el modo y manera en que aparece la cifra en la vida diaria. Esto es algo que cabe observar en las ofensivas, tan discretas como tenaces, con que la cifra pretende reemplazar a los nombres propios. De esto forma

ya parte la ordenación alfabética de los incontables registros y listas de los que se obtiene información acerca de la persona singular. Tal ordenación alfabética otorga a las letras un valor de cifras; y es muy grande la diferencia que hay entre la sucesión de nombres que puede estudiarse en un escalafón militar antiguo y la sucesión de nombres que puede estudiarse en una guía telefónica moderna.

De igual modo que se amontonan las ocasiones en que la persona singular aparece enmascarada, también se multiplican los casos en que su nombre aparece en estrecho contacto con la cifra. Tal cosa es lo que sucede en las múltiples ocasiones, cada día más numerosas, en que cabe hablar de un verdadero «empalme». El servicio de energía, el servicio de tráfico, el servicio de noticias, todos esos servicios aparecen como unos campos en cuyo sistema de coordinadas se averigua la persona singular como se averigua un punto determinado — cuando se acciona el disco numerado de un teléfono automático la persona singular es «cortada», a la manera como es «cortado» un punto por una coordenada. El valor funcional de tales medios va aumentando a medida que aumenta el número de quienes en ellos participan — pero ese número no aparece nunca como una masa en el sentido antiguo, sino que aparece siempre como una magnitud que en cada instante puede ser precisada en cifras. También el concepto antiguo de «firma», de empresa comercial, se muestra sometido a esa modificación; ya no es el nombre del propietario el que ofrece la garantía esencial; y de ahí que, en la publicidad por ejemplo, no se emplee ya ese nombre como un medio individual, sino que se emplee como un medio típico. Y correlativamente se multiplican los casos en que surgen nombres de firmas comerciales mediante la utilización abstracta del alfabeto, mediante la unión de unas letras cualesquiera.

Donde especialmente aparece el afán de expresar en cifras todas las relaciones es en la estadística. En ella la cifra aparece en el papel del concepto que penetra de múltiples maneras, desde puntos de vista cualesquiera, un repertorio de cosas que es siempre el mismo. Ese afán ha hecho que se desarrolle a partir de ella una especie de argumentación lógica en la cual se otorga a la cifra un valor de prueba. Mayor importancia tiene el hecho de que la metódica con que es iluminada la persona singular no se limite a verla como parte de una suma, sino que trate de integrarla en una totalidad de fenómenos. Tal vez esto quede claro si se considera la diferencia que hay entre, por un lado, un cómputo de la población o un cómputo de las papeletas de voto y, por otro, los

resultados gráficos de una prueba psicotécnica o de una tabla de rendimientos técnicos.

Hemos de mencionar aquí también el récord como una valoración en cifras de rendimientos humanos o técnicos. El récord es el *símbolo de una voluntad de inventariar* permanentemente la energía potencial. De igual manera que hay en lo espacial un deseo de poder alcanzar en todos los tiempos y en todos los puntos a la persona singular, así hay también en lo dinámico el afán de tener informaciones continuas sobre los límites extremos de la capacidad de rendimiento.

42

Es evidente que en este espacio, que se ha vuelto muy preciso, muy constructivo, con sus relojes y sus aparatos de medida, la vivencia única e individual es sustituida por la vivencia unívoca y típica. Lo desconocido, lo misterioso, lo mágico, lo polifacético de esta vida reside en su cerrada totalidad; participamos en ese mundo en la medida en que estamos integrados en él, no en la medida en que nos enfrentamos a él.

/La bipolaridad del mundo y de la persona singular constituye la felicidad y el sufrimiento del individuo./En cambio el tipo dispone cada vez de menos medios para separarse *críticamente* de su espacio, el cual a unos ojos extraños habrá de aparecer como una fábula terrible o maravillosa. Este proceso, esta fusión del *tipo con su espacio,* se exterioriza en el número cada vez mayor de contextos objetivos que reclaman para sí a la persona singular.

De ahí que en este espacio los descubrimientos no aparezcan ya como algo maravilloso; forman parte del estilo obvio de vida. El nuevo descubrimiento del mundo en nuestros días, realizado mediante vuelos audaces, no es el resultado de unos rendimientos individuales, sino el resultado de unos rendimientos típicos, que un día aparecen como récords y al día siguiente aparecen como algo habitual y cotidiano. También es una vivencia típica el descubrimiento de un paisaje nuevo, como puede ser, por ejemplo, el paisaje de una ciudad o el paisaje de un campo de batalla. De ahí que tampoco la noticia significativa sea ya la noticia individual y única, sino la que es corroborada por el tipo. La muy deplorada decadencia de la literatura lo único que significa es que ha perdido su rango un anticuado modo literario de plantear los problemas.

No cabe la menor duda de que una guía de ferrocarriles posee hoy una significación mayor que la que posee el último deshila-

chamiento completo de la vivencia única efectuado por la novela burguesa. Hace el ridículo quien intenta convertir tal vivencia única en el centro de un paisaje de trabajo o de combate. Y lo que aquí sucede no es que el nuevo espacio no sea apropiado para una captación literaria, sino, más bien, que a él le resbalan todas las problemáticas individuales. La captación de ese espacio es una tarea cuyas leyes peculiares están aún por descubrir. Sólo cuando se haya logrado hacerlo podrá hablarse otra vez de libros y de lectores.

De este mismo contexto forma parte también lo siguiente: el morir se ha simplificado. Es eso algo que cabe observar en todos los sitios donde se ve operar al tipo. Las víctimas incontables exigidas por la aviación no están en condiciones de influir lo más mínimo en el proceso. También de la navegación, claro está, cabe aseverar eso mismo; *navigare necesse est.* Ahora bien, no es lo mismo la catástrofe provocada por una fuerza de la Naturaleza que el concepto de accidente que se ha desarrollado en nuestro espacio. En ambos casos se habla de destino, pero en el primero el destino aparece como la intervención de unos poderes no susceptibles de cálculo, mientras que en el segundo aparece estrechamente relacionado con el mundo de las cifras. Esto otorga al destino un tono especial de seca necesidad.

Lo dicho podemos comprobarlo afectivamente, bien en nosotros o bien en otros, en los sitios donde la cercanía de la muerte aparece relacionada con las grandes velocidades. La velocidad produce una especie de embriaguez sobria; y un grupo de corredores automovilísticos, de pilotos de carrera, cada uno de los cuales está sentado al volante como si fuera un maniquí, da una impresión de esa extraña mezcla de precisión y peligro que es peculiar de los movimientos superlativos del tipo.

La mencionada circunstancia aparece con mayor nitidez todavía en aquellos sitios donde el ser humano dispone activamente de la vida y la muerte. El tipo se muestra ocupado en construir unas armas que son especialmente características de él. La índole de las armas así como su empleo cambian según que estén dirigidas contra el personaje o contra el individuo o contra el tipo. Cuando es el personaje el que sale al campo a combatir, el enfrentamiento se guía por las leyes del duelo, del combate entre dos, y resulta indiferente que quienes se enfrenten sean dos personas singulares o sean dos cuerpos de ejército en orden cerrado. En concordancia con esta situación está el hecho de que se procure herir al adversario con armas de mano. De alguna manera, incluso el viejo artillero, incluso el viejo «maestre de piezas», continúa sien-

do un artesano que trabaja con las manos. El individuo, por su parte, se presenta *en masse;* es menester herirlo con unas armas a las que les es inmanente un efecto masivo. De ahí que simultáneamente a la entrada del individuo en el espacio del combate aparezca primero la «gran batería» y más tarde, con la industrialización, la ametralladora.

En cambio para el tipo es el campo de batalla un caso especial de un espacio total; de ahí que el tipo esté representado en el combate por unos medios a los que les es peculiar un carácter total. Surge así el concepto de «zona de aniquilación», que es creada por el acero, por el gas, por el fuego o por otros medios, en los cuales están incluidas también las actuaciones políticas y económicas. En tales zonas no hay ya *de facto* diferencia ninguna entre los combatientes y los no-combatientes. De ahí que ya en la guerra del catorce asumiesen un carácter puramente propagandístico las discusiones jurídicas, basadas en el derecho internacional, acerca de las plazas abiertas y las plazas fortificadas, los buques de guerra y las naves mercantes, el bloqueo y la libertad de los mares. En la guerra total cada una de las ciudades, cada una de las fábricas es una plaza fortificada; cada una de las naves mercantes, un buque de guerra; cada uno de los alimentos, contrabando; cada una de las medidas activas o pasivas, algo que tiene un sentido bélico. Por el contrario, el hecho de que el tipo sea afectado como persona singular —como soldado, por ejemplo— es algo que tiene un significado secundario; el tipo es co-afectado en la ofensiva dirigida contra el campo de fuerzas en que él se halla integrado. Pero ésta es la característica de una crueldad superlativa, de una crueldad muy abstracta.

La acción más extensa de matar, la más amplia matanza que hoy cabe observar es la que se dirige contra los no-nacidos. Es previsible que ese fenómeno, que con relación al individuo posee el sentido de una mayor seguridad para el modo de vivir de la persona singular, en el caso del tipo desempeñe el papel de medio de una política demográfica. Tampoco es difícil adivinar que volverá a ser descubierta la muy antigua ciencia de la política de despoblamiento. De esto forman parte los famosos *vingt millions du trop,* un *aperçu* que entretanto ha quedado ilustrado por los desplazamientos de poblaciones; es éste un medio con el cual cabe desembarazarse por vía administrativa de capas fronterizas sociales y nacionales. Y ya está empezando a utilizarse ese medio.

Es imposible no ver que en este espacio las exigencias que se le hacen a la persona singular están intensificándose en unas proporciones que hasta ahora resultaban completamente inimaginables. Al conjunto de relaciones que en ese espacio se presentan no pertenecemos ya de manera rescindible, sino que estamos integrados en ellas de modo existencial. En la misma proporción en que se disuelve la individualidad, en esa misma proporción disminuye la resistencia que la persona singular es capaz de oponer a su movilización. Va extinguiéndose, va perdiendo eficacia la protesta que emerge de la esfera privada. Tanto si quiere como si no quiere — a la persona singular se la hace completamente responsable de las relaciones objetivas en que está integrada.

También para la economía y para todos los demás sectores rigen las leyes de la guerra: entre los combatientes y los no-combatientes no hay ya diferencias. Podríamos reunir bibliotecas enteras en las cuales resuena en millares de variaciones el lamento del ser humano que se ve atacado súbitamente desde zonas invisibles y al que se le despoja de su sentido y de sus riquezas en todos los aspectos. Este es el grande y único asunto de la literatura decadentista de nuestros días, pero no disponemos ya de tiempo para ocuparnos en eso.

Esta especie de integración no conoce excepciones. Afecta al niño en la cuna y aun en el vientre de su madre con igual seguridad con que afecta al monje en su celda o al negro que en las selvas vírgenes tropicales hace incisiones en la corteza del árbol del caucho. Esta integración es, consecuentemente, total y se diferencia de la integración teórica en los derechos universales del hombre por ser enteramente práctica e irrecusable. Antes uno podía decidir ser un burgués o no serlo; con respecto al trabajador no existe ya hoy esa libertad de decisión. Con lo dicho queda ya circunscrito el nivel más amplio de un orden jerárquico de una especie diferente; consiste en la pertenencia ontológica e inevitable al tipo, consiste en una conformación, en un troquelado de la figura, que se efectúa bajo la coerción de unas leyes férreas.

Esta especie de integración presupone en el ser humano unas propiedades diferentes, unas virtudes diferentes. Presupone que el ser humano no aparece aislado, sino que aparece precisamente integrado. Pero, con ello, la libertad no significa ya una medida cuyo metro de referencia lo forme la existencia individual de la persona singular; ahora la libertad consiste en el grado en que en la existencia de esa persona singular se expresa la totalidad del

mundo en que ella está integrada. Con eso queda dada la identidad de la libertad y la obediencia — una obediencia que presupone desde luego que los vínculos antiguos han quedado destruidos íntegramente. Las lamentaciones por la pérdida de tales vínculos son tan copiosas como las lamentaciones por la pérdida de la individualidad.

Ahora bien, el tipo no es en modo alguno algo que no tenga vínculos; está sujeto a los vínculos peculiares y más rigurosos de su mundo, dentro del cual no resulta tolerable una estructura que sea de una especie diferente. Como hemos dicho, la vivencia propia del tipo no es una vivencia única, sino una vivencia unívoca. Y con esto guarda relación el hecho siguiente: la persona singular no es insustituible, sino que es perfectamente sustituible, y lo es en una medida que posee la misma alcurnia que las demandas de todas las buenas tradiciones. El tipo está sometido a las virtudes del orden y de la subordinación en un modo completamente diferente, y el desorden de todas las circunstancias vitales que es característico de nuestra época se explica porque las valoraciones del individuo no se han vuelto todavía unívocas, no han sido reemplazadas todavía, en cuanto estilo, por las valoraciones propias del tipo, que son de una especie diferente. El hecho de que hoy se opine que la dictadura, en todas sus formas, es cada vez más necesaria no es sino un símbolo de esa necesidad que se siente. Pero la dictadura es únicamente una forma transitoria. El tipo no conoce la dictadura, ya que para él son idénticas la libertad y la obediencia.

Todas las personas singulares sin excepción forman parte de ese nivel amplísimo, de esa base de la pirámide, de igual manera que dentro del ejército todas las personas singulares pueden ser calificadas de soldados, sea cual sea el grado —general, oficial o simple soldado raso— que ostenten. El tipo es el que forma ese nivel, pues a él hay que concebirlo como la expresión de un «carácter grabado», en el sentido auténtico de esta palabra. Mas por encima de ese conjunto humano, en el cual se encarna no sólo un derecho universal, sino una obligación total, está comenzando a perfilarse un tipo diferente, un tipo activo, en el cual la auténtica raza alcanza una impronta más nítida.

Repitamos aquí que dentro del paisaje de trabajo la «raza» no tiene nada que ver con conceptos raciales biológicos. La figura del trabajador moviliza el conjunto humano sin establecer diferencias en él. Cuando consigue sacar a luz, precisamente en determinadas regiones, unas formas superiores y supremas, esto no introduce ningún cambio en su independencia. Así, por poner un

ejemplo, que de todos modos hay que tomar con cautela, será cierto que el cobre es un conductor mejor que todos los demás metales. Pero esto no introduce ningún cambio en el hecho de que la electricidad es independiente del cobre. Por tanto, es muy posible que los «occidentales» puedan experimentar sorpresas. En el espacio de trabajo lo único que decide es el rendimiento en que se expresa la totalidad de tal espacio. Eso es el poder y él es el que instituye el punto de referencia en un sistema cuya situación puede desde luego modificarse de manera muy significativa. Tal rendimiento es indiscutible por cuanto es encarnado por unos símbolos objetivos, fácticos. De la virtud del tipo forma parte el que él reconozca tales símbolos, sea el que sea el sitio en que aparezcan.

Pero volvamos al tipo activo, al portador del segundo nivel de este orden jerárquico. Puede encontrárselo en todos aquellos sitios donde adquiere nitidez el carácter especial de trabajo. El tipo activo se señala por poseer no sólo una conformación pasiva, sino por poseer una dirección. Dentro de las profesiones y de los países se lo reconoce en que puede calificárselo ya inequívocamente de trabajador, con independencia de la especificidad de su actividad. La explicación de esto reside en que él está ya en relación con la metafísica de esa actividad, con su «figuralidad».

Ya hoy tenemos a veces la suerte de entrar en la esfera de tales existencias; en torno a ellas está cristalizando, como en torno a puntos, el orden nuevo. Aquí se exterioriza, con entera independencia de las distinciones antiguas, un alto grado de ímpetu y de fuerza irradiante, el cual hace muy claro que en este espacio el trabajo es de un rango cultual. Aquí encontramos ya también unos rostros muy marcados; esos rostros permiten conocer que el carácter de máscara es capaz de experimentar una intensificación — una intensificación que podemos calificar de «expresión heráldica». Lo que con este modo de hablar quiere sugerirse es que cabe perfectamente pensar el tipo como el centro de un arte nuevo — de un arte para el cual, ciertamente, han dejado de tener vigencia las reglas propias del siglo XIX, en especial las de la psicología.

Están conformándose ya también los órdenes peculiares, las construcciones orgánicas especiales en que el tipo activo se agrupa para la acción. En otra ocasión trataremos esto con más detenimiento; lo único que aquí queremos señalar es que a tales construcciones orgánicas cabe calificarlas de «Ordenes» en el sentido monástico o caballeresco de la palabra.

El soldado anónimo es la encarnación de uno de los primeros ejemplos del representante del tipo activo — y es ése un ejemplo

en el que, además, se expresa ya también de un modo muy claro el rango cultual del trabajo. La guerra del catorce no representa desde luego, en la medida en que pertenece al siglo XX, una suma de guerras nacionales. Hay que considerarla, antes por el contrario, como un amplísimo proceso operativo en el cual la nación aparece en el papel de magnitud de trabajo. El esfuerzo nacional desemboca en una imagen nueva, desemboca en la construcción orgánica del mundo.

Y así ocurre que el héroe de ese proceso, el soldado anónimo, aparece como el portador de un máximo de virtudes activas, como son el coraje, el espíritu de sacrificio y la disponibilidad. La virtud del soldado anónimo estriba en que él es sustituible y en que detrás de cada uno de los caídos en combate se encuentra ya en reserva el relevo El metro por el que se mide al soldado anónimo es el metro del rendimiento objetivo, de la prestación sin palabrería; de ahí que él sea en sentido eminente el portador de la revolución *sans phrase*. A consecuencia de ello retroceden al segundo plano todos los demás puntos de vista, incluso el frente en que se combate y se muere. Vistas las cosas desde aquí, existe desde luego una honda fraternidad entre los enemigos, una fraternidad que le estará eternamente cerrada al pensamiento humanitarista.

Tanto en la guerra del catorce como en nuestro mundo en general se han vuelto ya claramente visibles el nivel pasivo, sufriente, y el nivel activo del tipo; en cambio no se ha producido aún la entrada en el espacio visible de trabajo de su representante último y supremo. Con esto guarda relación el hecho de que la guerra del 14 no lograse hacer madurar unas decisiones definitivas — no lograse producir un orden que fuera intocable y garantizase la seguridad.

Es en cuanto voluntad ciega, por así decirlo, es en cuanto función planetaria como, en el nivel más bajo del orden jerárquico, la figura del trabajador se apodera de la persona singular y la subordina a sí; en cambio en el segundo nivel esa figura integra a la persona singular, en cuanto portadora que es del carácter especial de trabajo, en una pluralidad de construcciones planificadas. Pero en el nivel último, en el más alto, la persona singular aparece en la medida en que está relacionada de manera inmediata con el carácter total de trabajo.

Hasta que no entren, hasta que no hagan acto de presencia esos fenómenos, no serán posibles ni la política ni el dominio en gran estilo, es decir, no será posible el dominio del mundo. Ese dominio va ya abriéndose parcialmente camino merced a la eficacia del tipo activo, el cual rompe de múltiples maneras las fronteras

de las viejas estructuras. Pero el tipo activo no se halla en condiciones de sobrepasar los límites que le vienen trazados por el carácter especial de trabajo; como científico, como técnico, como soldado, como nacionalista, el tipo activo ha menester de la integración, ha menester del mandato que se alimenta directamente de la fuente de la donación de sentido.

Sólo en el representante de tal fuerza es donde se cortan, como en la cúspide de la pirámide, las múltiples antítesis cuyo juego y contrajuego crean la cambiante iluminación de nuestra época, el ambiente de dos luces que le es peculiar. Tales antítesis son: lo viejo y lo nuevo, el poder y el derecho, la sangre y el espíritu, la guerra y la política, las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu, la técnica y el arte el saber y la religión, el mundo orgánico y el mundo mecánico En el espacio total todas esas antítesis se solapan; su unidad se pone de manifiesto en un tipo humano nacido allende las viejas dudas.

Así, pues, en el siglo XIX el orden jerárquico estuvo representado por el grado en que se poseía individualidad. En el siglo XX el rango lo decide la amplitud con que se es representante del carácter de trabajo. Ya antes señalamos que hay aquí varios niveles — unos niveles más nítidamente diferenciados que los que desde hace siglos cabía observar. No hemos de dejarnos desconcertar por la amplísima nivelación a que hoy se encuentran sometidos los seres humanos y los objetos. Lo único que esa nivelación significa es que el nivel más bajo, la base del mundo de trabajo, está convirtiéndose en realidad efectiva. A eso es a lo que se debe el que hoy el proceso vital aparezca preponderantemente como algo pasivo, sufriente. Sin embargo, cuanto más progresen la destrucción y la reconformación, tanto más nítidamente se hará visible la posibilidad de una edificación nueva, la posibilidad de la construcción orgánica.

La técnica como movilización del mundo por la figura del trabajador

44

Las declaraciones que los contemporáneos saben hacer a propósito de la técnica ofrecen un magro botín. En especial resulta sorprendente que los técnicos no logren ni siquiera inscribir su propia definición dentro de una imagen que capte la vida en el conjunto de sus dimensiones.

La razón de esto es la siguiente: el técnico es sin duda el representante del carácter especial de trabajo, pero lo que a él no le es dado tener es una relación directa con el carácter total de trabajo. En los sitios donde falta tal relación no puede decirse que haya, por muy excelentes que sean las prestaciones singulares, un orden que vincule y que en sí esté libre de contradicciones La falta de totalidad se exterioriza en la aparición de un especialismo desenfrenado que intenta elevar al rango decisivo el planteamiento particular de los problemas. Mas con ello no quedaría decidida ni una sola de las cuestiones significativas, aunque el mundo fuera objeto de una construcción completa.

Para poseer una relación verdadera y efectiva con la técnica es preciso ser algo más que un mero técnico. El error que no permite que salgan bien las cuentas en ninguno de los sitios donde se intenta relacionar la vida con la técnica es siempre el mismo y da igual que la conclusión a que se llegue sea el rechazo o sea la aceptación. Ese error fundamental reside en poner al ser humano en relación inmediata con la técnica — ya viendo en él a su creador, ya viendo en él a su víctima. El ser humano aparece aquí o bien como un aprendiz de brujo que conjura unas fuerzas a cuyos efectos no es capaz de hacer frente o bien como el creador de un progreso ininterrumpido que corre presuroso hacia unos paraísos artificiales

Del todo diferentes son los juicios a los que se llega cuando se repara en que el ser humano no está ligado a la técnica de un modo inmediato, sino de un modo mediato. La técnica es el modo

y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo. El grado en que el ser humano se halla relacionado de manera decisiva con la técnica, el grado en que no es destruido, sino favorecido por ella, depende del grado en que sea representante de la figura del trabajador. La técnica en este sentido es el dominio del lenguaje que está vigente en el espacio de trabajo. Ese lenguaje no es menos significativo, no es menos profundo que los demás, pues posee no sólo una gramática, sino también una metafísica. En este contexto la máquina desempeña un papel tan secundario como el que desempeña el ser humano. Es tan sólo uno de los órganos mediante los que se habla ese lenguaje.

Si, por tanto, debe concebirse la técnica como el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo, lo primero que es preciso demostrar es que la técnica se acomoda al representante de esa figura —es decir, del trabajador— y está a disposición de él merced a una relación especial. Pero, en segundo lugar, en esta relación no se hallará integrado ninguno de los representantes de los vínculos situados fuera del espacio de trabajo, como son, por ejemplo, el burgués, el cristiano, el nacionalista. Antes por el contrario, en la técnica habrá de estar incluida una ofensiva franca o disimulada contra tales vínculos.

Ambas cosas están ocurriendo de hecho. Nos esforzaremos en confirmarlo de la mano de algunos ejemplos. La falta de claridad —y en especial la falta romántica de claridad— que da su colorido a la mayoría de las declaraciones acerca de la técnica proviene de la ausencia de unos puntos de vista fijos. Tal falta de claridad desaparece así que reparamos en que la figura del trabajador es el centro quieto de este proceso tan polifacético. La figura del trabajador favorece la movilización. De ahí que habrá que demostrar que por detrás de los procesos superficiales de las modificaciones técnicas hay tanto una destrucción amplísima cuanto una construcción diferente del mundo, y que a ambas cosas, a la destrucción y a la construcción, les es dada una orientación enteramente determinada.

45

Volvamos una vez más a la guerra con el fin de ilustrar de manera intuitiva lo dicho. Al contemplar, por ejemplo, las fuerzas operantes en Langemarck, acaso pudiera surgir la idea de que aquí se trata en lo esencial de un proceso que se desarrolla entre naciones. Pero eso es acertado únicamente en la medida en que las

naciones combatientes representan las magnitudes de trabajo que son portadoras de tal proceso. Lo que está en el centro de la confrontación no es desde luego el distinto modo de ser de dos naciones, sino el distinto modo de ser de dos edades, una de las cuales, la naciente, devora a la que va hundiéndose. Esto es lo que determina la auténtica profundidad de este paisaje, lo que determina su carácter revolucionario. Los sacrificios que son ofrendados y solicitados adquieren una significación más alta por el hecho de que acontecen dentro de un marco que ciertamente ni puede ni debe serle visible a la conciencia, pero que desde luego sí es percibido ya en el sentimiento más íntimo; y eso es algo que puede demostrarse por numerosos testimonios.

La imagen metafísica de esa guerra, esto es, su imagen «figural», muestra unos frentes que son distintos de los que la conciencia de los participantes es capaz de vislumbrar. Si se considera esa guerra como un proceso técnico y, por tanto, como un proceso muy hondo, se advertirá que la intervención de la técnica quebranta más cosas que únicamente la resistencia de esta o de aquella nación. El intercambio de proyectiles que hubo en tantos y tan distintos frentes se acumula en un frente único, decisivo Si en el centro del proceso —es decir, en aquel sitio del que parte la suma total de la destrucción, pero que no está él mismo sometido a la destrucción— vemos la figura del trabajador, entonces se nos hará patente un carácter muy unitario, muy lógico, de esa destrucción

Así es como se explica, en primer lugar, que haya tanto vencedores como vencidos en cada uno de los países que participaron en la guerra. Cualquiera que sea el lugar a que se mire, es enorme el número de quienes quedaron despedazados por esa decisiva ofensiva lanzada contra la existencia individual. Pero al lado de eso tropezaremos también por doquier con un tipo de hombre que se siente fortalecido por tal ataque y que lo invoca como la fuente ígnea de un sentimiento vital nuevo.

No cabe duda de que este acontecimiento, cuyas verdaderas proporciones no es aún posible en modo alguno medir, posee una significación que es superior no sólo a la que tuvo la Revolución francesa, sino incluso a la que tuvo la Reforma alemana Como si fuera un cometa, su auténtico núcleo va seguido de una cola consistente en confrontaciones secundarias que aceleran todas las problemáticas históricas y espirituales y cuyo término no es posible ver todavía. El no haber participado en ese acontecimiento significa una pérdida que ya hoy siente sin duda la juventud de los países neutrales. En él se ha producido un corte que separa más que dos siglos.

Si ahora investigamos en detalle la amplitud de la destrucción, encontraremos que los blancos fueron alcanzados por los proyectiles tanto más cuanto más alejados quedaran de la zona que le es peculiar al tipo.

Por ello no puede extrañarnos que, sometidos a esa presión, se derrumbaran cual castillos de naipes los últimos residuos de los sistemas estatales antiguos. Esto es algo que se hace patente sobre todo en la falta de fuerza de resistencia de las formaciones monárquicas; casi todas ellas sucumbieron, con independencia de que estuvieran encuadradas en el frente del grupo de Estados vencedores o que lo estuvieran en el frente del grupo de Estados vencidos. Sucumbe el monarca y sucumbe tanto si es el soberano de un solo país como si es el representante de una dinastía garante de la unión de territorios transmitidos hereditariamente desde la Edad Media. Susumbe el monarca y sucumbe tanto si es el príncipe que reina en un círculo de influencia reducido casi puramente a tareas culturales como si es un arzobispo o es la cúspide de una monarquía constitucional.

A la vez que caen las coronas caen también los últimos privilegios estamentales que la aristocracia había conservado; conjuntamente con la sociedad cortesana y con las propiedades rústicas protegidas por disposiciones especiales sucumben ante todo, por tanto, los cuerpos de oficiales en el sentido antiguo, cuerpos que también en la edad del servicio militar obligatorio continuaban señalándose por las características de una comunidad estamental. Lo que hacía posible esa condición cerrada de los cuerpos de oficiales era que, como hemos visto antes, el burgués por sí mismo es incapaz de prestaciones bélicas, pero se ve forzado a estar representado por una casta guerrera especial. Esto cambia en la edad del trabajador, al cual le es dado tener una relación elemental con la guerra y que por ello es capaz de representarse bélicamente a sí mismo con sus propios medios.

La facilidad con que un solo soplo hace que se volatilice toda esa capa, la cual iba en cierto modo aneja al Estado absoluto, o, más bien, la facilidad con que esa capa se derrumba por sí sola, es un espectáculo que produce estupefacción. Sin ofrecer una resistencia digna de mención, esa capa sucumbe ante la ofensiva de una catástrofe; tal ofensiva no se limita, empero, a ella, sino que afecta simultáneamente a las masas burguesas, las cuales se hallaban relativamente intactas aún.

Por un breve lapso de tiempo parece de todos modos, y ello ocurre especialmente en Alemania, como si justo a tales masas les cayera del cielo, gracias a ese acontecimiento, un triunfo tardío y

definitivo. Es preciso ver, sin embargo, que ese acontecimiento, que en su primera fase se presenta como guerra mundial, en la segunda fase aparece como revolución mundial, para volver acaso luego a adoptar súbita y caprichosamente unas formas bélicas. En esta segunda fase, que en unas partes está trabajando de una manera franca y en otras está haciéndolo de un modo encubierto, se pone de manifiesto que las posibilidades de llevar una vida burguesa van reduciéndose cada vez más a cada día que pasa, sin que quepan esperanzas de arreglo.

En todos las campos de la investigación se nos brindan las razones de este fenómeno; puede vérselas en la invasión del espacio vital por lo elemental y en la simultánea pérdida de seguridad; puede vérselas también en la disolución del individuo, en la mengua de las posesiones tradicionales tanto materiales como ideales; o puede vérselas, en fin, en una ausencia de fuerzas generadoras. La auténtica razón es en todo caso que el nuevo campo de fuerzas que está centrado en torno a la figura del trabajador destruye todos los vínculos que le son ajenos; destruye también, por tanto, los vínculos propios de la burguesía.

Las consecuencias de esa intervención provocan un fallo de las funciones habituales, un fallo que a veces es casi inexplicable. La literatura se vuelve insípida, aunque sigue intentando cocinar los mismos problemas de antes; la economía marcha mal; los Parlamentos quedan incapacitados para desarrollar su trabajo, aunque no son atacados desde fuera.

El hecho de que en este tiempo la técnica aparezca como el único poder que no se muestra sometido a tales síntomas delata de un modo muy claro que ella forma parte de un sistema de referencias diferente, más decisivo. En el breve lapso de tiempo transcurrido desde la guerra los símbolos de la técnica se han extendido hasta los rincones más remotos del globo terráqueo y lo han hecho con una rapidez mayor que aquella con que se extendieron la cruz y las campanas por los bosques y las tierras pantanosas de Germania. En los sitios donde penetra el lenguaje de hechos de tales símbolos derrúmbase la vieja ley de la vida; esa ley es empujada fuera de la realidad efectiva y llevada a la esfera romántica — mas para ver en esto algo más que un proceso de aniquilación pura son necesarios unos ojos muy especiales.

Recorreríamos de manera incompleta el campo de la aniquilación si no reparásemos también en la ofensiva lanzada contra los poderes cultuales.

La técnica, esto es, la movilización del mundo por la figura del trabajador, es la destructora de toda fe en general y, por tanto, el poder anticristiano más resuelto que ha surgido hasta ahora. Lo es en tal grado que lo anticristiano que hay en ella aparece como uno de sus atributos secundarios — la técnica niega incluso con su mero existir Hay una gran diferencia entre los antiguos iconoclastas e incendiarios de iglesias, por un lado, y, por otro, el elevado grado de abstracción que permitía que un artillero de la guerra del catorce considerase una catedral gótica como un simple hito del campo de tiro.

En los sitios donde surgen símbolos técnicos el espacio se vacía de todas las fuerzas de índole diferente, se vacía del grande y pequeño mundo espiritual que en él se había asentado. Los varios intentos de hablar el lenguaje de la técnica efectuados por la Iglesia representan tan sólo un medio de acelerar su propio hundimiento, un medio de posibilitar un proceso amplísimo de secularización. En Alemania las verdaderas relaciones de poder no han salido todavía a la superficie porque se hallan recubiertas por el dominio aparente de la burguesía. Lo que en páginas anteriores ha quedado dicho sobre la relación del burgués con la casta guerrera rige también para su relación con las Iglesias — el burgués es ciertamente ajeno a esos poderes, pero depende de ellos, y esto es algo que apunta en el hecho de que la relación que con ellos mantiene es la relación de la subvención. Al burgués le falta tanto sustancia bélica cuanto sustancia cultual, si prescindimos del pseudoculto del progreso.

En cambio el tipo, el trabajador, se sale de la zona de las antítesis liberales — se señala no por carecer de fe, sino por tener una fe diferente. Es a él a quien le está reservado el volver a descubrir el gran hecho de que la vida y el culto son idénticos — un hecho que los seres humanos de nuestro tiempo han perdido de vista, si prescindimos de algunas reducidas regiones periféricas y de algunos valles de montaña.

En este sentido podemos atrevernos desde luego a decir que en medio de las filas de espectadores de una película o de una carretera automovilística cabe observar ya hoy una piedad más honda que la que logramos percibir debajo de los púlpitos o delante de los altares. Y si esas cosas ocurren ya en el nivel más

bajo, más obtuso, en el que la figura nueva reivindica para sí de manera pasiva al ser humano, cabe sin duda vislumbrar que están preparándose ya otros juegos, otros sacrificios, otras exaltaciones. El papel que la técnica desempeña en este proceso es comparable tal vez a aquella posesión formal de educación imperial y romana de que disponían, por comparación con los duques germánicos, los primeros misioneros cristianos que llegaron a Alemania. Un principio nuevo se acredita por crear hechos nuevos, por crear formas peculiares y eficaces — y esas formas son profundas porque están referidas existencialmente a ese principio. En lo que es esencial no hay diferencia ninguna entre la profundidad y la superficie.

Es preciso mencionar además la demolición, efectuada por la guerra, de la auténtica Iglesia popular del siglo XIX, es decir, de la adoración del progreso — y es preciso mencionarla sobre todo porque la doble faz de la técnica se torna especialmente clara en el espejo de ese derrumbamiento.

En el espacio burgués la técnica aparece, en efecto, como un órgano del progreso, un órgano que tiende a la realización plena de lo racional y lo virtuoso. De ahí que la técnica se halle estrechamente ligada a las valoraciones propias del conocimiento, de la moral, del humanitarismo, de la economía y del confort. En ese esquema encaja mal la cara marcial de su cabeza de Jano. Ahora bien, es indiscutible que una locomotora puede mover, en vez de un vagón restaurante, una compañía de soldados, o que un motor puede mover, en vez de un vehículo de lujo, un tanque — es decir, resulta indiscutible que el incremento del tráfico aproxima entre sí más rápidamente no sólo a los europeos buenos, sino también a los europeos malos. De igual manera, la producción artificial de preparados nitrogenados tiene repercusiones no sólo en la agricultura, sino también en la técnica de los explosivos. Estas cosas pueden pasarse por alto únicamente mientras no se ha entrado en contacto con ellas.

Ahora bien, puesto que no cabe negar que en el combate se utilizan medios progresistas, «civilizadores», el pensamiento burgués se esfuerza en buscarles una excusa. Lo hace colocando encima del proceso bélico, a manera de capirote, la ideología progresista y aseverando que la violencia de las armas es un lamentable caso de excepción, un medio destinado a domeñar a unos bárbaros que no son progresistas. Tales medios, se dice, le corresponden de derecho únicamente al humanitarismo, a la humanidad, y aun eso, sólo para el caso de la defensa. El objetivo de la utilización de esos medios, se añade, no es la victoria, sino la liberación de los pueblos, su acogimiento en la comunidad que

dispone de una civilización más elevada. Bajo esa cobertura moral se explota a los pueblos colonizados; y también sobre los así llamados «tratados de paz» se extiende esa misma cobertura. En todos los sitios donde la gente tenía en Alemania una sensibilidad burguesa, se ha apresurado a sorber con delectación esa fraseología huera y a participar en las instituciones que están calculadas para eternizar tal situación.

Pero ocurre que la victoria que la burguesía mundial ha conseguido en todos los países, sin exceptuar a Alemania, es una victoria tan sólo aparente. En la misma medida en que la burguesía ha alcanzado después de la guerra una extensión planetaria, en esa misma medida se han debilitado sus posiciones. Ha quedado en evidencia que el burgués es incapaz de emplear la técnica como un medio de poder ordenado a su propio existir.

La situación resultante no es un orden nuevo del mundo, sino un reparto diferente de la explotación. Todas las medidas que pretenden establecer un orden nuevo, ya sea la tristemente famosa Sociedad de Naciones, ya sea el desarme, ya sea el derecho de autodeterminación de las naciones, ya sea la creación de mini-Estados periféricos, ya sea la creación de corredores, todas esas medidas llevan aneja la marca de su absurdidad. El sello del desconcierto lo llevan impreso demasiado claramente como para que tal cosa pueda escapar ni siquiera al ánimo de los pueblos de color. El dominio de esos negociadores, de esos diplomáticos, de esos abogados, de esos hombres de negocios es un dominio aparente, un dominio que a cada día que pasa va perdiendo terreno. Lo único que puede explicar la existencia de ese dominio es que la guerra terminó con un armisticio, con un armisticio que apenas quedó tapado con un refrito de hueras frases liberales y por debajo del cual sigue ardiendo el fuego de la movilización. En el mapa se multiplican las manchas rojas y están preparándose unas explosiones que aventarán por los aires toda esa fantasmagoría. La cual, por cierto, fue hecha posible únicamente porque la resistencia desplegada por Alemania desde su fuerza popular más íntima no estuvo guiada por una capa dirigente que tuviera a su disposición un lenguaje elemental de mando.

De ahí que uno de los resultados más importantes de la guerra fuera el hundimiento y la desaparición de esa capa dirigente que no se hallaba ni siquiera a la altura de las valoraciones propias del progreso. Los endebles intentos que está efectuando esa capa para volver a tener una posición sólida van ligados necesariamente a todas las cosas más trasnochadas y más polvorientas del mundo, van ligados al romanticismo, al liberalismo, a la Igle-

sia, a la burguesía. Con una claridad creciente están empezando a separarse dos frentes, el frente de la restauración y otro frente distinto que se halla resuelto a continuar la guerra con todos los medios, y no sólo con los medios de la guerra.

Mas para ello es preciso que sepamos dónde se encuentran nuestros aliados verdaderos. No están en los sitios donde lo que la gente quiere es la conservación, sino en aquellos donde lo que quiere es el ataque; estamos acercándonos a unas situaciones tales que cada uno de los conflictos que estalle en cualquier parte vendrá a reforzar *nuestra* posición. Antes de la guerra, en la guerra y después de la guerra ha ido quedando al descubierto de un modo cada vez más claro la impotencia de las viejas formaciones. Mas para nosotros el mejor armamento consiste en que tanto cada una de las personas singulares como su conjunto se decida a llevar vida de trabajador.

Sólo entonces reconoceremos las fuentes de energía reales y efectivas que se esconden en los medios de nuestro tiempo; sólo entonces quedará al descubierto que su sentido verdadero no es el progreso, sino el dominio.

47

La guerra es un ejemplo de primer rango porque pone al descubierto el carácter de poder que habita en la técnica, con exclusión de todos los elementos económicos y progresistas.

En esto no deberíamos dejarnos engañar por la desproporción que se da entre el derroche gigantesco de medios, por un lado, y los resultados obtenidos, por otro. Ya la formulación de los distintos objetivos bélicos permitió conocer que en ningún punto del mundo estaba viva una voluntad que fuese adecuada a la dureza de esos medios. Pero es preciso saber que el resultado invisible es más significativo que el resultado visible.

El resultado invisible consiste en la movilización del mundo por la figura del trabajador. La primera de sus características se acusa en el contragolpe que las armas infligieron a los poderes a los que no les era dada la fuerza de hacerlas intervenir productivamente. En modo alguno es, sin embargo, ésa una característica de naturaleza negativa. Lo que en ella se expresa es una medida tomada por una ofensiva metafísica; y la fuerza irresistible de tal ofensiva reside en que es el atacado mismo quien elige, y al parecer de manera voluntaria, los medios de su ruina. Tal es el caso no solamente en las guerras, sino en todos los sitios donde

el ser humano entra en contacto con el carácter especial de trabajo.

En todos los sitios donde el ser humano cae bajo la jurisdicción de la técnica se ve confrontado a una alternativa ineludible. O bien acepta los medios peculiares de la técnica y habla su lenguaje, o bien perece. Pero cuando alguien acepta esos medios, entonces se convierte, y esto es muy importante, no sólo en el sujeto de los procesos técnicos, sino al mismo tiempo en su objeto. El empleo de los medios comporta un estilo de vida enteramente determinado, que se extiende tanto a las cosas grandes como a las cosas menudas del vivir.

En modo alguno es, pues, la técnica un poder neutral, un almacén de medios eficaces o cómodos al cual pudiera recurrir a su antojo cualquiera de las fuerzas tradicionales. Lo que se esconde precisamente detrás de esa apariencia de neutralidad es, antes bien, la lógica misteriosa y seductora con que la técnica sabe ofrecerse a los seres humanos, una lógica que se hace más y más evidente e irresistible a medida que va ganando totalidad el espacio de trabajo. Y en igual proporción se debilita también el instinto de los afectados.

Instinto lo poseyó la Iglesia cuando quiso destruir un saber que veía en la Tierra un satélite del Sol; instinto lo poseía el soldado de caballería que despreciaba las armas de fuego, y el tejedor que destrozaba las máquinas, y el chino que prohibía que se importasen máquinas a su país. Pero todos ellos han concluido su paz con la técnica, esa especie de paz que delata al vencido. Las consecuencias se presentan con una obviedad cada vez más desconsiderada y de un modo cada vez más acelerado.

Todavía hoy estamos viendo cómo no solamente grandes sectores de un pueblo, sino hasta pueblos enteros combaten contra tales consecuencias en una lucha sobre cuyo desenlace desafortunado no es posible abrigar dudas. ¿Quién negaría sus simpatías, por ejemplo, a la resistencia ofrecida por los campesinos, una resistencia que está conduciendo en nuestro tiempo a unos esfuerzos desesperados?

Pero da igual que aquí se pelee por leyes o por reglamentos o por aranceles a la importación de productos o por precios — la inviabilidad de tal combate estriba en que ya no resulta posible esa libertad que aquí se reivindica. El campo de labor que se cultiva con máquinas y se abona con nitrógeno artificial no es ya el mismo campo de labor de antes. Tampoco es verdad, por tanto, que la existencia de los campesinos sea intemporal y que las grandes modificaciones pasen sobre su terruño como el viento y las nubes. La profundidad de la revolución en la que estamos inmer-

sos se acredita precisamente en el hecho de que destroza aun los estamentos primordiales.

Unicamente en el espacio romántico perdura hoy la célebre distinción entre la ciudad y el campo; es una distinción que carece de validez, como también carece de validez la distinción entre el mundo orgánico y el mundo mecánico. La libertad del campesino no es diferente de la libertad de cada uno de nosotros — consiste en conocer que a él le están cerrados todos los otros modos de vivir diferentes del modo de vivir del trabajador. Tal cosa puede ser demostrada en todos los pormenores, y no sólo en los económicos. En torno a ello se libra el combate, un combate que en lo esencial está decidido hace ya mucho tiempo.

Aquí estamos participando en una de las últimas ofensivas contra las relaciones de índole estamental; y esa ofensiva produce unos efectos que son más dolorosos que el daño que la inflación está causando a las capas urbanas cultas. Con lo que mejor cabe comparar esa ofensiva es tal vez con la aniquilación definitiva de la vieja casta guerrera llevada a cabo por la batalla mecánica. Pero en estas cosas no es posible volver atrás; y lo que hay que intentar no es crear parques de protección de la Naturaleza, sino aportar una ayuda planificada, la cual será tanto más eficaz cuanto más corresponda al sentido de los procesos. De lo que aquí se trata es de hacer realidad unas formas de cultivo, explotación y poblamiento del campo en las que encuentre su expresión el carácter total de trabajo.

Quien se sirve de los medios técnicos peculiares experimenta una pérdida de su libertad, un debilitamiento de su ley vital; y ese debilitamiento afecta a las cosas grandes y a las menudas. Tal vez disponga de mayor comodidad el hombre que hace instalar en su casa la corriente eléctrica. Tal vez. Pero lo que sí es seguro es que dispone de una independencia menor que quien se alumbra con un candil. Un Estado rural o un pueblo de color que encarga máquinas, ingenieros y trabajadores especializados se vuelve tributario, de manera visible o de manera invisible, de una relación que hace saltar como con dinamita sus vínculos habituales.

La «marcha triunfal» de la técnica deja tras sí una ancha estela de símbolos destruidos. Su resultado indefectible es la anarquía — una anarquía que desgarra hasta en sus átomos las unidades de vida. Es bien conocido el lado destructor de este proceso. Su lado positivo consiste en que la técnica misma tiene un origen cultual, en que dispone de unos símbolos peculiares y en que lo que hay detrás de sus procesos es un combate entre figuras. La esencia de la técnica parece ser de naturaleza nihilista en razón

de que su ofensiva se extiende al conjunto de las relaciones y a que no hay ningún valor capaz de oponerle resistencia. Pero es precisamente ese hecho el que ha de llamar nuestra atención y el que delata que la técnica está de servicio, no obstante carecer ella misma de valor y ser aparentemente neutral.

Cuando se repara en el significado de la técnica como lenguaje se resuelve la contradicción aparente que se da entre, por un lado, su disponibilidad indiscriminada para todo y para todos y, por otro, su carácter destructivo. Ese lenguaje se presenta con la máscara de un racionalismo riguroso que es capaz de decidir inequívocamente y por anticipado las cuestiones ante las que nos sitúa. Y ese lenguaje es, además, un lenguaje primitivo; por su mero existir resultan evidentes sus signos y sus símbolos. No parece que haya cosa alguna más eficaz, funcional y cómoda que el servirse de unos signos tan comprensibles y tan lógicos.

Percatarse de que aquí no nos servimos de una lógica en sí, sino de una lógica completamente específica, eso resulta desde luego mucho más difícil. Es una lógica que, en la misma medida en que otorga sus ventajas, hace también sus exigencias peculiares y sabe disolver todas las resistencias que no se le acomodan. Este o aquel poder se sirve de la técnica; eso quiere decir: se adapta al carácter de poder que se oculta detrás de los símbolos técnicos. La técnica habla un lenguaje nuevo; eso quiere decir: renuncia a todos los resultados que no sean los que están ya contenidos, como el resultado de una operación aritmética, en la utilización de ese lenguaje. A todos les es comprensible el lenguaje de la técnica; eso quiere decir: hoy existe tan sólo *una* especie de poder que puede ser querido. Pero el intento de subordinar las fórmulas técnicas, considerándolas como puros medios para un fin, a leyes vitales que no se le acomodan conduce necesariamente a situaciones muy vastas de anarquía.

Correlativamente cabe observar que la anarquía va creciendo a medida que la superficie del mundo gana univocidad y que la diversidad de las fuerzas se fusiona y unifica. Esa anarquía no es otra cosa que el nivel primero, necesario, que lleva a unos órdenes jerárquicos nuevos. Cuanto más amplio sea el perímetro que se cree a sí mismo el lenguaje nuevo en cuanto medio aparentemente neutral de entenderse, tanto más amplio será el círculo que ante sí encontrará ese lenguaje en su auténtica condición de lenguaje de mando. La resistencia que se opondrá a la construcción orgánica del mundo será tanto menor cuanto más hondo sea el modo en que ese lenguaje socave los vínculos antiguos, cuanto más enérgico sea el modo en que los derribe y cuanto más desli-

gados de sus estructuras queden los átomos. Por lo que se refiere a la posibilidad de tal dominio, en nuestro tiempo ha surgido una situación tal que la historia no tiene ningún otro ejemplo con el que compararla.

En la técnica vemos nosotros el medio más eficaz de la revolución total, su medio más indiscutible. Sabemos que el perímetro de la destrucción posee un centro secreto a partir del cual se efectúa el proceso aparentemente caótico del sometimiento de los poderes antiguos. Ese acto apunta en el hecho de que el nuevo lenguaje es aceptado, queriéndolo o sin quererlo, por los sometidos.

Observamos que un tipo humano nuevo está moviéndose hacia el punto central decisivo. Un orden real y visible vendrá a sustituir a la fase de la destrucción cuando se alce con el dominio la raza que sepa hablar el lenguaje nuevo, que sepa hablarlo como un lenguaje elemental y no en el sentido del mero intelecto, del progreso, de la utilidad, de la comodidad. Tal cosa ocurrirá en la misma medida en que el rostro del trabajador manifieste sus rasgos heroicos.

Hasta que la figura del trabajador no tenga sus representantes tanto en las personas singulares como en las comunidades que disponen de la técnica no será posible ponerla a servir de un modo real y que se halle libre de contradicciones.

48

Si se ve como centro del proceso destructor y movilizador del proceso técnico la figura del trabajador, la cual se sirve del hombre activo y pasivo como de un *medium*, entonces cambia el pronóstico que cabe hacer a ese proceso.

Por muy dinámica, explosiva y cambiante que pueda mostrarse la técnica en su carácter empírico, lo cierto es que conduce a unos órdenes enteramente determinados, unívocos y necesarios; y esos órdenes se hallan de antemano incluidos en germen en ella como su tarea y su objetivo. Eso mismo puede expresarse diciendo que el lenguaje peculiar de la técnica es entendido de un modo cada vez más claro.

Una vez que se ha visto tal cosa, desaparece también ese aprecio exagerado de la evolución que es característico de la relación del progreso con la técnica. Acaso dentro de poco se nos vuelva incomprensible el orgullo —que ha creado toda una literatura propia— con que el espíritu humano está trazando sus perspectivas ilimitadas. Tropezamos aquí con un «sentimiento de marcha» al

cual da alas el ambiente coyuntural y en cuyas vagas metas están reflejadas las viejas consignas que hablaban de «razón» y «virtud». Hay aquí una sustitución de la religión —y, en concreto, de la religión cristiana— por el conocimiento, el cual asume el papel del Redentor En un espacio en que los enigmas del mundo están resueltos incúmbele a la técnica la tarea de liberar al ser humano de la maldición del trabajo y de darle la posibilidad de ocuparse en unos asuntos más dignos.

El progreso del conocimiento se presenta aquí como el principio creador que ha surgido por generación espontánea y al cual se rinde una veneración especial. Es significativo que ese progreso aparezca como un crecimiento ininterrumpido — se asemeja a una bola que, a medida que su superficie aumenta, va entrando en contacto con tareas nuevas. También aquí podemos comprobar la presencia de aquel concepto de infinitud que produce embriaguez al espíritu y que, sin embargo, a nosotros nos resulta ya impracticable.

A la vista de la infinitud, a la vista de la inmensidad del espacio y del tiempo es donde alcanza el intelecto el punto en el que se le revela su propia limitación. La única salida que le queda a una edad racionalista es proyectar en esa infinitud el progreso del conocimiento — cual una luz que, por así decirlo, va flotando sobre la preocupante corriente. Pero lo que el intelecto *no* ve es que ha sido él quien ha creado esa infinitud, es que ha sido él quien ha creado esa lancinante pregunta «¿qué es lo que viene luego?»; y tampoco ve que lo único que la presencia de ese hecho significa es su propia impotencia — su incapacidad de captar magnitudes pertenecientes a un orden superior al del contexto espacio-temporal. Sin el ambiente que lo sostiene, sin el éter del espacio y del tiempo, el espíritu se precipitaría al abismo; y es su instinto de autoconservación, es su miedo, lo que crea esa noción de la infinitud. Precisamente por ello pertenece a la edad del progreso este aspecto de la infinitud: un aspecto que ni ha existido antes ni resultará comprensible a generaciones futuras.

En especial, nada hay que nos obligue a nosotros, en aquellos sitios donde el pensar se halla determinado por las figuras, a ver como idénticos lo infinito y lo ilimitado. Lo que aquí tiene que hacerse perceptible es, antes bien, el afán de captar la imagen del mundo como una totalidad clausurada y bien delimitada. Pero con ello cae también la máscara cualitativa que el progreso adjudica al concepto de evolución. Ninguna evolución está en condiciones de sacar del ser más de lo que en él está contenido. Es el ser el que determina, antes bien, la índole de la evolución. Esto rige tam-

bién para la técnica, que el progreso vio en la perspectiva de una evolución ilimitada.

La evolución de la técnica no es una evolución ilimitada; quedará clausurada en el instante mismo en que corresponda, como instrumento que es, a las demandas particulares a que la somete la figura del trabajador.

49

Lo que de esto se deriva en la práctica para nosotros es que estamos viviendo en un espacio provisional que se caracteriza no por la evolución en sí, sino por una evolución que tiende a unas situaciones enteramente determinadas. Nuestro mundo técnico no es un área de posibilidades ilimitadas; antes por el contrario, lleva anejo un carácter embrionario que empuja hacia una maduración enteramente precisa. Y así ocurre que nuestro espacio se asemeja al monstruoso taller de una fragua. A los ojos no puede escapárseles que en nuestro espacio no se crea ninguna cosa con vistas a la duración, con vistas a esa duración que admiramos, por ejemplo, en los edificios antiguos, ni se crea tampoco ninguna cosa en el sentido en que el arte intenta producir un lenguaje válido de formas. Todos los medios llevan, antes por el contrario, un carácter provisional, un carácter de taller, y están destinados a ser empleados durante un tiempo limitado.

El hecho de que nuestro paisaje aparezca como un paisaje de transición corresponde a esta situación. No hay en nuestro paisaje una estabilidad de las formas; todas ellas son modeladas continuamente por una inquietud dinámica. No hay una constancia de los medios; lo único constante es la subida de la curva de rendimientos, que hoy tira como chatarra vieja el instrumento que todavía ayer era insuperable. De ahí que no haya tampoco una constancia de la arquitectura, ni una constancia del modo de vivir, ni una constancia de la economía — todas esas cosas van ligadas a una constancia de los medios semejante a la que le era peculiar al hacha, al arco, a la vela o al arado.

En medio de ese paisaje de talleres va discurriendo la vida de la persona singular, mientras se le demanda la ofrenda de un trabajo parcial acerca de cuya caducidad tampoco ella abriga duda ninguna. La variabilidad de los medios comporta una ininterrumpida inversión de capital y de fuerza de trabajo que, aunque se oculte bajo la máscara económica de la competencia, va en contra de todas las leyes de la economía. Y así ocurre que hay genera-

ciones que desaparecen sin dejar tras de sí ni unos ahorros ni unos monumentos, sino simplemente un estadio determinado, simplemente una marca que señala el nivel que alcanzaron las aguas de la movilización.

La mencionada provisionalidad salta claramente a la vista en esa situación confusa y desordenada que desde hace cien años largos es una de las características del paisaje técnico. Este aspecto, que ofende a los ojos, viene provocado no sólo por la destrucción del paisaje natural y cultural — lo que lo explica es la situación inacabada de la propia técnica. Esas ciudades con sus cables y sus vapores, con su ruido y su polvo, con su agitación de hormiguero, con su maraña arquitectónica y sus innovaciones, que cada diez años les dan un rostro nuevo, esas ciudades son unos gigantescos talleres de formas — pero ellas mismas no poseen forma. Les falta estilo, si es que nos negamos a considerar como una variedad especial de estilo la anarquía. Hoy existen de hecho dos valoraciones cuando se habla de las ciudades: o nos referimos al grado en que son museos o nos referimos al grado en que son fraguas.

Cabe comprobar, empero, que el siglo XX está ofreciendo ya, al menos en algunos aspectos parciales, una mayor limpieza y una mayor nitidez de los perfiles; eso indica que está iniciándose una clarificación de la voluntad técnica de configuración. Y así puede observarse una desviación con respecto a la línea media, es decir, con respecto a las concesiones que todavía hace poco tiempo se consideraban ineludibles. La gente está comenzando a adquirir sentido de las temperaturas elevadas, sentido de la gélida geometría de la luz y sentido de la incandescencia del metal calentado al máximo. El paisaje está volviéndose más constructivo y más peligroso, más frío y más ardiente, desaparecen de él los últimos residuos de la agradable familiaridad. Hay ya algunos sectores que podemos atravesar como zonas volcánicas o como paisajes lunares muertos; lo que en ellos domina es una vigilia tan invisible como presente. La gente evita los propósitos accesorios, como el del gusto, por ejemplo, y eleva al rango decisivo los planteamientos técnicos de los problemas; al actuar así obra bien, pues lo que hay detrás de esos planteamientos es algo más que lo meramente técnico.

Al mismo tiempo los instrumentos van ganando precisión, van ganando univocidad — también puede decirse: van ganando sencillez. Están acercándose a una situación de perfección — la evolución quedará clausurada en el momento en que se haya alcanzado esa situación. Si en uno de esos nuevos museos que cabe

calificar de «museos del trabajo» —así, el *Deutsches Museum* de Munich— comparamos entre sí, por ejemplo, una serie de diseños técnicos, hallaremos que la complicación no es una característica de las situaciones tardías, sino de las iniciales. Para mencionar un ejemplo, es notable el hecho de que el vuelo a vela se haya desarrollado con posterioridad al vuelo con motor. Con la formación de los medios técnicos ocurre algo similar a lo que ocurre con la formación de las razas: la impronta caracteriza no el comienzo, sino el término. No es una característica de la raza la posesión de unas posibilidades numerosas y complicadas, sino la posesión de unas posibilidades muy unívocas, muy sencillas. Y así, también las primeras máquinas se asemejan a un material que todavía es tosco y que luego va siendo pulido en una serie ininterrumpida de turnos de trabajo. Aun cuando sean cada vez mayores las dimensiones y las funciones de las máquinas, ellas mismas permanecen sumergidas, por así decirlo, en un *medium* que permite que se las vea cada vez más como una unidad. En esa misma medida las máquinas van alcanzando no sólo un rango energético y económico mayor, sino también un rango estético mayor — en una palabra: van adquiriendo necesidad.

Este proceso no se limita, sin embargo, a hacer cada vez más precisos los instrumentos singulares — puede percibírselo también en el conjunto del espacio técnico. En él se hace notar como un incremento de la unitariedad, como un incremento de la totalidad técnica.

En el primer momento los medios penetran cual una enfermedad en ciertos puntos; aparecen como unos cuerpos extraños en las cosas que los rodean. Unos inventos nuevos van a caer, con la indiscriminación propia de los proyectiles, a las áreas más diversas. Y en esa misma medida crece el número de los trastornos, de los problemas que hay que solucionar. Pero hasta que esos puntos no se hayan entretejido para formar una densa red de mallas no podrá hablarse de un espacio técnico. Sólo entonces se pone de manifiesto que no hay ningún rendimiento singular que no se halle relacionado con todos los demás. En una palabra: el carácter total de trabajo se trasparenta en la suma de los caracteres especiales de trabajo.

Esta complementación, que ensambla unas con otras unas formaciones aparentemente muy distantes y muy distintas entre sí, se parece a la disposición de los diversos cotiledones, cuyo sentido orgánico sólo puede ser abarcado en su unidad por una mirada retrospectiva, esto es, una vez que la evolución ha quedado clausurada. A medida que el crecimiento se acerca a esa clausura

puede observarse que no aumenta, sino que disminuye el número de los problemas.

Son múltiples las maneras en que esto apunta en la práctica. Se hace notar en que la construcción de los medios se vuelve cada vez más típica. Emergen de ese modo unos instrumentos que aúnan en sí un gran número de soluciones singulares, las cuales están fusionadas en ellos, por así decirlo. A medida que los medios van haciéndose más típicos, esto es, más unívocos y calculables, también su rango y su situación en el espacio técnico quedan definidos. Se ensamblan en unos sistemas que tienen cada vez menos huecos y que pueden ser abarcados cada vez con mayor facilidad por la mirada.

Esto es algo que apunta en el hecho de que están volviéndose calculables incluso las cosas desconocidas, incluso las cosas que aún no han sido solucionadas — en el hecho, por tanto, de que se vuelve posible el realizar un plan y un pronóstico de las soluciones. El resultado de esto es un entretejimiento y una asimilación cada vez más densos, los cuales intentan, a pesar de toda la especialización, soldar el arsenal técnico en un único instrumento gigantesco; éste aparece como un símbolo material, esto es, como un símbolo profundo, del carácter total de trabajo.

El trazar un mero apunte de las numerosas vías que conducen a la unidad del espacio técnico es algo que por sí solo sobrepasaría el marco que nos hemos fijado; ahí se esconde, desde luego, una gran cantidad de momentos sorprendentes. Así, es notable el hecho de que la técnica emplee fuerzas motrices cada vez más precisas sin que por ello experimente variación ninguna la idea fundamental de sus medios; que, por ejemplo, con posterioridad a la fuerza de vapor emplee el motor de explosión y la electricidad, fuerzas cuyo círculo de utilización será quebrantado a su vez, en un tiempo previsible, por unas potencias dinámicas altísimas. La técnica es siempre, por así decirlo, el mismo carruaje, al cual está aguardando un nuevo tiro de caballos. Y asimismo pasa ella por encima de sus portadores económicos, por encima de la libre competencia, por encima de los trustes privados y de los monopolios estatales, y prepara una unidad imperial. De esto forma parte también lo siguiente: cuanto más claramente aparece la técnica en su unidad como un «gran instrumento», tanto más variadas son las maneras de pilotarla. En su fase penúltima, que acaba de hacerse visible en nuestros días, la técnica aparece como la sirviente de los grandes planes, con independencia de que éstos se refieran a la guerra o a la paz, a la política o a la investigación, al tráfico o a la economía. Pero su tarea última consiste en

hacer real el dominio en el lugar que sea, en el tiempo que sea y en la medida que sea.

No es, pues, tarea nuestra el estudiar aquí la multiplicidad de esas vías. Todas ellas conducen a uno y el mismo punto. Lo que importa es, antes bien, que los ojos se habitúen a otra imagen integral de la técnica. Esta estuvo apareciéndosele a la imaginación durante mucho tiempo como una pirámide invertida, esto es, como una pirámide que se apoyara en su vértice, se hallara en un proceso de crecimiento ilimitado y cuyos lados fueran agrandándose hasta tal punto que la mirada no pudiera abarcarlos. Nosotros hemos de esforzarnos en lo contrario, esto es, en verla como una pirámide cuyos lados van reduciéndose progresivamente y que alcanzará su punto final en un tiempo previsible. Ese vértice, que aún no resulta visible, es, sin embargo, el que ha determinado las dimensiones del trazado inicial. La técnica contiene en sí las raíces y los gérmenes de su potencialidad última.

Esto es lo que explica la lógica rigurosa que hay tras la superficie anárquica de su decurso.

50

La movilización de la materia por esa figura del trabajador que aparece como técnica es, por tanto, algo que aún no se ha vuelto visible en su nivel último y más alto; tampoco lo ha hecho en la movilización, paralela a la anterior, del ser humano por esa misma figura. Ese nivel último consiste en la realización del carácter total de trabajo, realización que en el primer caso aparece como movilización del espacio técnico, y en el segundo, como totalidad del tipo. Esas dos fases dependen en su aparición la una de la otra — esto es algo que se hace perceptible en que, por un lado, el tipo ha menester, para su eficacia, de los medios que le son peculiares y en que, por otro lado, en tales medios se esconde un lenguaje que no puede ser hablado más que por el tipo. El acercamiento a esa unidad se expresa en que se fusionan el mundo técnico y el mundo orgánico; su símbolo es la construcción orgánica.

La cuestión que ahora se suscita es la de saber hasta qué punto cambiarán las formas de vida cuando la situación dinámico-explosiva en que nos encontramos haya sido relevada por una situación de perfección. Decimos *perfección* y no «consumación» o «acabamiento» porque lo segundo es, sí, uno de los atributos de la figura, pero no uno de sus símbolos, los cuales son los únicos que resultan visibles a nuestros ojos. De ahí que, al igual que la situa-

ción de evolución, también la situación de perfección posea un rango secundario; lo que detrás de una y de otra situación se encuentra es la figura, una magnitud que es inmutable y que pertenece a un orden superior. Así, la infancia, la juventud y la vejez de cada uno de los seres humanos no son sino situaciones secundarias en comparación con su figura, la cual ni comienza con su nacimiento ni termina con su muerte. Pero la perfección no significa otra cosa que un grado en el que la irradiación de la figura afecta de un modo especial a los ojos perecederos — y también aquí parece difícil decidir si la figura se refleja con mayor claridad en el rostro del niño, en la actividad del adulto o en ese último triunfo que a veces se transparenta en la máscara de la muerte.

Lo que esto significa es que tampoco a nuestro tiempo le están cerradas las posibilidades últimas que el ser humano es capaz de alcanzar. Esto se halla atestiguado por los sacrificios, los cuales deben ser apreciados tanto más cuanto que han sido ofrendados al borde del absurdo. En un tiempo en que los valores van desvaneciéndose detrás de leyes dinámicas, detrás de la coerción del movimiento, tales sacrificios se asemejan a los soldados caídos en el asalto; desaparecen pronto del círculo de la visión y, sin embargo, es en ellos donde hay una existencia suprema, es en ellos donde está la garantía de la victoria. Este tiempo nuestro es abundante en mártires desconocidos; y la profundidad de sufrimiento que posee es tal que ningún ojo ha visto todavía su fondo. La virtud que se adecua a esta situación es la virtud del realismo heroico, el cual no se deja quebrantar ni siquiera por la perspectiva de su aniquilación completa y de la inutilidad de sus esfuerzos. De ahí que hoy la perfección sea una cosa diferente que en otros tiempos — tal vez donde más haya sea en aquellos sitios donde menos se la invoca. En todo caso, la perfección no está en aquellos sitios donde la gente invoca la cultura, el arte, el alma o el valor. De estas cosas o bien no se habla todavía o bien no se habla ya.

La perfección de la técnica no es otra cosa que una característica de la clausura de la movilización total en que nos hallamos inmersos. De ahí que logre sin duda elevar la vida a un nivel más alto de organización, pero no consiga, contra lo que creía el progreso, alzarla a un nivel más alto de valor. En la perfección de la técnica apunta el relevo de un espacio dinámico y revolucionario por un espacio estático y sumamente ordenado. Aquí se efectúa, por tanto, una transición de la variación a la constancia — una transición que, desde luego, hará madurar unas consecuencias muy significativas.

Para comprender lo dicho es menester que veamos de qué manera la situación de variación ininterrumpida en que nos hallamos inmersos reivindica para sí todas las fuerzas y todas las reservas que están a disposición de la vida. Estamos viviendo en un tiempo de gran desgaste y el único efecto de éste que nosotros podemos ver es un movimiento acelerado de las ruedas. Ahora bien, a la postre resulta completamente indiferente que seamos capaces de movernos con la velocidad del caracol o con la velocidad del rayo — presuponiendo que el movimiento haga demandas constantes, pero no demandas variables. Lo peculiar de nuestra situación consiste, empero, en que lo que regula nuestros movimientos es la coerción del récord y en que cada vez es más largo el metro con que se miden las prestaciones mínimas que se nos exigen. Este hecho impide completamente que la vida pueda, en ninguna de sus áreas, estabilizarse en unos órdenes seguros e indiscutibles. El modo de vivir se asemeja, antes bien, a una mortal carrera de competición en la que es menester poner en máxima tensión todas las energías para no quedar tirado en el camino.

Para un espíritu que no haya nacido dentro del ritmo de nuestro tiempo este proceso lleva anejas todas las características de lo enigmático, más aún, de lo desatinado. Aquí están ocurriendo cosas asombrosas bajo la despiadada máscara de la economía y de la competencia. Así, por ejemplo, un cristiano habrá de llegar a juzgar que poseen un carácter satánico las formas que la publicidad ha asumido en nuestro tiempo. Los conjuros abstractos y las rivalidades abstractas de las luces en el centro de las ciudades tienen semejanza con la muda y enconada lucha de las plantas por la tierra y por el espacio. A los ojos de un oriental habrá de hacérsele visible de un modo puramente corpóreo y doloroso el hecho de que cada ser humano que camina por las calles, cada peatón, va moviéndose con todas las características de un corredor que participase en una carrera de competición. Poco es el tiempo que duran las instalaciones más recientes, los medios más eficaces; o bien se los desmantela o bien se los recompone.

La consecuencia de eso es que no existe capital, capital en el antiguo sentido estático de la palabra; hasta el valor del oro es dudoso. Ya no hay ninguna actividad manual, ningún oficio artesanal, que pueda aprenderse a fondo, en el que pueda alcanzarse una maestría completa. Todos nosotros somos meros aprendices. La circulación y la producción llevan aneja una cierta desmesura, una cierta incalculabilidad — cuanto mayor es la rapidez con que logramos movernos, tanto menos llegamos a la meta, y el incremento de las cosechas y de la producción de bienes de consumo

contrasta de una manera extraña con la pauperización creciente de las masas. También están sujetos a variación los medios de poder; la guerra en los grandes frentes de la civilización se presenta como un intercambio febril de fórmulas de física, de química y de matemática superior. Los monstruosos arsenales de la aniquilación no garantizan la seguridad; acaso ya mañana habrá descubierto la gente los pies de barro de los colosos. Lo único constante es la variación y contra ese hecho se estrellan y hacen añicos todos los afanes orientados a la posesión de cosas, a la satisfacción o a la seguridad.

Feliz quien sabe recorrer caminos diferentes y más osados.

51

Si reparamos en que la figura del trabajador es la fuerza determinante, la fuerza que atrae a sí magnéticamente el movimiento, si nos percatamos de que esa figura es el competidor único y verdadero, el invisible tercero en discordia en las incontables formas de la competencia, entonces sabremos también que a esos procesos no les es dada una meta. Vislumbraremos así el punto en el que reside la justificación de las víctimas caídas en unos lugares que aparentemente son muy distantes y muy distintos entre sí. La perfección de la técnica es uno y sólo uno de los símbolos que confirman que se ha llegado al final. Como hemos dicho, el momento en que se alcanza esa perfección coincide con el momento de la acuñación de una raza dotada de una univocidad suprema.

Está fijado ya, por tanto, el punto temporal de la clausura del proceso técnico por cuanto lo que en él ha de alcanzarse es un grado enteramente preciso de idoneidad. Esa clausura sería pensable, sería teóricamente posible en todo tiempo — podría haber ocurrido cincuenta años atrás y también puede suceder hoy. El corredor de Maratón no anunció una victoria mejor que la que anuncia el telégrafo inalámbrico. Cuando la agitación se detiene, todos los instantes son idóneos para servir de punto de partida a una constancia china. Si una catástrofe natural cualquiera hiciese que se sumergieran en el mar todos los países del mundo a excepción de Japón, lo probable es que el nivel de la técnica alcanzado en ese instante permaneciese durante siglos sin cambio ninguno en sus pormenores.

Los medios de que disponemos son suficientes no sólo para satisfacer todas las demandas de la vida; lo peculiar de nuestra situación está en que los medios brindan unas prestaciones que

son mayores que las que se aguardan de ellos. Lo que de ahí resulta son situaciones en las que se intenta sofocar, bien por acuerdos, bien por órdenes, el incremento de los medios.

Ese intento de oponer diques a la indiscriminada violencia de la corriente podemos observarlo en todos los sitios donde existen pretensiones de dominio. Los Estados procuran así, imponiendo aranceles proteccionistas, cerrar las puertas a una competencia exterior desmesurada; y en los puntos donde ciertas formaciones monopolistas se han apoderado de ciertas ramas de la industria no es raro que se mantengan en secreto los inventos. De esto forman parte también los convenios de abstenerse de emplear ciertos medios técnicos en la guerra — convenios que son violados durante las guerras y a los que el vencedor otorga, una vez finalizadas las hostilidades, un carácter de monopolio, como ha ocurrido después de la guerra del catorce con el derecho de fabricar gases tóxicos y de construir tanques o aviones de combate.

Tanto aquí como en otros muchos campos encontramos, pues, una voluntad de llevar la evolución técnica a una clausura mayor o menor, con el fin de crear unas zonas que queden sustraídas a la variación incesante. Pero tales tentativas se hallan condenadas al fracaso por la simple razón de que tras ellas no hay un dominio total e indiscutible. Esto tiene sus buenos motivos: hemos visto que la acuñación completa del dominio está correlacionada con la acuñación completa de los medios. Por un lado, sólo el espacio técnico total hará posible un dominio total; por otro, sólo ese dominio posee realmente una potestad dispositiva sobre la técnica. Por el momento será posible sin duda una regulación creciente de las situaciones técnicas, pero no su estabilización definitva.

La razón de este hecho hay que buscarla en lo siguiente: entre el ser humano y la técnica no se da una relación de dependencia inmediata, sino mediata. La técnica posee su andadura propia y el ser humano no es capaz de ponerle caprichosamente término cuando a él le parece que el estado de los medios le resulta suficiente. Todos los problemas técnicos empujan hacia su solución y la constancia técnica no se producirá ni un solo segundo antes de que se haya alcanzado aquélla. Un ejemplo del grado en que el espacio técnico va teniendo una planificación cada vez mayor y va siendo cada vez más abarcable por la mirada lo tenemos en el hecho de que las soluciones parciales son ya mucho menos el resultado de unos hallazgos afortunados que el resultado de un avance ordenado, el cual alcanza este o aquel punto del camino en un tiempo que cada vez es más susceptible de cálculo. No en la praxis técnica, desde luego, pero sí en las ciencias particulares que

preceden a esa praxis hay ya algunas áreas en las que cabe observar un máximo de precisión matemática que logra dar una noción muy clara de sus posibilidades últimas. Aquí parece que basta ya con caminar unos pocos pasos para alcanzar la configuración última que resulta posible en nuestro espacio. Y precisamente aquí podemos juzgar, al contemplar, por ejemplo, los resultados de la física atómica, cuál es la distancia que aún separa la praxis técnica del óptimo de sus posibilidades.

52

Imaginémonos ahora una situación que haya alcanzado ya ese óptimo. Si hacemos esto no es con el propósito de incrementar el número de las utopías, que desde luego no escasean en nuestro tiempo. La utopía técnica se señala porque en ella la curiosidad se dirige al *cómo,* al modo y manera que le son propios. Pero no discutamos ahora cuáles serán los medios que aparecerán, cuáles las fuentes de energía que serán alumbradas y cuál será el modo en que se las utilizará. Mucho más significativo es el hecho de la clausura en sí, cualesquiera sean las formas que ese hecho haga madurar. Pues hasta entonces no podrá decirse que los medios poseen una forma, mientras que hoy no son otra cosa que las instrumentaciones fugaces de las curvas de rendimiento.

No hay ninguna razón sólida que se oponga a la hipótesis de que algún día se llegará a una constancia de los medios. Semejante constancia durante espacios prolongados de tiempo es, antes bien, la regla, mientras que carece de precedentes históricos el *tempo* febril de la modificación en que nosotros nos hallamos. La duración de esa especie de modificación es limitada, bien porque se quiebre la voluntad que está en su base, bien porque esa voluntad alcance sus metas. Puesto que creemos estar viendo éstas, para nosotros carece de significado el considerar la primera posibilidad.

Una constancia de los medios, cualquiera que sea su índole, implica una constancia del modo de vivir, cosa de la cual nosotros hemos perdido hasta el más mínimo atisbo. Desde luego esa constancia no hemos de entenderla como una ausencia de roces en el sentido humanitario-racional, como un triunfo último del confort, sino que hemos de concebirla en el sentido de que un transfondo estable y objetivo permite conocer la amplitud y el rango de los afanes del hombre, de sus triunfos y sus derrotas, con una claridad y una precisión mayores que las que son posibles en

una situación dinámico-explosiva que no es susceptible de cálculo. Vamos a expresar esto con la siguiente fórmula: la clausura de la movilización del mundo por la figura del trabajador hará posible una vida «figural», una vida de acuerdo con la figura.

Uno de los presupuestos de toda economía planificada es una constancia del modo de vivir, entendida en ese sentido. No puede decirse que haya una economía hasta que el proceso de movilización no absorba el capital y la fuerza de trabajo, con independencia de quién sea el que disponga de ellos. A la ley económica se superponen aquí unas leyes que son similares a las de la estrategia — no sólo en los campos de batalla, también en la economía descubrimos unos modos de competencia en los que nadie gana. Visto desde el lado de la fuerza de trabajo el derroche de medios se parece a una prestación bélica y, visto desde el lado del capital, a la *subscripción de un empréstito de guerra* — el proceso consume ambas cosas sin dejar rastro.

Estamos viviendo en unas situaciones en las que ni el trabajo ni la propiedad ni las fortunas son rentables y en las que las ganancias disminuyen en la misma proporción en que aumentan las ventas. De ello dan testimonio el empeoramiento del nivel de vida de los trabajadores, el lapso de tiempo cada vez más breve en que las fortunas permanecen en una misma mano, la incertidumbre de la propiedad y, en especial, de la propiedad de bienes raíces, así como también la de los medios de producción, que están sometidos a una variación continua. La producción carece de estabilidad y, con ello, de toda previsión a largo plazo. De ahí que todas las ganancias sean devoradas por la necesidad continuamente renovada de una aceleración mayor. Una competencia desmesurada aplasta indistintamente tanto a los productores como a los consumidores. Mencionemos, por vía de ejemplo, la publicidad; ésta ha acabado transformándose en una especie de fuegos artificiales que disipan en humo unas sumas tan enormes que cada uno de nosotros ha de aportar su tributo para reunirlas. De esto forma parte también la indiscriminada suscitación de unas necesidades y comodidades sin las cuales ya no creen poder vivir las gentes y que lo que hacen es acrecentar la amplitud de sus dependencias, de sus obligaciones. Tales necesidades son a su vez tan múltiples como cambiantes — cada vez es menor el número de cosas que se adquieren para que duren toda una vida. Parece estar en trance de desaparición ese sentido de duración que se encarna en la propiedad inmobiliaria; de lo contrario resultaría inexplicable que hoy la gente gaste en comprar un automóvil que tiene pocos años de vida unas cantidades con las que sería posible ad-

quirir un viñedo o una casa de campo. Los canales que absorben el dinero se multiplican necesariamente con la enorme afluencia de mercancías, producida por una competencia febril. Esta movilización del dinero tiene como consecuencia un sistema crediticio al que no pueden escapar ni los céntimos. El resultado ha sido la aparición de unas situaciones en las que la gente vive literalmente a plazos, es decir, en las que la existencia económica se presenta como el ininterrumpido reembolso de préstamos mediante un trabajo hipotecado por anticipado. Este proceso se refleja en proporciones gigantescas en las deudas de guerra, bajo cuyo complicado mecanismo financiero se esconde una confiscación de la energía potencial, se esconde un botín inimaginable cuyos intereses son pagados en fuerza de trabajo; y ese mecanismo llega hasta la existencia privada de la persona singular. Es preciso mencionar además los esfuerzos que tienden a imponer a la propiedad unas formas que poseen una autonomía y una fuerza de resistencia cada vez menores. De esto forma parte la transformación de los últimos restos de la propiedad feudal en propiedad privada; de esto forma parte el modo en que los ahorros individuales y sociales son reemplazados por pagos de seguros; y de esto forman parte sobre todo las múltiples ofensivas lanzadas contra la función del oro como símbolo de valor. A lo dicho se añaden unas formas de tributación que dan a la propiedad el carácter de una especie de administración. Así, después de la guerra se ha sabido hacer de la propiedad inmobiliaria una especie de recaudación destinada a financiar los programas de nuevos edificios. A esas ofensivas parciales corresponden las ofensivas generales que han sido lanzadas contra los últimos rincones de la seguridad económica y que han asumido la forma de inflaciones y de crisis de índole catastrófica.

Esta situación escapa a toda regulación económica por la sencilla razón de que se halla sometida a unas leyes que son diferentes de las económicas. Hemos entrado en una fase en la que los gastos son mayores que los ingresos y en la que queda muy claro que la técnica no es un asunto económico y que al trabajador no es posible captárselo mediante un modo economicista de ver las cosas.

A la vista de los paisajes volcánicos de la batalla técnica acaso haya surgido en no pocos de los participantes el pensamiento de que los gastos de esta índole son demasiado enormes como para que resulte posible pagarlos; esto se ve confirmado por la mala situación en que se encuentran también las potencias vencedoras y por la situación general de endeudamiento debido a la guerra. Ese mismo pensamiento se impone al considerar la situación téc-

nica en general. Por mucho que se mejore y multiplique el arsenal técnico, y sea cual sea el modo en que se haga: la consecuencia habrá de ser el encarecimiento del pan.

Hemos entrado en un proceso de movilización que posee unas propiedades devoradoras y que consume con su fuego a los hombres y a los medios — y tal cosa no cambiará mientras continúe rodando el proceso. Hasta que no se llegue a su clausura, así como no cabe hablar de un orden en general, así tampoco cabe hablar de una economía ordenada, es decir: de una relación entre los gastos y los ingresos que sea susceptible de cálculo. Tan sólo la constancia incondicionada de los medios, cualquiera que sea su índole, estará en condiciones de volver a llevar la competencia desmesurada y no susceptible de cálculo a aquella competencia que puede observarse dentro de los reinos de la Naturaleza o dentro de las situaciones sociales que hoy pertenecen ya a la historia.

También aquí se pone de manifiesto una vez más la unidad del mundo orgánico y del mundo mecánico; la técnica pasa a ser un mero órgano y se desvanece como poder autónomo en la misma medida en que va ganando perfección y, con ella, obviedad.

Sólo la constancia de los medios hace posible también esa regulación legal de la competencia que existió merced, por ejemplo, a las reglamentaciones gremiales artesanales y que hoy tratan de conseguir los grandes consorcios industriales y los monopolios estatales — pero sin éxito ninguno, desde luego, pues precisamente los medios son cambiantes y se hallan sometidos a unos ataques que no es posible prever. Cuando exista una constancia de los medios, entonces se harán notar como ahorros los gastos que hoy son engullidos por la necesidad de una aceleración creciente.

Es evidente también que sólo podrá hablarse de maestría entonces, cuando el arte no consista en aprender cosas y más cosas, sino en aprender algo a fondo. A la postre, al desaparecer la variabilidad de los medios desaparecerá también, al mismo tiempo, el carácter de taller que tiene el espacio técnico — y la consecuencia de ello será la articulación, duración y controlabilidad de las instalaciones.

53

Abordamos en este momento el área de la actividad constructiva; en ella se vuelve mucho más claro el influjo de la constancia de los medios, cualquiera que sea su índole. Ya en páginas anteriores tocamos de pasada el concepto de construcción orgánica;

ésta se exterioriza, por lo que se refiere al tipo, como una fusión estrecha y sin contradicciones del ser humano con los instrumentos que están a su disposición. Por lo que se refiere a los instrumentos podrá hablarse de una construcción orgánica cuando la técnica haya alcanzado ese grado supremo de obviedad que se encuentra en la anatomía de los animales y las plantas. Ni siquiera en la situación embrionaria de la técnica en que nos encontramos es posible dejar de ver que existe un afán de alcanzar no sólo una rentabilidad económica elevada, sino también una eficacia; y todo ello va unido a una osada simplicidad de líneas. Estamos haciendo la experiencia de que el decurso de este proceso tiene como efecto una mayor satisfacción no sólo del intelecto, sino también de los ojos — y tal efecto es producido con esa falta de intencionalidad que es una de las características del crecimiento orgánico.

El grado supremo de la construcción presupone la terminación, la clausura de la fase dinámico-explosiva del proceso técnico, fase que está en contradicción, aunque sólo aparente, con la forma natural y también con la forma histórica. De ahí que haya en nuestro paisaje algunos sectores que durante más de cien años han permanecido ajenos a los ojos. Uno de esos aspectos no vistos es el ferrocarril, a diferencia de lo que ocurre con los aeroplanos. El grado en que está disminuyendo la diferencia entre los medios orgánicos y los medios técnicos es algo que por lo demás, y no sin razón, podemos captar de manera puramente afectiva por el grado en que el arte es capaz de tomar nota de ellos. Así, hasta la propia novela naturalista tardó varios decenios en enterarse de que existía el ferrocarril, mientras que no es posible ver razón ninguna para que la poesía lírica o aun la épica haya de cerrarse a la contemplación de los vuelos. Es perfectamente concebible una especie de lenguaje en la que se hable de los aviones de combate como de los carros de guerra homéricos arrastrados por caballos; y el vuelo a vela puede ser el asunto de una oda no inferior a aquella en que se cantó el patinaje. Ciertamente la premisa de esto es, también aquí, un tipo humano nuevo; de ello trataremos con más detalle al estudiar la relación con el arte que le es dada al tipo.

Una de las características del ingreso en la construcción orgánica es que de alguna manera se tiene la sensación de que se conoce la forma y que los ojos captan que esa forma está modelada necesariamente de un modo y no de otro. En este sentido los restos de los acueductos de la *campagna* romana corresponden a una situación de perfección técnica que entre nosotros no puede aún

observarse — y en esto es indiferente que nuestras instalaciones actuales sean o no sean más eficaces que las antiguas. La razón de que nosotros no nos atrevamos a construir para un milenio está en el carácter de taller que tiene nuestro paisaje. Y así ocurre que aun a los edificios más ambiciosos producidos por nuestro tiempo les falta ese carácter monumental que es un símbolo de la eternidad. Esto es algo que podría demostrarse hasta en los más pequeños pormenores, hasta en la elección de los materiales de construcción — mas para tener una confirmación de lo dicho basta con echar un vistazo a cualquier edificio.

La razón de este fenómeno no ha de buscarse en una contradicción entre nuestra técnica de construcción y el arte de la arquitectura. Lo que ocurre es, más bien, que la arquitectura, igual que toda otra especie de maestría, requiere una técnica que haya llegado a su término, que haya quedado clausurada, y ello tanto por lo que se refiere a sus propios medios como por lo que respecta a la situación en su conjunto.

De este modo, mientras el ferrocarril continúe siendo uno de los medios problemáticos resultará imposible construir una estación ferroviaria que no lleve ya anejo un cierto carácter de taller. De ahí que sería un pensamiento absurdo el querer dar al terraplén de un ferrocarril una cimentación que correspondiese a la que posee la Vía Apia. Y, a la inversa, sería un desatino construir hoy iglesias como símbolos de lo eterno. Un tiempo que se contentó con copiar los grandes modelos del pasado en el estilo de los juegos de construcción va seguido de otro cuya completa falta de instinto se delata en la tentativa de construir iglesias cristianas con los medios de la técnica moderna, es decir, con unos medios típicamente anticristianos. Son esfuerzos en los que es una mentira hasta el último de los ladrillos. El ensayo más completo de ese género, el edificio de la Sagrada Familia en Barcelona, lo que engendra es un desatino romántico; y los esfuerzos similares que hoy cabe observar en Alemania son meras artes aplicadas, es decir: esa forma especial de impotencia que oculta su incapacidad tras la máscara del objetivismo. Tales edificios suscitan la impresión de que han sido construidos de antemano con fines de secularización. En especial el famoso hormigón es un material típico de talleres, y en él la piedra de talla ha quedado, por así decirlo, disuelta enteramente en el mortero — es ése un material muy apropiado para construir trincheras, pero no para construir iglesias.

Expresemos a este propósito también la esperanza de que Alemania llegue a tener una generación de hombres dotados de su-

fiente piedad y veneración a los héroes como para demoler los monumentos a los caídos que han sido alzados en nuestro tiempo. Desde luego nosotros no vivimos aún en los días a los que les estará reservado efectuar una revisión en gran escala de todos los monumentos conmemorativos. Eso es algo que se delata ya en lo mucho que ha ido perdiéndose la conciencia del alto rango y de la responsabilidad enorme que hay en el culto a los muertos. El más horrendo de todo los aspectos que ofrece el burgués es el modo en que se hace enterrar; y basta un solo paseo por uno de esos cementerios para ilustrar el dicho que afirma que hay lugares en los que uno no querría ni siquiera estar enterrado. Con todo, también en esto representa la guerra un punto de inflexión; a veces hemos vuelto a ver tumbas de verdad.

La impotencia para construir realmente edificios está relacionada, por tanto, con la variabilidad de los medios, de igual modo que también está relacionada con ella la incapacidad para tener una economía auténtica. Ahora bien, es preciso tener claro que tal variabilidad no es una cosa que exista en sí, sino que únicamente representa un signo de que la técnica no se encuentra todavía en una relación indubitable de servicio — o, dicho con otras palabras: aún no se ha hecho efectivo el dominio. Pero antes dijimos que ese hacerse efectivo el dominio es la tarea última que está en la base del proceso técnico.

Una vez que esa tarea haya quedado solventada, también la variabilidad de los medios será relevada por su constancia, es decir: se volverán legítimos los medios revolucionarios. La técnica es la movilización del mundo por la figura del trabajador; y su primera fase es, necesariamente, de naturaleza destructiva. En lo que respecta a la tarea constructiva la figura del trabajador se hará presente como el arquitecto jefe, una vez que haya quedado clausurado ese proceso. Y, desde luego, entonces volverá a ser posible construir en estilo monumental — tanto más cuanto que la productividad puramente cuantitativa de los medios disponibles sobrepasará todos los criterios históricos.

Lo que les falta a nuestros edificios es precisamente figura, es precisamente metafísica: esa grandeza verdadera que no puede ser expugnada, conquistada por ningún esfuerzo, ni por la voluntad de poder ni por la voluntad de fe. Estamos viviendo en un período extraño, en un período en el cual no hay ya dominio y tampoco hay aún dominio. Cabe decir, no obstante, que el punto cero ha sido ya sobrepasado. Eso es algo que apunta en el hecho de que hemos entrado en la segunda fase del proceso técnico, en la fase en la cual la técnica dispone de unos planes grandes y osados. Es

cierto que también esos planes continúan sometidos a la variación y asimismo que se hallan inmersos en una competencia más amplia — aún estamos lejos del ingreso en la fase última, decisiva. Pero es importante que en la conciencia humana el plan se presente no como la forma decisiva, sino como un medio para un fin. En el plan encuentra su expresión un proceso que se adecua al carácter de taller de nuestro mundo. Correlativamente el lenguaje engreído del progreso es relevado por una modestia nueva — la de una generación que ha renunciado a la ficción de que se encuentra en posesión de unos valores inatacables.

54

La perfección y, con ella, la constancia de los medios no son algo que produce dominio, sino algo que hace efectivo el dominio. Con más claridad que en las áreas de la economía y de la construcción puede verse eso en los sitios donde la técnica aparece como la fuente de medios no disimulados de poder — y puede verse con mayor claridad ahí no sólo porque es en esos sitios donde se pone de manifiesto de una manera más precisa la conexión entre la técnica y el destino, sino también porque todos los medios técnicos poseen un rango bélico secreto o indisimulado.

El modo en que tal cosa ha salido a luz en nuestro tiempo y las posibilidades que, por encima de eso, están comenzando a apuntar han llenado al ser humano de unas inquietudes muy justificadas.

Ahora bien, ¿qué es la preocupación sin responsabilidad, es decir, sin voluntad de hacernos dueños del elemento peligroso que nos circunda? El incremento terrible de los medios ha suscitado una confianza ingenua que se esfuerza en desviar la mirada de los hechos como si éstos fueran las imágenes de un sueño horroroso. La raíz de tal confianza está en esa creencia que considera que la técnica es un instrumento del progreso, o sea que es el instrumento de un orden racional-moral del mundo. Con esto guarda relación la opinión que afirma que existen medios tan destructivos que, por así decirlo, el espíritu humano los encierra bajo llave en un armario, cual si fueran venenos.

Pero, como ya hemos visto, la técnica no es un instrumento del progreso, sino un medio para la movilización del mundo por la figura del trabajador; y puede predecirse con seguridad que, mientras ese proceso continúe, no se renunciará a ninguna de sus propiedades devastadoras. Por lo demás, ni siquiera el máximo

incremento del esfuerzo técnico logra alcanzar otra meta que la muerte; y ésta es igual de amarga en todos los tiempos. De ahí que sea erróneo el parecer que asegura que la técnica en cuanto arma tiene como efecto una enemistad más honda entre los seres humanos, de igual modo que también es erróneo el parecer, que se corresponde con el anterior, según el cual en los sitios donde la técnica aparece como tráfico la consecuencia de ello es un reforzamiento de la paz. La tarea de la técnica es enteramente diferente y consiste en hacerse apropiada para servir a un poder que es el que en última instancia decide de la guerra y de la paz y, con ello, de la moralidad o la justicia de esas situaciones.

Quien ha reparado en eso llega enseguida al punto decisivo del gran debate que en nuestros días se ha originado acerca de la guerra y de la paz. Es una cuestión secundaria la que trata de cómo puede o no puede o si puede o no puede justificarse por la razón o por la moral el empleo de los medios técnicos en el combate; y asimismo es secundaria la cuestión que trata de cómo pueden o no pueden o si pueden o no pueden justificarse por la razón o por la moral los hechos mismos de la guerra; cabe afirmar que todos los libros que se ocupan de esas cuestiones han sido escritos en vano, al menos por lo que respecta a la práctica. Tanto si lo que se quiere es la guerra como si lo que se quiere es la paz, la cuestión única de que aquí se trata es la cuestión de si existe un punto tal que en él sean idénticos el poder y el derecho — y aquí ha de ponerse el acento en *ambas* palabras. Pues sólo entonces resultará posible dejar de parlotear acerca de la guerra y de la paz y decidir sobre ellas con autoridad. Puesto que, en la situación a que hemos llegado, todas las confrontaciones realmente serias asumen un carácter de guerra mundial, es necesario que el mencionado punto posea una significación planetaria. Pronto hablaremos de la conexión que vincula esta cuestión con la perfección de los medios técnicos, es decir, en este caso, con la perfección de los medios de combate — por el momento señalemos sucintamente que cada uno de los dos portadores del Estado del siglo XIX, esto es, la nación y la sociedad, se halla internamente orientado hacia semejante tribunal supremo.

Por lo que respecta a la nación eso es algo que se exterioriza en el afán de llevar el Estado más allá de las fronteras nacionales y de otorgarle un rango imperial; y por lo que respecta a la sociedad, en la iniciación de unos contratos sociales de validez planetaria. Pero el resultado a que se llega por ambas vías es que no les está reservada a los principios del siglo XIX semejante regulación.

Los gigantescos esfuerzos efectuados por los Estados nacionales tienen como resultado final la dudosa anexión de unas provincias. Y en aquellos sitios donde cabe observar unas iniciativas imperiales, se trata de un imperialismo colonial que ha menester de la ficción de que existen pueblos que, como es el caso de Alemania, continúan necesitados de educación. La nación encuentra sus fronteras en sí misma y son sospechosos todos los pasos que la llevan más allá de ellas. La ganancia de una estrecha franja fronteriza sobre la base del principio de las nacionalidades es mucho menos legítima que la ganancia de un reino entero por la vía del matrimonio en el sistema dinástico de fuerzas. De ahí que en las guerras de sucesión se trate tan sólo de dos interpretaciones de un derecho reconocido por ambas partes y en las guerras entre naciones se trate, en cambio, de dos especies de derecho en general. Por eso también las guerras entre naciones suelen conducir más bien al estado de Naturaleza.

La razón de todos esos fenómenos está en que el pensamiento del siglo XIX formó su idea de las naciones de acuerdo con el modelo del individuo; las naciones son unos grandes individuos que están sometidos a la «ley moral en sí» y que por ello tienen cerrada la posibilidad de formar imperios reales y efectivos. No hay un tribunal supremo ni del derecho ni del poder que ponga límites a las pretensiones de las naciones ni que establezca una unión entre ellas — semejante tarea corresponde, antes bien, a una fuerza mecánica de la Naturaleza, a saber, la fuerza del equilibrio. Los esfuerzos de las naciones dirigidos a extender su validez allende sus fronteras están condenados al fracaso porque con ellos se recorre el camino del puro despliegue del poder. Lo que explica que el suelo se vuelva cada vez más difícil y trabajoso a cada paso que se da es que el poder sobrepasa la esfera del derecho que le está adjudicada y con ello aparece como violencia y es sentido, en lo más íntimo, como algo sin validez.

Los esfuerzos de la sociedad orientados en esa misma dirección recorren el camino inverso; intentan ampliar una esfera del derecho a la que no le está asignada una esfera del poder. Se llega así a unos organismos como la Sociedad de Naciones — a unos organismos cuya vigilancia ficticia sobre unos espacios enormes de derecho se halla en extraña desproporción con las dimensiones de su potestad ejecutiva.

Esa desproporción ha producido de este modo en nuestro tiempo una serie de fenómenos nuevos que cabe concebir como características del daltonismo humanitario. Se ha desarrollado un procedimiento que forzosamente había de comportar la construcción

teórica de tales espacios de derecho, es decir, un procedimiento consistente en sancionar *a posteriori* actos de violencia por la jurisprudencia.

Y así se ha hecho posible que hoy estén librándose guerras de las que nadie quiere enterarse porque al más fuerte le place calificarlas, por ejemplo, de «penetración pacífica» o de «acción de la policía contra bandas de ladrones» — guerras que sí que existen en la realidad, pero que no existen en la teoría. Una ceguera semejante se da también con respecto al desarme de Alemania; éste es tan comprensible en cuanto acto de política de poder cuanto infame en los pretextos invocados para justificarlo. Ciertamente esa infamia sólo podía superarla la infamia que ha sido cometida por la burguesía alemana y que consiste en participar en la Sociedad de Naciones. Pero basta — lo único que aquí nos importa demostrar es que a la identidad del poder y el derecho no es posible acceder con la mera ampliación de los principios propios del siglo XIX. Más adelante veremos si acaso es posible vislumbrar unas posibilidades de índole diferente.

55

Por lo que respecta a los medios, y es de ellos de los que aquí hablamos, están surgiendo esfuerzos de índole imperial que aparecen como tentativas de administrar el aparato técnico de poder como un monopolio. En este sentido resultan enteramente consecuentes medidas de desarme como ésas de que acabamos de hablar y resulta consecuente en especial el que tales medidas se refieran no sólo al arsenal concreto, sino que traten de paralizar la energía potencial que produce los arsenales. Son ataques que no van dirigidos ya contra el carácter especial, sino contra el carácter total de trabajo.

No nos será difícil descubrir, basándonos en las consideraciones precedentes, la fuente de error que tales esfuerzos encierran. Esa fuente de error se halla, en primer lugar, en los principios, y, en segundo lugar, en la práctica.

En lo que respecta a los principios conviene advertir que la monopolización de los medios va contra la esencia del Estado liberal y que eso ocurre incluso en aquellos sitios donde se presenta como un puro proceso comercial. El Estado nacional no puede prescindir de la competencia; eso es lo que explica que a Alemania no se la haya desarmado del todo, sino que se le haya dejado una cantidad de soldados, barcos y cañones suficiente para man-

tener al menos la ficción de una competencia. En el espacio liberalista el ideal no es la superioridad de poder indisimulada, sino la encubierta, y, en correspondencia con eso, la esclavitud encubierta. Quien garantiza la situación general es el competidor más débil — el económicamente fracasado la garantiza con la posesión de un pequeño huerto en las afueras de la ciudad, y el políticamente más débil, con la introducción de una papeleta de voto en la urna. Esto aclara el interés enormemente desproporcionado que el mundo entero siente por la construcción del más pequeño acorazado alemán — son los estimulantes que se necesitan. Y esto aclara además el importante error del sistema que consiste en haber arrebatado a este país *todas* las colonias; una pequeña concesión en los mares del Sur, en China o en Africa hubiera garantizado mucho mejor la situación. Y es muy probable que se subsane ese error haciendo a Alemania un regalo envenenado.

Con esto guarda relación también una de las posibilidades paradójicas que han sido producidas por nuestro tiempo — la posibilidad de que el desarme de Alemania ponga en peligro la posesión monopolista de los medios de poder. Este proceso es parecido a esos ataques a la cotización del oro o al sistema parlamentario que consisten en no participar en ellos; ya no se cree en esa forma especial de poder ni en su significado esencial — y se abandona la partida. De todos modos éste es un procedimiento que está al alcance únicamente de los poderes revolucionarios, y aun eso, sólo en instantes muy precisos. Una de las características de tales poderes es que disponen de tiempo y que éste juega a favor de ellos. Un cañoneo de Valmy, una paz de Brest-Litowsk son, por un lado, modos de definirse del poder histórico recién formado, pero, por otro, desvían de la energía revolucionaria potencial que, tras el velo de los tratados y de las derrotas, está comenzando a desplegar sus medios genuinos. La revolución no tiene una firma válida ni posee un pasado legítimo.

Abordamos ahora uno de los puntos nucleares de la monopolización de la técnica en tanto que aparece como un medio indisimulado de poder. El Estado nacional liberal es completamente incapaz de tal monopolización. En esa esfera es engañosa la posesión del arsenal técnico y lo es porque por su propia esencia la técnica no es un medio adjudicado a la nación ni está cortado a su medida. Antes por el contrario, la técnica es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza y revoluciona el mundo. Y así ocurre que, por un lado, la movilización de la nación pone en movimiento fuerzas diferentes y más numerosas que las que se pretendía movilizar, mientras que, por otro lado, la nación des-

armada es necesariamente arrinconada en esos espacios peligrosos e imprevisibles en los cuales se esconde, en un amontonamiento caótico, el armamento revolucionaario. Pero hoy existe sólo *un* espacio realmente revolucionario: el definido por la figura del trabajador.

La situación que, como consecuencia de lo dicho, se produce en Alemania, cuyo caso nos sirve aquí únicamente de ejemplo, es la siguiente: los portadores del Estado nacional liberal reconocen el monopolio de los medios de poder instaurado por las potencias que salieron vencedoras en la guerra del catorce y lo reconocen además en un grado tal que hace que las concesiones de poder otorgadas a los alemanes —a saber, el ejército y la policía— aparezcan como órganos ejecutivos que actúan por encargo de esos monopolios extranjeros. En el caso de que una parte del pueblo o del país se negase a pagar los tributos o se armase, lo dicho se haría visible enseguida; y eso no sería muy asombroso, después de que hemos asistido al espectáculo de que la policía alemana condujese esposados al tribunal supremo de este país a los así llamados «criminales de guerra» alemanes. Ese espectáculo es la mejor enseñanza ilustrada del grado en que el Estado nacional liberal se ha convertido para nosotros en un país extranjero. Más aún, siempre lo ha sido. Ese espectáculo es la prueba de que los medios de ese Estado se han vuelto completamente insuficientes y de que nada cabe esperar ni de ellos ni tampoco de esa pequeña burguesía chovinista y nacional-liberalista que también en Alemania apareció después de la guerra.

Existen ahora cosas que poseen mayor fuerza explosiva que la dinamita. Lo que antes vimos que era tarea de la persona singular es hoy una de las tareas de la nación, a saber: no concebirse ya según un patrón individualista, sino como representante de la figura del trabajador. En otro lugar estudiaremos con detenimiento el modo como se efectúa ese paso, que significa la aniquilación del tegumento liberal (una aniquilación que en el fondo no es más que la aceleración de su propia autoaniquilación) y que significa además la transformación del territorio nacional en un espacio elemental. Tal espacio es el único en el que resulta posible una conciencia nueva del poder y de la libertad; en él se habla un lenguaje diferente del lenguaje del siglo XIX — un lenguaje que ya hoy se entiende en muchos puntos de la Tierra y que, cuando resuene en el espacio elemental, será concebido como un toque de corneta que llama a la sublevación.

En qué grado el monopolio hoy existente de los medios de poder posee o no posee legitimidad, eso es algo que se pondrá

de manifiesto únicamente frente a tal espacio. Se desvelará que al Estado liberal el arsenal técnico no le garantiza sino una seguridad incompleta; tal cosa quedó demostrada ya por el desenlace de la guerra del catorce. No existen armas en sí; la forma de cada arma la determinan tanto los sujetos que la portan como los objetos, los adversarios a que ella ha de herir. Una espada puede atravesar una armadura, pero hiende el aire sin dejar ninguna huella en él. El orden fridericiano era un medio insuperable contra la resistencia lineal, pero en los sansculotes encontró un adversario que renunciaba a las reglas del arte. Tales cosas ocurren a veces en la historia y son una señal de que ha comenzado una partida nueva en la cual se juega con otras cartas.

56

Hay que decir, por tanto, y ello por razones de principio, que la posesión de los medios técnicos presenta un transfondo traicionero en todos aquellos sitios donde su portador es un dominio que no se le adecua. En ningún punto del mundo existe hoy un dominio entendido en ese sentido, un dominio en el cual la pretensión monopolista se transformaría, por tanto, en un derecho real.

Sea cual sea el sitio en que se arme la gente — para un objetivo diferente lo hace, para un objetivo que no está sometido a los esfuerzos del intelecto planificador, sino que subordina a sí tales esfuerzos.

En la práctica la variabilidad de la técnica, que aquí aparece como variabilidad de los medios de poder, constituye una amenaza con respecto a la especificidad temporal de los medios.

Lo que pone límites al almacenamiento de energía conformada es esa variabilidad. Aún no dispone el espíritu de unos medios tales que en ellos encuentre su expresión indiscutible el carácter total de combate y con respecto a los cuales se establezca una relación entre técnica y tabú. Cuanto más se incremente la especialización del material, tanto más se reducirá el lapso de tiempo en que podrá emplearselo con eficacia. En el paisaje bélico el carácter de taller del paisaje técnico se presenta como un cambio acelerado de los métodos tácticos. A la destrucción de los medios destructivos le es inmanente en este sector un *tempo* más rápido que el que posee su construcción. Semejante hecho otorga al afinamiento del armamento una nota especulativa que aumenta la responsabilidad y que se intensifica en la misma medida en que la experiencia práctica no se mueve.

Hoy nos encontramos en la segunda fase del empleo de los medios de poder de naturaleza técnica, después de que en la primera se produjese la aniquilación de los últimos restos de los guerreros estamentales. Esta segunda fase se señala por la concepción y la ejecución de grandes planes. No cabe comparar, claro está, tales planes con la construcción de las pirámides o de las catedrales; ellos llevan anejo un carácter de taller. Correlativamente estamos observando que los poderes realmente históricos se encuentran en un febril proceso armamentista que intenta supeditar a sí la suma de todos los fenómenos vitales y darles un rango bélico. Lo que sorprende, horroriza y suscita esperanzas es la sobria unidad del proceso, no obstante todas las diferencias sociales y nacionales de las unidades de vida.

El que esta segunda fase no encarne una situación definitiva (hasta el punto en que son posibles en la Tierra situaciones definitivas), pero sí sirva para prepararla, es algo que se debe a su carácter de taller. En el anhelo de paz que contrapuntea el estado de alarma que es propio de los monstruosos campamentos militares se esconde la exigencia de una felicidad que no puede hacerse efectiva. Un contrato social entre Estados no garantizara jamás una situación que quepa considerar como el símbolo de la Paz Perpetua; tal situación la garantiza únicamente un Estado de rango indiscutible e imperial en el cual se aúnen *imperium et libertas*.

Una clausura de los grandes procesos armamentistas que con su presión han ido rebajando cada vez más claramente los Estados nacionales de viejo estilo al rango de magnitudes de trabajo y asignándoles tareas que en el fondo se adecuan a un marco mayor que el marco de la nación — una clausura como ésa no será posible hasta que no hayan llegado a su término, hasta que no hayan quedado clausurados también los medios en los que se apoyan las armas. La perfección de los medios técnicos de poder consiste en una situación en que su terribilidad y su posibilidad de aniquilación total sean tales que resulte imposible sobrepujarlas.

Con justificada preocupación sigue el espíritu el surgimiento de unos medios merced a los cuales está empezando a apuntar la mencionada posibilidad. Ya en la guerra del catorce hubo zonas de aniquilación cuyo aspecto sólo puede describirse si se acude a la comparación con las catástrofes de la Naturaleza. En el breve lapso de tiempo que nos separa de esos espacios se ha incrementado varias veces la contundencia de las energías que están a nuestra disposición. Con ello aumenta la responsabilidad que se encierra ya en su pura posesión y en su pura administración. El pensamiento de que mediante contratos sociales es posible poner

trabas al desencadenamiento de tales energías, a su empleo en el combate a vida o muerte, es un pensamiento romántico, cuya premisa es que el ser humano es bueno — pero el ser humano no es bueno, sino que es bueno y malo a la vez. En todos los cálculos que aspiren a plantar cara a la realidad es preciso que vaya incluido lo siguiente: no hay ninguna cosa de la que el ser humano no sea capaz. No son preceptos morales, sino leyes, lo que determina la realidad. De ahí que la cuestión decisiva que ha de plantearse sea ésta: ¿Existe un punto tal que desde él pueda decidirse con autoridad si deben o no deben emplearse los medios? El hecho de que no exista semejante punto es una señal de que la guerra del catorce no ha creado un orden mundial. Y ese hecho está grabado con suficiente claridad en la conciencia de los pueblos.

Un afinamiento último y la constancia, ligada con él, de los medios de poder son cosas que en sí mismas carecen naturalmente de significación. Pues lo que otorga su significado a la técnica es que ella es el modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo. Esta circunstancia da, con todo, un rango simbólico a la técnica; y la constancia de sus medios es una señal de que la fase revolucionaria de la movilización ha llegado a su término, ha quedado clausurada. Los procesos de rearme y contrarrearme de los pueblos son una medida revolucionaria que se toma dentro de un proceso armamentista más amplio; visto desde él, esa medida se presenta como algo unitario, aunque haya de hacer saltar por los aires la forma de sus portadores. La unidad y, con ella, el orden del mundo son la solución que está ya contenida en el modo de plantear los conflictos y esa unidad es demasiado profunda como para que pueda alcanzársela con medios baratos, con acuerdos y contratos.

Hoy existe ya, sin embargo, una especie de visión de conjunto que permite saludar todos los grandes despliegues de fuerza, cualquiera que sea el punto del globo terráqueo donde aparezcan. Pues lo que en ellos se expresa es el afán de dar una representación activa a la nueva figura que desde hace ya mucho tiempo viene anunciándose en la pasividad, en el sufrimiento. Lo que importa no es que nosotros vivamos, lo que importa es que vuelva a hacerse posible en el mundo un modo de vivir en gran estilo y según criterios grandes. A ello contribuiremos si hacemos más rigurosas nuestras exigencias.

El dominio, es decir, la superación de los espacios anárquicos por un orden nuevo, es posible hoy tan sólo como una representación de la figura del trabajador que reclame una validez planetaria. Son muchas las vías de alcanzar esa representación que

están apuntando. Todas ellas se señalan por su carácter revolucionario.

Revolucionario es ese hombre nuevo que aparece como tipo; revolucionario es el aumento constante de los medios, que no puede ser absorbido por ninguno de los órdenes sociales y nacionales tradicionales sin que ello produzca contradicciones. Tales órdenes experimentan un cambio completo y descubren su sentido oculto en el preciso instante en que los supedita a sí un dominio real y efectivo, un dominio indiscutible. En ese instante se vuelven legítimos los medios revolucionarios.

57

Cabe decir en resumen que el error fundamental que esteriliza todas las consideraciones está en ver en la técnica un sistema causal encerrado en sí mismo. Tal error conduce a esas fantasías de infinitud en las que se traiciona la limitación del intelecto puro. Ocuparse de la técnica es una actividad que sólo merece la pena en aquellos sitios donde reconocemos en ella el símbolo de un poder perteneciente a un orden superior.

Son muchas las especies de técnica que ha habido; y en todos los sitios donde cabe hablar de un dominio observamos una penetración completa y un uso natural de los medios disponibles. El puente de lianas que una tribu negra tiende sobre un río en las selvas vírgenes es, en su espacio, de una perfección insuperable. Ningún instrumento, cualquiera que sea su índole, sustituye a la pinza del cangrejo, a la trompa del elefante, a la valva de la concha. También nuestros medios se adecuan a nosotros y eso ocurre no en un futuro lejano, sino en cada instante. Mientras el espíritu piense en la destrucción, los medios serán obedientes instrumentos de destrucción; y cuando el espíritu se decida a levantar grandes edificios, construirán. Pero es preciso que reparemos en que esto no es ni una cuestión de espíritu ni una cuestión de medios. Nos hallamos en un combate que no puede ser caprichosamente interrumpido, sino que posee unos objetivos bien localizados.

Imaginemos ahora esa situación de seguridad y constancia de la vida que teóricamente sería posible desde luego en todo momento y que todos los esfuerzos superficiales quisieran alcanzar ya hoy, pero que, sin embargo, no se nos ha dado ciertamente todavía. Al imaginarnos esa situación no pretendemos, claro está, aumentar el número de las utopías, que no escasean. Si lo hace-

mos es, antes bien, porque estamos necesitados de unas orientaciones rigurosas. Son grandes los sacrificios que, queramos o no, se nos exigen; y es necesario que sigamos aceptándolos. Entre nosotros ha cobrado vida una tendencia a despreciar «la razón y la ciencia»: eso es un falso retorno a la Naturaleza. Lo que importa no es despreciar el intelecto, lo que importa es someterlo. La técnica y la Naturaleza no son antitéticas — el sentirlas de ese modo es una señal de que la vida no está en orden. El ser humano que intenta disculpar su propia impotencia hablando de la falta de alma de sus medios se asemeja al ciempiés de la fábula, condenado a la inmovilidad porque se dedica a contar las patas que tiene.

La Tierra posee aún valles remotos y arrecifes multicolores en los que no resuenan ni los pitidos de las fábricas ni las sirenas de los barcos de vapor, en ella continúa habiendo carreteras secundarias que se hallan abiertas a los haraganes románticos. Aún quedan islas del espíritu y del gusto ceñidas por valoraciones comprobadas; aún quedan esos malecones y rompeolas de la fe a cuyo abrigo puede el ser humano «atracar en paz». Conocemos las aventuras y los goces delicados del corazón y conocemos también ese sonido de las campanas que promete felicidad. Estos son unos espacios cuyo valor, más aún, cuya posibilidad están confirmados por la experiencia. Pero nosotros nos encontramos en pleno experimento; hacemos cosas que no se justifican por ninguna experiencia. Hijos, nietos y biznietos como somos de unos ateos a quienes hasta la propia duda se les ha vuelto sospechosa, estamos atravesando a paso de marcha unos paisajes que amenazan a la vida con unas temperaturas más elevadas y profundas. Cuanto mayor es el cansancio de las personas singulares y de las masas, tanto más grande se vuelve la responsabilidad, la cual es cosa de pocos. No hay salidas, no existen caminos marginales ni vías de retroceso; antes por el contrario, es preciso incrementar el ímpetu y la velocidad en que nos encontramos inmersos. Y ahí es bueno vislumbrar que detrás de los excesos dinámicos de nuestro tiempo hay un centro inmóvil.

El arte como configuración del mundo de trabajo

58

Durante las dos últimas generaciones se ha prestado una atención grande a la relación que nosotros mantenemos con el valor. Si hubiera que fiarse de los múltiples y cuidadosos inventarios de nuestras riquezas que se han efectuado, muy baja sería la calificación de nuestro rango histórico. La crítica a nuestro tiempo se ha vuelto muy áspera y maliciosa y no puede aseverarse que nosotros hayamos sido educados para sobreestimar nuestras producciones.

Propendemos, más bien, a conceder a la crítica un rango que da mucho que pensar. También ella tiene sus límites y no hay ninguna crítica que sea capaz de desprenderse de la imagen de conjunto de su propio tiempo y de dictar sentencias en una instancia superior. En los sitios donde, sin embargo, ocurre tal cosa, lo que hay que comprobar es cuáles son las seguridades en que se basa la crítica para formar sus juicios y cuáles son los criterios de que para ello se sirve.

Es muy normal tratar de obtener tales criterios mediante comparaciones. El procedimiento que de hecho se emplea es el siguiente: la crítica a nuestro tiempo intenta crearse una base de producciones históricas y desde ella abordar el presente. Parece evidente ese procedimiento; sin embargo, va ligado a la premisa de que existe una unidad continuada entre los tiempos y, por tanto, también entre aquel pasado concreto y este presente concreto, ya que, si eso no ocurriera, tampoco sería pensable una unidad de criterio.

Ahora bien, es preciso saber que las valoraciones implacables a que este tiempo nuestro es sometido y que encontramos corroboradas por tantísimos pormenores, son acertadas y son a la vez desacertadas. Débese tal cosa a que la división unitaria del tiempo en pasado, presente y futuro es una división aplicable sin duda al tiempo astronómico, pero no al tiempo de la vida o del destino.

Hay *un* tiempo astronómico, pero a la vez hay múltiples tiempos de la vida; y, como si fueran relojes, cada uno de ellos está moviendo su péndulo con un ritmo propio, al lado de los demás.

De este modo aquello que reclama para sí al ser humano no es *el* tiempo, sino múltiples tiempos. Esto es lo que explica que una generación sea más vieja y sea a la vez más joven que la de sus padres, que pertenezca, por tanto, a dos tiempos distintos. Lo que importa mucho es la mirada que seamos capaces de lanzar sobre el tiempo. Estamos sobre él como sobre una alfombra y lo que vemos es o bien que los dibujos antiguos se extienden hasta los bordes o bien que el tejido se cubre de unos diseños nuevos y diferentes. Ambas visiones son acertadas; y así puede ocurrir que un mismo y único fenómeno aparezca tanto como símbolo del final cuanto como símbolo del comienzo. En la esfera de la muerte todas las cosas se convierten en símbolos de la muerte; y la muerte es, a su vez, el alimento de que se nutre la vida.

Así, pues, cuando lo que la crítica a nuestro tiempo hace es dejar constancia de la ruina completa de las cosas y recubrirlas de símbolos, concedámosle esas averiguaciones suyas y no se las discutamos. Mas ese juicio puede reclamar ser válido únicamente para el tiempo al que pertenece la crítica misma. La tarea de ésta consiste en describir el enorme proceso de muerte de que estamos siendo testigos. Tal morir se refiere al mundo burgués y a los valores que ese mundo ha administrado. Pero rebasa el mundo burgués en razón de que el burgués mismo es únicamente un heredero y nada más que un heredero y en razón de que su hundimiento hace que aparezca como completamente gastada una herencia muy antigua. El corte profundo que en nuestro tiempo amenaza a la vida es un corte que no separa únicamente dos siglos, sino que anuncia el final de un sistema milenario de relaciones.

No es discutible que el presente no se halla en condiciones de ser productivo en el sentido de los símbolos antiguos. Pero sí es discutible que tal cosa sea deseable. Los símbolos antiguos son la copia, el trasunto de una fuerza cuyo modelo o imagen primordial, cuya figura ha desaparecido. No son otra cosa que criterios que permiten medir el rango que la vida es capaz de alcanzar. En todas las áreas de la vida seguimos tropezando, sin embargo, con una especie de esfuerzos que se orienta, no por lo que se refiere al rango, pero sí por lo que se refiere a la calidad, que se orienta, digo, por las copias, por los trasuntos, pero sin ser partícipe del modelo o imagen primordial. Esa actividad museística es característica de nuestro tiempo; ella recubre como con un velo formal los cambios grandes y misteriosos que están produciéndose. Ella

grava como con pesos de plomo la producción; y la máscara de una presunta libertad es cada vez más incapaz de disimular el hecho de que lo que aquí falta es el presupuesto de toda libertad, a saber, un vínculo auténtico, originario, y, por tanto, una responsabilidad. La crítica que aquí da pruebas de lo muy aguda que es juega un juego demasiado fácil; pero cabe preguntarse si es lícito detenerse en él.

Más importancia que la comparación con las copias de tiempos y espacios desaparecidos tiene para nosotros la cuestión de si nosotros mismos mantenemos una relación primordial nueva y peculiar, una relación primordial cuya realidad efectiva no ha encontrado aún su expresión en los fenómenos; la cuestión de si estamos en posesión de una libertad cuyo uso aún hemos de aprender y que, sin embargo, ya se encuentra en la calle, por así decirlo. Aquí cesa la crítica, pues son de otra índole las intuiciones a que hemos de confiarnos.

59

Vivimos en un mundo que se asemeja enteramente, por un lado, a un taller y que, por otro, es completamente parecido a un museo. La diferencia entre las exigencias que esos dos paisajes hacen es la siguiente: nadie está obligado a ver en un taller más que precisamente un taller, mientras que en el paisaje museístico reina un ambiente edificante que ha asumido formas grotescas. Hemos llegado a una especie de fetichismo histórico que es directamente proporcional a la falta de fuerza productiva. De ahí que resulte consolador el pensar que, de conformidad con una cierta correspondencia secreta, el refinamiento de unos medios destructivos grandiosos camina al mismo paso que el almacenamiento y conservación de los así llamados «bienes culturales».

La penetración de esos bienes con el sentimiento y la imitación, es decir, toda esa agitada actividad que reina en torno al arte, la cultura y la formación, ha llegado a adquirir tales dimensiones que hacen que parezca necesario aligerar el equipaje; y nunca será bastante ese aligeramiento, aunque nos lo imaginemos muy profundo y muy amplio. Lo peor no es que haya un círculo de expertos, coleccionistas, fisgones y conservadores alrededor de todas y cada una de las abandonadas conchas que la vida, cual si fuera un caracol, ha llevado alguna vez sobre su cuerpo. Eso, a fin de cuentas, viene ocurriendo desde siempre, aunque en una medida mucho más modesta.

Mucho peor es el hecho, que tanto da que pensar, de que ese ajetreo haya tenido como resultado un conjunto de valoraciones rutinarias detrás de las cuales se esconde una necrosis completa. Lo que aquí se hace es jugar con las sombras de las cosas y realizar publicidad de un concepto de cultura que ha quedado enajenado de toda fuerza primordial. Y eso está ocurriendo en un tiempo en que lo elemental vuelve a irrumpir poderosamente en el espacio de la vida y hace al ser humano unas exigencias inequívocas. La gente se esfuerza en educar y seleccionar nuevas generaciones de administradores y funcionarios de la cultura y en cultivar un estrafalario sentimiento de la «verdadera grandeza» del pueblo, mientras el Estado ha de solventar unas tareas más originales y más apremiantes que nunca. Por mucho que retrocedamos en la historia, difícil será que en ningún otro tiempo topemos con una mezcla tan lastimosa de trivialidad y arrogancia como la que se ha vuelto habitual en los discursos políticos oficiales, con sus inevitables invocaciones a la cultura alemana. Oro puro son realmente, en comparación con eso, las cosas que nuestros padres sabían decir sobre el progreso.

La cuestión que se suscita es la de cómo es posible semejante barniz superficial, hecho de idealismo vagoroso y de romanticismo exangüe, en un tiempo en que suceden y están a punto de suceder cosas que tienen una importancia tan candente. La respuesta que dice que la gente no sabe hacer nada mejor será seguramente ingenua, pero en todo caso es acertada. La actividad museística no representa otra cosa que uno de los últimos oasis de la seguridad burguesa; proporciona la escapatoria más plausible en apariencia para poder sustraerse a la decisión política. Es una actividad en la que al mundo le gusta ver ocupados a los alemanes. Cuando se difundió la noticia de que en 1919 «los representantes de los trabajadores» en Weimar llevaban su *Fausto* en la mochila, pudo predecirse que el mundo burgués estaba salvado por una buena temporada. La superficialidad con que en Alemania se practicó durante la guerra del catorce la propaganda cultural ha evolucionado tras la guerra de una manera tal que se ha convertido en un verdadero sistema y apenas hay ya un sello de correos o un billete de banco en que no tropiece uno con cosas de ésas. Pero todo esto nos ha acarreado el reproche, injusto por desgracia, de que estamos jugando un doble juego. No hay aquí tal doble juego, lo que hay es la total falta burguesa de instinto con respecto al valor.

Lo que hay es una especie de opio con el que se extiende un velo por encima del peligro y se provoca la engañosa conciencia

de un orden. Pero esto constituye un lujo insoportable en una situación en la que lo que hay que hacer no es hablar de tradición, sino crearla. Estamos viviendo en un período de la historia en el que todo depende de una movilización y concentración enormes de las fuerzas disponibles. Acaso nuestros padres tuvieran aún tiempo de ocuparse en los ideales de una ciencia objetiva y de un arte que existe por sí mismo. Nosotros, en cambio, nos encontramos de manera clarísima en una situación en la cual lo que está en cuestión no es esto o aquello, sino la totalidad de nuestra vida.

Esto requiere un acto de movilización total, la cual les hará a todos los fenómenos personales y materiales esta pregunta brutal: ¿sois necesarios? En cambio, en estos años posteriores a la guerra el Estado ha estado ocupándose en cosas que para una vida amenazada son no sólo superfluas, sino nocivas, y ha omitido hacer otras que sí resultan decisivas para la perduración. La imagen que hoy hemos de hacernos del Estado no se asemeja a un vapor de pasajeros o a un buque mercante; se parece, antes bien, a un navío de guerra en el cual rigen una simplicidad y economía supremas y todos los movimientos se efectúan con una seguridad instintiva.

Lo que ha de inspirar respeto al extranjero que visita Alemania no son las fachadas que hemos conservado de tiempos pretéritos ni los discursos solemnes que se pronuncian en las conmemoraciones de los centenarios de los clásicos ni tampoco aquellas preocupaciones que constituyen el asunto de las novelas y de las piezas de teatro — lo que ha de inspirarle respeto son, antes bien, las virtudes de la pobreza, del trabajo y de la valentía, virtudes que hoy representan el signo visible de una cultura mucho más honda que la que el ideal burgués de la cultura es capaz de soñar.

¿Pero es que no se sabe que toda nuestra así llamada «cultura» es incapaz de impedir ni siquiera al más pequeño de los Estados limítrofes con nosotros que viole nuestro territorio? ¿Pero es que no se sabe que es enormemente importante, por el contrario, que el mundo se entere de que encontrará defendiendo el país incluso a niños, mujeres y ancianos y de que, así como la persona singular renunciaría a los goces de su existencia privada, así también el gobierno no dudaría un solo momento en sacar a subasta todos los tesoros artísticos de los museos y adjudicarlos al mejor postor, si aquella defensa requiriera cosas como ésa?

Tales exteriorizaciones de la forma suprema de la tradición, es decir, de su forma *viva*, presuponen también, ciertamente, un sentimiento supremo de responsabilidad, un sentimiento que tenga claro que lo que ahora importa es tener una responsabilidad in-

mediata no con respecto a las copias, sino con respecto a la fuerza primordial que las genera. Esto requiere, de todos modos, una grandeza verdadera y diferente. Pero hemos de estar convencidos de esto: si hoy existe todavía entre nosotros una grandeza verdadera, si en algún lugar está escondido un poeta, un artista, un creyente, se lo reconocerá en que se siente responsable en este punto y se esfuerza en servir.

No hace falta poseer dotes proféticas para predecir que no nos encontramos al comienzo de una Edad de Oro, sino que nos enfrentamos a unas modificaciones grandes y difíciles. Ningún optimismo puede impedirnos ver que los grandes conflictos son más numerosos y más serios que nunca. Hay que estar a la altura de tales conflictos creando unos órdenes que sean inquebrantables.

La situación en que nos encontramos es, empero, la de una anarquía que se oculta tras el espejismo de unos valores que han perdido vigencia. Tal situación es necesaria por cuanto garantiza la putrefacción de los órdenes antiguos, cuyo ímpetu se ha demostrado insuficiente. En cambio la fuerza más íntima del pueblo, la engendradora tierra materna del Estado, ésa sí ha probado su eficacia de una manera insospechada.

Ya hoy nos es lícito decir que en lo esencial ha quedado superado el agotamiento — que poseemos una juventud que conoce su responsabilidad y cuyo núcleo no ha podido ser atacado por la anarquía. Es impensable que Alemania vaya a andar nunca escasa de buenas tropas. Qué agradecida se siente esa juventud por cada uno de los sacrificios que se le exigen. Pero lo que importa es dar a esa materia prima tan bien dispuesta y preparada una forma que corresponda a su esencia. Es ésa una tarea que plantea a la fuerza productiva las demandas más altas, más significativas.

¿Qué espíritus son esos que ni siquiera se han enterado todavía de que ningún espíritu puede ser más profundo y sapiente que el de un soldado cualquiera que cayó luchando en algún lugar perdido del Somme o de Flandes?

Ese es el metro de medir de que estamos necesitados.

60

Cuando uno se ha percatado de qué es hoy lo necesario, a saber, la afirmación y el triunfo, o también, si no queda otro remedio, la preparación para hundirse resueltamente en medio de un mundo máximamente peligroso, entonces sabe cuáles son las

tareas a las que han de supeditarse todas las especies de la producción, desde las más elevadas hasta las más sencillas. Y, por cierto, cuanto más cínico, espartano, prusiano o bolchevique pueda ser el modo de vivir, tanto mejor. El criterio de ello viene dado en el modo de vivir del trabajador. Lo que importa no es mejorar ese modo de vivir, lo que importa es darle un sentido supremo, decisivo.

Así como es hermosa la estampa que ofrecen las tribus libres del desierto, que llevan cubiertos de harapos los cuerpos y no tienen otra riqueza que sus corceles y sus valiosas armas, así también sería hermosa la estampa de que el enorme y precioso arsenal de la civilización fuera servido y dirigido por un personal que viviese en una pobreza propia de monjes o de soldados. Es el espectáculo que alegra a los varones y que se repite siempre que es necesario realizar esfuerzos elevados y dirigidos hacia unas metas grandes. Instituciones tales como la Orden de los Caballeros Teutónicos, el Ejército prusiano, la Compañía de Jesús son modelos de eso; y conviene no olvidar que a los soldados, a los sacerdotes, a los doctos y a los artistas les es dada una relación natural con la pobreza. Esa relación no es sólo posible, sino incluso obvia en medio de un paisaje de talleres en el que la figura del trabajador está movilizando el mundo. Entre nosotros se conoce muy bien la felicidad que hay en encontrarse dentro de unas organizaciones cuya técnica está viva en la carne y en la sangre de cada una de las personas singulares.

Nos hallamos en el comienzo de una reordenación de las grandes formaciones de la vida. Y en esa reordenación va incluido más que la cultura, va incluido el presupuesto también de la cultura. Semejante reordenación requiere la integración de todas las áreas singulares que un espíritu abstracto ha ido independizando cada vez más y sustrayendo a su contexto. Estamos viviendo en unas situaciones que no pueden prescindir de la especialización. Pero lo que importa no es eliminar esa especialización; lo que importa es, antes bien, que todos los esfuerzos especiales sean vistos como partes de un esfuerzo total y que se comprenda el carácter traicionero de todos los esfuerzos que intentan sustraerse a ese proceso. Ese esfuerzo total no es otra cosa que trabajo en el sentido más alto, es decir: representación de la figura del trabajador. Hasta que esa concepción no haya adquirido vigencia, hasta que el trabajo no haya sido elevado a un rango metafísico muy amplio y hasta que esa circunstancia no haya encontrado su expresión en la realidad del Estado, hasta que no ocurran esas cosas no podrá hablarse de una «edad del trabajador». Sólo cuando se dé ese pre-

supuesto podrá determinarse también el rango que cabe asignar al ajetreo museístico, es decir, a esa actividad que hoy el burgués clasifica instantáneamente bajo la rúbrica «arte».

La representación de la figura del trabajador conduce por necesidad a unas soluciones que tienen unas dimensiones planetarias e imperiales. Como ocurre en el caso de todo dominio auténtico, tampoco aquí puede tratarse de administrar únicamente el espacio, sino de administrar el tiempo. En el mismo instante en que cobremos conciencia de nuestra fuerza productiva peculiar, la cual se alimenta de fuentes de otra índole, será también posible un vuelco completo de la consideración de la historia y de la apreciación y administración de las producciones históricas.

De esto forman parte ese sentimiento de superioridad y esa conciencia de originalidad de que ciertamente carece el burgués, el cual no posee seguridad, sino que la busca, y, por tanto, tampoco dispone de seguridad de juicio. Tal es el motivo de que, carente de ayuda y carente de una actitud propia, el burgués sucumba al demonismo de todos los fenómenos históricos y de que tienda a otorgar poder sobre sí a todas las grandezas históricas que en ese momento está contemplando. Y así ocurre también que es posible batir al burgués con una cita cualquiera. Es preciso saber, empero, que quien escribe la historia es el vencedor y que es él quien determina su árbol genealógico. Dado que, como hemos visto, el trabajador en cuanto tipo posee cualidad de raza, de él cabe aguardar esa univocidad en el modo de contemplar las cosas que constituye una de las características de la raza y el presupuesto de todas las valoraciones seguras — al contrario de los gozadores que se solazan con la visión caleidoscópica de las culturas.

Hemos de percatarnos de que, en aquellos puntos donde somos fuertes, estamos necesitados no tanto de una crítica a nuestro tiempo cuanto de una crítica a los tiempos, de una ordenación distanciada y rigurosa del transfondo histórico. Tal ordenación es en todos los tiempos el derecho natural de lo vivo. El hacerla efectiva se presenta en nuestro tiempo como una de las tareas del carácter especial de trabajo, el cual no sólo ha de esbozar las perspectivas decisivas, sino que ha de ejecutarlas.

61

Sólo una fuerte conciencia de sí, encarnada en una capa dirigente joven y desconsiderada, puede trazar con la agudeza necesaria un corte que sea lo suficientemente profundo como para

librarnos de los viejos cordones umbilicales. Las cosas marcharán tanto mejor cuanto menos cultura en el sentido usual posea esa capa. Por desgracia la edad de la enseñanza general nos ha privado de una sólida reserva de analfabetos — de igual modo que hoy podemos fácilmente oír razonar sobre la Iglesia a mil personas listas, mientras buscamos en vano a los santos antiguos que habitaban en las rocas y en los bosques.

Nuestra esperanza reside en la nueva relación con lo elemental que le es dada al trabajador. Ya se cuidará el tiempo de que él se percate cada vez más de esa relación y vea en ella la auténtica fuente de su fuerza. Así como el trabajador ha de guardarse bien de aportar, mediante su participación en ellos, nuevo alimento a los sistemas políticos del liberalismo, también va en interés suyo el que no tenga participación ninguna en eso que hoy se entiende por arte. No parece de todos modos que sea demasiado grande el peligro, si investigamos los esfuerzos que tienen como destinatario el trabajador. Tales esfuerzos consisten en lo esencial en los empeños ejecutados por una capa especial de estetas para trasponer las viejas recetas a una especie de arte de la *Weltanschauung*, de la «visión del mundo», cuya característica es la sustitución de la sustancia por la mentalidad. Esa es la escapatoria usual a que recurre la gente sin talento y que es apoyada por el muy difundido prejuicio de que una subversión significativa en el arte, sobre todo en la literatura, es algo que ha de ir precedido de un anuncio.

Semejante anuncio carece, sin embargo, de sentido ante modificaciones de primer rango —y ante una de ellas nos encontramos—, igual que también carecería de sentido ante una migración de pueblos. Pues presupondría, en efecto, una continuidad del *medium* artístico y, con ello, un plano de entendimiento que hemos de negar. Semejante continuidad está presente desde luego en aquellos sitios donde lo que hace su aparición es sencillamente un estamento nuevo y donde la gente se mueve dentro de unos planteamientos sociales, pero no lo está en los sitios donde comienza a volverse eruptiva la fuerza elemental. Aquí se presentan otras especies de destrucción y otras posibilidades de crecimiento. Aquí el arte no es el medio, sino el objeto de la modificación. Así como es el vencedor quien escribe la historia, esto es, quien se crea su propio mito, así también es él quien determina qué es lo que ha de tener vigencia como arte. Pero éstas son preocupaciones que están reservadas a un período posterior. Cabe prever en todo caso que no sólo perderán su significación categorías enteras de la producción artística, sino que, por otro lado, tam-

bién esa producción supeditará a sí áreas de las que nadie se atreve hoy siquiera a soñar tal cosa.

Aquí no se trata ya de un cambio de estilo, se trata de que está volviéndose visible una figura diferente. El pesimismo cultural tiene razón de todos modos cuando dice que las posibilidades de un determinado espacio vital se hallan agotadas hasta sus últimos extremos. Es ése un conocimiento necesario por cuanto hay que objetivar, por así decirlo, las cosas que han sido — hay que separarlas de nosotros mediante un trazo allende el cual resulte posible contemplarlas con frialdad. Como hemos dicho antes, ésta es una cuestión que compete a la administración y, en concreto, a una administración vigilada. Pero las cosas que hoy son fluidas están destinadas a otras formas.

Para hacerse una idea de la posibilidad de tales formas es preciso echar un vistazo a la situación en su conjunto.

De conformidad con el relevo sucesivo de las situaciones universales efectuado primeramente por el Estado absoluto y luego por la democracia burguesa, relevo que tiene su representación en la entrada en la historia primeramente del personaje y luego del individuo, lo que nosotros hemos de indagar es el modo en que el arte se absolutiza primeramente y se generaliza luego — se generaliza porque existe un nexo directo entre lo individual y lo general en cuanto *medium* asignado a aquello.

La producción gana, pues, libertad; eso, suponiendo que queramos considerar que son idénticas la libertad y la autonomía. Si empleásemos una terminología cristiana, diríamos que se trata de las etapas de una secularización progresiva — pero ese modo de hablar carece de importancia para nosotros, pues lo que vemos precisamente como tarea nuestra es el distanciarnos de la situación en su conjunto y en ello da igual que esa situación aparezca como secularizada o aparezca como no secularizada. Tal distinción posee aquí un valor meramente museístico, dado que el trabajador tiene no una fe más débil, sino una fe diferente. Es una distinción que indica relaciones de magnitud, no grados de parentesco. Ciertamente el burgués se encuentra todavía dentro del proceso del que él mismo es su clausura; el ocaso del individuo anuncia a la vez el último chisporroteo del alma cristiana. Eso es lo que otorga su auténtica significación a esa clausura. Pero nosotros hemos de comprender que no puede darse relación ninguna entre la figura del trabajador y el alma cristiana, como tampoco fue posible una relación entre esa alma y las imágenes de los dioses de la Antigüedad.

El creciente relevo del arte hubo de producir necesariamente

la idea de que la manifestación artística pertenece a los testimonios esencialmente individuales. Esa concepción llegó a su cumbre en el culto al genio que se practicó en el siglo XIX. La historia del arte aparece aquí sobre todo como la historia de las personalidades y la obra misma aparece como documento autobiográfico.

Correlativamente pasan a ocupar el primer plano de la consideración unos géneros artísticos en los cuales aparece especialmente evidente la producción individual; y, sea cual sea el sentido a que hablen, todos esos géneros son sumergidos cada vez más en un elemento específicamente literario, en una especie de ingeniosa movilidad que se halla más emparentada con el temperamento que con el carácter. Esto explica por qué pasa necesariamente a un segundo plano la escultura, la cual es la que opone la resistencia más enconada al móvil trabajo del espíritu. En la escultura es tan fuerte lo obvio, es tan fuerte la lógica de la materia, que ningún medio espiritual, de índole perspectivista por ejemplo, logra disimular una debilidad de la sustancia; esa debilidad se vuelve enseguida visible aun a los ojos más ingenuos con una claridad insobornable. Lo mismo ocurre con la arquitectura, la cual de ordinario apenas suele ser ya contada entre los géneros artísticos, aunque en ciertos tiempos, tal aquellos en que se construían las catedrales, aparecía como la señora y madre de todas las demás artes y era ella la que les asignaba su posición. Ciertamente la escultura y la arquitectura están fuera de lugar en medio de una sociedad compuesta de individuos; entre las artes plásticas ellas mantienen, antes bien, una relación precisa e íntima con el Estado, la misma que mantiene con él, entre las artes de la palabra, el drama.

En la misma proporción en que el individuo artista va ganando soberanía, es decir, en que va convirtiéndose en portador de la realidad, en esa misma proporción va reduciéndose con una seguridad matemática el espacio a partir del cual puede desplegarse la productividad y experimenta así una confirmación objetiva. A medida que va desapareciendo el dominio sobre el espacio, se hace necesario que se intensifique el movimiento.

¡Cuántas aceleraciones, desde los mágicos paseos que la recién despertada conciencia dio por los círculos del infierno y del paraíso hasta la «velocidad moderada» que conduce del cielo al infierno pasando por el mundo! Pero nosotros hemos asistido al naufragio del «barco ebrio» que va corriendo a lo largo de «la luz de una cadena de soles» como a lo largo de un muro. Nosotros hemos hecho la experiencia de que la libertad por sí sola no es suficiente y de que el secreto que la velocidad encierra es la an-

gustia. Nosotros hemos visto al arte hacer unos movimientos que se parecen a los que hace el oso que es forzado a danzar sobre planchas candentes — en una palabra, nosotros hemos asistido tanto al ocaso del individuo como al ocaso de sus valores heredados, y ello no sólo en los campos de batalla, no sólo en la política, sino también en el arte. La infinitud que parecía estar a disposición del individuo es de naturaleza caleidoscópica. Nosotros sabemos que la herencia ha sido gastada, y que se ha vuelto absurdo no sólo todo intento de empalmar con ella, sino también todo regreso a ella.

Pero tal saber es inútil si no se sacan de él las consecuencias. En vez de combinar por milésima vez los viejos tropos, en una actividad atomizada y de un modo que necesariamente es cada vez más débil, lo que hace falta ver es si un espacio nuevo no encierra en sí unas fuerzas y unos recursos de otra índole. Nada parece más normal que eso, pues en ningún sitio, ni en el mundo mecánico ni en el mundo orgánico, ni en la Naturaleza ni en la historia, observamos ninguna fuerza que se reduzca a polvo sin que llegue otra a relevarla.

Tal espacio está ahí presente, en efecto; viene determinado por la figura del trabajador. Esa figura es de igual alcurnia que todos los grandes fenónemos — lo que remite al ser humano a ella es la circunstancia de que esa figura está a punto de hacer su entrada en la historia. Prescindiendo de que de ella cabe aguardar testimonios de igual alcurnia que todas las grandes producciones históricas, no existe ningún otro espacio, salvo el suyo, al cual podamos asociar una esperanza. Esto, que rige para todas las producciones, rige también para el arte. El arte es uno de los modos de concebir la figura como un gran principio creador. La circunstancia de que tal cosa no sea posible con los medios del esteticismo individualista de hoy no es motivo para perder la esperanza, sino, por el contrario, para prestar atención.

62

Es evidente que es en estrecha conexión con el trabajo como hemos de buscar un arte que haya de ser la representación de la figura del trabajador. Aquí, por tanto, la actividad y el ocio, la vida seria y la vida alegre, lo cotidiano y lo festivo no pueden ser antítesis; o, si lo son, se trata de antítesis de segundo rango, que quedan cubiertas como por una bóveda por un sentimiento unitario de la vida. Ciertamente esto presupone llevar la palabra «tra-

bajo» a la esfera más alta de todas, en la cual no contradice ni a las valoraciones del héroe ni a las valoraciones del creyente. La tarea que nuestra investigación se ha propuesto es demostrar que eso es posible y que, con ello, la significación del trabajador rebasa en grandísima medida la significación de una magnitud económica o social.

La cuestión que ahora se suscita es la de cómo hemos de imaginarnos el tránsito a unas producciones creadoras válidas que estén a la altura de todos los criterios tradicionales. La respuesta es la siguiente: todavía no ha llegado el instante decisivo, si bien cabe divisar ya, aun cuando se renuncie a hacer profecías, algunas líneas directrices. Lo primero que hay que decir es que, gracias por un lado a la disolución del individuo y sus valores y gracias por otro lado a la irrupción de la técnica tanto en el espacio tradicional como en el espacio romántico, los presupuestos destructivos existen en abundancia y continúan completando día tras día una nivelación que puede parecer horrible únicamente a una conciencia que ve en ella su final.

Además de eso, hemos penetrado en un paisaje de talleres que exige sacrificio y modestia a la generación que está consumiéndose en él. Es menester darse cuenta, por tanto, de que en las formas que aquí aparecen no puede habitar una medida fija y quieta, y no puede hacerlo porque aún sigue trabajándose en la creación de los medios e instrumentos, pero no en la creación de las formas. Estamos en pleno combate y hemos de ocuparnos de tomar medidas orientadas hacia el dominio, lo que quiere decir: hacia la creación de un orden jerárquico cuyas leyes aún están por desarrollar. Esta situación presupone una actuación sencilla y limitada durante la cual el valor de los medios se mide exactamente por la manera en que son apropiados para el combate, tomada esta palabra en su más amplio sentido.

El decurso de este proceso requiere, a medida que va creciendo la perfección de los medios, una fusión cada vez más estrecha de las fuerzas orgánicas y de las fuerzas mecánicas — una fusión a la que hemos calificado de «construcción orgánica». Esa fusión da unos perfiles nuevos al modo de vivir de las personas singulares y determina asimismo la especie de variación en que se hallan inmersos los Estados. En la situación actual esa fusión se halla recubierta todavía de unas resistencias que ella misma ha de eliminar y que provienen de la circunstancia de que la persona singular continúa concibiéndose a sí misma como individuo y el Estado continúa concibiéndose a sí mismo como Estado nacional formado de conformidad con el modelo del individuo. Sin embar-

po, en la medida en que la persona singular es un trabajador y se mueve dentro de magnitudes de trabajo, no puede decirse que se dé una antítesis entre ella y sus medios. Aquí se vuelven legítimos los medios revolucionarios; y una de las características de los órdenes nuevos es que se consigue ponerlos en servicio de manera unívoca. Esto, claro está, presupone modificaciones tanto del ser humano como de los medios, modificaciones que ya hemos considerado detenidamente y que aún siguen produciéndose sin interrupción. La fuente común de todas esas modificaciones es la figura del trabajador.

Uno de los signos del ingreso en la construcción orgánica es el hecho de que, a la vez que se derrumban los órdenes viejos, comienza a abrirse tanto la posibilidad como la necesidad de unos planes amplísimos. La concepción y ejecución de tales planes es la nota propia del período en que estamos a punto de entrar. Aún se hallan limitados esos planes al marco de los viejos Estados nacionales; sin embargo, ya cabe calificarlos de magnitudes de trabajo dentro de las cuales hay que crear los gérmenes de unos contextos más amplios. Aún se refieren esos planes al tráfico, a la economía, a los medios de producción, a la guerra, es decir, a cosas que están relacionadas con el equipamiento. Aquí se da ya, no obstante, un paso muy significativo; se hace patente una voluntad de configuración que intenta captar la vida en su totalidad y ponerla en forma. Bajo el velo de las ideologías más dispares las unidades de vida están preparándose para una ofensiva audaz, centralizada y a la vez amplísima; en su marco podrá volver a sentirse como lleno de sentido el ofrecer sacrificios y el exigirlos. En el transcurso de esas medidas, detrás de las cuales está la figura del trabajador, y que se refieren, aunque todavía de manera poco clara, a esa figura, se pondrá de manifiesto que el espacio que les corresponde posee una extensión planetaria. Una vez decidida la cuestión del dominio —y esa decisión está preparándose en múltiples dimensiones y en muchos lugares del mundo—, de lo que se trata es del modo en que cabe configurar ese espacio. No sabemos por qué vía empírica se producirá la solución, pues estamos en un sistema de competencia — pero la solución será un hacer efectiva la figura del trabajador, cualquiera que sea el modo en que se efectúe eso y quienquiera que sea el que lo efectúe.

En este contexto está apuntando ya la tarea natural que habrá de resolver un arte que sea la representación de la figura del trabajador. Esa tarea consiste en la configuración de un espacio bien delimitado, a saber, la Tierra, en el sentido del mismo poder vital

que está llamado a dominarlo. Los planes que se presentarán en el transcurso de ese proceso se distinguirán esencialmente de los planes que nos tienen ocupados a nosotros. Pues en el paisaje de talleres en que nos encontramos la planificación acontece en el marco de una movilización total orientada hacia el dominio, mientras que la configuración se refiere ya a ese dominio y es él el que la hace posible. La tarea de la movilización total es esa conversión de vida en energía que se revela en la economía, en la técnica, en el tráfico, en el chirriar de las ruedas, o que en el campo de batalla se revela como fuego y movimiento. La mencionada tarea se refiere, por tanto, a la potencia de la vida, mientras que la configuración da expresión al ser y, con ello, ha de servirse no de un lenguaje de movimiento, sino de un lenguaje de formas.

Es patente que a una voluntad que concibe como material elemental suyo el globo terráqueo no van a faltarle tareas. En ellas se evidenciará la estrecha conexión que se da entre el arte y la política en aquellos puntos donde la vida está en orden. Pues ese mismo poder que la política representa por el dominio, el arte lo revela por la configuración. El arte habrá de mostrar que la vida es concebida, bajo unos aspectos elevados, como totalidad. De ahí que el arte no sea una cosa aislada y separada, una cosa que posea validez en sí y por sí; al contrario, no hay ninguna área de la vida que no quepa considerar como material también del arte.

Esto se vuelve claro cuando se concibe la configuración del paisaje como la tarea más amplia que se le brinda a la voluntad artística. La configuración del paisaje y, en concreto, la configuración planificada del paisaje es uno de los testimonios de todos aquellos tiempos a los que les es dado un dominio indubitable e indiscutible. Los ejemplos más significativos los ofrecen los grandes paisajes sacrales, dedicados al culto de los dioses y de los muertos, que se extienden cerca de montañas o de ríos sagrados. Las leyendas que se nos han trasmitido acerca de la Atlántida, del Nilo y del Ganges, de las paredes rocosas del Tibet, de las islas Afortunadas del archipiélago, todas esas leyendas proporcionan al recuerdo unos criterios de la fuerza configuradora de que es capaz la vida. Antes de su destrucción la ciudad de México se parecía a una perla en un lago, con cuya orilla se hallaba radialmente enlazada por unos diques que estaban interrumpidos por aldeas. De aquellas orillas ascendía en forma de anfiteatro un prodigioso paisaje de jardines que llegaba hasta las fronteras del hielo. Igualmente prodigiosos eran los paisajes de parques en que fueron transformadas provincias enteras por los emperadores chinos. El último esfuerzo de esa índole, que casi es todavía de nuestros

días, es esa referencia del paisaje al personaje absoluto que se nos ha conservado en las residencias y en los jardines de recreo de los príncipes.

Al estudiar los relatos de los viajeros que pudieron ver en todo el esplendor de su vida Bagdad, los jardines moros de Granada, el Taj-Mahal, los castillos y lagos del Palermo de los Staufen o el paisaje de parques de Yuen con sus cincuenta palacios, topamos una y otra vez con ese sentimiento que ha hallado su expresión en las palabras *Vedere Napoli...* y que colma al ser humano de un placer casi doloroso cuando se enfrenta a realidades consumadas. Son los testimonios de una voluntad que desea crear paraísos terrenales. Tal voluntad opera a partir de una unidad profunda de todas las fuerzas técnicas, sociales y metafísicas y de igual modo reclama para sí todos los sentidos, de suerte que hasta el aire parece contener su irradiación. No hay aquí ninguna cosa aislada, nada que quepa contemplar en sí y por sí, no hay ninguna cosa que sea demasiado grande o demasiado pequeña como para no estar de servicio.

Quien posea un atisbo de esa unidad, de esa identidad del arte con una potencia vital suprema que llena completamente el espacio, no podrá dejar de ver la absurdidad de nuestra actividad museística, que es una visión abstracta de cuadros y monumentos.

63

Los grandes testimonios, las maravillas del mundo, los signos de que la Tierra es la morada de unos seres excelsos, son comparables entre sí únicamente en lo que respecta al rango, pero son incomparables en lo que respecta a su especificidad. Esto rige también para la edad del trabajador, igual que rige para todas las edades de rango. Si queremos formarnos una idea de las modificaciones específicas que cabe aguardar, lo primero que hemos de saber es que tales modificaciones están ya en plena marcha, aunque todavía se hallan necesitadas de un cambio de claves.

De hecho el paisaje de talleres que caracteriza a nuestro tiempo y al que suele calificarse generalmente de paisaje industrial ha ido recubriendo ya el globo terráqueo de una manera muy uniforme con sus edificios y sus instalaciones, sus ciudades y sus zonas industriales. No hay ya ninguna región que no se encuentre encadenada por carreteras y vías de ferrocarril, por cable y ondas de radio, por líneas aéreas y marítimas. Resulta cada vez más difícil decidir en qué país o incluso en qué continente han surgido las

imágenes que han quedado fijadas por el objetivo de la cámara fotográfica. No puede dudarse de que en su primera fase, que acaba de clausurarse, esa modificación posee también en este aspecto un carácter destructivo ni de que hace saltar por los aires la especificidad de los paisajes naturales y culturales y los llena de cuerpos extraños; se nos han trasmitido numerosas declaraciones por las que se ve que la conciencia responsable considera con preocupación tales cosas en el comienzo mismo del proceso. Aquí, en la estampa del paisaje, volvemos a encontrar la misma disolución que cabe observar, por lo que respecta a la comunidad humana, en los estamentos y, más tarde, en las formas de la sociedad burguesa; pero nosotros sabemos que las destrucciones de esa índole son demasiado profundas y demasiado fundadas como para que resulte posible ponerles cortapisas, y que sin haber pasado por esa destrucción no cabe avanzar hacia unas armonías nuevas.

Están multiplicándose, no obstante, los signos de que comienza ya a quedar detenida esa irrupción primera, de efectos revolucionarios. Precisamente estos años de ahora se señalan por una extraña simultaneidad del desmoronamiento del paisaje técnico y de la reordenación de ese paisaje. Son múltiples las causas de este proceso. La más importante es sin duda que el proceso de industrialización y tecnificación tuvo como su primer órgano ejecutivo al individuo burgués y que la primera organización de tal proceso se efectuó en el *medium* del concepto burgués de libertad.

Tal cosa tenía que dejar grabadas también en la estampa del paisaje esas huellas de anarquía que en todas partes van asociadas al mencionado concepto de libertad. La indiscriminada lucha competitiva por apoderarse de los territorios abundantes en riquezas naturales y el hacinamiento de los individuos para formar en las grandes ciudades una sociedad atomizada hicieron surgir en un tiempo increíblemente corto una modificación cuyas repercusiones llegan hasta la contaminación de la atmósfera y el envenenamiento de los ríos. Era ineludible que ese proceso llevase a la gente al conocimiento de que la existencia económica aislada y el pensamiento abstracto que piensa en valores y teorías económicos no son a la postre capaces ni siquiera de mantener en pie las jerarquías económicas. La ilustración intuitiva de ese conocimiento son las ruinas de las instalaciones en todos los países del mundo, ruinas que lo que hacen ver no es por acaso las consecuencias de una crisis pasajera, sino el final de un período de la historia del espíritu.

El hecho de que los grandes procesos continúen desarrollán-

dose, sin embargo, es una prueba de que aquí se trata de un fenómeno que rebasa el mundo burgués y sus valoraciones. El número de las catástrofes grandes y pequeñas anuncia claramente que la esfera privada no es ya capaz de hacer frente a las tareas que ella reclamó para sí. Esto llevará necesariamente a tomar medidas que no es posible armonizar con el viejo concepto de libertad; aquí no podemos tratar por lo menudo esas medidas. Así, la concesión de subvenciones comporta necesariamente intervenciones en la economía y en el modo de conducir la lucha de la competencia; y así, entre las consecuencias naturales de los auxilios a los parados se encuentran graves limitaciones de los derechos fundamentales del individuo, tales como el libre uso del despido y la libre circulación.

De hecho estamos viviendo algo que en apariencia se debe a una serie de concatenaciones forzosas y que es una confiscación cada vez mayor del individuo y de sus formas sociales por el Estado. Por el momento esa confiscación la efectúa tan sólo el Estado nacional formado de conformidad con el modelo del individuo, pero con esto estamos asistiendo a una decisiva lucha por el poder cuyas consecuencias es imposible predecir. Por cierto que este progreso de la puesta en servicio de grandes áreas independientes es tanto más asombroso cuanto que se efectúa a partir de una pura lógica de las cosas — eso resulta especialmente claro es los Estados en los que todavía se halla al timón una capa dirigente liberal relativamente intacta. Una similar lógica de las cosas comporta que puedan estallar guerras en una situación en la que todo el mundo es pacifista. Son ejemplos de una revolución *sans phrase,* cuya intervención sustancial va derechamente al blanco, aunque tenga que atravesar una red de reservas individuales.

Lo que para nosotros tiene importancia en este contexto y en este lugar es el papel de supremo maestro de obras que está empezando a corresponder cada vez más claramente al Estado. Ese papel es uno de los presupuestos de una configuración completa del paisaje, que resulta impensable sin dominio. Ya hoy observamos cómo va borrándose en muchos lugares y por variados motivos la distinción entre la actividad constructiva privada y la actividad constructiva pública. Así, la construcción de viviendas y el sistema de urbanización se han convertido en tareas propias de la programación estatal; así, la colocación de la industria al servicio de la movilización total presupone una distribución, selección y ordenación autoritarias de las instalaciones y de los empalmes entre ellas; y así, también la protección de los paisajes naturales y culturales y su administración museística son medidas que sólo pueden tomarse dentro de un marco amplísimo.

Las variadísimas necesidades exigen de manera cada vez más apremiante unas soluciones de naturaleza total; de ellas es capaz únicamente el Estado, y en concreto, como veremos, un Estado de una índole muy especial. Lo que en todo caso cabe aguardar es que muy pronto habrá pasado a la historia esa estampa de anarquía individual y social que en su primera fase ofrece el paisaje de talleres, esa estampa en que la competencia, el lucro a cualquier precio y el desordenado asentamiento de las masas urbanas recubren la Tierra con su lepra.

Hemos de tener claro, sin embargo, que la fase siguiente, la fase de la concepción y ejecución de los grandes planes, continúa poseyendo igualmente un carácter de taller; y que, si bien es capaz sin duda de preparar formas definitivas, no es capaz de producirlas. Pero lo que de esa fase es lícito aguardar es una dominación audaz y segura del elemento constructivo. De hecho ya hoy podemos observar que aquí están efectuándose modificaciones importantes. Contemplando, por ejemplo, fotografías aéreas estamos en condiciones de decidir en qué sitios está comenzando a inscribir sus líneas en el paisaje una voluntad nueva y diferente. No es posible dejar de ver aquí un alto grado de frialdad, de matemática, de precisión. En correspondencia con ese proceso se halla la creciente perfección de los medios — así, es evidente que la electricidad mantiene una relación más estrecha con ese proceso, y por tanto también con el Estado, que la fuerza del vapor.

El marco del Estado nacional y el empleo de medios esencialmente dinámicos implican limitaciones dentro de las cuales las formas han de ser captadas como embriones, como armazones u osamentas. Tales limitaciones son necesarias por cuanto las formas se orientan hacia el dominio y, por tanto, ofrecen un carácter de armamento, pero no son todavía la expresión del dominio. Ya en esta fase se deja ver, no obstante, que bajo el influjo de la figura está efectuándose no una modificación parcial, sino una modificación total.

Tal cosa se hace patente, por mencionar un ejemplo, al contemplar el urbanismo, una de las áreas más significativas de la configuración del paisaje. La incipiente disolución de las grandes masas del siglo XIX permite prever que tampoco a sus moradas, a las grandes ciudades, les es dado un crecimiento sin límites en la dirección que hasta ahora habían seguido. Está apuntando ya, antes bien, un tipo nuevo de urbanizaciones; en él halla su expresión un sentimiento del espacio para el cual ha perdido importancia la distinción entre la ciudad y el campo, del mismo modo que

para la estrategia moderna y sus medios ha ido perdiendo significado cada vez más la distinción entre terrenos de combate.

Si un investigador futuro estudiase este proceso, se enfrentaría a una muchedumbre de motivos. En una consideración técnica de las cosas, acaso el resultado a que ese historiador llegaría sería que los medios de transporte y de información tenían aquí un gran alcance; en una consideración higiénica, que se sentía una creciente necesidad de sol y de aire; y en una consideracion estratégica, que había un propósito de sustraer las instalaciones centralizadas y los hacinamientos de población a los efectos concentrados de las armas de largo alcance. Pero, vistas las cosas en conjunto, todos estos pormenores son únicamente los entretejimientos causales de un proceso vital completo, o, dicho con nuestra terminología, son caracteres especiales de trabajo cuyo mutuo entrelazamiento «concuerda» porque tras ellos hay un carácter total de trabajo. Cuanto más se refiera a ese todo la voluntad de configuración, es decir, cuanto más aparezca el tipo en su posibilidad más alta —o sea: directamente responsable del carácter total de trabajo—, tanto más unitarias serán las fisonomías que surgirán.

En estrecha conexión con esto se halla el paso de la pura construcción a la construcción orgánica, el paso de la planificación dinámico-espiritual a la forma quieta, en la cual la figura se revela más poderosamente que en todos los movimientos. La construcción orgánica no será posible hasta que el ser humano no aparezca en una unidad muy grande con sus medios y hasta que no haya quedado corregida la torturadora discordancia que hace que el hombre sienta hoy como revolucionarios esos medios, por razones que ya hemos investigado. Sólo entonces se solventará la tensión entre la Naturaleza y la civilización, entre el mundo orgánico y el mundo mecánico, y sólo entonces podrá hablarse de una configuración definitiva, de una configuración específica y de igual alcurnia que todos los criterios históricos.

El espacio natural al que se refieren el dominio y la figura del trabajador posee una dimensión planetaria. Es el globo terráqueo, el cual es concebido como unidad por un sentimiento terrenal nuevo que ahora empieza a germinar — un sentimiento terrenal que posee audacia bastante para abordar grandes construcciones y profundidad suficiente para abarcar sus propias tensiones orgánicas. La ofensiva ya ha comenzado; y aunque todavía están discurriendo sus fases revolucionarias, tampoco aquí es posible dejar de ver su disposición planetaria. Revolucionaria del mundo es la técnica en cuanto medio con que la figura del trabajador

moviliza el mundo; revolucionario del mundo es el tipo, en el que esa misma figura se crea una raza dominadora. La disposición secreta de los medios, de las armas, de las ciencias se orienta a dominar el espacio de un polo al otro y las confrontaciones entre las grandes unidades de vida aspiran a tener un carácter de guerra mundial.

No hay ningún espacio, ninguna vida, que pueda sustraerse a este proceso; es un proceso que lleva en sí desde hace tiempo el sello de una migración de pueblos bárbaros, con todas las múltiples formas que le son propias: colonización, poblamiento de continentes, exploración de desiertos y selvas vírgenes, exterminio de poblaciones aborígenes, aniquilación de las leyes de vida y de los cultos, destrucción indisimulada o encubierta de capas sociales o nacionales, acción revolucionaria y bélica. Terribles son en este espacio los sacrificios y grande es la responsabilidad. Pero da igual quién sea el que triunfe y quién el que sucumba: tanto el fracaso como el triunfo anuncian el dominio del trabajador. Los conflictos son multívocos, pero el planteamiento de los problemas es unívoco. La violencia caótica de la insurrección contiene ya en sí la severa norma de una legitimidad futura.

La faz del mundo lleva impresa las huellas de la revolución, está devastada por los incendios y por las querellas de los intereses. Hace ya mucho tiempo que no se conoce la unidad de un dominio que se sienta obligado con las realidades supremas — hace ya mucho tiempo que no se conoce la espada del poder y de la justicia, que es la única que garantiza la paz de las aldeas, el esplendor de los palacios, la concordia de los pueblos. Y, sin embargo, ese anhelo está de alguna manera vivo en todas partes: en los sueños de los cosmopolitas, en la doctrina del superhombre, en la creencia en la fuerza mágica de la economía y también en la muerte hacia la que se lanza en el campo de batalla el soldado.

Sólo desde esa unidad resultan posibles unas configuraciones y unos símbolos en los cuales el sacrificio alcanza plenitud y se legitima; sólo desde esa unidad resultan posibles unas parábolas de lo eterno manifiestas en la ley armoniosa de los espacios y en unos monumentos capaces de hacer frente a las embestidas del tiempo.

64

Una de las características de todo *imperium,* de todo dominio indiscutible e indubitable que llegue hasta los confines del mundo conocido, es la configuración unitaria del espacio. Es ésta cierta-

mente una comprobación de naturaleza dimensional, pero es importante por cuanto es preciso dirigir la mirada hacia el todo.

El arte no es una cosa especial, no es algo que pueda ser expuesto en las partes y reconstruido luego en áreas singulares. En cuanto expresión de un sentimiento vital poderoso, el arte se asemeja al lenguaje que hablamos sin ser conscientes de su hondura. Con lo maravilloso o bien topamos en todas partes o bien no topamos en ninguna. Lo maravilloso es, dicho en otros términos, un atributo de la figura.

Para el observador que ve ya implícitas en nuestro tiempo las condiciones de un dominio grande y, con ello, la posibilidad de la configuración real y efectiva, la cuestión que se suscita es la cuestión de los portadores, la cuestión de los medios y leyes, en suma, la cuestión de la especificidad, de la firma en que se reconoce el espíritu de una época.

A una sensibilidad educada en la visión de la producción individual y de su carácter único se le hace difícil representarse al tipo en una zona en la cual la fuerza creativa domeña a la conciencia. Su estrecha relación con los números, la rígida univocidad de su actitud vital y de sus instalaciones parecen alejar mucho el mundo del tipo de aquel otro mundo de las Musas donde el ser humano es partícipe de «la más alta nobleza de la Naturaleza». El modelado metálico de su fisonomía, su predilección por las estructuras matemáticas, su falta de diferenciación anímica y, en fin, su salud corresponden muy poco a esas nociones que la gente se ha formado de los portadores de la fuerza creativa. Lo típico es considerado como la forma propia de lo civilizado, forma que es diferente tanto de las formas de la Naturaleza cuanto de las formas de la cultura, y que lo es por su característica de «no-valiosidad», de falta de valor.

Estas son valoraciones de uso corriente en la crítica que se hace a nuestro tiempo, dentro de una relación polar entre la masa y la individualidad. Pero nosotros hemos visto que la masa y la individualidad son las dos caras de una y la misma moneda; y ninguna crítica sacará de esa relación más de lo que en ella está contenido. En especial esas valoraciones no afectan de ninguna manera al tipo, pues en los sitios donde éste aparece como comunidad su forma no es la forma de la masa, y en aquellos sitios donde aparece como persona singular su forma no es la forma del individuo.

La renuncia a la individualidad se le presenta como un proceso de empobrecimiento únicamente al individuo, el cual ve en tal renuncia su muerte. Para el tipo, en cambio, esa renuncia signifi-

ca la llave para entrar en un mundo diferente, que no está sometido a una crítica guiada por criterios tradicionales. Por cierto que es un error el pensar que lo típico es inferior en rango al individuo. Quien quiera establecer parangones encontrará por todas partes confirmaciones de lo contrario, tanto si profundiza en el paisaje natural como si lo hace en el paisaje cultural.

Sin perdernos en pormenores que aquí estarían fuera de lugar, podemos asegurar que, en aquellos sitios donde la Naturaleza da figura a algo, pone un cuidado incomparablemente mayor en presentar y conservar las formas típicas que en diferenciar a los representantes singulares de esas formas. Nada de lo que la criatura singular hace y goza en su vida le viene en razón de su equipamiento individual único, sino que le viene en razón del modelado *típico que le es transmitido.*

En la enorme multiplicidad de formas que animan el mundo rige una ley estricta que intenta salvaguardar la impronta rigurosa y la constancia inviolable de cada una de esas formas; su regla fija es mucho más prodigiosa que aquellas excepciones en que ha parado mientes la atención, y no sin motivo, como enseguida veremos.

No hay nada más regular que la posición de los ejes de los cristales o que las proporciones arquitectónicas de esas pequeñas obras de arte compuestas de materia calcárea, córnea o silícea que pueblan el fondo de los mares, y no sin razón se ha intentado hacer del diámetro de las celdillas de los panales de las abejas el patrón de una unidad de longitud. Incluso en aquellos sitios donde contemplamos al ser humano como un fenómeno natural, incluso en aquellos sitios donde lo consideramos como raza, causa asombro el alto grado de uniformidad, de inevitabilidad, que en él hay y que se acusa tanto en su exterior cuanto en sus pensamientos y acciones.

Este modo de considerar las cosas se halla ciertamente en contradicción con aquella concepción, viva todavía hoy, que se afana en ir a buscar la fuerza configuradora de la Naturaleza no en sus imágenes sólidas y fijas, sino precisamente en sus oscilaciones, variaciones y desviaciones.

Pero aquí está de más el entrar a hablar de tal asunto, pues la mencionada concepción, que lo que hace es supeditar las formas a unos principios dinámicos, pertenece a la historia del individuo: en ella se hace patente el modo y manera en que el individuo se ve confirmado a sí mismo en la Naturaleza y ve también confirmado en ella su concepto de libertad. Esa concepción corresponde a la doctrina de la competencia en la economía, a la doc-

trina del progreso en la historia y a la doctrina de la soberanía del individuo creador. En la doctrina de la selección natural la ciencia de la Naturaleza sigue las huellas del descubrimiento por la novela burguesa de la relación amorosa individual.

Dentro de la jerarquía individualista esas perspectivas poseen una validez irrefutable — pero cuando se abandona su punto de vista pierden toda significación. En esa supeditación de las criaturas naturales a un concepto mecánico de evolución topamos con la misma degradación monstruosa que en el espacio histórico le causa al ser humano la adjudicación de un concepto abstracto de libertad. En este sistema la vida aparece en todas partes como un fin y un propósito y en ningún sitio aparece como la quieta expresión de sí misma. Y, sin embargo, basta echar un vistazo a una piedra cualquiera, a un animal cualquiera, a una planta cualquiera, basta mirarlos con ese amor que el anatomista no conoce, para captar que en cada una de esas criaturas habita un acabamiento insuperable.

Vislumbramos aquí el motivo de los ingentes esfuerzos que la Naturaleza hace para salvaguardar las formas en sus medidas y leyes propias y vislumbramos también su repugnancia frente a las mezcolanzas e irregularidades de toda índole. Quien tiene alguna vez la suerte de encontrarse con una gran comitiva de animales asiste a un poderosa demostración de la voluntad de confirmar una determinada imagen miriadas de veces en el «ejemplar», en el portador de las características. Por doquier nos encontramos en la Naturaleza con una relación entre el sello y la impronta que es de un orden superior al de la relación entre la causa y el efecto, de igual manera que, por ejemplo, el carácter «astronómico» de un ser humano es muchísimo más significativo que su cualidad puramente moral.

El mencionado orden jerárquico se revela en lo siguiente: la causa y el efecto sólo son concebibles en las formas que ya tienen impronta, en cambio esas formas subsisten en sí y por sí, cualquiera que sea la explicación que se les dé y cualquiera que sea la perspectiva desde la que quiera contemplárselas. No cabe duda de que aquella intuición —la intuición de que todas las formas deben su origen a un acto especial de creación—* por encima de la cual creyó remontarse la arrogancia propia de las ciencias de la Naturaleza se adecua mucho más a la realidad que no la teoría mecánica de la evolución, la cual ha estado desbancando durante

* Por cierto que detrás de la doctrina de las mutaciones se esconde el redescubrimiento del milagro por la ciencia moderna.

un siglo el saber acerca de la «evolución viviente», un saber que entendía por evolución la proyección de imágenes primordiales en el espacio accesible a la percepción.

65

Es evidente que no puede establecerse una antítesis entre el tipo y sus leyes de conformación, por un lado, y el paisaje natural, por otro; y lo mismo ocurre con respecto al paisaje cultural.

Ciertamente es preciso ver lo mucho que las nociones propias del individuo han influido en el concepto de cultura. Ese concepto está empapado del sudor del esfuerzo individual, del sentimiento de la vivencia única, de la significación de la autoría. Es en el límite entre la «Idea» y la «Materia» donde acontece la producción creadora, que en luchas titánicas consigue arrancar a la materia las formas y produce imágenes únicas, irreproducibles. La producción creadora se efectúa en un espacio especial, extraordinario, bien en las elevadas regiones del idealismo, bien en el romántico alejamiento de lo cotidiano, bien en las zonas cerradas de una actividad abstracta y esteticista.*

Correlativamente el portador de la producción creadora aparece en posesión de unas capacidades únicas, extraordinarias, a menudo anormales en el sentido patológico, las cuales le otorgan un rango inmediato. Este rango es cada vez más alto a medida que la masa va ganando significación. Eso se halla relacionado con el hecho de que los dos polos del mundo individual, el polo de la masa y el polo del individuo, se corresponden; no puede ocurrir en uno de ellos nada que no posea significación también para el otro. Cuanto más crece la masa, tanto mayor es el hambre que se siente de la gran persona singular, por cuya existencia se ve corroborada también en su existencia la partícula de la masa.

Esa necesidad que se siente ha acabado llevando a un fenómeno extraño, del que estamos siendo testigos nosotros: ha llevado al invento del genio artificial, al cual le toca en suerte la tarea de representar, apoyado por los medios de la publicidad, el papel de la persona singular significativa; eso es lo que ocurre ahora en Alemania, de conformidad con los modelos de Potsdam y de Weimar. También a esos modelos se les consagra un culto especial, cuyo sentido cabe calificar de instalación del personaje en la pers-

* La cual puede cultivar también, por ejemplo, el «arte del pueblo».

pectiva individual. Esto es lo que explica el éxito sorprendente que ha encontrado una literatura biográfica de nuestros días, la cual en el fondo se ocupa en demostrar que no hay héroes, sino únicamente seres humanos, es decir, individuos. Aquí se hace patente la misma mezcla desagradable de exageración desmesurada y de familiaridad desmesurada, la misma falta de distancia que es peculiar de la actividad museística en general.

Frente a eso es preciso hacer constar que en el paisaje cultural real y efectivo la vida y la configuración están ligadas demasiado íntimamente como para que sea posible sentir como única, extraordinaria o prodigiosa la posesión de la fuerza creadora, entendida en este sentido. Aquí lo maravilloso se encuentra en todas partes y lo extraordinario forma parte de lo ordinario. De ahí que no exista tampoco un «sentimiento de la cultura» en el sentido que se ha vuelto usual entre nosotros.

Así como el sentimiento moderno de la Naturaleza es una característica de la discordancia entre el ser humano y la Naturaleza, así también en el sentimiento de la cultura se transparenta el alejamiento entre el ser humano y la producción creadora — un alejamiento que tiene su expresión en la distancia entre el visitante de un museo y los objetos allí expuestos. A nosotros se nos ha vuelto muy extraño el pensamiento de que hay unas medidas cuyo surgimiento acontece sin esfuerzo porque todos los movimientos son ya expresión y representación de la medida — y, análogamente, hay una conformación que extrae del suelo las formaciones como si fueran plantas o que las compone de acuerdo con las leyes de los cristales.

Pues nada es más comprensible por sí mismo, nada es más regular, nada es —desde el punto de vista individual— más uniforme que los paisajes de tumbas o de templos en los que unas proporciones sencillas y constantes, unos monumentos, unos órdenes de columnas, unos símbolos se repiten con una monotonía solemne y mediante los que la vida se rodea a sí misma de unas imágenes precisas y unívocas. Las situaciones de esa índole son de una cerrada unidad y de una densidad tales que acaso lo que mejor pueda darnos todavía la noción de ellas sea el poema sacro.

En la persona singular se repite la falta de especificidad en el sentido individual, falta que es lo que caracteriza la configuración del paisaje. Los rostros de las estatuas griegas se sustraen a la fisiognómica de igual manera que el drama de la Antigüedad se sustrae a la motivación psicológica; una comparación con la estatuaria gótica, por ejemplo, aclara bien la diferencia entre el alma y la figura. Es un mundo diferente aquél en el que los acto-

res de teatro aparecen con máscaras y los dioses, con cabezas de animales, y en el que una de las características de la fuerza conformadora es petrificar los símbolos en una repetición infinita que tiene semejanzas con los procesos propios de la Naturaleza; eso es lo que ocurre con la hoja de acanto, con el falo, con el lingam, con el escarabajo, con la cobra, con el disco solar, con el Buda en reposo. En un mundo como ése el extraño a él siente no admiración, sino miedo, y ni siquiera hoy puede uno, sin sentir pavor, enfrentarse a la visión nocturna de la Gran Pirámide o a la visión del solitario templo de Segesta bajo el resplandor solar de Sicilia.

De un mundo como ése, compacto y cerrado cual un anillo mágico, está visiblemente cerca también aquel tipo que es representante de la figura del trabajador; y está tanto más cerca de él cuanto más claramente aparezca como tipo la persona singular. Desde luego las formaciones de las cuales se presenta como portador el tipo no tienen nada en común con el concepto tradicional de cultura, pero sí habita en ellas la incomparable unidad que delata que aquí está trabajando algo más que la conciencia. Esa condición cerrada hace que los movimientos se efectúen con una forzosidad cada vez mayor, bajo la influencia de una lógica cruel. Tales formaciones se caracterizan además por el hecho de que precisamente las modificaciones esenciales son las más difíciles de captar, justo porque se producen en lo obvio. Y, sin embargo, el gran combate se libra por cada una y en cada una de las personas singulares; es una lucha que se refleja en todos los problemas que las agitan.

Así, pues, el tipo puede ser muy bien el portador de una producción creadora. El rango absolutamente diferente de esa producción consiste en que ella no tiene nada que ver con las valoraciones individuales. En la renuncia a la individualidad está la llave que permite acceder a unos espacios cuyo conocimiento hace ya mucho tiempo que se ha perdido.

Toquemos aquí otra vez de pasada la posibilidad de un error que de todas maneras, tras las consideraciones precedentes, casi no es de temer. Aquí no se trata de una contraposición valorativa entre la persona singular y esa comunidad que hoy en la dialéctica conservadora, por ejemplo, aparece como comunidad del pueblo o como comunidad de la obra o como comunidad de la cultura, o que en la dialéctica social aparece como el colectivo. La contraposición esencial no es: persona singular o comunidad, sino que es: tipo o individuo.

El tipo es representante de una humanidad diferente, dentro de cuyo ámbito de jurisdicción se modifica también la tensión necesaria que en todos los tiempos se da entre la persona singular

y la comunidad. La modificación tanto del ser humano como de sus comunidades es, empero, únicamente una expresión del hecho, perteneciente a un orden superior, de que el mundo de la figura viene a relevar a un mundo donde dominan los conceptos universales. A partir de aquí, y no acaso por la comunidad, es como queda garantizada la unidad de la configuración de la cual aparece como portador el tipo.

66

Entre otros razonamientos extraños que nuestro tiempo ha producido figura la opinión que dice que sin duda sería posible una producción original si los medios específicos de este tiempo no le pusieran obstáculos. Tal opinión representa una variedad especial del retorno a la Naturaleza y es notable que no se recurra a ella con más frecuencia, dado que se le ofrece en cada segundo a la persona singular, con tal que renuncie a discutirla a la luz de una bombilla eléctrica o a proclamarla con la ayuda de las rotativas.

Ocurre, empero, que así como los santos del desierto convencen por su mera existencia, tal cosa no la consigue una desagradable superioridad sobre el tiempo que se asemeja a la superioridad de aquellos generales que habrían ganado todas y cada una de las batallas a condición de que en ellas se hubieran empleado fusiles de mecha.

Los medios propios del tiempo no son obstáculos, sino piedras de toque de la fuerza; y la extensión del dominio se señala por el grado en que logra poner en acción de manera unitaria los medios. Tal puesta en acción no cabe aguardarla de aquellos puntos donde aún perdura el sentimiento de una antítesis decisiva entre el mundo mecánico y el mundo orgánico, antítesis en la cual hay que ver la última y superficial versión de la vieja antítesis entre el alma y el cuerpo. El mencionado sentimiento no es otra cosa que una expresión de debilidad y de desconcierto frente al ataque extraordinariamente coherente efectuado por una legalidad que desde luego es diferente, pero que en modo alguno es puramente mecánica, y que tanto el individuo como también la masa han de sentir como carente de sentido. Ni el individuo ni tampoco la masa están capacitados para una dominación adecuada de los medios; ese dominio le corresponde, antes bien, a una vida que tiene su representante en el tipo y en las comunidades del tipo. Ese dominio es uno de los signos característicos de que el ser humano se halla a la altura de las exigencias de su espacio y

de su tiempo y se efectúa en la construcción orgánica, esto es, en la fusión estrecha y sin contradicciones de la vida con los medios que están a su disposición.

Es indiscutible que los medios rehúsan dar su ayuda en todos aquellos puntos donde lo que aparece son producciones que tienen carácter individual y pueden ser juzgadas con valoraciones museísticas. Pero da que pensar el hecho de que no se efectúen tales producciones, no obstante que el ser humano disponga siempre y también ahora del instrumento de los instrumentos, es decir, de la mano. El motivo es que las producciones de esa índole no se adecuan a las situaciones en las que estamos entrando y que la mano, como todo instrumento en general, rehúsa prestar servicio en aquellos sitios donde pretende empleársela para trazar líneas que han perdido su significado. En nuestro tiempo se dilapida un esfuerzo enorme en producir cosas que el esfuerzo por sí solo no puede producir. Correlativamente nos encontramos con la inadmisible pretensión de ver ya una producción en el puro esfuerzo, detrás del cual lo que a la postre hay es una voluntad de especificidad a cualquier precio.

De lo que nosotros hemos de percatarnos es, antes bien, de que las cosas están transcurriendo hoy en todas partes de un modo más específico que en el mundo individual. Además es preciso decir que conviene investigar a fondo qué es lo que se traen entre manos unos estetas que no es que sean partícipes de los viejos valores, sino que viven como parásitos en ellos — pues de tales estetas se trata aquí. Detrás de un quijotismo, aparentemente inofensivo, de oposición a los medios lo que hay es la voluntad de desviar al espíritu de aquel espacio más duro y más puro donde es preciso tomar las grandes decisiones.

De ahí que, en Alemania, a esos estetas los encontremos con absoluta seguridad asociados estrechamente con todos aquellos poderes que llevan escrito en su rostro, de manera encubierta o de manera indisimulada, el carácter de la traición. Por suerte en nuestros jóvenes tropezamos con una creciente sagacidad para percatarse de tales connivencias; y la gente está empezando a vislumbrar que en ese espacio el mero empleo del espíritu abstracto posee ya el rango de una actividad de traición a la patria. Una nueva especie de celo inquisitorial tiene el descaro de lamentarse de que hayan cesado las persecuciones de los herejes — pero téngase paciencia, tales persecuciones están ya preparándose y no habrá nada que les cierre el paso en el momento en que la gente haya reparado en que entre nosotros las circunstancias del delito de herejía se cumplen cuando se cree en el dualismo entre el mundo

y sus sistemas. Esa es la herejía universal que todavía se descubrirá en los sistemas hostiles más materialistas y más espiritualistas, la herejía en la que se reconoce sin excepción a todas aquellas fuerzas, muy diversas entre sí, cuyo secretísimo ideal, al que ha dado alas el desenlace de la guerra del 14, consiste en el hundimiento del *Reich*. De aquella discrepancia, la más alta de todas, entre el mundo y sus sistemas es de donde brotan todas las envenenadoras antítesis del poder y el derecho, la sangre y el espíritu, la idea y la materia, el amor y el sexo, el hombre y la Naturaleza, el cuerpo y el alma, el brazo secular y el brazo espiritual — antítesis que forman parte de un lenguaje que hemos necesariamente de ver como extranjero. De tales antítesis está alimentándose hoy, tras haber perdido su primera fuerza corrosiva, el inacabable diálogo dialéctico que termina en el nihilismo, ya que todas las cosas se convierten en una mera escapatoria.

Todas esas antítesis dejan de tener significado si se las confronta con la figura; a un pensamiento educado en ella se lo reconoce en que sabe ver los *universalia in re*. Es preciso saber, de todas maneras, que el ingreso en el mundo de la figura comporta una modificación en la vida como tal y no sólo en sus partes; y que, por ejemplo, la unidad del poder y el derecho no es una síntesis dialéctica, sino un proceso de naturaleza total. Lo mismo cabe decir de la relación que hay entre el ser humano y sus medios la falta de totalidad se acusa ya en el mero hecho de concebir como antitética, como hostil, esa relación. Esta distinción valorativa entre el mundo mecánico y el mundo orgánico es una de las características de la existencia debilitada, de una existencia que sucumbirá ante las embestidas de una vida que se siente fundida con sus medios con esa misma seguridad ingenua con que el animal se sirve de sus órganos. Pero esto es lo que acaece en el tipo, es decir, en esos hombres que son representantes de la figura del trabajador. También al tipo le resultan naturales los medios con que esa figura revoluciona el mundo; y una de sus acreditaciones es que él no es antitético de tales medios. De ahí que tampoco la presencia de ellos lo obstaculice en sus producciones, sean de la índole que sean.

Estas producciones se efectúan en un espacio cerrado que alberga en sí su propia legalidad, en un espacio en el que no cabe juzgar con criterios individuales la configuración, sea cual sea la forma como se presente. Y si hubiera de ponerse de manifiesto que el objetivo de esa configuración consiste en subdividir la superficie de la Tierra en hexágonos, cual un panal de abejas, o en recubrirla de termiteros — ninguna influencia podría ejercer en

ese proceso un juicio que procediese de un círculo vital diferente, de igual modo que ninguna influencia ejerce en un animal el hecho de que aparezca bello o feo a los ojos humanos. Cuanto más nítidamente se reconozca a sí mismo el tipo en su calidad de raza, tanto más imperturbable será en sus formaciones y tanto más cambiarán su sentido también los medios — o, mejor dicho, tanto más claramente emergerá de la confusión del paisaje de talleres el sentido de su disposición.

Lo que provisionalmente hay que decir es que los medios han invadido todas las áreas de la vida, causando en ellas tanto movilizaciones como destrucciones; han invadido también actividades antiquísimas, así la agricultura, los viajes por agua y por tierra y la guerra. Con ese mismo papel discordante se presentan los medios en la modificación de la estampa del paisaje, en la arquitectura y en la preparación de unos juegos cósmicos extraños y grandiosos cuyo verdadero sentido no se mostrará hasta que el papel del individuo, el cual es incapaz de expresar tal sentido, no haya llegado a su término, no haya quedado clausurado. Por el mero hecho de su existencia obligan tales medios a tenerlos en cuenta, es decir, son de un rango revolucionario supremo y a sus embestidas no son capaces de hacer frente, ni en los campos de batalla ni en la economía ni en lo que se refiere a la configuración, las formas peculiares de la masa y el individuo. Pero lo que importa no es sólo enfrentarse a los medios, sino servirse de ellos como de los instrumentos naturales que se dan para dominar y configurar el mundo. Tal capacidad es la demostración de que la vida está en relación con el único poder que hoy logra garantizar el dominio, a saber, la figura del trabajador.

Acaso debamos señalar una vez más que el rango revolucionario de los medios reside en su carácter de representación, pero no en la amplitud de su energía dinámica. No hay medios en sí; una mecánica carente de relaciones es uno de los prejuicios inventados por el pensar abstracto. La simultaneidad de unos medios determinados y unos hombres determinados no es algo que depende del azar, sino algo que se halla inscrito en el marco de una necesidad perteneciente a un orden superior. De ahí que la unidad del ser humano con sus medios sea la expresión de una unidad de índole superior.

Toquemos una vez más de pasada, con el fin de ilustrar de manera intuitiva esa relación, el papel recién mencionado de la mano como instrumento de los instrumentos: cabe prever que el servicio que hoy rehúsa prestar también la mano, volverá a rendirlo en aquellos sitios donde el ser humano aparezca como el

señor, donde aparezca vinculado a sus medios sin que ello entrañe contradicciones.

Desde luego en esa situación no será la mano el órgano de unas formaciones individuales, sino de unas formaciones típicas.

67

No es nuestro propósito orientar nuestras posiciones contra las objeciones presentadas por los abogados de las realidades que han tenido un crecimiento natural; por tales abogados entendemos una variedad de individuo que se ocupa en servirse de los recuerdos del Estado absoluto para atacar las formas de la democracia liberal. Es éste un campo de actividad en el que las paradojas florecen espléndidamente; las mejores, de todas maneras, tienen ya más de ciento cincuenta años de existencia. El liberalismo viene manteniendo desde hace tiempo una especie peculiar de bufones de corte cuya tarea consiste en decirle verdades que han dejado de ser peligrosas. Se ha desarrollado aquí un ceremonial especial; con él el individuo moderno, disfrazado de cuasi-aristócrata o de cuasi-abate, asesta según todas las reglas del arte las bien probadas estocadas mortales, que casi todo el mundo aplaude. Es un juego en el que las magnitudes existenciales se han convertido en unos conceptos de doble filo. Para nosotros, en cambio, el movimiento de la mano con que el cobrador de un tranvía hace sonar la campanilla tiene mayor importancia que todas esas estocadas.

Si por lo dicho quisiera alguien ver en nuestra exposición la descripción de una situación en la que el arte es fabricado por máquinas y el mundo aparece como el escenario de una especie nueva de insectos — pues bien, aceptaríamos ese malentendido y, tras haber descrito como portador de las formaciones típicas a un tipo humano diferente y como el *medium* propio de ellas, un empleo diferente de los medios, un empleo constructivo-orgánico, utlizaríamos el mencionado malentendido para pasar a describir la legalidad a que tales formaciones se hallan sometidas.

Lo primero que hay que ver es que la aparición de formaciones típicas no tiene nada en común con esa situación en la que ha quedado ya completamente desvanecida la ficticia distinción entre la masa y el individuo y en la que todas las producciones que el individuo es capaz de efectuar aparecen directamente relacionadas con la masa, es decir, aparecen como productos fabricados en serie, sea la que sea el área en que eso ocurra.

Los productos fabricados en serie no tienen en común con las

formaciones típicas otra cosa que el atributo de la uniformidad; y también ese ingrediente común es sólo aparente. Hay una gran diferencia entre la uniformidad que poseen los guijarros de las orillas del mar y la univocidad que poseen las formaciones de índole cristalina. Es ésa la misma diferencia que hay entre el átomo del siglo XIX y el átomo del siglo XX — la diferencia entre la magnitud mecánica y la construcción orgánica. Los productos fabricados en serie, que en la esfera económica pueden aparecer como mercancías y en la esfera artística como dibujos o como lenguajes, no son de naturaleza típica, sino de naturaleza universal.

La diferencia entre las situaciones tardías del mundo burgués-individual, por un lado, y las situaciones propias del mundo de trabajo, por otro, consiste en que en el primer caso la formación ha de verse como algo efectuado bajo el influjo de unos conceptos universales y, por consiguiente, bajo el influjo de una mecánica abstracta y en el segundo, como la expresión de un contexto total. De ahí que la formación típica no sepa nada ni de lo útil en sí ni de lo bello en sí ni de lo evidente en sí. Las formaciones típicas son incomprensibles, impensables e inefectuables sin su conexión exacta con la figura, con la cual mantienen una relación de sello e impronta — mientras que una actitud abstracto-humana se mece en la creencia de que su lenguaje resulta comprensible en todos los tiempos y en todos los espacios.

La formación típica puede ser perfectamente una formación uniforme y numerosa, como uniformes y numerosas son las conchas en la costa y lo son también los escarabajos en las tumbas y las columnas de las ciudades-templos. El hecho de que posean un carácter representativo, de que encarnen la figura, establece una clara distinción entre estas cosas y aquella absurdidad que es peculiar de la masa abstracta. En páginas anteriores nos hemos ocupado ya de la diferencia que hay entre el número abstracto y la cifra sumamente precisa, sumamente unívoca, que cabe observar en el contexto de la aparición de la construcción orgánica. La formación típica puede tener además una validez planetaria — pero eso es algo que en modo alguno se basa en que su portadora sea una sociedad cosmopolítica engendrada por los sueños de la razón: se basa en que ella es representante de una figura muy determinada, muy unívoca, que dispone de un ímpetu planetario.

Esa validez aparece ya —aunque, como hemos visto, con claves negativas— en el paisaje de talleres, el cual deberá ser considerado como un paisaje de transición. Todas las fuerzas sin excepción se ven aquí integradas en un proceso que las supedita a las exigencias propias de la lucha competitiva y del incremento

de la velocidad. Correlativamente las grandes teorías son de índole dinámica, y se posee poder en la medida en que se posee energía motriz — a fin de cuentas la voluntad de poder es ya una legitimación suficiente. De igual manera los símbolos que aquí encontramos repetidos millones de veces, así el ala, la onda, el tornillo, la rueda, son la expresión de un lenguaje dinámico. Este proceso acaba desembocando en el movimiento puro de las partes independizadas, es decir, en la anarquía, o bien queda detenido y articulado por unos poderes de índole estática.

La formación típica se transparenta con mayor claridad en el paisaje planificado, el cual toma el relevo del puro paisaje de talleres y tiene unos portadores que no aparecen ya como individuos o como unas magnitudes sometidas al esquema del concepto individual de libertad. A una manifestación más completa del Estado, la cual ha de solventar unas tareas de otra índole, corresponde un tipo humano que está comenzando a quedar acuñado por unas características de raza y que puede ser puesto a servir de un modo más unívoco, más decidido, con menos contradicciones. A este proceso corresponde un estilo de índole diferente, el cual otorga a las formaciones ese sentido más sencillo y más puro que la mera existencia de un poder perteneciente a un orden superior es incapaz de transmitir. Es preciso señalar desde luego que tampoco aquí se expresa de ningún modo en la configuración el dominio completo. El Estado de trabajo queda limitado en sus pretensiones por la presencia de unas formaciones de índole idéntica. Los peligros que amenazan la existencia del Estado de trabajo y los esfuerzos con que éste ha de enfrentarse a esos peligros son más significativos aquí que en el sistema de los Estados nacionales. Esto guarda relación con el hecho de que la figura del trabajador que está comenzando a apuntar en el Estado de trabajo posee un significado planetario, y también con el hecho de que el giro imperialista está efectuándose simultáneamente en muchos sitios del mundo. Esta situación se señala por la circunstancia de que el dominio de la figura no se ha hecho aún efectivo, mientras que en cuanto objetivo sí resulta ya visible. Por un lado hay unos órdenes planificados que detienen la competencia, mientras que, por otro, ésta se ha transferido a unas unidades de vida más amplias y les impone su ritmo. Un carácter de armamento, que pertenece a un orden superior, refuerza la estructura económica y técnico-utilitaria de las instalaciones y a la vez la supedita a un sentido más significativo. Tal proceso hace surgir unas imágenes que están dotadas de una unidad más elevada y que, sin embargo, necesariamente carecen de plenitud y pueden ser reconocidas por su traza severa y ascética.

Hasta que no hayan sido tomadas las grandes decisiones en un sentido o en otro y hasta que los caracteres de armamento, pertenecientes al mismo orden, no hayan sido relevados por un carácter de soberanía perteneciente a un orden superior, no cabrá aguardar que entremos en un mundo de formas seguro y clausurado. Hemos de habituarnos otra vez al pensamiento de que dentro de ese mundo la forma no es la meta del esfuerzo, sino que constituye la impronta obvia y natural que por anticipado es peculiar de todo esfuerzo.

La forma real y efectiva no es ese algo extraordinario que se imaginan las nociones propias del pensamiento museístico, el cual, en correspondencia con eso, hace depender, tanto en el arte como en la política, el giro hacia la forma de la aparición súbita del individuo extraordinario. La forma real y efectiva es, antes bien, lo cotidiano, y no puede aparecer aislada, excepto cuando le es peculiar a esos utensilios cotidianos que le sirven a la vida sencilla para su alimentación y economía. Pero esto, ese medio inmutable y dotado de una perfección obvia y natural, hay que aguardarlo para aquel nivel amplísimo del tipo que recibe su impronta pasiva de la figura. Con esto se hallan estrechamente ligadas la constancia de las instituciones, costumbres y usos, la seguridad de la economía, la comprensión del lenguaje de mando y del orden de mando, en suma: una vida de acuerdo con la ley.

Pero en el segundo nivel del tipo, el nivel activo, en el cual tiene su representante el carácter especial de trabajo, el ingreso en el mundo clausurado de las formas aparece como el tránsito del paisaje planificado a un paisaje en el que encuentra su expresión una seguridad más honda que la que es capaz de dar el puro armamento. Es ése el mismo paso que lleva del experimento a la experiencia, es decir: a una metódica de índole instintiva. Así como la raza es el resultado de una impronta que ha llegado a su término, que ha quedado clausurada, así el instinto es el atributo de una vida que ha penetrado hasta el conocimiento unívoco de sus posibilidades. En este espacio cabe esperar que las instituciones singulares, las ciencias singulares, las actividades singulares reciban una impronta completa y suprema. Esa impronta, esa «puesta en servicio», esa delimitación de lo que posee en sí su finalidad, son cosas que resultan posibles únicamente si se ve en el carácter total de trabajo el sello que las efectúa. Las formaciones típicas aparecen aquí como un sistema de caracteres afilados, precisos, adecuados a un fin, mediante los cuales la figura se refleja en lo móvil y en lo múltiple. No hay ningún contexto parcial, ningún modo de actividad de la inteligencia o de las manos, que no quede

delimitado y a la vez intensificado por el hecho de «estar de servicio».

Quien dentro del mundo de trabajo está llamado a la forma suprema de la formación es el tipo; es en sus acciones donde logra expresarse de manera inmediata el carácter total de trabajo. El dar testimonio de que la figura del trabajador encierra en sí algo más que movimiento, de que posee una significación cultual, eso es algo que le está reservado al lenguaje de los símbolos quietos, en los cuales habla a la intuición la pura existencia. Tales testimonios van multiplicándose en estrecha conexión con el arte de la política, con la dominación indiscutible e indubitable del tiempo y del espacio.

Sólo aquí adquiere el vestido de la Tierra aquella plenitud última y aquella riqueza en la cual se acusa la unidad del dominio y la figura y que ningún propósito deliberado es capaz de generar.

El tránsito de la democracia liberal al Estado de trabajo

68

Son muchos los indicios que nos permiten advertir que nos encontramos a las puertas de una edad en que podrá hablarse otra vez del dominio real y efectivo, del orden y la subordinación, del mando y la obediencia. Ninguno de esos indicios habla con más claridad que la disciplina a que la juventud está voluntariamente comenzando a someterse, que su desprecio de los goces, que su sentir bélico, que el sentimiento que en ella está despertándose para las valoraciones viriles e incondicionales.

Sea cual sea el campamento a que vayamos a visitar a esa juventud, en todas partes tendremos la impresión de una conspiración; esa impresión nos la suscita ya el mero hecho de la presencia y la agrupación de un tipo humano determinado. Por doquier se hacen patentes también, tanto en los programas como en el modo de vivir, el repudio de la tradición burguesa y la invocación del trabajador. Esa conspiración se dirige necesariamente contra el Estado y el modo de hacerlo no consiste en intentar delimitar frente a él la libertad, sino en tratar de infundir en él, que es el medio más importante y completo de la modificación, un concepto de libertad para el cual el dominio y el servicio son sinónimos.

No faltan tentativas de apoderarse de ese sentido nuevo (el cual es un signo de que en el fondo ninguna educación puede corromper al ser humano) y de supeditarlo a los viejos sistemas de la sociedad burguesa. La más importante de esas tentativas consiste en concebir toda fuerza nueva emergente como el socio de una negociación y en integrarla en un aparato que trabaja con negociaciones. El grado de resistencia que puede oponerse a esos esfuerzos es una acreditación de la capacitación para unos órdenes de índole diferente. Hay ciertos poderes de los que no puede aceptarse la legalidad sin convertirse en cómplice de ellos, de igual manera que no pueden aceptarse regalos de un estafador sin ha-

cerse su cómplice. Lo dicho rige también para la sociedad burguesa, que se ha erigido en beneficiaria del Estado. Demasiado conocido es el rostro de la democracia tardía, en el cual han dejado grabadas sus señales la traición y la impotencia. En esa situación han prosperado magníficamente todos los poderes de la putrefacción, todos los elementos decrépitos, extranjeros y hostiles; el secreto objetivo de tales poderes es la perpetuación a cualquier precio de esa situación.

De ahí que tenga mucha importancia el modo como se efectúe el relevo del dominio aparente del burgués por el dominio del trabajador y, con ello, la alternancia de dos imágenes completamente distintas del Estado. Cuanto más elemental sea la vía por la que acontezca esa alternancia, tanto más se efectuará en el campo donde está la auténtica fortaleza del trabajador. Cuanto más renuncie éste a utilizar en su lucha los conceptos, los órdenes, las reglas de juego y las constituciones inventados por el burgués, tanto más se hallará en condiciones de hacer efectiva su ley peculiar y tanto menos podrá aguardarse de él tolerancia. El primer presupuesto de una construcción orgánica del Estado es que queden consumidas por el fuego todas esas guaridas de las que en las horas de la máxima exigencia hace salir la traición, como del vientre del caballo de Troya, sus tropas auxiliares.

Sería un error el suponer que la lucha por el dominio ha entrado ya en sus últimos estadios. Antes por el contrario, lo que con toda seguridad cabe predecir es que, tras haber podido contemplar al burgués como el beneficiario de una así llamada «revolución», lo encontraremos de nuevo como el heraldo de una restauración tras de la cual se esconde el mismo afán de seguridad.

Detrás de esas marionetas que en las tribunas públicas, a punto ya de desmoronarse, están laminando la huera fraseología liberal hasta dejar reducido su espesor al de una hoja de papel, hay unos espíritus más sutiles y más experimentados; están preparando un cambio de decorado. Bajo unas formulaciones nuevas, sorprendentes, «revolucionarias», lo que encontraremos como objetivos de la política interior serán la monarquía legítima y la articulación «orgánica», y también encontraremos allí una connivencia con todos aquellos poderes cuya existencia asegura la continuación de la cristiandad o Europa y, con ello, también la continuación del mundo burgués. Es tal la situación de desesperación a que el burgués ha llegado que está dispuesto a aguantar, con tal de que siga garantizada su seguridad, todas aquellas cosas que hasta ahora habían venido siendo el inagotable objeto de su ironía.

Aquí habrán de desaparecer desde luego todas las cosas que

sean incapaces de hacer frente a las influencias románticas o tradicionalistas y habrá de imponerse una actitud a la que no será posible convencer con meras palabras. Dentro de poco no habrá ya ninguna magnitud política que no intente actuar invocando el socialismo y el nacionalismo,* y es preciso ver que esa fraseología está al alcance de cualquiera que domine el uso de las veintiocho letras del alfabeto. Es éste un hecho que da que pensar; indica que aquí no se trata de principios que deberían «ser hechos efectivos», sino que detrás de esos esfuerzos se esconde ese carácter dinámico-nivelador que caracteriza el paisaje de transición.

Lo único que el éxito de esas tentativas de restauración conseguiría sería acelerar la marcha de la modificación. Crearía un adversario estable y caracterizaría a los portadores de la responsabilidad en un modo que sería muy diferente de las situaciones de anonimato de la democracia tardía, en las cuales se adjudica la potestad estatal a un oscuro concepto de pueblo. Y, en segundo lugar, haría que cobrasen conciencia de su unidad, de un modo muy palpable, todos esos campamentos en los que está viva una imagen nueva del Estado que intenta hallar su expresión, de un lado, en los programas de un nacionalismo revolucionario y, de otro, en los programas de un socialismo revolucionario.

La libertad que esos dos principios, el nacionalismo y el socialismo, son capaces de crear no es de naturaleza sustancial; es un presupuesto, una magnitud de la movilización, pero no es una meta. Esta circunstancia permite sospechar que de alguna manera está aquí interviniendo en el juego el concepto burgués de libertad y que se trata de unos esfuerzos en los que tanto el individuo como la masa siguen participando de una manera determinante.

La práctica muestra que eso es lo que realmente está acaeciendo. La atomización social en el interior y la delimitación nacional del cuerpo estatal hacia el exterior pertenecen al repertorio obvio y natural de todas las concepciones liberales del mundo; no hay ningún contrato social o estatal del siglo XIX, hasta llegar a la Constitución de Weimar o la Paz de Versalles, en que tales cosas no ocupen un lugar decisivo. Pertenecen al nivel básico desde el que se trabaja, como pertenece a él, por ejemplo, el hecho de que todo el mundo sepa leer y escribir; y no hay ningún orden, ya sea el de una restauración ya sea el de una revolución cualquiera, que no vaya a utilizarlas. Pero es preciso ver que esas cosas no son

* El burgués, que después de la guerra no quería de ninguna manera ser un nacionalista, ha adoptado entretanto con gran habilidad esa palabra, en el sentido del concepto burgués de libertad.

unas metas estatales, sino los presupuestos de la construcción estatal.

Dentro del mundo de trabajo esos principios son unas magnitudes de trabajo y de movilización cuyo efecto resulta tanto más aniquilador cuanto que la democracia liberal se ve aquí atacada con su propio método. Si en ese proceso está efectuándose algo más que el proceso de autoaniquilación de la democracia y algo más importante que eso, quedará demostrado por el hecho de que en esas palabras, nacionalismo y socialismo, se transparente un significado nuevo y diferente, en el cual se acuse el esfuerzo de un tipo humano llamado a dominar. Nos hallamos en un proceso que es el que da su dirección a los principios universales y en el que la «libertad de» se transmuta en «libertad para».

En este contexto el socialismo aparece como el presupuesto de una articulación autoritaria rigurosísima y el nacionalismo, como el presupuesto de unas tareas de rango imperial.

69

Ya ha quedado dicho antes que, por ser unos principios universales, tanto el socialismo como el nacionalismo poseen una naturaleza que es recuperativa y a la vez anticipadora. En los sitios donde el espíritu humano los tiene por realizados apunta la terminación, la clausura de una edad; pero también se pone de manifiesto enseguida que esa clausura contiene unas tareas nuevas, unos peligros nuevos, unas posibilidades nuevas de marcha hacia adelante. En todos los grandes acontecimientos de nuestro tiempo se ocultan tanto los puntos finales de unas evoluciones anteriores como los puntos iniciales de unos órdenes nuevos. Esto rige también para la guerra del catorce, la cual es el más completo y tajante de tales acontecimientos.

En la medida en que la guerra del catorce trazó la raya que puso fin al siglo XIX, fue una confirmación vigorosa de los principios que en ese siglo estuvieron actuando. La única forma de Estado que la guerra dejó tras de sí en todo el globo terráqueo fue la forma de la democracia nacional encubierta o indisimulada.

El resultado no podía ser otro y no podía serlo por la sencilla razón de que para el desenlace de la guerra resultó decisivo el grado en que pudieron movilizarse los medios de la democracia nacional, como son los parlamentos, la prensa liberal, la opinión pública, el ideal de la humanidad. Y así, Rusia no podía ganar la guerra en ninguna circunstancia, aunque se encontrase, vistas las

cosas desde la perspectiva de la política exterior, del lado de las potencias vencedoras. Igual que no lo estaban ni Austria-Hungría ni Turquía, tampoco Rusia estaba en la forma y en la disposición peculiares que tal confrontación requería. Había allí unas tensiones de otra índole, que ponían trabas a un giro unitario hacia el exterior. En cambio Francia tenía en buen estado de salud su conciencia democrática; tal vez lo que mejor ilustra eso es el hecho de que consiguiera dominar una sedición militar muy peligrosa y lo lograse aun en el instante de su máxima debilidad externa.

Dados esos presupuestos resulta del todo lógico que inmediatamente después de la confrontación bélica hubiese una serie de pueblos —y en especial de pueblos vencidos— que tratase de entrar en posesión de esa libertad de movimiento que es peculiar de la democracia nacional.

Tales tentativas hicieron por lo pronto que el resultado de la guerra se volviese más unívoco todavía; la forma que las mencionadas tentativas adoptaron fue la forma de la revolución, la cual estuvo favorecida por la extraordinaria debilidad en que las fatigas de la lucha habían dejado a los órdenes antiguos. Cabe considerar esas revoluciones como una prosecución de la guerra y cabe también interpretar la guerra como el comienzo visible de una gran revolución. El proceso que se efectúa en el choque entre los pueblos y el que se efectúa en el interior de los pueblos es el mismo, y uno y el mismo es el resultado que ese choque deja tras de sí en ambos casos. La guerra provoca revoluciones y las relaciones de fuerza modificadas por las revoluciones impelen a su vez hacia acciones bélicas.

Es cierto que el resultado de la confrontación entre Estados nacionales posee también un carácter universalmente válido, pero lo que a ese resultado le falta completamente son las características de la durabilidad. Que de lo que aquí se trata es de recuperar con retraso un determinado orden, de hacer efectivo un ideal que de suyo ya ha periclitado, eso es algo que se deriva ya del mero hecho de que ese orden carece de una seguridad estable y aun de la seguridad pasajera del equilibrio.

En todas partes se llega desde luego a la situación de la democracia nacional — pero tal situación se revela muy pronto, en los casos particulares, como una situación transitoria que puede quedar solventada en unas pocas semanas, como ocurrió en Rusia, por ejemplo. Pero incluso en aquellos sitios donde pareció que se había establecido de un modo más duradero, provocó modificaciones cuyo sentido amenazador está desvelándose con una claridad cada día mayor. Lo que aquí se pone de manifiesto es que en

la democracia nacional habita un puro carácter de movimiento que carece de figura y, por tanto, de orden. Y también en el comportamiento recíproco de los Estados sale a luz ese elemento anárquico-individualista que es peculiar de todas las formaciones del liberalismo. Lo que aquí falta completamente son magnitudes pertenecientes a un orden superior; y la ficción de una Sociedad de Naciones no es suficiente para tener sujetos a los individuos-Estados —y de individuos-Estados se trata aquí—, los cuales se disocian recíprocamente de un modo cada vez más fuerte. En el fondo esa Sociedad de Naciones no es sino un órgano de aquellas potencias a las que las formas de la democracia nacional han saciado, han saturado ya.

Llevaría demasiado lejos el hacer una descripción de la muchedumbre de materias de conflicto surgidas de la noche a la mañana por causa de la universalización de la forma de la democracia nacional. Tal vez nada aclara mejor la situación que el hecho de que las propias potencias vencedoras traten de atajar las consecuencias lógicas de aquélla recurriendo a unos principios completamente diferentes de aquellos a los que deben su victoria — que se vean forzadas, por tanto, a retirarse del verdadero terreno donde está su fortaleza histórica.

Así, por ejemplo, la universalización del principio de las nacionalidades ha procurado a Alemania no sólo la posibilidad de ejercer una creciente influencia sobre esas numerosas minorías germánicas que hoy continúan aprisionadas por las abrazaderas de unas estructuras estatales anticuadas, sino también la posibilidad de integrar a la Austria alemana en el Estado alemán, de conformidad con el derecho de los pueblos a autodeterminarse. Ahora es cuando se pone de relieve, en especial para Francia, que la partición de la antigua monarquía austriaca, consecuencia lógica de los principios fundamentales de la Paz de Versalles, fue un error funesto, y que esa partición está dando pretexto a que se movilicen unas fuerzas bastante indeseables. Correlativamente observamos un esfuerzo que marcha en dirección contraria a las tendencias de nuestro tiempo y al cual prestan su apoyo todas las potencias reaccionarias; ese esfuerzo tiende a restablecer un Estado danubiano artificial, lo que quiere decir que tiende a maniatar una parte de la energía alemana. Es éste un modo significativo de pasar de la aplicación de los principios universales a una operación táctica condicionada por un caso particular.

Pero ese error funesto que hemos mencionado no es el único — son múltiples las señales que indican que el desenlace de la

guerra del 14 fue incapaz de dar al mundo un dominio real y efectivo. El hecho existencial de la duración de la resistencia alemana forzó al mundo a tomar una serie de medidas de doble filo. Así, la universalización extrema de los principios de la democracia nacional, el otorgamiento práctico de los derechos universales del hombre a cada uno de los que participaron en la gran cruzada de la humanidad contra la barbarie, hubo de llevar necesariamente a incluir en el disfrute de tales principios también a unas fuerzas en las que apenas se había pensado al comienzo. Una vez puestos en marcha, los movimientos no se limitaron al blanco que se les había fijado, sino que fueron desplegando una autonomía creciente.

Otra vez hemos de citar aquí el caso de Rusia, a la que su transformación en una democracia nacional debía movilizar de un modo más completo y atraer a un trabajo bélico más intenso, pero que muy pronto se quitó de encima a sus abogados para pasar a ocuparse de unas tareas diferentes y poco deseadas. Por cierto que siempre habrá que considerar como una de las hazañas más portentosas de la diplomacia burguesa el que consiguiera involucrar en el juego de sus propios intereses, completamente ajenos a los de Rusia, a ese Imperio que tenía a su disposición en el Extremo Oriente todo un continente para expandirse en él de manera fecunda y sin obstáculos.

La universalización de los principios de la democracia nacional familiariza también a los pueblos de color con unos medios nuevos y eficaces de emanciparse. Hoy está presentándose la factura de los empréstitos de guerra, consistentes en sangre y en fuerza de trabajo, que se tomaron de esos pueblos; y el modo de presentar tal factura consiste en reclamar los mismos principios que entonces se invocaron.

Es muy diferente enfrentarse a unos príncipes, a unas castas militares, a unos pueblos montañeses y a unas bandas de ladrones que se han sublevado, que enfrentarse a unos abogados, a unos parlamentarios, a unos periodistas, a unos premios Nobeles y a unas poblaciones que se han educado en las universidades europeas y en los que se ha despertado el sentido de la huera fraseología humanitaria y de la justicia abstracta. También produce muchos menos quebraderos de cabeza el andar intercambiando balas en los valles de las cordilleras del fondo de la India o en los desiertos de Egipto que el andar intercambiando frases educadas en esos congresos que tienen a su disposición un eco mundial gracias a todos los medios de la técnica moderna de la información.

Lo que hoy está ocurriendo en los pueblos de color da motivo a preocupaciones de las que se exoneró a Alemania; también éste fue un servicio que, sin pretenderlo, se le rindió al vencido. El movimiento de los pueblos de color ha asumido unas formas que son mucho más desagradables que las que lograría producir una serie de sublevaciones armadas. Retornan los métodos de la «penetración pacífica», pero ahora vuelven en dirección contraria; lo hacen, por ejemplo, en el modo de la *no-violence*. Las reivindicaciones de los dominados se apoyan en unos principios reconocidos y otorgados; no son unas reivindicaciones propias de caníbales o de gentes que queman a las viudas, sino unas demandas que al hombre de la calle de todas las grandes ciudades europeas le resultan completamente normales y comprensibles. De ahí que la pretensión de dominio se vea obligada a recurrir mucho menos a los buques de guerra y a los cañones que a la vía de la negociación. Ahora bien, eso significa la pérdida del dominio en un breve lapso de tiempo.

En este contexto hemos de decir también algo acerca de esas formaciones nuevas que han surgido propiamente gracias al principio abstracto del derecho de los pueblos a autodeterminarse y a las que les es peculiar, en consecuencia, una arrogancia característica que a menudo se asemeja a la que vemos en los menores de edad. De igual modo que cabría imaginar que, si se redescubriese el principio de la legitimidad, se adjudicaría un territorio propio a cada una de las potencias enfeudadas al *Reich*, también aquí han sido convertidas en portadoras de Estados unas poblaciones de las que hasta ahora teníamos noticia a lo sumo por los manuales de etnografía, pero no por la historia de los Estados. La consecuencia natural de esto es que en el espacio histórico han irrumpido unas corrientes puramente elementales. Esta balcanización de unos territorios extensos, basada en los así llamados «Tratados de Paz», no sólo ha incrementado significativamente, en comparación con la situación que había en 1914, el número de los puntos donde se originan las tempestades, sino que también los ha acercado hasta una proximidad amenazadora. La mencionada balcanización ha producido los métodos propios de un estilo de insurgencia; en ellos está apuntando que las magnitudes que han quedado liberadas son aquí, lo mismo que en América del Sur, unas magnitudes que, más bien que a la historia propiamente dicha, pertenecen a la historia natural.

Este cuadro se completa con el avance de un tipo humano pequeño-burgués también hasta aquellos puestos estatales en los cuales quien daba la norma hasta hace poco era una cierta sus-

tancia conservadora y, por tanto, una cierta superioridad sobre las corrientes del tiempo. En el mencionado tipo humano se refleja, en el temperamento individual, la mutabilidad vertiginosa y a menudo explosiva de la mentalidad de las masas. En él estan muy claramente impresas las huellas de su formación, que estuvo bajo el signo no tanto de unas instituciones estatales cuanto de unas instituciones sociales, como son los partidos, la prensa liberal, el Parlamento. A esa procedencia es a la que sobre todo se debe una transferencia funesta de los métodos de la política interior a la política exterior, una tendencia a orientarse por concepciones del mundo y por sentimientos, en vez de hacerlo por los motivos propios de la razón de Estado. Lo que aquí falta es inmoralismo, lo que aquí falta es una distinción neta entre el fin y los medios — y así, nada hay que objetar a que en Alemania se haga una política pro-occidental o se haga una política pro-oriental, pero sí a que no se esté en condiciones de hacerla sin que en ella se inmiscuyan estas o aquellas simpatías o antipatías. Los puntos cardinales forman parte de las magnitudes funcionales de la política, no de las magnitudes de principio; y una de las características de la libertad es su capacidad de contemplar imparcialmente la brújula.

La falta de distancia que es peculiar del mencionado tipo es algo que todavía proporcionará bastantes sorpresas. Tras la rutina de sus reglamentos se ocultan tanto una familiaridad desagradable como también la posibilidad de unas decisiones disparatadas. Con ese tipo humano hemos trabado conocimiento por vez primera cuando las masas estaban exhaustas y muy necesitadas de reposo; y nos quedaremos asombrados de la modificación que en él se producirá cuando esas mismas masas estén hambrientas y agresivas. Hoy se invoca mucho el buen entendimiento entre las partes, pero eso es algo que brota de una oscura conciencia de la confusión de las lenguas, de la anarquía que clausura una edad individualista. La necesidad que la gente siente de que con cualquier ocasión y después de cada fluctuación en la política interior vuelvan a firmarse los tratados es un indicio de que la política burguesa está en las últimas. Es una señal que indica que no son tratados de paz lo que se ha concluido, sino tratados de armisticio, y que el desenlace de la guerra del catorce no ha dejado tras de sí un orden mundial creíble e inatacable. Aquí se pone al descubierto que la decisión de la guerra no tuvo un carácter estratégico, sino táctico, y que táctico fue también el modo de explotar la decisión.

Tal es la situación en la que nos encontramos y con ella se corresponde el lenguaje que ha llegado a ser usual en los tratos

entre las democracias nacionales — un lenguaje cuyas reglas de juego es preciso conocer, aunque, en el fondo, nadie crea en ellas. Puede estudiarse tal lenguaje en esa mezcolanza de rutina, escepticismo y cinismo que define el tono de las conferencias acerca de las reparaciones de guerra y acerca del desarme.

Es la atmósfera de la ciénaga; sólo las explosiones pueden purificarla.

70

Ese giro peligroso e imprevisible hacia el exterior, que es una de las características del nacionalismo democrático, queda incrementado en sus efectos por el trabajo de nivelación que en la sociedad ha practicado el otro gran principio en que desemboca el liberalismo, es decir, el socialismo.

Al menos hasta hace poco tiempo el socialismo ha estado complaciéndose en invocar su carácter internacional; pero tal carácter no existe más que en la teoría, como lo mostró el comportamiento muy unitario y nada dogmático que las masas adoptaron cuando estalló la guerra del catorce. El curso ulterior de los acontecimientos enseña que no puede verse ese comportamiento como un caso de excepción; antes por el contrario, se repetirá cada vez que la opinión pública haya sido llevada a una situación análoga. Es, pues, evidente sin más que hay poderes, así las dinastías, la alta nobleza, el clero o también el capital, que pueden reclamar un carácter internacional con mucha más razón que esas masas de que el socialismo no puede prescindir.

Mucho se ufanaron nuestros abuelos de que se hubieran vuelto imposibles las «guerras de gabinete». Aún carecían de ojos para ver la otra cara que es peculiar de tales progresos. No cabe duda de que, comparadas con las «guerras populares», las guerras de gabinete se señalan por un ambiente de mayor responsabilidad y de menor odiosidad. La uniformidad de la estructura de las masas crea una uniformidad de los intereses y lo que esa uniformidad hace no es disminuir las posibilidades de un conflicto, sino incrementarlas. La guerra encuentra un mayor alimento cuando uno de sus presupuestos es la decisión popular. En ese sentido el socialismo aporta un trabajo de movilización con el que ninguna dictadura se atrevería siquiera a soñar; y ese trabajo de movilización resulta especialmente eficaz porque se efectúa con la aprobación de todos, con la invocación continua del concepto burgués de libertad. El grado en que las masas se brindan y pre-

paran a ser maniobradas es algo que necesariamente habrá de resultarle incomprensible a todo aquel que no adivine que lo que está detrás del automatismo nivelador de los principios universales es una legalidad de otra índole.

Contempladas las cosas desde el ángulo de visión de la pura maniobrabilidad, cabría imaginar acaso la siguiente utopía social:

La persona singular es un átomo que recibe su dirección de unas influencias inmediatas. Ya no hay articulaciones sustanciales que puedan reclamar para sí a la persona singular. Los residuos de esos vínculos se hallan reducidos a un carácter de asociación, de mentalidad o de contrato. La diversidad de los partidos es imaginaria. Tanto el material humano como los medios de todos los partidos son homogéneos por su propia esencia y uno y el mismo es el resultado a que necesariamente abocan todas las confrontaciones entre los partidos. Para lo que sirve la aparente diversidad de éstos es para posibilitarle a la persona singular una alternancia de las perspectivas y un sentimiento de aprobación. La aprobación resulta de la pura participación, es decir, del hecho, por ejemplo, de tomar parte en las votaciones, sea el que sea el partido que salga favorecido por el resultado. Las alternativas no son aquí decisiones; antes por el contrario, forman parte del modo de trabajar del sistema.

Están protegidas la propiedad y la fuerza de trabajo; de ahí que se encuentren restringidas en sus movimientos. Las moratorias, los subsidios, los aplazamientos de los pagos, las medidas de apoyo y de asistencia, por una parte, corresponden, por la otra, al control de las posesiones mobiliarias e inmobiliarias, a la limitación de la libre circulación de las personas y los bienes, a la supervisión del despido y de la contratación.

La actividad educativa está esquematizada. Lo que sale de las escuelas y de las universidades es un material que ha sido modelado de una manera muy uniforme. La prensa, los grandes medios de diversión y de información, el deporte y la técnica prosiguen ese modelado. Hay medios que trasmiten a la misma hora uno y el mismo suceso a millones de ojos, a millones de oídos. También aquí puede correrse el riesgo de educar para la crítica por cuanto ésta es capaz de producir sin duda una diversidad de las opiniones, pero no una diversidad de las sustancias. Nada de lo que es mera opinión produce quebraderos de cabeza; y en un tiempo en que a todo el mundo le gusta calificarse de revolucionario, la libertad de producir modificaciones reales y efectivas se halla más restringida que nunca. Todos los movimientos revolucionarios hacen más unívoco el rostro de nuestro tiempo; y, en el

fondo, resulta bastante irrelevante cuál sea el partido que en un preciso momento está operando. En esta situación es completamente inimaginable ese grado de independencia que halla su expresión en las grandes quemas de libros realizadas por los déspotas asiáticos. Ninguno de nuestros revolucionarios modernos elimina ninguna técnica ni ninguna ciencia; ni siquiera elimina el cine ni tampoco el más pequeño de los tornillos — y eso es algo que tiene sus buenas razones.

Ninguna de las órdenes decisivas de movilización viene de arriba abajo, sino que todas aparecen, de una manera mucho más eficaz, como un objetivo revolucionario. Las mujeres luchan por conquistar su participación en el proceso productivo y lo logran. La juventud demanda el servicio de trabajo y la disciplina militar. El aprendizaje del uso de las armas y la organización militar forman parte de las características de un estilo nuevo de conspiración del cual participan aun los pacifistas. El deporte, las excursiones, el entrenamiento militar, la formación en el estilo de las universidades populares, todas esas cosas son ramas de la enseñanza revolucionaria. La posesión de una moto, de una motocicleta, de una cámara fotográfica, de un planeador, colma los sueños de la generación que ahora está creciendo. El tiempo libre y el tiempo de trabajo son dos modalidades de quedar absorbida la gente por una y la misma actividad técnica. El extraño resultado a que llegan las revoluciones modernas es que se multiplica el número de las fábricas y que la gente se ufana de trabajar más, mejor y más barato. Los teóricos y literatos socialistas se han convertido en una especie particular, y, por cierto, igual de aburrida, de funcionarios, estadísticos e ingenieros estatales, y un socialista de 1900 notaría, con gran sorpresa suya, que la argumentación decisiva no opera ya con cifras de salarios, sino con cifras de producción. Hay países en los que puede fusilarse a la gente por sabotear las fábricas y en los que desde hace quince años vienen racionándose los artículos alimenticios igual que en una ciudad sitiada — y son países en los cuales el socialismo ha adquirido ya realidad de una manera muy unívoca.

La única observación que cabe hacer a las cosas que acabamos de decir, y cuyo número podría multiplicarse a placer, es que todavía en 1914 tenían un carácter utópico, pero hoy resultan corrientes a todos nuestros contemporáneos.

A todas las miradas que han penetrado en esa confusión surgida por causa del hundimiento de los órdenes antiguos ha de resultarles evidente que todos los presupuestos del dominio se dan en esta situación. Los principios niveladores del siglo

XIX han arado el terreno que aguarda con impaciencia a ser labrado.

71

Sólo en la situación de la democracia realizada se presenta con toda su virulencia la tendencia disolvente de los principios motores. Sólo en ella se pone de manifiesto lo mucho que el mundo burgués ha estado viviendo de los sentimientos reflejos, de los resentimientos, y lo mucho que dependía del gesto de la defensa. Los principios de ese mundo cambian su sentido cuando les es quitado el adversario. La disolución ha llegado a sus últimos límites cuando ya no se ve confrontada a los residuos de la autoridad, sino, en todas partes, a su propia imagen refleja.

El principio merced al cual pudo el nacionalismo acreditar su superioridad completa fue el principio de la legitimidad. Es ésa una superioridad que tiene su primera expresión en la superioridad que las masas populares exhibieron frente a los soldados suizos que defendían la Bastilla o las Tullerías y que se ha repetido en todos los campos de batalla de Europa. Todavía en la guerra del 14 estaban condenadas a un grado insuficiente de movilización todas las potencias en las que cupiese demostrar una relación, por lejana que fuera, con el legitimismo.

Esa especie de superioridad queda necesariamente abolida en el preciso instante en que la democracia nacional aparece como la forma única y universal de la organización de los pueblos. Este hecho va poniéndose de manifiesto con una claridad cada vez mayor a medida que se vuelven más terribles los esfuerzos en los cuales se agota la fuerza de los pueblos. Lo que de aquí resulta son unas represalias que hasta ahora eran desconocidas y a las que es sometido el vencido. Los efectos destructivos con que en la hora de su nacimiento se dirigió el nacionalismo contra los órdenes antiguos dirígense ahora contra la nación, y, en concreto, contra el conjunto integral de su existencia, y lo hacen de una manera tal que convierte a todas las personas singulares en responsables de su pertenencia nacional.

De un modo enteramente parecido se dirige el principio del socialismo, un principio que tiene múltiples irisaciones, contra una sociedad articulada en una manera determinada, y tanto da que la articulación sea de naturaleza estamental o que sea de naturaleza clasista. El así llamado «Estado de clases» mantiene con la articulación estamental una relación parecida a la que la monar-

quía constitucional mantiene con la monarquía absoluta. En todos los sitios donde el socialismo sigue poseyendo ese adversario es a él, al socialismo, al que le cae en suerte la ventaja revolucionaria, de la cual se sirve empleando los acreditados medios de la defensiva. El socialismo está tanto más vivo cuanto menos propenda su adversario a hacer concesiones. Así, es significativo que los escasos talentos de hombres de Estado que la socialdemocracia alemana ha producido hayan hecho su aparición precisamente en Prusia, el país del sistema electoral por clases. Aun en los sitios donde la confrontación ha asumido un cariz puramente económico, sin duda resultará evidente la frase que dice que donde prospera bien el socialismo es sobre todo en la vecindad de un capitalismo robusto. Se trata, en efecto, de dos ramas de uno y el mismo árbol.

También aquí cambia significativamente el cuadro cuando ha desaparecido de la superficie el adversario. En una sociedad completamente atomizada, la cual está sometida ya únicamente al principio de que la masa es igual a la suma de los individuos que la componen, el socialismo también invade necesariamente las posiciones que han quedado abandonadas por el adversario; con ello le toca en suerte, en vez del papel de abogado de los que sufren, el papel de su protector.

Entretanto hemos asistido a este espectáculo extraño: los representantes del socialismo que habían accedido a los puestos del Estado intentaban simultáneamente seguir empleando la fraseología social, para unir de ese modo las ventajas del funcionario del Estado a las ventajas del funcionario del partido. Pero eso significa intentar una cosa imposible — estar en el poder es *una* ventaja y estar oprimido es otra. Hay una posición en la cual es lícito decir qué cosas deberían ser y hay otra posición en la cual es lícito incluso ordenarlas. Para percatarse de que esta segunda posición es la menos agradable se requería la situación de la democracia realizada.

De igual manera que el nacionalismo victorioso se ve muy pronto rodeado de un círculo de demócratas nacionales que se oponen a él con su propia metódica, así el socialismo victorioso se encuentra dentro de una sociedad en la que todas las reivindicaciones serán presentadas con formulaciones sociales. La eficacia y la ventaja revolucionaria de los argumentos sociales pierden de ese modo su filo en poco tiempo.

Las masas o bien se vuelven romas y desconfiadas o bien caen en una desagradable especie de movilidad que se sustrae a las constituciones democráticas. Entre los partidos, especialmente entre los situados en los extremos, se produce un intercambio ace-

lerado de hombres. En países en los que subsisten, como es el caso de Alemania, unos vínculos que están muy ramificados y que aún siguen en parte arraigados, y en los que la gente posee un instinto seguro para el orden y la obediencia, y en los que además hay un bienestar extendido de manera regular, la atomización de la sociedad moviliza unas fuerzas cuya entrada en el espacio político no era previsible.

Se movilizan unas capas cuya procedencia y cuya composición son muy difíciles de determinar. La mezcolanza humana que se sirve a su manera de una libertad de reunión, de palabra y de prensa es una mezcolanza inteligente, amargada, explosiva. Aquí se fusionan de una manera extraña las diferencias entre la reacción y la revolución; emergen teorías en las cuales los conceptos «conservador» y «revolucionario» quedan fatalmente identificados. Los presidios se llenan de un tipo nuevo de hombres, se llenan de antiguos oficiales del ejército, de propietarios rurales arruinados por los impuestos, de universitarios en paro. Muy pronto domina esa gente también la metódica del argumento social, al que sabe sazonar y dar agudeza con esa especie cínica que proporciona la amargura. Sale a la superficie un lenguaje que opera con las expresiones «voluntad del pueblo», «libertad», «constitución», «legalidad», como con puñales envenenados.

La difuminación de las fronteras que estaban trazadas entre el orden y la anarquía halla su expresión además en lo siguiente: los conjuntos organizados que ya existían o que se forman de nuevo sacan ventaja de la disolución de los vínculos reales y efectivos por cuanto se ven en posesión de una independencia creciente. Las organizaciones no forman parte de los vínculos de naturaleza sustancial; al contrario, hemos tenido la experiencia de que, en conexión con la descomposición de los vínculos, las organizaciones brotan del suelo cual setas tras la lluvia. El talento organizativo es una característica de la movilidad espiritual, la cual divide la realidad con opiniones, mentalidades, concepciones del mundo, fines e intereses. Pero en aquellos sitios donde, como ocurre en el Estado auténtico, los poderes que son reales, y que son más que espirituales, se muestran provistos de una impronta y una dirección, allí encontramos el orden en un rango de índole diferente, el de la construcción orgánica.

En cambio las organizaciones que se han vuelto independientes exhiben un afán de ver el Estado como algo perteneciente al mismo orden que ellas, es decir: como una liga organizada para un objetivo. Correlativamente emergen no sólo ligas económicas, partidos y otras magnitudes que pretenden negociar con el Esta-

do de igual a igual, sino que también aparece la posibilidad de unas relaciones directas con el extranjero que escapan al control del Estado.

Esto es un indicio de la autoridad dividida, de la autoridad atomizada, un indicio no menor que el hecho de que vaya haciéndose peculiar también de los órganos mismos del Estado —como los altos tribunales, la policía, el ejército— una autonomía creciente. Se producen situaciones en las que la gente por un lado convierte en objeto de sofisticados debates de derecho público las promesas primordiales de la fiabilidad humana, como es la jura de la bandera, mientras que por otro lado está representándose aquella tragedia de nuestro tiempo, tal vez la más profunda de todas, que consiste en que el resto de la antigua jerarquía de los soldados y los funcionarios intenta mantener enhiesto el concepto tradicional del deber en el marco de un Estado que se ha vuelto imaginario y está repleto de claudicaciones.

Finalmente se privatizan también los derechos de soberanía más explícitos de todos. Al lado de la policía surgen unas milicias de barrio y unas organizaciones de autodefensa. Mientras la gente trata de canonizar, por el lado del espíritu cosmopolita, la traición a la patria, el lado sangriento de la vida produce una justicia oculta que trabaja con boicoteos, atentados y tribunales secretos como el de la santa Vehma. Las insignias de los partidos reemplazan a las insignias de la soberanía; las jornadas de elecciones, de referendos y de apertura del Parlamento se parecen a ejercicios de movilización para la guerra civil. Los partidos segregan unos ejércitos permanentes entre los cuales reina un estado de guerra latente de escaramuzas, y, correlativamente, la policía adopta unas armas y una táctica que cabe concebir como las características de una situación permanente de asedio. Los titulares de los periódicos son invadidos por una desenfrenada propaganda de la sangre de la cual no existen ejemplos en la historia alemana. Pero lo más significativo en este contexto es el hecho de que también para enfrentarse a las intervenciones de la política exterior estén haciendo su aparición unas milicias privadas, a medida que el Estado se demuestra incapaz de ofrecer resistencia — unas milicias que se encuentran en una situación tanto más desesperada cuanto que el propio Estado no sólo no las legaliza, sino que las declara fuera de la ley. De igual manera que, durante la Fronda, se luchaba en favor del rey luchando contra el rey, así aquí los cuerpos francos de las fronteras, las ligas de voluntarios y los saboteadores solitarios se han sacrificado en favor del Estado aun a pesar del Estado. Aquí es precisamente donde se ha mos-

trado que Alemania sigue disponiendo de un tipo humano con el que puede contarse y que es capaz de enfrentarse a la anarquía. La resurrección milagrosa de los viejos lansquenetes en esas tropas que tras cuatro años de guerra partieron voluntariamente para una campaña en el Este, la defensa de Silesia, la medieval matanza de los separatistas a golpes de porras y de hachas, la protesta contra las sanciones realizada con explosivos y con sangre, así como otras acciones en las que se revela la infalibilidad y la buena puntería de un instinto secretísimo, todas esas cosas son signos que se legan como piedras de toque a una historiografía futura.

La subdivisión de la autoridad conduce también, finalmente, a que de los medios organizativos que son peculiares de este siglo se sirvan también unas fuerzas elementales y completamente irresponsables en el sentido histórico. En este contexto hemos vivido cosas que no se tenían ya por posibles en la vieja, ilustrada Europa — incendios de iglesias y monasterios, progromos y luchas raciales, asesinatos de rehenes, bandas de ladrones en las pobladas áreas industriales, guerras de partisanos, combates de contrabandistas por tierra y por mar. Tales fenómenos son valorados correctamente tan sólo cuando se ve la estrecha relación que hay entre ellos y la realización del concepto burgués de libertad. Tales acontecimientos representan el modo y manera como la utopía de la seguridad burguesa se lleva a sí misma al absurdo.

Un ejemplo intuitivo de esas cosas nos lo ofrecen los sorprendentes resultados que podemos observar, sobre todo en Norteamérica, como consecuencia de las medidas prohibicionistas. La tentativa de desterrar de la vida la embriaguez representa una medida de seguridad que en el primer momento resulta completamente evidente y que había sido reclamada tempranamente por la literatura utópico-social. Pero muy pronto se pone de manifiesto que una eliminación aun del más bajo de los reinos elementales es algo que contradice a las tareas del Estado. Son éstas unas fuerzas que habrá que domeñar, pero cuya existencia no es posible negar. Si, con todo, se la niega, entonces el resultado es una seguridad engañosa, un espacio jurídico teórico por cuyas mallas hacen pasar los bajos fondos sus formaciones organizativas. Todas las tentativas que se hagan para reducir la esfera del Estado a una esfera moral fracasarán necesariamente, por la sencilla razón de que el Estado no pertenece a las magnitudes morales. Las posiciones que dentro del mundo elemental son evacuadas por el Estado pasan a ser ocupadas inmediatamente por unas fuerzas de índole diferente. Así, en Alemania se han

dado a conocer casos de canibalismo precisamente en el lapso de tiempo en el cual se hallaba en su punto más alto la ofensiva moral contra la pena de muerte. El poder ejecutivo tiene unas dimensiones constantes; lo único que cambia son los poderes que lo reclaman para sí.

Tampoco se trata, dentro de las situaciones del socialismo tardío, de unas situaciones propiamente estatales, se trata, antes bien, de la disgregación del Estado por la sociedad burguesa, la cual se define por las categorías de lo racional y de lo moral. Dado que aquí no se trata de leyes primordiales, sino de leyes del espíritu abstracto, todos los dominios que tratan de apoyarse en esas categorías muestran ser unos dominios aparentes en cuyos ámbitos se revela pronto el carácter utópico de la seguridad burguesa.

Nadie experimenta eso mejor que aquellas capas que no pueden prescindir de la protección. Por ello su participación en la disgregación de los órdenes antiguos ha sido uno de los errores funestos cometidos por el judaísmo liberal.

72

La situación de gran peligro que va implicada en una movilidad sin límites y que se vuelve cada vez más amenazadora a medida que la seguridad burguesa se revela utópica exige imperiosamente unas medidas diferentes de las que pueden tomarse prestadas del repertorio de la democracia liberal.

Es evidente que lo primero que aquí se hace visible es la solución de la restauración; y así no faltan esfuerzos que tienden a restablecer el Estado estamental o la monarquía constitucional. Es preciso saber, empero, que hay vínculos cuya vulnerabilidad es tan grande que, una vez que han quedado rotos, resulta imposible restablecerlos. Es indiscutible la situación de atomización — un terreno malo para que en él puedan adquirir realidad los recuerdos de unas formaciones históricas que crecieron de manera natural. Aquí se requieren unas acciones de una brutalidad tal que sólo pueden ejecutarse «en nombre del pueblo», pero nunca en nombre del rey. La situación sólo podrán dominarla unas fuerzas que hayan atravesado la zona de la destrucción y a las que se les haya otorgado en ella una legitimación de especie nueva.

Las fuerzas de esa índole se señalan por el hecho de que aplican en un sentido nuevo los principios que encuentran ante sí — por el hecho de que saben utilizarlos como magnitudes de trabajo. Su inesperada aparición pone en evidencia el error de cálcu-

lo que hay en la construcción de la sociedad burguesa — un error de cálculo que a lo que abocó fue a que resultara imprevisible que el pueblo pudiera tomar alguna vez una decisión en contra de la democracia.

Tal decisión —favorecida por el fracaso de los instrumentos del dominio burgués aparente— significa la formulación democrática de un acto antidemocrático, significa la autodisolución de las nociones tradicionales acerca de la legalidad. Tanto si se reconoce ese acto como si no se lo reconoce y se intenta, por ejemplo, gobernar contra la mayoría en el sentido de la tradición democrática: uno y el mismo es el resultado a que se llega en los hechos. Ese resultado aparece como el relevo de la democracia liberal o democracia de sociedad por la democracia de trabajo o democracia de Estado.

En el hecho de esa transición queda resuelta aquella discordancia que consiste, como vimos, en que por un lado nuestro tiempo empuja en todos sus pormenores hacia el dominio, mientras que por otro lado hoy menos que nunca puede hablarse de dominio real y efectivo. El mencionado relevo, que en unos casos se efectúa con una gran brutalidad y en otros, en una serie de pasos casi imperceptibles, es más significativo que una restauración porque hoy toda restauración se preocupa de conectar de alguna manera con una tradición de sociedad, mientras que en el relevo es la auténtica tradición de Estado lo que se retoma.

Desde este ángulo de visión la democracia de trabajo se halla emparentada más estrechamente con el Estado absoluto que con la democracia liberal, de la que parece brotar. Pero la democracia de trabajo es distinta del Estado absoluto por cuanto ella tiene a su disposición unas fuerzas que han sido movilizadas, que han sido alumbradas, por la acción de los principios universales.

El Estado absoluto fue creciendo en medio de un mundo de formas muy desarrollado y el núcleo de ese mundo siguió viviendo en él en la forma de los privilegios. La democracia de trabajo choca con los arruinados órdenes de la masa y del individuo y lo que encuentra no son unos vínculos auténticos, sino una gran cantidad de organizaciones. Es grande la diferencia que hay entre las múltiples fuerzas que confluyen el día de la coronación para prestar juramento de fidelidad, por un lado, y, por otro, los colaboradores con que se encuentra un moderno jefe de Estado a la mañana siguiente del plebiscito decisivo o del golpe de Estado. En el primer caso se trata de un mundo que dentro de sus confines y de sus órdenes es estable; en el segundo caso, de un mundo dinámico en el que la autoridad ha de afirmarse con medios elemen-

tales. Pero también aquí se trata de una legalidad histórica y no de ese fugaz relevo de potestades, dentro de un puro espacio elemental, que se efectúa en las repúblicas suramericanas.

La mayor libertad de la potestad dispositiva y la creciente interferencia del poder legislativo y el poder ejecutivo no dejan libre ningún espacio dentro del cual sean posibles fórmulas como: *Car tel est Notre plaisir.* Lo que las coarta es, más bien, una tarea completamente determinada, a saber: la tarea de la construcción orgánica del Estado. Tal construcción no es arbitraria; ni una utopía es capaz de realizarla ni un personaje o un grupo de personajes es capaz de otorgarle unos contenidos que no se le adecuen. La construcción orgánica del Estado viene definida por una metafísica del mundo de trabajo y resulta decisivo el grado en que la figura del trabajador logre expresarse en las fuerzas responsables, es decir, el grado en que esas fuerzas mantengan una relación con el carácter total de trabajo. Estamos asistiendo de este modo al espectáculo de unas dictaduras que, por así decirlo, se imponen a sí mismos los pueblos para que pueda darse la orden de hacer lo necesario — unas dictaduras en cuya manifestación fenoménica se transparenta un riguroso y sobrio estilo de trabajo. En esos fenómenos se encarna la ofensiva del tipo contra las valoraciones propias de la masa y del individuo — una ofensiva que pronto se revela dirigida tanto contra los órganos ya en decadencia del concepto burgués de libertad cuanto contra los partidos, los parlamentos, la prensa liberal y la libre empresa.

En el tránsito de la democracia liberal a la democracia de trabajo se efectúa la ruptura por la cual se pasa del trabajo como modo de vida al trabajo como estilo de vida. Por muy variados que sean los matices adoptados por esa transición — uno y el mismo es el sentido que tras ellos se encuentra, a saber: el comienzo del dominio del trabajador.

En los hechos es lo mismo que el tipo se revele súbitamente en un jefe de partido, en un ministro del gobierno, en un general, o que un partido, una liga de antiguos combatientes, una comunidad nacional-revolucionaria o social-revolucionaria, un ejército, un cuerpo de funcionarios comiencen a constituirse bajo la legalidad diferente y nueva de la construcción orgánica. También es lo mismo que la «toma del poder» se efectúe en las barricadas o que se efectúe en la forma de una sobria asunción de los asuntos ordinarios. Finalmente carece de relevancia que en este proceso la aclamación de la masa acontezca bajo la idea de una victoria de concepciones del mundo colectivistas o que la aclamación del individuo vea ahí el triunfo de la personalidad, el triunfo del «hombre fuerte».

Un síntoma de la necesidad de ese proceso es, antes bien, que se efectúa con la aprobación incluso de quienes lo sufren.

73

Podríamos inclinarnos a considerar la democracia de trabajo como una situación excepcional — como una de esas medidas de orden decisivas para las cuales estaba prevista, en la Roma republicana, la institución especial y temporal de la dictadura.

Se trata efectivamente de una situación excepcional, pero en modo alguno de una situación que pueda desembocar otra vez de alguna manera en el liberalismo. El relevo de la democracia liberal es definitivo; cada paso que lleva más allá de las formas en que tal relevo acontece puede ser buscado únicamente en un reforzamiento del carácter de trabajo. Las modificaciones que en el campo de fuerzas de la democracia de trabajo se producen en los hombres y en las cosas son tan tajantes que necesariamente ha de parecer imposible un regreso a la línea de partida.

El aludido proceso de destrucción merece en sí mismo una atención mucho menor que el centro a partir del cual acontece la destrucción. Antes hemos visto que tanto los sistemas dinámicos de pensamiento como también los efectos devastadores de la técnica han de ser considerados como armas de que se sirve la figura del trabajador para practicar la nivelación, sin que ella misma se halle sometida a esa nivelación. Esta circunstancia se refleja también en la complexión de los hombres con que nos encontramos en la zona de la destrucción. Lo que aquí se pone de manifiesto es que situaciones como la guerra, el paro, el automatismo incipiente, situaciones que imprimen el sello de lo absurdo a la existencia del individuo que se presenta aislado o *en masse*, al mismo tiempo se le brindan al tipo como manantiales de fuerza para una acción más intensa.

Conviene señalar aquí que la situación de paro no se da con referencia al tipo; ello es así porque para él el trabajo no pertenece al carácter empírico, sino al carácter inteligible. En el instante en que el tipo sale del proceso de producción el carácter total de trabajo se presenta en su apariencia en una forma especial modificada; por ejemplo, en la forma del armamento. Un grupo de esos parados en los que el tipo tiene sus representantes y a los que podemos observar, por ejemplo, en un campamento en el bosque, o en la práctica de un deporte, o en una célula de acción política, se distingue completamente por ello de esa estampa que tiene su

expresión en las masas en huelga de viejo estilo. Lo que aquí resalta es un carácter militante; y la situación de paro, si se la ve correctamente, ha de ser valorada como la formación de un ejército de reserva. Lo que ahí hay es una forma diferente de riqueza, que el pensamiento burgués es incapaz en todo caso de alumbrar. Millones de hombres sin ocupación — ese puro hecho es poder, es capital elemental. Y al trabajador se lo reconoce también en que es el único que posee la llave de ese capital.

Lo que aquí merece atención no es, por tanto, la decadencia irremediable en que se encuentran los órdenes de la masa. Tampoco es ese hecho el que crea unos órdenes nuevos; lo que él brinda a lo sumo son las ocasiones para la aparición de esos órdenes.

El paso decisivo en el giro hacia la democracia de trabajo consiste, antes bien, en que aquí el tipo activo efectúa ya el giro hacia el Estado. Aquí topamos con *partidos, movimientos* e instituciones que están entrando en la construcción orgánica — en una forma nueva de la unidad que nosotros hemos calificado también de Orden, en el sentido monástico o caballeresco de la palabra, y cuya característica consiste en que posee una relación cultual con la figura del trabajador.

Un movimiento de antiguos combatientes, un partido socialrevolucionario, un ejército, transfórmanse de esa manera en una nueva aristocracia que toma posesión de los medios espirituales y técnicos decisivos. Es evidente la diferencia que hay entre esas magnitudes y un partido de viejo estilo. En las primeras se trata de la cría y la selección, mientras que los afanes del partido se orientan a la formación de masa.

Significativo de la especificidad diferente, de la alteridad de la construcción orgánica es el hecho, que se reitera en todas partes, de que en un determinado instante «se cierran las listas» y se practican una y otra vez esas medidas de depuración que un partido, por su propia esencia, no es capaz de emprender. Esto conduce a una homogeneidad y a una fiabilidad tales de los efectivos que para ellas está capacitado, en la situación histórica en que nos encontramos, solamente el tipo, y ello es así porque es el único que tiene a su disposición unos vínculos que se adecuan a esa situación.

74

La pura presencia de tales vínculos, que garantizan el funcionamiento de la democracia de trabajo, constituye un hecho que no puede dejar de ejercer un influjo conformador también en el

conjunto de los efectivos humanos, y ello tanto más cuanto que no es la formación de una opinión o de una mayoría, sino la acción en sí misma la que efectúa la intervención decisiva.

También aquí podemos observar que ha sido la edad del liberalismo la que ha creado los presupuestos de tales acciones. El tipo se señala por ser él quien es capaz de aprovechar esos presupuestos en el sentido de una pura tecnicidad. Aquí hemos de recordar, de todas maneras, lo que dijimos antes al considerar la técnica, a saber: que solamente el tipo está llamado a semejante aprovechamiento, por ser el único que posee una relación metafísica, una relación «figural», con la técnica. Esto es lo que explica el hecho, que hoy puede observarse a menudo, de que una determinada medida se le malogre a la inteligencia burguesa, mientras que esa misma medida no representa la más mínima dificultad para el tipo.

Es, pues, completamente necesario liberarse de los prejuicios del maquiavelismo cuando afirmamos que el tipo contempla la opinión como un asunto técnico. El comportamiento que de ese conocimiento se deriva no compete en nuestro espacio a cualquier magnitud, sino que compete únicamente al tipo, al cual todos los instrumentos se le aparecerán necesariamente como instrumentos de trabajo, es decir: como utensilios propios de un sentimiento vital completamente determinado. De ahí que constituya una modificación no sólo en lo que respecta a la especie, sino también en lo que respecta al rango, el que el tipo transforme la opinión pública haciéndola pasar de ser un órgano del concepto burgués de libertad a ser una pura magnitud de trabajo. Esto es una manifestación especial del hecho, perteneciente a un orden superior, de que la técnica es el modo y manera como la figura del trabajador moviliza el mundo. También aquí el salto del comportamiento destructivo al comportamiento positivo hay que contemplarlo en el instante en que se hace visible el dominio.

Cabe mencionar aquí la transformación de los Parlamentos, que de ser órganos del concepto burgués de libertad e institutos de formación de la opinión pasan a ser magnitudes de trabajo; esa transformación equivale por su sentido a una transformación de órganos de sociedad en órganos de Estado. Cabe mencionar también el dominio que se efectúa en un espacio en el que ha adquirido un carácter muy unívoco no sólo el concepto de pueblo, sino también las alternativas que están en cuestión. Y cabe mencionar además la sustitución de la discusión social por la argumentación técnica, que corresponde a la sustitución de los funcionarios sociales por los funcionarios estatales.

De este contexto forma parte asimismo la desecación de esa ciénaga de la opinión pública en que se ha convertido la prensa liberal. También aquí hemos de ver que la tecnicidad es en sí misma mucho más digna de atención que el individuo que produce su opinión dentro de ella. La máquina que a través de sus turnos de trabajo va dando caza a esa opinión es muchísimo más limpia, y la precisión y la velocidad con que cualquier periódico de partido llega a sus lectores son mucho más significativas que todas las diferencias entre partidos que podamos excogitar. Esas cosas son poder, un poder ciertamente del que ningún uso sabe hacer el individuo burgués y del que, por falta de legitimación, se sirve como de un *perpetuum mobile* de la libertad de opinión.

Por fin comienza a verse que quienes aquí están entregados al trabajo son unos hombres muy iguales y que el proceso de las luchas de opinión ha de ser contemplado como un espectáculo representado por el individuo burgués, en el cual es él quien reparte los papeles. Todos esos sujetos son radicales, es decir, aburridos, y su modo común de alimentarse consiste, sin distinción ninguna, en amonedar los hechos y convertirlos en opiniones. Su estilo común ha de ser definido como un simplón grito de júbilo provocado por un punto de vista cualquiera, por una perspectiva cualquiera, que es peculiar únicamente de ellos — es decir, como el sentimiento de la vivencia única en su forma más barata.

Lo que en páginas anteriores se dijo del teatro cabe decirlo también de los periódicos; resulta cada vez más difícil separar los elementos de que se componen, separar el texto de los anuncios, separar la crítica de las noticias, separar la parte política del folletón. Todas las cosas son aquí individuales en grado sumo y en grado sumo están también todas ellas destinadas al consumo de la masa.

La independencia invocada por la prensa es en todas partes de una y la misma naturaleza, sea cual sea el sitio en que topemos con esa invocación. Es una independencia que consiste en la independencia del individuo burgués con respecto al Estado. La frase que dice que la prensa es una nueva gran potencia es una frase que pertenece a las maneras de hablar del siglo XIX. Y en correspondencia con eso surgen aquellos grandes *affaires* en los que el periodista consigue llevar con éxito al Estado ante el tribunal de la razón y de la virtud, es decir, en este caso, ante el tribunal de la verdad y de la justicia. También aquí encontramos un hábil ataque que se disfraza de defensa; y el Estado liberal aparente sucumbe con una seguridad tanto mayor a ese ataque cuanto que éste se efectúa ante el tribunal de sus propios principios fundamentales.

No estaría completo el cuadro si al mismo tiempo no viésemos la relación que hay entre la libre opinión y los intereses. Son bien conocidas las relaciones existentes entre esa especie de independencia y el soborno; en sus consecuencias últimas tales relaciones pueden llevar hasta la subvención espiritual y material por parte de países extranjeros.

La ofensiva contra la independencia de la prensa es una forma especial de la ofensiva contra el individuo burgués. De ahí que quienes pueden llevar a cabo aquella ofensiva no son los partidos, sino unos hombres nuevos que han ido perdiendo el gusto por esa especie de independencia. Es preciso tener claro, sin embargo, que la censura es un medio insuficiente; más aún, ella es capaz de provocar un refinamiento y una creciente malignidad del estilo individualista. El tipo tiene a su disposición, sin embargo, unos medios más amplios que aquellos con que el Estado absoluto intentó defenderse cuando ya había pasado su tiempo. Lo que al tipo le favorece es, mucho más que el hecho de que él sea capaz de posesionarse de los grandes medios de información, el hecho de que el estilo con que se manifiesta la opinión individual esté comenzando a volverse aburrido y rancio. Si uno abre por cualquier página una colección cualquiera de periódicos del año 1830 se queda asombrado de la cantidad incomparablemente mayor de sustancia que había en la manifestación de la opiniones cotidianas; en aquellos artículos está vivo todavía algo del artesanado antiguo.

Hay en este contexto dos cosas instructivas. De un lado, la decadencia del editorial y de la crítica; de otro, el creciente interés por todas aquellas secciones, como, por ejemplo, la de deportes, en las que desempeñan un papel mucho menor las diferencias de opinión entre los individuos — y el creciente interés también por los reportajes fotográficos. Es un interés que se dirige ya al empleo de esos medios que son especialmente peculiares del tipo.

Hay la esperanza de que se emplee ese lenguaje preciso, unívoco, ese estilo matemático de hechos, que resulta adecuado al siglo XX. En este espacio el periodista aparece como el portador del carácter especial de trabajo, cuyas tareas son determinadas y delimitadas por el carácter total de trabajo y, por tanto, por el Estado, que es el representante de tal carácter. Los símbolos dentro de este espacio unívoco son de naturaleza objetiva y en él la opinión pública no es ya la opinión de una masa compuesta de individuos, sino el sentimiento vital de un mundo muy cerrado en sí mismo, muy homogéneo. Lo que aquí cautiva la atención no es

tanto el punto de vista del observador cuanto la cosa misma o el acontecimiento mismo; en correspondencia con eso, lo que se demanda de la información es que comunique el sentimiento de la presencialidad temporal y espacial inmediata.

Aquí la conciencia moral del periodista está referida a un máximo de exactitud descriptiva; esa conciencia ha de acreditarse por una precisión de estilo en la que encuentre su expresión el hecho de que detrás de la pretensión de producir un trabajo espiritual hay algo más que una mera forma de hablar. Como ya dijimos, el proceso decisivo consiste también aquí en que el tipo releva al individuo burgués. Así como era completamente indiferente que el individuo en cuanto ejemplar único adoptase unos gestos conservadores o unos gestos revolucionarios, así hay en la pura aparición del tipo, sea cual sea el área en que acontezca, una confirmación del mundo de trabajo.

Esa aparición coincide con una situación especial de los medios técnicos, que únicamente a él le resultan adecuados. Unicamente para el tipo posee el acto de servirse de esos medios el sentido de un acto de dominio. De igual modo que el periodista se transforma y de ser un individuo burgués pasa a ser un tipo, también la prensa se transforma y de ser un órgano de la libertad de opinión pasa a ser el órgano de un mundo unívoco y riguroso de trabajo.

Esto es algo que está apuntando ya en la manera modificada como hoy lee la gente los periódicos. El periódico no tiene ya un círculo de lectores en el viejo sentido; y de la modificación de su público puede decirse lo mismo que páginas atrás dijimos sobre el público del teatro y del cine. Tampoco es posible ya armonizar el acto de leer con el concepto de ocio; el acto de leer se presenta, antes bien, con los rasgos distintivos del carácter especial de trabajo. Esto es algo que se vuelve muy claro en aquellos sitios donde se tiene ocasión de observar al lector, es decir, sobre todo en los transportes públicos; el mero hecho de utilizar éstos es ya, por cierto, un acto de trabajo. En la mencionada observación comprobaremos una atmósfera despierta y a la vez instintiva; a ella se adecua un servicio informativo de una precisión y rapidez extremas. Lo que aquí quiere sentir la gente es la impresión de que el mundo está modificándose mientras ella lee; pero esa modificación es a la vez constante, en el sentido de la monótona alternancia de las señales multicolores a cuyo lado pasa volando. Son noticias dentro de un espacio en que el acontecer se señala por una presencialidad que afecta a cada uno de los átomos con la velocidad de una corriente eléctrica. Es evidente que aquí todo lo

individual tiene que ser sentido como absurdo, y eso cada vez más. También cabe suponer que la pluralidad de los órganos se fusiona, al menos en la medida en que esa pluralidad se basa en las diferencias entre las diversas partes o entre la ciudad y el campo.

Aquí hemos de hacer todavía, cuando menos, una alusión a lo siguiente: la receptividad espiritual del tipo pasivo, que es quien constituye la auténtica capa de lectores, está acercándose muy rápidamente a una complexión tal que ante ella fracasan sin remedio todas las actuaciones de la inteligencia liberal. Al tipo pasivo lo aburren extraordinariamente todos los planteamientos culturales, psicológicos y sociales de los problemas; tampoco percibe ya para nada el refinamiento de los medios esteticistas. El intelecto de ese tipo (un tipo que está comenzando a brotar unitariamente de todas las capas de la vieja sociedad y que a cada día que pasa sale a nuestro encuentro con mayor frecuencia) capta de una manera muy penetrante y fiable los pormenores técnicos más refinados, pero, en cambio, se muestra indiferente frente a todas las especies de entretenimiento que le hacen preciosa la vida al individuo. Es ésta una modificación del intelecto que corresponde al paisaje modificado dentro del cual lo único que todavía el ideal burgués de la cultura consigue provocar es una intensificación inaudita de los sufrimientos. De ahí que a veces casi nos sintamos inclinados a compadecernos de esas inteligencias a las que les resulta cada vez más penoso producir la vivencia única, cuando pensamos que semejante producción es percibida en este espacio, en el mejor de los casos, como una especie de sentimental solo de saxofón.

Todas estas circunstancias aparecen ya de un modo mucho más claro en lo que respecta a los medios típicos de información que han de ser considerados como los medios propios del siglo XX, a saber, la radio y el cine. No hay cosa más divertida que los intentos que realizan ciertos monigotes para someter a los criterios de un concepto liberalista de cultura unos medios tan unívocos, tan concretos, como los indicados, que están destinados a unas tareas completamente diferentes — esos monigotes, que se tienen por críticos de la cultura, no son otra cosa que los maquilladores de la civilización. Resulta evidente ya en una consideración superficial de esos medios que no pueden ser órganos de la libertad de opinión en el viejo sentido. Todo lo que en ellos es mera opinión se revela, por el contrario, inesencial en grado sumo. De ahí que esos medios sean inapropiados para desempeñar el papel de instrumentos de un partido, de igual modo que son incapaces de otorgar resonancia al individuo. El mero hecho de la voz artifi-

cial y de la fijación por el rayo de luz destruye ya el *medium* en que el individuo es capaz de operar. Aquí solamente puede operar el tipo, porque él es el único que posee una relación con la metafísica de esos medios. Si aquí se produce en medida creciente una valoración de la pura tecnicidad, de lo que en el fondo se trata es del grado en que se ha conseguido dominar ya un lenguaje de índole diferente. El juicio que dice que una película es «buena» o es «mala» no se basa ni en presupuestos morales ni en presupuestos relacionados con las concepciones del mundo o con las mentalidades. Antes bien, lo único que aquí se aprecia, y da igual que se trate de una historia de amor o de una película policiaca o de propaganda bolchevique, es el grado en que se ha conseguido dominar los medios típicos. Pero ese dominio es una legitimación revolucionaria — o sea: es una representación de la figura del trabajador por aquellos medios con los que esa figura moviliza el mundo.

Son éstos unos órganos que están empezando a crearse a sí mismos una voluntad de índole diferente. En este espacio los átomos no están dispuestos en aquella anarquía latente que es el presupuesto de la libertad de opinión y que a la postre ha conducido a unas situaciones en las que el efecto de esa opinión se anula a sí mismo porque la desconfianza universal se ha vuelto mayor que la receptividad. La gente se ha habituado a acoger ya cada noticia bajo el presupuesto del desmentido que la seguirá. Hemos alcanzado una inflación tal de la libertad de opinión que en ella la opinión está desvalorizada ya antes de que haya podido ser impresa. Así, pues, la disposición de los átomos adopta, antes bien, esa univocidad que domina en un campo de fuerzas electromagnético. El espacio es una unidad cerrada y existe un instinto muy agudo para las cosas que uno quiere saber y para aquellas otras que no quiere saber.

Por cierto que sería un eror el suponer que aquí se trata sencillamente de un reforzamiento de la centralización, en el sentido, por ejemplo, en que el personaje absoluto solía convertirse en el centro de las cosas. En el espacio total no hay en este sentido un punto central, no hay una Residencia ni del príncipe ni de la opinión pública, de igual manera que en él ha dejado de tener importancia la diferencia entre la ciudad y el campo. Antes al contrario, en el espacio total todos los puntos poseen simultáneamente el significado potencial de puntos centrales. Tiene en sí algo de angustiante, y se parece a los silenciosos encendidos repentinos de las lámparas de señales, el hecho de que súbitamente un sector cualquiera de ese espacio —bien una provincia amenazada, o

bien un gran proceso judicial, o bien un acontecimiento deportivo, o una catástrofe natural, o la cabina de un avión que realiza un vuelo transoceánico— se convierta en el centro de la percepción y, con ello, de la acción, y en torno a él se forme un denso anillo de ojos y oídos artificiales. El proceso posee aquí algo muy objetivo, algo muy necesario, y sus movimientos se asemejan a los que son comprobados por el investigador con la ayuda de un telescopio o de un microscopio. De ahí que no sin razón recorriese el mundo entero un escalofrío de espanto cuando en el año 1932 se supo que la emisora de Manchuria había instalado un servicio directo de información en el propio campo de batalla. También cuando se contemplan esos noticiarios políticos que forman parte de las tareas informativas del cine se hace evidente el modo en que aquí está comenzando a desarrollarse una manera diferente de entenderse, una manera diferente de leer. La botadura de un barco, un accidente en una mina, una carrera de automóviles, una conferencia diplomática, una fiesta infantil, la ascensión y la caída de las granadas en un desolado rincón cualquiera de la Tierra, la alternancia de voces jubilosas, amables, excitadas, desesperadas — todas esas cosas son captadas y reflejadas por un *medium* de una precisión implacable, representan un corte que permite ver el conjunto de las relaciones humanas en un nivel modificado.

Es incuestionable que la opinión pública aparece aquí necesariamente como una magnitud completamente modificada. La opinión pública sanciona justo las áreas decisivas y lo hace en tal grado que no resultan ya visibles como objetos para la libre opinión. Las modificaciones que están produciéndose en el paisaje inducen a error y hacen olvidar que lo que aquí está a disposición de nuestra observación es solamente *una* ventana, un único pormenor.

Tampoco aquí cabe pasar por alto que, por un lado, el individuo sigue intentando servirse hoy de los medios en un sentido que no es adecuado a su esencia y que, por otro, la creciente perfección de los medios pone al descubierto esa esencia de un modo cada vez más claro. No se trata aquí de medios de diversión — e incluso en los sitios en que se da esa apariencia conviene tener en cuenta que la diversión, la organización de los grandes juegos, está comenzando a revelarse cada vez más claramente como una tarea pública y, por tanto, como una función del carácter total de trabajo.

El sentido del proceso decisivo hay que verlo como una transformación de instrumentos de sociedad en instrumentos de Estado, servidos por el tipo activo en cuanto portador del Estado. En

un espacio muy cerrado en sí mismo, muy controlable, en el que son crecientes la simultaneidad, la univocidad y la objetividad de la vivencia, la opinión pública aparece como una magnitud modificada, igual que aparecen modificados los hombres decisivos; éstos no poseen ya ninguna relación con la libertad de opinión, pues se señalan por su carácter de raza. Como hemos dicho antes, la actividad de esos hombres se destaca también necesariamente en el conjunto de los humanos.

Ya hoy puede vislumbrarse que aquí está produciéndose una suerte de impronta que la libertad de opinión nunca fue capaz de provocar, una impronta que se extiende hasta la expresión del rostro y hasta el sonido de la voz.

El relevo de los contratos sociales por el plan de trabajo

75

Lo que en páginas anteriores se dijo de la censura, que es un medio insuficiente, eso mismo puede afirmarse también del comportamiento del tipo. El tipo no es superior a los órdenes de la democracia liberal de los que surge porque «tome el poder», sino que lo es porque dispone de un estilo nuevo, es decir, porque es representante de poder.

Por esta razón la democracia de trabajo no ha de ser confundida con una dictadura, y ello ni siquiera en aquellos sitios donde se ha renunciado al empleo de medios plebiscitarios. Como portador de una potestad puramente dictatorial cabe imaginar cualquier poder, mientras que el tipo es el único que puede hacer realidad la democracia de trabajo. El tipo no puede recurrir tampoco a medidas cualesquiera — no puede, por ejemplo, reinstaurar una monarquía, como tampoco puede establecer una pura economía agraria ni apoyarse en un dominio militar de clase. Los medios y tareas del mundo de trabajo restringen la gran capacidad de choque que está a su disposición.

Al comparar la entrada del burgués y la entrada del trabajador en el espacio histórico, se tropieza en ambos casos con la legitimación de los medios de destrucción; los efectos producidos por éstos fueron los que prepararon y posibilitaron esa entrada. Para el burgués esos medios consisten en los juegos del espíritu abstracto, el cual opera con los conceptos de razón y de virtud. Aunque en las cortes de los príncipes y en los salones de la aristocracia se habla ese lenguaje no menos que en los cafés, es, sin embargo, el burgués el único que sabe manejarlo sin autodestruirse y el que, convirtiéndolo en el fundamento de sus contratos sociales, lo eleva al rango de lenguaje de la ley.

Sería un error el suponer que, para el trabajador, los medios de destrucción correspondientes hayan de ser buscados en las grandes teorías sociales y económicas. Antes por el contrario, ya

hemos expuesto que lo único que en ellas cabe ver es una continuación del trabajo de la razón burguesa. Más que con el redescubrimiento del ser humano en el siglo XVIII, tales teorías son parangonables con el racionalismo de los aristócratas, con ese racionalismo mediante el cual la capa contra la que el citado descubrimiento iba dirigido se descompuso simultáneamente a sí misma.

Esa autodescomposición de la vieja sociedad favorece de todas maneras al burgués, de igual manera que la descomposicón de la sociedad burguesa favorece más tarde al trabajador. Si en eso quiere verse un arma, puede admitirse, de acuerdo con el axioma que dice que es ventajoso todo aquello que daña al adversario. El procedimiento empleado no avanza ciertamente de la zona de la destrucción a la zona del dominio. Los principios que se encuentran en la base de tal comportamiento, como, por ejemplo, el principio de la igualdad o el principio de la división, son meramente de índole niveladora; se refieren a la sociedad dada.

Los medios revolucionarios que el trabajador legitima son mucho más significativos que unos medios abstracto-espirituales: son medios de índole objetiva. La tarea del trabajador consiste en legitimar los medios técnicos que han movilizado el mundo, es decir, que lo han colocado en una situación de movimiento ilimitado. La pura presencia de esos medios se opone cada vez más al concepto burgués de libertad y a las formas de vida que se adecuan a ese concepto; demanda que se los domeñe mediante una fuerza que esté a la altura de su lenguaje. Aquí nos las habemos con una de esas grandes revoluciones materiales que coinciden con la aparición de unas razas que tienen a su disposición la magia de unos medios nuevos, como el bronce, el hierro, el caballo, la vela. De igual modo que es el caballero quien da su significado al caballo, y es el herrero el que se lo da al hierro, y es «el pecho tres veces armado de bronce» el que se lo da al barco, así también el sentido, la metafísica, del instrumental técnico queda al descubierto tan sólo cuando aparece la raza del trabajador, que es la magnitud que a ese instrumental le está asignada.

A la diferencia de los medios empleados corresponde la diferencia en la instalación y en la toma de posesión del mundo conquistado. Para el burgués ese proceso se efectúa en la construcción espiritual de constituciones en la que aquella misma razón que causó la destrucción de la vieja sociedad aparece como el cimiento y el metro fundamental de una nueva sociedad. Para el trabajador la tarea correspondiente se presenta como la construcción orgánica de esas medidas y energías que dejó tras de sí el proceso de descomposición de la sociedad burguesa y que están

entregadas a un movimiento sin orillas. El marco en que está encerrada la libertad de acción no es ya aquí la constitución burguesa, sino el plan de trabajo. Así como lo primero que el burgués encuentra ante sí como campo de su actividad es el Estado absoluto, así los primeros movimientos del trabajador se efectúan dentro de los límites de la democracia nacional, cuyos medios es preciso arrancar de las manos a los portadores de la sociedad burguesa, es decir, al individuo y a la masa.

Por lo que se refiere a las circunstancias con que tropiezan unos hombres decididos a ejecutar grandes planes, son favorables, y lo son porque la disolución, llevada a cabo por el concepto burgués de libertad, de todos los vínculos crecidos de manera natural, ha creado una situación de nivelación que permite trazar las nuevas plantas de manera transversal a los órdenes antiguos. La disolución de los viejos valores ha producido una situación en la que la intervención audaz tropieza con un mínimo de resistencia. En todos los puntos donde el mundo está sufriendo, ha llegado a un estado tal que el único medio que la gente siente como posible es el bisturí del médico.

Ese plan que aparece dentro de la democracia de trabajo, es decir, dentro de una situación de transición, se acredita por unas características de clausura, flexibilidad y armamento. Tales características, lo mismo que la propia palabra «plan», confirman que aquí no puede tratarse de unas medidas definitivas. El paisaje planificado se diferencia, sin embargo, del puro paisaje de talleres por poseer unas metas claramente determinadas. Le falta el aspecto de una evolución sin límites y le falta también ese carácter de *perpetuum mobile* político que constantemente es puesto otra vez en marcha por el contrapeso de la oposición.

De igual manera que una oposición de esa especie no puede favorecer los movimientos de un navío de guerra, así aquí tal oposición carece de sentido. En los movimientos políticos del siglo XIX se repite sin cesar, bien que legitimada por la constitución, la revolución de la razón. Dentro del paisaje planificado esa especie de continuación del movimiento por rotación se presenta como un derroche. Aquí la marcha se produce en una serie de etapas que es preciso alcanzar en unos tiempos calculados como por un Estado Mayor. Así como los medios que el trabajador legitima no tienen un carácter de mentalidad, sino un carácter de objeto, así las tareas que aparecen dentro del plan son reconocibles porque pueden ser precisadas a la manera de cifras. Estas tareas no brotan ya de la discusión de las opiniones, sino del proyecto de lo que ha de hacerse. La unidad de un trabajo que no pertenece ni al

individuo ni a la masa, el plan la hace visible de una manera tal que es posible leerla como en relojes.

Si se ha conseguido hacer lo que ha de hacerse, eso sí es posible controlarlo; resulta imposible controlar, en cambio, si un abogado cumple realmente las palabras liberales con que se ganó a la opinión pública.

76

El plan es un plan concluso y lo es porque el trabajador encuentra ante sí, como el campo dado de su actividad, las estructuras estatales, es decir, la democracia nacional y el imperio colonial.

Dentro de la sociedad de Estados formada de acuerdo con conceptos liberales, el fenómeno novedoso de la democracia de trabajo desempeña un papel semejante al que dentro de la democracia liberal desempeña la construcción orgánica del tipo. Así como el tipo lo primero que pretende es formar un Estado dentro de un Estado, así la democracia de trabajo intenta sustraerse a las reglas de juego que se hallan vigentes en el espacio de la política liberal; ejemplos de esas reglas de juego son el libre comercio, las decisiones tomadas por mayoría en las conferencias, las determinaciones internacionales del cambio de moneda basadas en unos criterios anticuados, la argumentación humanitaria, y, naturalmente, también la herencia de contratos y obligaciones dejada por la democracia liberal.

Tales esfuerzos tienen como resultado una situación de estrangulamiento que no sólo parece contradecir a la afirmación de que la figura del trabajador posee una validez planetaria, sino que también puede ser concebida como un paso atrás, como una regresión, si se la compara con las formas de trato usuales en las democracias liberales.

De hecho hoy el acto de atravesar cualquier frontera le recordaría a Ahasvero las medidas del Estado absoluto más bien que las medidas de la democracia liberal. Así, la rigurosa vigilancia de las personas, de los bienes, de las noticias, de las divisas, trae a la memoria la praxis del sistema mercantil, o ese método de pasaportes que antes de la guerra del 14 podía encontrarse ya únicamente en la Rusia de los zares.

Es evidente que todas esas barreras a la importación y a la inmigración, lo mismo que el afán de no depender de las divisas internacionales, no son compatibilizables con las leyes del pensamiento liberal. Mucho más notable es, sin embargo, el hecho

de que esa creciente tendencia a la autarquía esté en contradicción también con la naturaleza de los medios de que dispone el trabajador.

Esa contradicción queda resuelta cuando se repara en que la aparente regresión que aquí se efectúa ha de juzgarse como esa especie de paso atrás que suele proceder al salto hacia adelante. De ese modo se explican medidas que en sí no son adecuadas al carácter de trabajo, como, por ejemplo, el cultivo artificial de ciertas ramas del comercio, de la industria y de la agricultura, o la construcción antieconómica de flotas aéreas y marítimas, o la producción de bienes cuya fabricación es más costosa que su compra, o la exportación de otros bienes según las formas de la competencia, formas que están anticuadas y que contradicen a la esencia del plan.

Estas tentativas de hacer realidad en un espacio restringido una actitud vital total conducen a una especie de economía de estado de sitio; su aspecto no resulta menos asombroso que el de aquellos numerosos ejércitos permanentes, estacionados en unos territorios pequeños y contiguos, que podía ver el viajero del siglo XVIII. De igual manera que entonces era posible encontrar por doquier una Residencia, un paisaje de parque y una fuerte guarnición, así hoy se comprobará que ningún Estado quiere renunciar a una sola de las señas especiales del carácter total de trabajo. Y de igual manera que entonces la gente, para imitar a los grandes modelos, sobrepasaba la medida de sus fuerzas, también hoy está ocurriendo eso. Aviones, aeronaves, vapores de turbina, presas, ciudades mecanizadas, ejércitos motorizados, ésas son las cosas que forman la representación del dominio del trabajador; y la invitación a visitar esas instalaciones corresponde a la invitación a asistir a la ópera italiana que el viajero distinguido recibía del príncipe absoluto.

Intercalemos aquí la observación de que el trabajador posee sobre el confort que ofrece a su visitante una superioridad que resultaba inimaginable en el espacio del pensamiento burgués, es decir: hasta hace muy poco. Es ésa una superioridad parecida a la que posee sobre el pasajero que viaja en primera clase* el piloto de avión condecorado con la orden *Pour le mérite*. Tal vez sea ésta también la ocasión de decir una palabra sobre la cuestión de la propiedad privada; dentro de una investigación sobre el trabajador esa cuestión es mucho menos merecedora de atención de lo que puede parecer en el estado actual de la ideología. Una de las

* Cuyo billete de vuelo está subvencionado por el Estado.

características del estilo de pensar liberal es que tanto los ataques contra la propiedad como sus justificaciones se efectúan sobre una base ética. En el mundo de trabajo, sin embargo, no se trata de si el hecho de la propiedad es moral o es inmoral, sino sencillamente de si cabe integrar ese hecho en el plan de trabajo. La propiedad no es aquí un asunto de moral, sino un asunto de trabajo; y es posible que se la integre en un paisaje planificado, de igual modo que es integrado un bosque o un río en un paisaje de parque. Mucho más importante que el acercamiento a cualquier precio a una dogmática teórico-social es el modo en que el Estado instala y abarca la propiedad como un hecho subordinado. Una de las características de la revolución *sans phrase* es que perdura el sentimiento de propiedad, especialmente por lo que respecta a la posesión de inmuebles y de tierras, aunque se haya modificado fundamentalmente la situación de conjunto en que la propiedad tiene su sitio. El grado en que se logra el dominio del trabajador no es algo que se reconozca en que «ya no hay propiedad», sino en que también ella misma se revele como uno de los caracteres especiales de trabajo. Ese es el modo mejor de sustraerla a la iniciativa liberal. La valoración de la propiedad se produce aquí de acuerdo con la medida en que sea capaz de contribuir a hacer realidad la movilización total. Es obvia la importancia especial que tiene el que la persona singular pueda acceder a los medios de transporte y de información. Esta es una de las maneras en que empalma «voluntariamente» con la red de trabajo. Por cierto que nueve de cada diez cosas de que dispone el hombre moderno dejan enseguida de tener valor si se hace abstracción de la existencia del Estado. Esto rige sobre todo para el creciente número de cosas que no pueden prescindir de estar empalmadas con otras. Aquí se revela en especial una relación estrecha y peculiar de la electricidad con el Estado y con una nueva economía estatal. Un viejo lansquenete que hubiera tomado parte en el *Sacco de Roma* se quedaría asombrado de la poquísimas cosas que en nuestras grandes ciudades pueden ser objeto de saqueo.

El carácter concluso del paisaje planificado produce una serie de modelos de Estado cuyas señas esenciales permiten reconocer, aunque difieran por su procedencia histórica y por su particular situación espacial, el estrecho parentesco que entre ellos hay.

El número de esas unidades no es arbitrario; hay unos factores determinados que lo restringen. No menos importante que la ventaja de las fronteras geográficas, que la ventaja, por ejemplo, de la situación insular, es el disponer de la fuentes de la riqueza natural, como los minerales, el carbón, el petróleo, la energía hi-

dráulica. Pero lo que sobre todo resulta decisivo es la demostración de si está acuñada de un modo suficientemente fuerte la raza activa, en la cual tiene su representante la figura del trabajador.

Esa demostración desemboca en el mundo de los hechos; se la reconoce en la capacidad para realizar grandes viajes por mar y por aire, para fabricar medios de producción, para armarse al máximo. De ello forma parte también la capacidad para equiparse con instrumentos ópticos muy agudos, para hacer visibles las cosas muy lejanas y muy escondidas, para diferenciar los sonidos y los colores, para pesar y medir pesos atómicos y velocidades de la luz — éstas son las áreas en que está comenzando a hacerse cada vez más claro un peculiar carácter de tabú de la técnica. Sobran los dedos de una sola mano para contar el número de Estados que son capaces de construir grandes barcos, los cuales se cuentan entre los símbolos más convincentes de la aptitud para formar Estados, y también sobran para contar los Estados que tienen a su disposición en todo momento esos cien mil hombres que son los señores y los dueños de los medios técnicos y en los cuales se encarna la más alta fuerza de combate que la Tierra ha visto hasta ahora.

Irá observándose con una claridad cada vez mayor que la mera existencia de la democracia de trabajo y la obligación de adaptarse a las formas de la movilización total comportan para los Estados de segundo o tercer orden unas cargas desproporcionadas. De hecho estamos viendo cómo desaparecen sin remedio las islas no sólo de un determinado bienestar, sino también las islas de una libertad y una cultura* que aún continúan vinculadas de alguna manera al mundo del personaje; y hay hoy muchas plazas en Europa que traen a la memoria el aspecto de los palacios de Venecia. Aquí la capacidad para clausurar de un modo real y efectivo el paisaje planificado encuentra tantas dificultades como el mantenimiento de la neutralidad durante la guerra del catorce. De todas maneras también hay aquí trabajos planificados importantes en los cuales puede descubrirse al mismo tiempo un cierto carácter de neutralidad — mencionemos la desecación del Zuiderzee, que es uno de los ejemplos más significativos de nuestro tiempo.

Esa misma restricción rige para los paisajes en los que se ha reconocido la necesidad de la «apropiación de la técnica de las máquinas», sin que en ellos esté ya presente con suficiente fuerza el tipo activo. El sentido del proceso revolucionario que aquí está

* Y también desaparecen, ciertamente, las islas del literato, del político y del catedrático burgués en sus ejemplares más rancios.

desarrollándose es el de una sumisión voluntaria a la figura del trabajador. Que aquí no se sobrepasa el nivel pasivo, eso es algo que apunta concretamente en la forzosidad de importar no sólo los grandes medios, sino también el tipo activo que vigile su funcionamiento.

La prueba decisiva del grado de autarquía real y efectiva que un poder es capaz de alcanzar está reservada a la guerra; en ella se hace visible muy pronto la diferencia que hay entre la movilización total y una mera tecnificación. Con todo, ya antes hemos señalado que aquí no está excluida la posibilidad de sorpresas. En general es preciso guardarse bien de ver ese proceso en el espejo de unas valoraciones propias puramente de los Estados nacionales. Puesto que el espacio que le está adjudicado a la figura del trabajador posee una extensión planetaria, merece ser saludado el hecho de que amplias áreas de ese espacio estén siendo convertidas en áreas directivas, sea cual sea el sitio donde tal cosa acontezca.

El ataque que dentro de las naciones se dirige contra las clases y los estamentos, contra las masas y los individuos, se dirige también contra las propias naciones por cuanto están formadas según modelos individuales, según modelos «burgueses», según modelos «franceses». El carácter cerrado, como de fortaleza, que el plan otorga al espacio que encuentra ante sí, y aun el incremento mismo del nacionalismo, son cosas que hay que concebir como una medida de concentración cuya energía sobrepasa las necesidades que tiene la nación.

De ahí que la idea de una *société des nations* como organización mundial perteneciente a un orden superior forme parte de la imagen de la sociedad que tenía el siglo XIX. Una clasificación y subordinación de los paisajes planificados es algo que está reservado más bien a un plan estatal de rango imperial.

77

La decadencia de los órdenes liberales hace más necesaria todavía la flexibilidad que también ha de exigirse al plan. Esa decadencia, que, contemplada desde el punto de vista burgués, se presenta como pérdida de la seguridad y como imposibilidad de salvaguardar el antiguo concepto de libertad, ha producido unas situaciones que son mucho más amenazadoras que las de una crisis pasajera.

La guerra del catorce, que trazó una raya conclusiva por de-

bajo de esos órdenes, ha dejado tras de sí, sobre todo en Alemania, unas circunstancias que son diferentes de las que tras sí dejó, por ejemplo, la guerra de los Treinta Años, después de la cual los esfuerzos se orientaron a criar nuevas fuerzas de trabajo y a repoblar amplios territorios. La edad de la libre circulación de las personas y de la explotación desconsiderada de la prosperidad ha hacinado, en un reparto muy inorgánico, unas masas humanas que, puramente por su condición de masa, se encuentran sometidas a unos peligros especiales cada vez que se modifica la situación. Todos los movimientos se propagan sin encontrar resistencia y la crisis adquiere muy fácilmente el rostro de una catástrofe. A ello se añade la variabilidad de los medios, la cual hace inciertos todos los cálculos a largo plazo, bien porque las circunstancias dentro de los países cambien con mucha rapidez, bien porque se alteren las relaciones económicas y políticas entre los países. No hay nada que esté más desamparado y que sea más impotente frente a esos fenómenos que la masa de viejo estilo, la cual es alcanzada como por proyectiles invisibles y va cayendo en las redes de una agitación tras otra.

Es engañosa la creencia de que tales situaciones pasan como fugaces zonas de bajas presiones sobre el paisaje. Los viejos órdenes carecen de fuerza de resistencia y en ellos se encuentra a los seres humanos únicamente como sufrientes y pasivos. Tanto las masas como las constituciones que las masas se han otorgado son demasiado torpes como para ejecutar los movimientos con esa rapidez y seguridad que se requieren en una situación peligrosa. La masa no es ya la magnitud que produce el buen o el mal tiempo, sino que es ella misma la que sobre todo está expuesta a los temporales. De ahí que carezca de significación el lenguaje de la agitación, con sus tempestades artificiales; ese lenguaje ha de dejar paso a un lenguaje de mando como el que puede oírse en los puentes de mando de los navíos. Ciertamente esto presupone que la masa haya sido llevada a esa situación en la que habite la flexibilidad funcional necesaria para ejecutar tales movimientos — es decir, que haya sido transformada en una construcción orgánica. Por un lado, a las medidas que para esto se requieren les otorgan su peso los temibles medios que están a disposición de la autoridad real y efectiva, esto es, de la representación legítima de la figura del trabajador; por otro lado, esas medidas —y esto es mucho más importante— son apoyadas por la nueva idea que el ser humano está formándose de la felicidad, la cual no es vista ya en el despliegue de la existencia individual.

Esta disminución de la resistencia interior, es decir, en el fon-

do, de la libertad burguesa, debida a la cristalización de la posición de los átomos, liberará energías de las que aún no podemos formarnos hoy una noción exacta.

De igual manera que aquí se gana energía con la eliminación de las resistencias, así constituye una piedra de toque decisiva el que la variabilidad de los medios pueda transformarse y de ser una amenaza pase a ser una fuente nueva de fuerza. Esto puede reconocerse en la circunstancia de que esa variabilidad no sea capaz de poner trabas a un plan superior, sino que, al contrario, el plan mismo esté en condiciones de dirigirla e integrarla orgánicamente en sí mismo. Hemos visto cómo, dentro del puro paisaje de talleres, el ser humano estaba sometido a esa variabilidad de los medios hasta un grado tal que posibilitaba teorías que lo hacían aparecer a él mismo como una especie de producto industrial. Ya el paisaje bélico ofrece, en cambio, la imagen de una elevada clausura y de una capacidad productiva a las que da alas la necesidad. En ese paisaje, al contemplar, por ejemplo, la febril producción de máquinas de combate o la sustitución artificial de materias primas indispensables, efectuadas con la misma prisa con que se le forjaba una armadura nueva a Aquiles en los talleres de Vulcano, se hace visible hasta qué punto puede la voluntad técnica aparecer como la expresión especial de la voluntad de una raza superior.

Las circunstancias que la guerra ha dejado tras de sí tienen como peculiaridad un contraste extraño entre la situación del ser humano y los medios de que dispone. La gente se ha habituado a ver en fenómenos como el paro, la carestía de viviendas, los fallos de la industria y de la economía, una especie de sucesos naturales. Esos fenómenos no son, sin embargo, otra cosa que síntomas de la decadencia de los órdenes liberales. Es probable que dentro de muy poco la gente sienta como un prejuicio sorprendente el hecho de que pueda hablarse de paro incluso en un continente tan poco poblado todavía como Australia; esto trae a la memoria a los descubridores españoles de América, que, hallándose en medio de la abundancia, padecían hambre si se retrasaban los barcos que traían provisiones de la patria. Para el plan de trabajo es el trabajo el elemento que le está asignado de una manera natural; no puede haber falta de él, como tampoco puede haber falta de agua en el océano. De ahí que tampoco sea superfluo el ser humano; él es el capital más grande y más valioso.

Tal cosa se hará notar también, hagamos un inciso en este lugar, con respecto a la cifra de los nacimientos. Que no es posible relacionar sin más esa cifra con unas situaciones «civilizadas», eso lo indica, de un lado, el hecho de que haya tribus suramerica-

nas que la ponen en relación con el tamaño de las calvas del bosque, mientras que, por otro lado, en un paisaje tan bien acuñado como el chino* no puede observarse una reducción de la gigantesca población. La fuente de la riqueza natural es el ser humano y no puede ser completo ningún plan estatal que se muestre incapaz de captar esa fuente. A la sustitución de la constitución por el plan de trabajo corresponde una especie nueva de humanitarismo; éste no se limita ya a conceder al ser humano derechos constitucionales, sino que sabe modificar autoritariamente su vida.

Es preciso mencionar aquí especialmente la sustitución de las medidas prohibicionistas puramente jurídicas por una asistencia a la que está obligado el Estado, sobre todo con respecto a los niños nacidos fuera del matrimonio. En contraste con esas fantasías de selección y de mejora de la raza que ya desempeñaron un papel en las más tempranas utopías políticas, aquí resulta posible una especie de educación que corresponda al principio de que la raza no es otra cosa que la acuñación última y unívoca de la figura. Ninguna otra magnitud está más llamada a ella que el Estado — el cual es la representación más completa de la figura.

La educación, hecha con amor y bien pensada en todos sus pormenores, de un determinado tipo humano en unos establecimientos especiales situados en medio de paisajes marinos y montañosos o de amplias zonas boscosas, representa una tarea suprema para la voluntad formativa del Estado. Existe aquí la posibilidad de crear desde la base un linaje de empleados, oficiales, capitanes y otros funcionarios que tenga todas las características de una Orden, la más unitaria y bien conformada que quepa imaginar. También esto es, y no el trasplante de habitantes de grandes ciudades, la vía más segura para constituir una reserva fiable de colonos y de compañeras suyas destinada a instalarse fuera o dentro del país.

Recordemos aquí el papel especial desempeñado por los cadetes en el antiguo ejército, entre los cuales el hijo del emigrante

* En China se han vivido ya muchas experiencias que aún nos esperan a nosotros — por ejemplo, la configuración armoniosa de paisajes enteros y de ciudades de millones de habitantes, el aprovechamiento máximo de la agricultura y la jardinería, la manufactura típica y de alto valor, la intensidad y exhaustividad de la pequeña economía. Existen aquí analogías con las formaciones bien acuñadas y bien clausuradas en las que habita la posibilidad de una larga duración. Esto es lo que explica la relación del rococó con la *chinoiserie*, y es probable y cabe esperar que también entre nosotros se le asigne un espacio mayor que el que hasta ahora se le ha otorgado a una sinología cultivada bajo aspectos especiales.

francés no poseía un modelado diferente del que poseía el noble rural de la Marca; y recordemos asimismo los signos que permitían leer ya en las facciones del rostro la influencia de las escuelas de sacerdotes; y recordemos además aquellas Guardias orientales en las que nadie tenía conocimiento de quién era su padre ni su madre. El axioma de que la familia es la base del Estado forma parte de esos axiomas a los que, en razón de su antigüedad, ya no se los somete a prueba — basta, sin embargo, haber vivido un poco de tiempo en un paisaje siciliano para ver que el vínculo de clan es capaz de absorber completamente el vínculo estatal.

Las marchas y operaciones con que se efectúa la entrada en acción de los seres humanos y de los medios llevan el sello del trabajo como estilo de vida. Tales cosas se diferencian completamente de las desordenadas afluencias a los distritos auríferos de California o de las corrientes de masa dentro del paisaje industrial o colonial en sus comienzos.

Así, el proceso de esa colonización y trasplante que puede observarse en la ocupación sionista de Palestina, o en la apertura de los modernos distritos siberianos, o en la creación de grandes áreas de diversión y deporte, es un proceso que lleva anejo por anticipado el carácter del cálculo constructivo. En contraste con la duración de las disposiciones preparatorias, las formaciones mismas parecen brotar del suelo como por milagro.

La extensión creciente de las instalaciones y la nivelación de los vínculos antiguos son cosas que por sí mismas empujan también a una concentración y a una manejabilidad cada vez mayores de la iniciativa. Es cada vez menor el número de medidas, aunque sólo se trate de la construcción de un edificio, que pueden pensarse aisladamente. Frente a las áreas en las que, como ocurre en la aeronáutica, el punto de vista de la rentabilidad ha de pasar a un segundo plano, hay otras que, así la radio o la electrificación, inciden directamente en lo político — de tal manera que, vistas como empresas, resultan cada vez menos apropiadas para las sociedades por acciones que desempeñaron un papel tan grande en la construcción de los ferrocarriles.

Aquí están preparándose unas ofensivas contra el concepto liberal de propiedad que son muy superiores a las ofensivas dialécticas. La construcción de viviendas y la urbanización, la energía y los transportes, la alimentación y los juegos, cosas todas ellas que están integradas a su vez en el gran orden de la configuración del paisaje, hacen, por un lado, unas exigencias tan apremiantes y tan cambiantes, y están, por otro lado, tan múltiplemente entretejidas las unas en las otras, que la necesidad

de una regulación unitaria y planificada es algo que se impone por sí mismo. Sin embargo, sólo bajo el influjo del Estado se hace patente la dependencia funcional que estas áreas especiales tienen con respecto al carácter total de trabajo. El mencionado influjo no puede reducirse a una legislación que restrinja la mutua libertad de los que actúan. Ese influjo hace necesarias, antes bien, unas acciones cuyo ímpetu puede alcanzar la violencia de las ofensivas.

Por lo que respecta a la relación entre la iniciativa estatal y la iniciativa privada, son muy distintas las concepciones que dominan dentro de los paisajes planificados singulares. En las primeras medidas que permiten hablar de un plan de trabajo en este sentido especial, como, por ejemplo, el programa alemán de fabricación de armas y municiones de 1916, la iniciativa privada desempeña todavía un gran papel; en cambio, en el primer plan quinquenal ruso apenas hay ya un solo trabajador que pueda determinar según su propio parecer la elección o el abandono de su lugar de trabajo. Por cierto que la ejecución deficiente y la suavización de la ley del servicio obligatorio de trabajo constituyeron una de las razones de la derrota alemana; esa ley fracasó porque el concepto burgués de libertad se hallaba todavía demasiado vivo.

Cabe predecir, no obstante, que, en los sitios donde son desconocidos el radicalismo abstracto y la supeditación incondicional de la vida a la teoría, el quebrantamiento completo de la iniciativa privada exigirá unos dispendios tales que ningún éxito podrá compensarlos. Aquí rige, antes bien, lo mismo que antes quedó indicado con respecto a la propiedad privada.

La iniciativa privada deja de dar quebraderos de cabeza en el preciso instante en que se le adjudica el rango de un carácter especial de trabajo — es decir, en el instante en que queda sometida a vigilancia dentro de un proceso más amplio. Este procedimiento se asemeja al de la explotación de un bosque; ella sabe que dentro de sus reservas hay también especies cuyo crecimiento se deja a cargo de ellas mismas. También esas especies forman, naturalmente, parte del orden — presuponiendo que por «orden» se sea capaz de entender algo más que una nueva especie de pedantería de funcionarios y empleados o que una nueva especie de burocracia bien instruida en el uso de los ficheros. La posibilidad de la movilización resulta del hecho de que el Estado es representante del carácter total de trabajo — un hecho que da a toda especie de iniciativa y de propiedad la cualidad más o menos nítida de una enfeudación.

Hoy son ya muchos los casos en que de hecho el propietario ha de ser considerado como la parte económicamente más débil;

es lo que ocurre, por ejemplo, con los propietarios de inmuebles. Para formarse una idea de esa dependencia es preciso prestar atención asimismo a la diferencia, poco investigada todavía, que hay entre los medios de producción de primer rango y los medios de producción de rango inferior — lo decisivo no es quién dispone de la máquina eléctrica o del automóvil,* lo decisivo es quién dispone de los sistemas de presas y de autopistas.

Mencionemos también, por fin, que la movilidad requerida dentro del paisaje planificado puede alcanzar un grado tal que la ponga en relación de alguna manera con la anarquía. Aquí, de todas maneras, cuentan con ventaja los talentos de cuya seguridad instintiva han pasado a formar parte tanto la desconsideración propia de los viejos pioneros coloniales como también la capacidad de trabajar con unos medios adaptados a dar órdenes. Es ésta una capacidad que encontramos raramente en los alemanes de la anteguerra, demasiado habituados a un suelo ya trabajado y a unos equipos de cabos y suboficiales bien adiestrados, es decir, de inteligencias ejecutivas. En esto reside el secreto de la rapidez brutal e inesperada con que Norteamérica hizo brotar del suelo como por milagro, tras la declaración de guerra, ejércitos y medios de combate, y en esto se halla también la explicación de que los ingenieros norteamericanos se hayan mostrado muy pronto especialmente competentes dentro de la economía rusa planificada, que es la transformación gigantesca de un suelo natural intocado.

78

Que el plan se presenta como una medida de armamento es algo que se deriva ya de la simple comprobación de que en nuestro espacio el poder tiene que ser contemplado necesariamente como representación de la figura del trabajador.

Cuanto más unívocamente se consiga esa representación, tanto más ampliamente habrán de emplearse también las reservas más ocultas de la vida. El ímpetu de ese empleo lo incrementan las características de la flexibilidad y de la clausura, peculiares del paisaje planificado. Entre los giros que hay que ejecutar en el espacio de trabajo el más significativo es el giro hacia el armamen-

* Por cierto que hoy vive lujosamente aquel que puede prescindir de la posesión de un coche, de una radio, de un teléfono. Es una especie de lujo que dentro de la democracia de trabajo se permite cada vez menos.

to. Esto tiene su explicación en el hecho de que el sentido más secreto del tipo y de sus medios se orienta hacia el dominio. Aquí no hay ningún medio, por muy especial que sea, que no constituya al mismo tiempo un medio de poder, es decir: una expresión del carácter total de trabajo.

Esta circunstancia se pone de manifiesto en el afán de la guerra por apoderarse de todas las áreas, aun de las que parecen estar más alejadas de ella. Aquí pasa a ocupar un rango inferior, igual que la distinción entre la ciudad y el campo, también la distinción entre el frente y la patria, entre el ejército y la población, entre la industria en general y la industria de armamento. La guerra, que es un elemento primordial, descubre aquí un espacio nuevo — descubre la dimensión especial de la totalidad, que está asignada a los movimientos propios del trabajador.

Son bien conocidos los peligros que en sí encierra este proceso. Es inútil perder palabras en comentar la tentativa de prevenirlos con medios liberales, con la invocación, por ejemplo, al hombre virtuoso-racional. Para enfrentarse eficazmente a tales peligros son precisos unos órdenes nuevos.

El grado en que la conciencia está ya penetrada de la posibilidad de tales órdenes cabe observarlo en el esquema que determina el procedimiento seguido en la conferencia sobre el desarme. Aquí el entendimiento se efectúa en tres planos de dificultad creciente.

Reina unanimidad con respecto a las protestas de paz, que están reservadas a los discursos de apertura y de clausura. En el segundo plano se desarrollan las conversaciones acerca de la especie y la extensión de los medios de poder personales y mecánicos destinados manifiestamente a la guerra. Aquí cabe distinguir la posibilidad del desarme total y la posibilidad del desarme parcial más o menos amplio, que puede referirse tanto a la calidad como a la cantidad de los medios. La tarea de las conversaciones consiste aquí, para cada uno de los que intervienen, en la consecución de unas condiciones lo más favorables posible con respecto a las reservas de energía conformada. La elección del punto de vida y la dialéctica empleada dependen de si el modo más seguro de alcanzar esas condiciones más favorables son el incremento o la reducción, es decir, el rearme o el desarme.

Conviene tener bien en cuenta que aquí se trata de unas conversaciones sobre medios de poder a los cuales les son peculiares las características del carácter especial de trabajo. De ahí que constituya un error el creer que el así llamado «desarme total» sea capaz de disminuir de alguna manera el peligro de guerra. Es per-

fectamente posible, antes bien, que ese peligro se incremente, por cuanto las energías que son dadas de baja en los presupuestos del carácter especial de trabajo no desaparecen, claro está, sin dejar huella, sino que van a confluir al carácter total de trabajo, que es la potencia máxima y creadora. Ahí es donde se encuentra la explicación de que la exigencia del desarme total suelan formularla precisamente aquellas potencias en las que se da ya una relación muy avanzada con la movilización total, es decir, con la movilización de trabajo. De ahí que en el año de 1932 el punto de vista de Rusia y de Italia tenga que diferir necesariamente del punto de vista de Francia, la cual es la potencia en la que sobre todo continúa estando vivo el concepto burgués de libertad. Los debates alcanzan cumbres insuperables de perfidia cuando una potencia de trabajo le precisa con formulaciones humanitarias sus exigencias de desarme a un Estado liberal en el que la opinión pública es todavía un factor a tener en cuenta.

La controversia roza aquí la capa última del poder, la más concreta, la que posee una relación inmediata con la magnitud legitimadora, con la metafísica, es decir, con la figura del trabajador y esto es lo que eleva esa controversia al rango de un espectáculo sumamente específico, sumamente apasionado, si la mirada atraviesa sus velos retóricos y aritméticos. Aquí se confirma, en el espacio de un mundo nuevo, el hecho inmutable de que los propósitos fundamentales y las fuerzas fundamentales de la vida se sustraen a todas las zonas dentro de las cuales sea posible ver, tan sólo ver, la posibilidad de entenderse. En la práctica esto tiene su expresión en la dificultad de encontrar criterios con que poder abordar el carácter total de trabajo. Así, los participantes pueden «entenderse» en lo que respecta a la proscripción de la guerra de gases y también en lo que respecta al almacenamiento de gases tóxicos, pero no pueden hacerlo en lo que respecta al estado de la química o a los ensayos que se efectúan en los laboratorios con las orugas de los pinos o con los ratones blancos. Es posible suprimir los ejércitos, pero no es posible suprimir el hecho de que de poblaciones enteras se apodere la voluntad de formar órdenes parecidos a ejércitos — y se apodere de un modo tanto más seguro cuanto mayor sea el rigor con que quede amputado el armamento bélico especial.

Estos fenómenos, de los que podríamos encontrar tantos ejemplos como quisiéramos, cabe concebirlos como la consecuencia de la relación modificada con el poder. Como antes vimos, en el siglo XIX se poseía poder en la medida en que se poseía una relación con la individualidad y, por tanto, con la dimensión, adjudicada a

la individualidad, de lo universal. De ahí que todas las medidas eficaces de armamento, todas las organizaciones de ejércitos, fueran precedidas por la realización del concepto burgués de libertad, esto es, por la liberación del individuo de los vínculos del Estado absoluto — un acto sin el cual resultan inimaginables los ejércitos de masa propios del servicio militar obligatorio. En el siglo XX, por el contrario, se posee poder en la medida en que se es representante de la figura del trabajador y se accede con ello a la dimensión, adjudicada a esa figura, de lo total. A esa diferencia corresponde una diferencia de los armamentos; y de hecho cabe observar aquí un aflujo de energías que delata la presencia de un espacio nuevo.

El siglo XIX no conocía ese espacio, pues quien posee su llave no es el individuo, sino únicamente el tipo o el trabajador. De ahí que se tuviera el sistema del servicio militar obligatorio por una intensificación insuperable de la militarización. Los movimientos que son posibilitados por ese sistema se relacionan, sin embargo, con los movimientos propios de la movilización total como se relacionan los movimientos que son posibles en el plano con los que son posibles en el espacio. Esa especie de movilización no sólo abraza en un contexto unitario el conjunto de las reservas humanas y materiales, sino que se señala también por la variabilidad, por la flexibilidad, en el modo de hacer intervenir a los hombres y a los medios. En ese marco el ejército de guerra y el arsenal de guerra aparecen como las acuñaciones especiales de un carácter de poder perteneciente a un orden superior; y el servicio militar obligatorio aparece asimismo como el caso especial de una relación de servicio de índole más amplia. De igual manera que la ofensiva intenta alcanzar no ya los frentes en el viejo sentido, sino, con unos medios múltiples y no específicamente bélicos, la profundidad del espacio y sus instalaciones y poblaciones, así las contramedidas no se apoyan ya meramente en el ejército, sino en la articulación planificada del conjunto de la energía. De ahí que sean posibles unos casos en los que se sacrifique el ejército con el fin de ganar tiempo para la movilización total.

La movilización total o movilización de trabajo viene, pues, a tomar el relevo de la movilización por el servicio militar obligatorio. Con ello está perfilándose como sucesor suyo un vastísimo servicio obligatorio de trabajo, un servicio que se extiende no sólo a los hombres aptos para las armas, sino al conjunto de la población y de sus medios; y estamos viendo cómo las grandes potencias históricas tratan de hacer realidad el servicio obligatorio de trabajo. El significado de esa especie de servicio corresponde al sig-

nificado que tuvieron las distintas reorganizaciones de los ejércitos con que se inició el siglo XIX. El hacer realidad el mencionado servicio es algo que puede tener éxito únicamente en la medida en que exista una relación con la figura del trabajador; ella es el regalo nupcial que éste hace al Estado a la mañana siguiente de la noche de bodas.

Las medidas prácticas han alcanzado en muchos lugares el estadio del experimento; quienes las emprenden son, en unos sitios, unas fuerzas espontáneas y, en otros, el Estado mismo, mientras que hay otros parajes en que es la necesidad la maestra que imparte imperiosamente sus lecciones. Las dificultades que es menester superar residen no tanto en la cosa misma cuanto en la penetración en los órdenes en que se ha sedimentado el concepto liberal de libertad. No puede causar extrañeza, por tanto, que las resistencias se sirvan tanto de las formulaciones individualistas como de las formulaciones sociales — es decir, de uno y el mismo esquema fundamental, que ha perdido toda significación. En cualquier caso la introducción del servicio obligatorio de trabajo no pertenece ya al reino de las utopías.

Esto se pone de manifiesto, como en otros muchos hechos, también en la modificación que está comenzando a apuntar en lo referente a las maniobras. Las «grandes maniobras» no aparecen ya en este espacio meramente como unos ejercicios del ejército referentes a la guerra, sino como un juego de conjunto del carácter especial de trabajo en el marco de un plan en el que están integrados de igual manera los civiles y las reservas militares. Aquí hay que mencionar la inclusión de la industria, de la economía, de la alimentación, del tráfico, de la administración, de la ciencia, de la opinión pública en cuanto es un asunto técnico, en suma: de todos los medios especiales de la vida moderna, en un espacio clausurado y elástico, dentro del cual se revela el carácter de poder que les es común a todas esas áreas.

Como maniobras parciales estamos contemplando esas alarmas aéreas y de gases a las que son sometidas ya en varios países las plantillas de los establecimientos industriales y también zonas y barrios enteros. A la amenaza de zonas amplias por medios de aniquilación total corresponde la alarma dada por medios de información total, como la radio o los grandes altavoces. Parece posible aquí, en este espacio modificado, el retorno de la estampa medieval en la que la población «se lanzaba de las casas», pues en general la vida está comenzando a alejarse con mucha rapidez de los espacios abstractos y a producir unas situaciones muy concretas, muy directas.

El servicio obligatorio de trabajo posee una dimensión práctica y una dimensión simbólica, independientemente del hecho de que se extienda periódicamente a todas las edades de la vida o que comprenda en un período limitado de tiempo, por ejemplo en un año de servicio de trabajo, los dos niveles de adiestramiento no-cualificado (pasivo) y de adiestramiento especial (activo).

Con la legalidad que se halla vigente en el espacio total está en correspondencia el hecho de que tal legalidad pueda aparecer, por ejemplo, como una producción económica, por cuanto también la economía forma parte de los medios especiales de poder. En sus tareas más significativas, para solucionar las cuales hace intervenir a ejércitos enteros de trabajo, la mencionada legalidad hace visible la unidad de un trabajo que no pertenece ni a la masa ni al individuo. Ella es así la expresión más nítida de la nueva relación que el tipo y sus formaciones mantienen con el Estado.

Aquí se redescubrirá con mayor intensidad el papel que el servicio militar obligatorio tiene asignado con respecto a la educación, la penetración y la disciplina unitaria de la población, en una palabra, con respecto al acuñamiento que la convierte en una raza. Es ésta una escuela en que cabe hacer visible al ser humano el trabajo como estilo de vida, el trabajo como poder. En comparación con esto todas las cuestiones meramente económicas pasan a segundo plano.

También cabe aguardar, y no en último lugar, que quede eliminada una arrogancia estúpida que ha llevado a ver en el trabajo manual una situación digna de lástima. Tal arrogancia es la consecuencia natural de un concepto abstracto, puramente económico por ejemplo, del trabajo; con ella está en correspondencia el desafortunado personaje del «hombre culto», que nunca tuvo la suerte, en ninguna área, de empezar a servir por el escalón más bajo e ir subiéndolos uno a uno. Todas las actividades manuales, incluso la consistente en limpiar de excrementos las cuadras, poseen rango por cuanto no son sentidas como un trabajo abstracto, sino que son ejecutadas dentro de un orden grande y lleno de sentido.

79

Habrá, pues, que contar por largo tiempo con una situación en la que los Estados nacionales y los imperios nacionales de viejo estilo estarán ocupados en darse esa constitución nueva que encuentra su expresión en la construcción orgánica del paisaje planificado.

La propia palabra «plan» indica ya que aquí se trata de un paisaje variable — con ese hecho se corresponden la variabilidad de los medios y la acuñación de una raza nueva; sus pormenores los hemos estudiado ya en páginas anteriores. Asimismo las tres características del plan —la clausura, la flexibilidad, el armamento— no llevan anejo un carácter definitivo, sino un carácter de concentración y de puesta en marcha.

Nosotros hemos saboreado ya algunas muestras de la peligrosidad que esa situación encierra — muestras en las cuales se ha hecho ya visible con claridad suficiente el sentido suicida y traidor de las tentativas, vivas aún entre nosotros, de hacer una política liberal de avestruz.

Una de las perspectivas más desagradables consiste sin duda en la posibilidad de que ejerzan violencia sobre pueblos pequeños y débiles, arraigados en su viejo suelo natural, algunas potencias de segundo rango, las cuales se sirven de los medios superiores sin conocer la responsabilidad que va incluida en su empleo. Razón de más para esperar que surjan unas potencias a las que les sea dada la capacidad para auténticas formaciones imperiales dentro de las cuales esté garantizada la protección y pueda hablarse de un tribunal mundial, del que hoy está representando una triste farsa la Sociedad de Naciones.

Por otro lado no cabe dejar de ver que esa situación, que obliga a estar preparados, contiene en sí también algunas seguridades. Así, la clausura del paisaje planificado produce un afán especial de evitar los conflictos en política exterior: cuando estamos empezando a ponernos en marcha no nos gusta que nos molesten. La implicación en una guerra se presenta en este *medium* como la obligación indeseada de ceder energía conformada, la cual es sustraída al proceso de un despliegue más amplio de poder. Además parece perfectamente posible que la irradiación de los grandes campos de fuerza sea capaz de producir una especie particular de «guerras sin pólvora» — no, ciertamente, en el sentido de unas nociones sublimadas de alguna manera, sino en el sentido de que la fuerza de gravedad del carácter total de trabajo haga superfluo el empleo de medios especiales de combate.

En este contexto se explican los descubrimientos modernos de comunidades de intereses, de espacios geopolíticos, de posibilidades federativas; en esas cosas cabe atisbar un ataque contra la articulación por Estados nacionales y un ensayo de preparar constructivamente unos espacios imperiales.

Detrás de esas posibilidades hay un hecho que es de naturaleza mucho más poderosa y vasta: el hecho de que, desde el rango

más elevado, es decir, desde la figura del trabajador, los paisajes planificados singulares aparezcan, a despecho de su clausura, como unas áreas especiales en las que se efectúa uno y el mismo proceso fundamental.

La meta en que convergen los esfuerzos consiste en el dominio planetario como símbolo supremo de la nueva figura. Unicamente aquí está el criterio de una seguridad perteneciente a un orden superior, criterio que abarca todos los turnos de trabajo bélicos y pacíficos.

Conclusión

80

La entrada en el espacio imperial va precedida de una puesta a prueba y de un endurecimiento tales de los paisajes planificados que hoy no podemos hacernos ninguna idea de ellos. Aquí nos hallamos en camino hacia cosas sorprendentes. Más allá de la democracia de trabajo, en la cual es refundido y reelaborado el contenido del mundo que a nosotros nos es conocido, están apuntando los perfiles de unos órdenes estatales que quedan fuera de todas las comparaciones posibles. Cabe prever, sin embargo, que aquí no se hablará ya ni de trabajo ni de democracia en el sentido que a nosotros nos resulta corriente. Aún está por llegar el descubrimiento del trabajo como un elemento de riqueza y de libertad; asimismo cambia el sentido de la palabra «democracia» cuando el suelo materno del pueblo aparece como el portador de una raza nueva.

Estamos viendo cómo los pueblos se han puesto al trabajo. Y nosotros saludamos el trabajo, sea cual sea el lugar en que se produzca. La auténtica rivalidad se refiere al descubrimiento de un mundo nuevo y desconocido — un descubrimiento que es más aniquilador y más rico en consecuencias que el descubrimiento de América. No sin profunda emoción puede contemplarse al ser humano, contemplar cómo está ocupado, en medio de unas zonas caóticas, en templar las armas y los corazones y ver cómo sabe renunciar al expediente de la felicidad.

Participar en esto y servir en esto: ésa es la tarea que se aguarda de nosotros.

Sumario

Primera parte

1. La edad del tercer estado ha sido una edad de dominio aparente. 2. Los afanes de perpetuar esa edad se expresan en el traspaso de los modelos burgueses a los movimientos del trabajador. 3. En correspondencia con lo anterior el trabajador es visto como el portador de una clase particular o de un estamento particular, 4. como el portador de una sociedad «nueva» 5. y como el portador de un mundo en el cual la economía y el destino son sinónimos.

6. La tentativa de ir a buscar al trabajador en un rango más alto y más amplio que el que el burgués logra imaginarse 7. es algo que sólo puede emprenderse cuando se adivina detrás de su manifestación fenoménica, detrás de su aparición, una figura grande, autónoma e independiente y que está sometida a una legalidad propia y específica. 8. Llamamos «figura» a una realidad suprema y otorgadora de sentido. Los fenómenos son significativos en cuanto símbolos, representantes, acuñaciones de esa realidad. La figura es un todo que abarca más que la suma de sus partes. A ese «más» lo llamamos «totalidad». 9. Al pensamiento burgués no le es dado tener una relación con la totalidad. En consecuencia, tampoco es capaz de ver al trabajador de otra manera que como un fenómeno o como un concepto — como una abstracción * del ser humano. El acto propiamente «revolucionario» del trabajador consiste, por el contrario, en reivindicar la totalidad, ya que el trabajador se concibe a sí mismo como el

* Se posee una relación concreta con el ser humano cuando la muerte del amigo Juan o del amigo Pedro provoca un sentimiento más profundo que la noticia de que se han ahogado diez mil personas al desbordarse el río Hoang-Ho. La historia del humanitarismo abstracto comienza, en cambio, con consideraciones como, por ejemplo, la de si matar a un enemigo concreto en París es más inmoral que matar, apretando un botón, a un desconocido mandarín en China.

representante de una figura perteneciente a un orden superior. La visión de figuras * hace posible que un ser unitario someta a revisión el mundo de un espíritu que se ha vuelto autocrático. 11. Tanto el rango de la persona singular como el rango de la sociedad dependen del grado en que la figura tenga su representante en ellas. Es irrelevante una contraposición valorativa entre la masa y la persona singular o entre la iniciativa «colectiva» y la iniciativa «personal». 12. Asimismo la figura, como ser quieto o en reposo que es, es mucho más significativa que todos los movimientos mediante los cuales da testimonio de sí. La consideración del movimiento como valor, como «progreso» por ejemplo, es algo propio de la edad burguesa.

13. El trabajador se señala por una relación nueva con lo elemental. De ahí que disponga de unas reservas más poderosas que las que tiene a su disposición el burgués; éste ve en la seguridad un valor supremo y se sirve de su razón abstracta como del medio destinado a garantizar esa seguridad. 14. La protesta romántica no es otra cosa que un vano intento de huir del espacio burgués. 15. El trabajador sustituye la protesta romántica por la acción en el espacio elemental; en éste se revela con mucha claridad la insuficiencia de la seguridad burguesa. 16. El trabajador se señala además por una relación nueva con la libertad. La libertad puede sentirse únicamente cuando se posee una participación en una vida unitaria y llena de sentido, 17. tal como se nos manifiesta a veces, temporalmente, en el recuerdo de grandes poderes históricos, 18. o, espacialmente, allende el juego y contrajuego de los meros intereses. 19. El espacio de trabajo es de igual alcurnia

* El grado en que se consigue captar conceptos orgánicos tales como «figura», «tipo», «construcción orgánica», «total», cabe comprobarlo por el grado en que es posible tratar con esos conceptos de acuerdo con la ley del sello y la impronta. Por tanto, el modo de aplicarlos no es horizontal, sino «vertical». Todas las magnitudes dentro del orden jerárquico «tienen» de ese modo figura y son al mismo tiempo expresión de la figura. Un resultado que en este contexto se obtiene es también una iluminación especial de la identidad de poder y representación. Al concepto orgánico se lo reconoce además en que logra desplegar una vida propia, es decir, en que es capaz de «crecer».

Todos esos conceptos, *nota bene*, se hallan ahí para captar algo. Ellos mismos no nos importan. Podemos olvidarlos o dejarlos de lado, una vez que los hayamos utilizado como magnitudes de trabajo para captar una realidad determinada, que subsiste a pesar del concepto y más allá de él. También es preciso diferenciar perfectamente esa realidad y su descripción; el lector ha de ver a través de la descripción como a través de un sistema óptico.

que todos los grandes espacios históricos; en él la reivindicación de libertad aparece como reivindicación de trabajo. La libertad es aquí una magnitud existencial, lo que quiere decir que se dispone de libertad en igual medida en que se es responsable de la figura del trabajador. 20. El creciente sentimiento de esta especie de responsabilidad es un anuncio de unas prestaciones extraordinarias. 21. El trabajador se señala, en fin, por una relación nueva con el poder. El poder aparece aquí no como una magnitud «fluctuante», 22. sino como una magnitud legitimada por la figura del trabajador, y es por tanto una representación de esa figura. La legitimación se acredita por el hecho de que logra poner a su servicio tanto un tipo humano nuevo 23. como asimismo unos medios nuevos. 24. El empleo de esos medios, que están a disposición únicamente del trabajador, viene facilitado por unas vastas situaciones de anarquía; la anarquía ha dejado tras sí una «validez universal» abstracta.

25. Es preciso tener en cuenta especialmente que la figura del trabajador pertenece a un orden que está por encima de los planteamientos dialécticos, 26. de los planteamientos evolutivos 27. y de los planteamientos valorativos, y que con ellos no es posible captarla.

Segunda parte

28. El principio que está correlacionado con el trabajador, o sea, el lenguaje del trabajador, no posee una naturaleza espiritual-universal, sino una naturaleza objetiva. 29. La consideración de ese modo particular de vivir resulta difícil por cuanto se efectúa en un *medium* muy variable. 30. Pero la imagen de una legalidad diferente se impone ya en una consideración fugaz del espacio de trabajo. 31. Esa legalidad encierra en sí una ofensiva contra la existencia del individuo, 32. ofensiva que ha quedado ya muy clara en los modernos campos de batalla. 33. En ellos se ha vuelto visible también por vez primera una categoría humana nueva a la que daremos el nombre de «tipo». 34. La ofensiva contra el individuo se extiende también a la masa, la cual es la forma social en que el individuo se concibe a sí mismo. 35. De igual modo que el tipo, o sea, el trabajador, pasa a ocupar el sitio del individuo burgués, así también la construcción orgánica sustituye a la masa. 36. En sus características externas, tales como la fisonomía, la indumentaria, 37. la actitud, 38. los gestos, 39. el tipo va adquiriendo una impronta cada vez más unívoca; debe-

mos ver esa univocidad, pero no valorarla. 40. El burgués posee rango en igual proporción en que posee individualidad. 41. El tipo, que no reivindica ya esa distinción 42. y que no se caracteriza por la vivencia única, sino por la vivencia unívoca, 43. posee rango en la medida en que la figura del trabajador se encarna a través de él.

44. Damos el nombre de «técnica» al modo y manera en que la figura del trabajador moviliza el mundo. 45. La técnica encierra en sí una ofensiva contra los sistemas históricos 46. y contra los poderes cultuales. 47. Es un medio aparentemente neutral, pero del que únicamente el trabajador dispone sin contradicciones. 48. La técnica no es el instrumento de un progreso sin límites, 49. sino que conduce a una situación completamente determinada y unívoca; 50. esa situación se señala por una constancia y una perfección crecientes de los medios, las cuales corren parejas con la formación de una raza nueva, 51. pero a las que no puede llegarse a voluntad. 52. Nosotros seguimos viviendo, antes por el contrario, en un mundo muy variable, 53. que de todos modos está comenzando a desprenderse, merced a que los procesos están cada vez más planificados y son cada vez más controlables, del carácter dinámico-explosivo que tenía el primitivo paisaje de talleres. 54. También en aquellos sitios donde la técnica proporciona medios de poder indisimulados, 55. la clausura de los armamentos es posible tan sólo 56. si el trabajador los sustrae a la pura competencia entre los Estados nacionales y a la pura iniciativa de tales Estados, y estabiliza y legitima los medios móviles y revolucionarios. 57. Tal cosa es posible únicamente si el trabajador se sirve, no en el sentido liberal, sino en el sentido de una raza superior, de los medios que están correlacionados con él.

58. La actividad museística 59. es la nota característica de una vitalidad debilitada 60. y una de las escapatorias frente a una realidad que es completamente peligrosa. 61. El trabajador no posee ya relación ninguna con una industria cultural que alcanza su cumbre en el culto al genio. 62. La configuración del mundo de trabajo, configuración cuya meta suprema demostrará ser la gran configuración del espacio, requiere unos criterios diferentes. 63. Son unos criterios no individuales, sino típicos, a los cuales les dará validez el dominio del trabajador 64. y de los cuales podrán descubrirse muchas analogías tanto en el paisaje natural 65. como también en los grandes paisajes culturales. 66. El mundo técnico no se opone a esa configuación, por el contrario, ésta lo pone a servir sin contradicciones, 67. lo cual se hará manifiesto

con creciente claridad en conexión con la perfección de los medios y con la acuñación de una raza nueva.

68. El nacionalismo y el socialismo han de ser vistos como principios que son peculiares del siglo XIX. 69. Los órdenes propios de la democracia nacional impelen hacia situaciones de anarquía mundial en la misma medida en que adquieren validez universal. 70. Tampoco el socialismo está en condiciones de hacer realidad unos órdenes válidos. 71. Ambos principios fracasan por sí mismos, ya que de sus reglas de juego se sirve cualquier poder. 72. El comienzo del dominio del trabajador está apuntando en el relevo de la democracia liberal o democracia de sociedad por la democracia de trabajo o democracia de Estado. 73. Ese relevo lo efectúa el tipo activo, que se sirve de las formas propias de la construcción orgánica, en especial de la forma de la Orden. 74. El tipo dispone de la opinión pública porque la *domina* en el sentido de una tecnicidad superior. 75. El puesto de las constituciones burguesas pasa a ocuparlo el plan de trabajo; a ese plan ha de exigírsele 76. carácter concluso, 77. flexibilidad 78. y armamento. 79. Estas características son propias de la transición; con su ayuda está preparándose el dominio planetario de la figura del trabajador dentro de la multiplicidad de los espacios históricos. 80. En los esfuerzos de los pueblos que se ocupan en transformar las democracias nacionales en Estados de trabajo está apuntando ya la participación futura en ese dominio.

Máximas — Mínimas

Anotaciones a *El trabajador*

Sobre la metódica. Necesaria una mirada capaz de ver las cosas crepusculares, las que aparecen entre dos luces. La puesta del Sol es la aurora en otro sitio. Cuestión de carácter: o se es un optimista o se es un pesimista. El optimismo puede producir también cambios, mediante la radiación.

¿Qué es la «revolución mundial»? Las modificaciones visibles van precedidas de modificaciones menos visibles y éstas, de modificaciones invisibles. La propia técnica, en cuanto *modus vivendi,* sube desde grandes profundidades. La preeminencia de las modificaciones espirituales sobre las técnicas, de las técnicas sobre las políticas, de las políticas sobre las estratégicas. Una guerra puede estar ganada políticamente ya antes de haber comenzado. De ahí que también la «guerra fría» traiga desplazamientos del poder. Por ganar posiciones se juega con víctimas campesinas, con flanqueos cósmicos. Las ganancias y las pérdidas están en las cosas insospechadas. Y por eso mismo no debería perderse demasiado pronto la fe, tampoco en las cuestiones de poder.

El libro se asemeja al siglo en que requiere una *entrée* fuerte. Piedras de escándalo, grotescos guardianes de templos, trampillas. De la travesía del desierto forma parte el cruzar paisajes inhumanos.

También hacia el futuro ha de ser posible hacer lo que Burckhardt pretendió con su obra *La cultura del Renacimiento en Italia* — trazar un retrato del hombre moderno, sin retoques; cuanto más pluridimensional sea ese hombre, tanto mejor podrá orientarse. Son muchas las posiciones que caben frente a Leviatán. No lo definen; lo localizan. No debería tomarse demasiado en serio tampoco la posición propia.

El método de contemplar el mundo ha de ser científico, pero con libertad para moverse por entre los sistemas y sin guardar miramientos con la aversión de los científicos a que también a ellos se los contemple científicamente.

Un sistema queda quebrantado por la mera demostración de

que puede contemplárselo desde otro ángulo — de que hay otros sistemas. El planteamiento nuevo muestra que todavía no bastan las cosas creídas, que son el fundamento de todo saber, y que hay que proseguir la búsqueda. El cosmos no debería llegar a tener un exceso de poder; a medida que va creciendo tiene que ahondarse.

Al autor que lleva noticias —se entiende, que lleva al trabajador noticias sobre el trabajador— puede ocurrirle lo mismo que en otros tiempos le ocurría al mensajero que llevaba malas noticias al rey: que le corten por ese motivo la cabeza.

El mejor ángulo de visión es el del *outsider*. Quien realiza una descripción ha de estar simultáneamente dentro y fuera. Tal cosa resulta posible merced a las diferencias de nivel basadas en la procedencia o en las razas y también en los siglos, y no crea sólo la posición intermedia, la posición del que no está ni con los unos ni con los otros —en tal posición hay también una traición, una traición a los unos y, casi siempre, una traición a los unos y a los otros. A lo dicho se agrega la mala suerte de tener un poco menos de miedo que los demás. Uno ha estado cantando en el fuego y llega con asuntos que la gente no quiere saber.

El destino se enmascara en aquellas cosas que no *pueden* saberse. De ahí que los mejores pronósticos sean aquellos que causan asombro a su propio autor cuando vuelve los ojos hacia ellos.

Era preciso subir al tren en una lóbrega estación cualquiera — como nacionalista o como bolchevique, como revolucionario o como soldado, al servicio de confusos espíritus o teorías; la única pregunta es la de hasta qué sitio quiere uno viajar en ese tren. «¡Quien llega más lejos es el que no sabe adónde va!» Quien no puede hacer historia intenta falsearla; una estación del metro de París se llama «Stalingrado».

La historia tiene un movimiento peristáltico también en los *bas-fonds* — con la basura de los predecesores va engordando una generación tras otra en los palacios de los coprófagos. No vivimos sólo de las buenas acciones de nuestros padres, también vivimos de sus malas acciones.

En aquellos sitios donde los niveles alcanzados por la tontería son tales que se tornan incomprensibles y excluyen el diálogo, crece el significado de la tontería en cuanto fenómeno — no sólo zoológico, sino también demonológico; cabe sospechar que están entrando en actividad unos poderes muy fuertes.

Algo similar cabe decir de la mengua de la capacidad metafísica. En el interior de los grandes contextos una pérdida dentro

del paisaje histórico es una pérdida relativa — el universo es una casa que no pierde nada. Lo que hay que conservar no es la plaza, lo que hay que conservar es el banco.

El primer principio de la praxis bélica de Nietzsche: «Yo sólo ataco cosas que triunfan», es menos fuerte que el segundo: «Yo sólo ataco cosas donde no voy a encontrar aliados, donde estoy solo». Esas cosas cabe decirlas únicamente en aquellas fases en que las cualidades aún se destacan visiblemente unas de otras. En los sitios donde las cosas se tornan tan crepusculares que la propia guerra pierde su sentido, deja de haber también una praxis bélica. En tal coyuntura crece la libertad y disminuye el número de cosas que uno puede seguir tomando en serio.

La cuestión es en qué sitio queda uno en la polémica. A un espíritu no se lo reconoce por los adversarios que encuentra, y de los cuales nunca tendrá bastante, sino por los adversarios que él se crea.

La benevolencia va más lejos; lleva más allá de todas las polémicas. *Salut au monde,* también al esbirro que nos trae la condena.

El tipo del perseguidor, no la índole de las parcialidades, es lo que es preciso no perder de vista. Los partidos cambian y la persecución queda. Los tribunales siguen a la política como los buitres a los ejércitos. A moro muerto gran lanzada.

En los aludes o hay únicamente *décadence* o no hay *décadence.* La índole y la amplitud de mi dependencia de la historia las delato por mi atribución de esto o de aquello a la *décadence* y, sobre todo, por mi indignación. Es preciso deslindar a su vez la independencia y el cinismo y hacerlo con benevolencia.

Ambos, el colibrí que besa la flor del hibisco y el colibrí que yace en el polvo gris y es roído por los gusanos, hállanse a igual distancia de la belleza escondida; ambos son motivos del pintor, no su objetivo. En su imagen vislumbramos las explosiones áureas de los gusanos.

El consumo vertiginoso, también de pensamientos, dentro de la aceleración. Con esto guarda relación la dificultad que presentan las terminologías que son objeto de abusos ya antes de haber sido bien pensadas y repensadas. Pero no hay que tener miedo de emplearlas: es una verificación más. De este modo se quita uno de encima a la mayor parte de los tontos. Los partidos no

quieren saber qué cosas les son comunes; quieren ser corroborados en sus errores.

Cuando se ponen de moda vocablos como «total», no faltan pensadores que ven una hazaña espiritual en su mera utilización. La negación de algo sigue estando dentro del mismo horizonte, si es que no, incluso, dentro de la misma guarnición. Entretanto los indios proclaman la movilización total.

La rápida y amplísima convertibilidad de los medios nada tiene que ver todavía con la utilización de la violencia; incluso la evita, la dificulta. Mientras subsistan bloques de poder resulta imprescindible demostrarla, exhibirla. No debería intentarse su demostración tan sólo en los puntos críticos ni tampoco cuando las cosas están en su momento culminante.

Los caracteres especiales no deberían solidificarse demasiado; las cristalizaciones acaba pagándolas la vitalidad. La violencia es un poder atado. Los ejércitos permanentes han de quedar reducidos a su óptimo; no debería invertirse demasiado en los arsenales. Esto mismo debe decirse también de las centrales, en especial de las grandes ciudades.

La igualdad forma parte de la evolución; mientras ésta no haya quedado clausurada no podrán surgir creíblemente diferenciaciones nuevas.

La aceleración es tiempo comprimido, tiempo anticipado. Anuncia situaciones prolongadas de quietud, pausas en la creación.

También la «Tierra prometida» es únicamente un símil, una parábola, como todas las cosas perecederas.

La radiación se hace más fuerte al entrar en el recinto. Las grandes víctimas. ¿Fue ya Kleist una de ellas?

El hombre amigo de las Musas, ¿cómo se las arregla con el trabajador? De un modo incomparablemente más difícil que el hombre de ciencia. Las grandes teorías de éste en la astronomía, en la física, en la biología poseen un carácter de trabajo, introducen dinamismo sin topar con resistencia. Hasta la propia óptica se torna agresiva. Es probable que a la larga resulten más peligrosas las instalaciones «pacíficas».

El ocio no es una cualidad de trabajo, no tiene nada que ver ni con el tiempo en general ni con el tiempo libre. En los sitios donde influyen los caracteres especiales quedan debilitados los caracteres relacionados con las Musas. Esto le ocurre ya al poeta nacional. También en eso tuvo Goethe un buen instinto.

Dentro de los caracteres especiales de trabajo las cosas que están relacionadas con las Musas asumen unos rasgos funciona-

les, técnicos y, a la postre, también mecánicos; se convierten en material de la reproducción automática.

En todo caso, el hombre amigo de las Musas habrá de exponerse, pero no debería involucrarse. O perecer o entrar en el edificio central. De esa manera el hombre que padece se convierte en el hombre que dirige. No se acomoda al plan, pero puede modificarlo. Su optimismo va más allá de todos los horrores.

La cuestión última es si cabe subsumir en el juego los grandes caracteres, incluida la técnica. Sólo de ese modo podrá volver a descubrirse la belleza. El tiempo no quiere ser negado, quiere ser completado. El arte no es un poder antihistórico, es un poder sobrehistórico; vive de lo intemporal.

Tolstói completa la era napoleónica — comienza a brillar una luz reconciliadora; Tolstói se coloca más allá de la guerra y de la paz. Con esto guarda relación también la lucha de Goethe por el color en cuanto una de las aventuras de la luz, para captar la cual no basta el intelecto calculador. Pero la propia luz no es sino una aventura de la materia.

Nietzsche: «Lo que Goethe quería era totalidad: combatió la separación de razón, sentimiento, voluntad — se disciplinó a sí mismo para la totalidad, se creó a sí mismo...».

El mundo del trabajo está aguardando, está esperando a que se le otorgue su sentido.

El cáncer de la técnica lo sería no la rebelión romántica, sino el escepticismo dentro de la técnica. En algún futuro las ciencias naturales comenzarán a causar aburrimiento o se propondrán otras tareas. De este modo palidecerá un velo de Maya.

Uno de los peligros del colectivo está ya en los hijos y nietos de los funcionarios. La potencia busca otras direcciones y simultáneamente se debilita la fuerza para realizar depuraciones periódicas; el programa de Schigalew apenas llega a la tercera generación.

Se despiertan inclinaciones metafísicas y artísticas; un baile nuevo puede llegar a encerrar más amenazas que todas las críticas. De ahí la predilección por la música y la pintura convencionales, por el trabajo chabacano en general. Esto forma parte de la probidad jacobina.

El grueso de la tropa adelanta de vez en cuando a las vanguardias. El sufrimiento comienza cuando se hace realidad el sueño. Lo único que perdura es lo que era superior al tiempo, no lo que decía que se había anticipado al tiempo.

La ceguera de la voluntad forma parte del plan. Las fatigas enormes de los convoyes en el océano Ártico. ¿Habrían sido posibles si, antes de quedar cercados, se hubiesen visto ya desde el puente dos, tres etapas ulteriores y se hubiera sabido que lo que en última instancia se hacía era fortalecer el poder ruso? Vocablos como *résistance* regresan en forma de bumeranes. Con los últimos objetivos ocurre igual que con las «últimas palabras» — que siempre son penúltimas. La curva funcional atraviesa el espacio político. El *ethos* ilumina las acciones según convenga; el odio las inflama.

El soldado, que alza su brazo únicamente contra quien va armado, es despreciado por los mercenarios que cometen matanzas al servicio de ideologías que consumen más seres humanos que los sacerdotes aztecas en sus sacrificios.

Se desvanece la distinción entre la consideración abstracta del dolor y su consideración concreta. El general que da una orden que mata a millares de hombres es al mismo tiempo un padre, ya que entre las víctimas está su propio hijo. Unas veces todos ven a ese general como un padre, y otras su hijo lo ve como un homicida. Estas cosas proporcionan un material inagotable para la exposición.

La visión de Blake: contempló cómo en el más allá los asesinos iban del brazo de sus víctimas. El terror y los hombres del terror, vistos desde el otro lado. ¿Cuáles son las condiciones en que aparecen y desaparecen? Todo esto acaba infaliblemente en la propia aniquilación. Se hace manifiesta la estrecha afinidad que hay entre el homicidio y el suicidio, su identidad.

También entre el *clown* y el dictador se da un parentesco, un sistema de préstamos mutuos. En los sitios donde el dueño del poder se aparta del bufón e incluso lo mata, los rasgos grotescos del segundo se infiltran en el primero. El tirano liquida a personas y clases, el *clown* liquida, en determinadas circunstancias, toda una edad. La ofensiva anarquista provoca una risotada suicida en los sitios donde alcanza las capas anónimas. «Chaplin cocina con dinamita.»

El peculiar deleite producido por la combinación intelectual. ¿Quién o qué es embaucado en ella? Todas las soluciones incitan a cristalizaciones nuevas, como si sobre una superficie se extendiesen cristales. A la persona conservadora esto le resulta siniestro. El progreso le es sospechoso aun dentro de las armas.

En los sitios donde crece el mosaico debería aumentar tam

bién la distancia, al menos en ciertos puntos. Entonces es ciertamente cuando unas extensiones enormes, unos aparatos grandes, pueden encontrar sus equivalentes. Las leyes que aquí rigen son las de la balanza; basta un puñado de tipos superiores. Ingenieros, en cambio, nunca tendremos bastantes. La espiritualización pura significa tan sólo una modificación en el estado de agregado.

Se trata de puntos en los que puede volver a cristalizar el milagro.

Si queremos conservar el vocablo «raza», es preciso entenderlo en el sentido de «troquelado completo de la figura». La raza modela el tipo a través de las capas étnicas.

Si el trabajador se sintiese a sí mismo como una raza en el sentido antiguo la consecuencia podría ser un *imperium* estable. Pero la lucha comienza dentro de las representaciones supremas de la figura del trabajador. El progreso y su vehemencia se fundan en eso.

La remodelación va precedida de la nivelación de capas antiguas. El negro con reloj de pulsera. Ahora es cuando se torna visible su barbarie, como si alguien le hubiese colgado del cuerpo pequeños talismanes.

La semicultura, los semisaberes. Inconvenientes y ventajas. Tales cosas son las que crean la «capa dirigente» para la gran acción espiritual. Entre esas cosas figuran también los inicios de la formación de un tercer sexo. El engaño de la Naturaleza va a ser sometido a revisión.

Lo que el trabajador tiene en la mente no es la acumulación y consolidación de riquezas, pero sí unos ingresos grandes, fluctuantes. Lo adecuado es un impuesto que se nutra del dinero circulante, es decir, que participe en la circulación general. Esto va precedido de modalidades de mengua. Algo parecido ocurre con las huelgas; en los sitios donde el trabajador ejerce el dominio, las huelgas lo perjudican.

La guerra promueve la técnica y la ciencia y aniquila el mundo de las Musas. Hace ya tiempo que a la casta guerrera se le ha vuelto inquietante la guerra. El derrocamiento de esa casta es un caso especial del decomiso de los órdenes estamentales. A esos órdenes se les permite que sigan cultivando su estilo en algunas zonas marginales. *Les centurions.*

El trabajador lucha y muere en aparatos, y no sólo sin «ideas superiores», sino también con un rechazo consciente de ellas. El *ethos* del trabajador consiste en servir limpiamente al aparato. No

tiene que pensar nada; no posee una visión general del plan. En ocasiones se recurre al *ethos* nacional, pero sólo como otro tiro más, enganchado al carruaje, sólo como una concesión a la pasión.

La destrucción de las competencias individuales por el plan técnico. El telégrafo convierte al diplomático en un receptor de órdenes; la radio transforma la nave en una estación exterior flotante. El aviador de combate con los auriculares puestos. Hasta los propios relojes se vuelven cada vez más prescindibles.

¿Se construyen las ciudades con la vista puesta ya en su pérdida total? Hay la amenaza de que surja un mundo troglodita. El *ingenium* técnico parece andar retrasado en lo que respecta a la excavación y a su automatización.

La bomba atómica es el *non plus ultra* de la chabacanería. Para el soldado de infantería no es sino uno de los rodeos. Los griegos no permitían que tales tipos llegasen arriba. Las máquinas pueden en parte apoyar y en parte reemplazar al intelecto calculador. Apenas quedan ya lugares, incluidos los atracos a los bancos y la literatura, en que no domine el *teamwork,* apenas quedan ya seres humanos que trabajen, actúen, piensen, hagan cosas buenas y cosas malas, sin contar con una autorización previa.

Entre las características del trabajo chabacano están la falta de sentido metafísico, la cuantificabilidad, el agrupamiento, la aceptación de pedidos. Medios nuevos como la bomba de hidrógeno es posible encargarlos a medida y a plazo. No todos pueden arrogarse tal cosa.

Pero lo que detrás de eso se encuentra es algo que no es susceptible de cálculo, un pedido que los peones no ven. Y justamente eso es lo que hay que mostrar.

Sobre la monotonía. Es una incitación a la droga. Pero la embriaguez se castiga. ¿Dónde hay alivios permitidos?

Monotonía y monocromía. El camuflaje gris. No se enseñan colores. Y entonces quieren ver sangre.

Nivelación también de los paisajes. En la Edad Media las casas tenían todavía nombres; hoy se clasifica con números a provincias enteras. Camuflaje de las ciudades mediante luces y mediante ordenanzas sobre las luces. Uno apenas sabe ya dónde se encuentra. «Pero dime: ¿dónde estamos ahora en el mundo real? ¿En Londres?» Klinger, *Sturm und Drang,* 1775.

En las cosmópolis se agrega a la atmósfera de la gran ciudad una cosa más: una conciencia de poder que las masas sienten poéticamente, cual si estuvieran celebrando su resurrección las metrópolis de la Antigüedad. Además, modalidades de melancolía.

En Francia marchan más lentos los relojes. Cabe contemplar las reformas de Richelieu como una especie de vacuna preventiva.

La estandarización de actividades humanas de siempre. El andar se convierte en un problema técnico. El peatón se defiende. «Andar es un derecho humano» — o sea, se lo fija jurídicamente. Simultáneo regreso a los símbolos más simples; la escritura pictográfica, el analfabetismo moderno, las normas de circulación, las señales de tráfico. Ya en las escuelas de párvulos se aprende la instrucción militar; las infracciones son castigadas con amonestaciones, con arrestos, también con la muerte. Los accidentes de tráfico son sacrificios — desde luego.

Una de las consecuencias de la racionalidad es la exposición pura. En ella se elimina el ambiente natural — la envoltura, la costumbre, el tabú y cosas similares. Con ello se acelera el consumo. Pero la masticación de hojas de coca no es tan devastadora como la cocaína cristalizada, aunque a ésta únicamente se la esnife.

Uno de los pecados de juventud del trabajador es el aprecio exagerado de la anatomía. Un rasgo capital del estilo de talleres es la cuantificabilidad, la reducción al armazón de las cifras. Pero ni el gallo desplumado ni el gallo con plumas representan el gallo en sí. De la metafísica puede prescindirse tan sólo en aquellos sitios donde brillan de repente los *universalia in re.*

El príncipe pertenece al pueblo, no a la nación. Los cimientos que él pone son más hondos, de ahí que a veces quede el príncipe como único lazo de unión, cuando las cuestiones nacionales adquieren virulencia en el interior de imperios que se desmoronan.

Las modalidades de la liquidación. Es mejor, tal vez, ser liquidado con rapidez que serlo en parques protegidos. Los castillos de los reyes y aun ellos mismos son mostrados previo pago del precio de entrada; y, en caso necesario, los propios reyes cobran personalmente la entrada.

«Mejor caer como el César del Este que como los Césares del Oeste.»

Aun estando prisionero, el zar no quería que se dejase de combatir a los alemanes; Luis XVI llegó, de todos modos, hasta Varennes.

Liquidación de la aristocracia por el método frío, por los impuestos como medios de poder. Los aristócratas se convierten en sus propios porteros y también en números de circo.

Lo moral se entiende de suyo — una buena expresión. «De suyo» es el título de nobleza del ser humano, un título que alude

a lo que es su propiedad, su esencia, que alude a su ser-así. Desde ahí se hace visible lo que de moral hay en sus actuaciones; pero eso resalta con más fuerza todavía cuando está quieto. El autorretrato de Leonardo.

La difusión creciente de las valoraciones y las desvaloraciones morales indica que va perdiéndose lo específico, el modo propio de ser. El ser-así queda remitido ahora al puro ser (por ejemplo, el hombre diferenciado queda remitido al hombre en sí) — y en ese encuentro el ser-así queda o bien destruido o bien modificado. Con esto guardan relación las experiencias pietistas.

La razón de la catástrofe hay que buscarla en esto: lo específico se ha vuelto insostenible. Ocurre en todas las circunstancias y en todas las dimensiones — por tanto, también cuando un bólido choca contra la Tierra: la catástrofe se restringe al ser-así. El dibujo de Leonardo en Windsor: el fin del mundo con gran orden y con gran belleza, cual una flor cosmogónica vista desde otra estrella.

Es fuerte la capacidad de Leonardo: podría readmitir a la serpiente. Desde ella son posibles mutaciones que conducen más allá del ser humano.

La aceleración vertiginosa con que están cambiando no sólo la sociedad y el Estado, sino también la Naturaleza animada y la inanimada, permite sospechar unas causas que no cabe explicar satisfactoriamente ni a partir de la evolución histórica ni tampoco a partir de la evolución humana. Cambian no sólo las relaciones, cambia también el fondo común. Emergen tierras nuevas. Bajo disfraces históricos hacen su entrada poderes del ser. El hombre es afectado no sólo en cuanto realidad histórica, sino también en cuanto realidad natural, y con él quedan afectados los animales y las plantas, la superficie y la profundidad de la Tierra y de los mares, su emplazamiento en la atmósfera. El tiempo mismo comienza a cambiar; el mundo histórico, con sus culturas, llena un valle que se extiende, como entre el Líbano y el Antilíbano, entre el crepúsculo mítico y el rigor del mundo sin dioses.

Se ha consumado un gran día, lleno de nombres, fechas y obras; desde la pendiente opuesta volvemos la vista hacia su luz clara, consciente. Lo que en él fue ley no nos ata ya. No es que la historia empiece a cambiar su sentido, sino que lo que acontece no es ya historia. En cuanto somos espíritus llevamos con nosotros saberes, pero los sueños son más hondos; y los saberes no bastan para interpretar los signos que aparecen en la noche. ¿Han bastado alguna vez? Por debajo de los saberes ha

estado siempre lo obvio, lo que se entiende de suyo, como por debajo de la capa superficial están los estratos masivos.

En los sitios donde hubo dioses tiene que hacer su entrada el espíritu.

Quien se atenga a la figura del trabajador como a la gran encargada y refiera a esa figura, como al principio que produce transformaciones, pero no puede ser atacado por ellas, la modificación del mundo, encontrará un metro que no engaña. Percibirá que hay un poder que atraviesa las catástrofes como si atravesase telones de fuego. La propia sucesión y la propia aceleración de la transformación son la promesa de un ser para el cual la técnica significa realización, pero no realidad. El objetivo es la espiritualización de la Tierra.

Mi libro *El Estado mundial* trata el problema de esa transición en la cual la figura del trabajador pasa de ser un poder planetario a ser un orden planetario — el problema de una consolidación que es predecible con seguridad. Semejante consolidación traerá la clausura de la edad de los Estados combatientes.

Tampoco el vocablo «Estado» debería ser medido con el metro del modelo histórico; en el citado libro «Estado» significa *status,* estado, situación, sencillamente orden. La esencia del Estado histórico viene determinada por la existencia de otros Estados. La defensa de las fronteras es su tarea más noble. El Estado histórico presupone la Tierra repartida; el mapa histórico es distinto del mapa físico y también del mapa etnográfico. Las tentativas de hacer que concuerden esas desavenencias se parecen a los trabajos de Sísifo; nunca tienen éxito completo, y el que tienen es sólo por un plazo determinado.

En cambio el trabajador es, lo mismo que Anteo, hijo directo de la Tierra; su entrada va acompañada de conmociones, que hay que entender como conmociones tectónicas. La noche anterior a su aurora está incandescente de fuegos de fragua. Al trabajador le repugna la Tierra repartida, como un vestido artificial que aprieta el cuerpo.

Quien hoy sigue discutiendo sobre los colores de las banderas no ve que ya ha pasado el tiempo de las banderas. Los conflictos en las fronteras se vuelven insolubles porque las fronteras como tales están perdiendo su sentido; dejan de tener crédito porque la Tierra está adquiriendo una piel nueva.

Cuando Gea cambia de piel, Anteo vuelve a tocar suelo frente a Heracles; y emergen signos nuevos. La Tierra vuelve atrás, va

de las patrias al país natal. Adquieren más poder los signos matriarcales.

Heracles es, tal como Hölderlin lo vio, el príncipe originario, custodio de las fronteras y domeñador de los poderes terrestres. El hecho de que los grandes conflictos de nuestro siglo hayan comenzado con un magnicidio, con el asesinato de un príncipe, y hayan sido del todo funestos para las coronas tiene, por detrás de las constelaciones político-sociales, un sentido simbólico. Y también tiene un sentido simbólico el que no sean considerados como una solución y satisfagan cada vez menos los trazados de fronteras a que condujeron los conflictos. El crecimiento se anticipa al conocimiento; con los métodos clásicos no es posible domeñarlo.

Mi libro *Tipo, nombre, figura* vuelve una vez más al núcleo del asunto. Para percibir figuras, o, como decía Goethe, «experiencias», se requiere un equipamiento más fundamental que una óptica excelente, pues lo único que cabe ver y describir o también pintar son siempre las etiquetas de las figuras, no su esencia. Una vez que los ojos han absorbido los signos en su poderosa plenitud, lo que han de hacer es más bien cerrarse para así llegar a tener un atisbo de la unidad, atisbo que nunca podrá ser sino meramente aproximativo: una contraimagen quieta y encubierta del mundo que gira sin cesar. Con esto guarda relación la aversión de Goethe por las gafas, por los microscopios, por los telescopios.

¿Está secándose únicamente la parte alta de los árboles o están muriéndose las raíces? ¿Descansa o se atrofia el órgano ordenado a la percepción metafísica? ¿Se torna superficial el espíritu o se vuelve más hondo el fundamento y ya no puede ser alcanzado sino en los sueños o por tipos atávicos, hipertróficos, drogados? Los unos ven pero no actúan, los otros actúan pero no ven. Esplendor y miseria de la *décadence.*

Acaso se permita ahora por última vez echar una mirada al mundo histórico. La metafísica es un lujo y lo ha sido siempre; esto es así especialmente en el interior de la aceleración.

Con Heráclito comienza una gran primavera; el espíritu se reviste de colores de gala. Eso representa simultáneamente un robo al mundo mítico. Una y otra vez, y hasta nuestros días, ese mundo se ha sublevado contra el logos. En nuestros conflictos el retorno mítico tiene únicamente un significado dialéctico; se invoca el mito para hacer comparaciones: para mostrar qué cosas han sido posibles. Frente a eso se manifiesta la figura. El ser humano

cede su libertad a poderes desconocidos. Darles nombre es el auténtico riesgo de nuestro tiempo.

En la economía cósmica no hay pérdidas; lo único que ocurre es que determinadas perspectivas dejan de ser importantes. La mejor libertad es *aquella* de que menos se habla. Es probable que estén preparándose grandes transformaciones — por ejemplo, la transformación de libertad en belleza o en espiritualización de la Tierra. Entonces también la técnica cambia o cumple su sentido.

La aceleración es un síntoma terminal y, por tanto, también un síntoma anunciador. La diferencia entre el ocaso y la aurora es únicamente una diferencia de perspectiva. Cuando los médicos se reúnen en consulta a medianoche, malas son las perspectivas para el padre — ¿también son malas para los hijos? Cuando los gobiernos cambian con una rapidez cada vez mayor, un ejército nuevo está abriendo ya la puerta.

De la aceleración forman parte los ritmos de onda corta, las circulaciones estrechas, el desgaste rápido de las guarniciones, y ello no sólo en el mundo político, sino también en el mundo de las ideas y de las obras de arte. Sin lamentarlo vemos desaparecer los viejos mundos y sin placer vemos entrar los nuevos.

Nicht ist es aber
Die Zeit. Noch sind sie
Unangebunden.

[No es, sin embargo,
el tiempo. Aún están
sin atar.]

(Hölderlin: *Los Titanes*)

Véase, en comparación con eso, la aceleración dentro del auténtico mundo de trabajo. El movimiento se torna cada vez más rápido, más preciso; la forma, cada vez más pensada, más unitaria. Llama que crece con la destrucción.

Aquí se muestra la otra cara; la técnica forma parte de la piel nueva. También la técnica es únicamente un vestido, una cambiante envoltura de la figura. En comparación con eso, la indigencia de los sistemas: durante el cambio de piel la serpiente está ciega.

El cerebro como un transformador: posee fuerza lógica, pero no fuerza espermática. Las cosas cambian — pero no porque lleguen pensamientos nuevos al mundo; sino que, porque cambian las cosas, es preciso que también la capacidad transformadora

crezca con su marea ascendente, o será destruida. Entonces la evolución toma otro rumbo y el mundo está lleno de laboratorios calcinados, como está llena Cerdeña de muñones de nuragas.

/Lo único que se encuentra sustraído a la aceleración es lo que llega de los sueños. En ellos habita la fuerza autóctona con su belleza y con sus horrores, en ellos tiene su casa el oráculo./De ellos llega también el componente imprevisible del mundo técnico, la fuerza proteica de su producción y, a la vez, la insatisfacción que produce. Las formaciones se vuelven rígidas bajo la mano y ya no satisfacen. No es posible llegar a la piedra filosofal, al *perpetuum mobile;* no se pasa de coleccionar módulos.

La política puede configurar, dar figura, únicamente en los sitios donde ella misma la posee — por tanto, cuando realiza encargos que le son hechos por poderes del ser. Estas son conexiones que el político no conoce en su profundidad, más aún, que a menudo ignora, sin que ello menoscabe su causa. La necesidad penetra al político de una manera tal que se sustrae a su inteligencia y que él no es capaz de exponer tampoco en sus formulaciones, en su programa.

Eso es lo que explica la imperturbabilidad del gran político, pero también su inabordabilidad, su predilección por los lugares comunes. Lo necesario se efectúa en etapas sucesivas. A eso corresponde el valor relativo de los programas, su dependencia del tiempo y de las circunstancias. De ahí que también el mejor político se sobreviva a sí mismo; su arte apenas llega más allá de una generación.

La actuación política culmina en la actuación estratégica. El general pierde en horas lo que acaso nunca más podrá ser resarcido.

El campo propio del político es lo actual. Incluso en aquellos sitios donde titubea, está aguardando el instante. En eso estriba su fortaleza y en eso estriba también su limitación, la cual se pone ya de manifiesto en la circunstancia de que lo que dispone de su obra de arte, el Estado, es únicamente el éxito.

Eso no les ocurre ni a las obras del filósofo ni a las obras del espíritu creador de obras poéticas o figurativas, y ni siquiera a la teoría del Estado. En estas cosas el éxito es algo sobreañadido. Puede que llegue o puede que no llegue; ni lo uno ni lo otro dice nada sobre la obra.

El poder real de que disfruta el estadista es mayor que el poder real de que disfruta el poeta, mas, a su vez, la obra de éste es muy

superior en poder espiritual y, con ello, en duración. El encuentro entre el estadista y el poeta se basa en el azar y, casi siempre, en malentendidos. Ese encuentro forma parte, más bien, de la estructura del mundo histórico, de los arabescos.

Nadie es profeta en su tierra; ni tampoco en su tiempo. El mejor profeta es el profeta muerto; para el profeta vivo la actualidad, si no peligrosa, sí le es intempestiva. Ese es el asunto que trata Dostoievski en *El gran inquisidor;* Platón en Siracusa, Maquiavelo en Florencia son ejemplos de lo mismo. También podemos imaginarnos un encuentro entre Rousseau y Robespierre, una visita de Marx al Kremlin. El propio Nietzsche, si hubiera alcanzado una edad avanzada, podría haber hecho esa misma experiencia: primero, la apropiación apasionada de sus ideas por tipos que a él le repugnaban profundamente, y luego, la resaca contraria, la de los perjudicados bajo tales auspicios.

La crítica nihilista, la seguridad instintiva en el rechazo de los modelos, unida a la ingenua indigencia de las propias exhibiciones — todas esas cosas son síntomas frente a los cuales no bastan los juicios de valor, los juicios basados, por ejemplo, en comparaciones históricas.

Las nociones físicas son más adecuadas — tal, la noción de una superconductibilidad a bajas temperaturas: las moléculas, los genes, los pensamientos, las conductas se asocian casi sin resistencia. En esto hay que tener por posibles todas las cosas — *nil admirari,* y no por hastío, sino porque la admiración empañaría el experimento en su carácter, podría hacer sospechar que está acercándose a su clausura. Vale la pena practicar el ascetismo con respecto a las valoraciones; lo que se ahorra en donaciones de sentido se coloca en el banco y produce intereses.

Aquí habría que aducir ejemplos prácticos — por ejemplo: ¿qué nos trae el correo? Entre otras cosas, una invitación de un catedrático de instituto del norte de Alemania a participar en una excursión escolar a Sicilia. Adjunta fotos en color; en ellas se ve al catedrático, en compañía de sus alumnas de último curso, ligeramente vestido o incluso desnudo, delante de unas rocosas costas meridionales. Es evidente que los padres y las autoridades escolares miran eso con benevolencia, si bien con ideas anticuadas, tales como «Nueva moral» o «Retorno a la Naturaleza». Están haciendo su entrada cosas nuevas, desde luego, pero no tienen nada que ver ni con el mundo mítico ni con el mundo ético, sino con el mundo del trabajador, como uno de sus innumerables experimen-

tos sociológicos de carácter más o menos raro y también peligroso, experimentos de los cuales no se sabe qué dirección tomarán en lo sucesivo. Entre ellos se cuenta también lo que cabe calificar de «darwinismo aplicado».

Sobre la egomancia o caproadivinación. El salto del cabrón no crea todavía potencia. Se requieren ulteriores exhibiciones.

«El criminal y la gente que le es afín» es, según Nietzsche, el tipo del hombre fuerte en condiciones desfavorables, al cual le falta la tierra salvaje.

Désele, pues, además de sus admiradores, tierra salvaje, y se observará que él la digiere menos aún que todos los demás. Pero si llega el hombre de la manteca o el hombre del saco, todo el mundo desaparece.

En el criminal se esconde no tanto un emboscado cuanto un policía. Eso es algo que se hace inmediatamente visible en los sitios donde accede al poder. El criminal no es un tipo anárquico, sino un tipo social, y está referido a la sociedad más que las personas normales; de ahí que sea el héroe de aquellos a quienes les han ido mal las cosas.

En cambio es acertado lo que Nietzsche dice en ese mismo pasaje, a saber: que casi todos los hombres geniales atraviesan en su evolución una fase catilinaria. Es menester distinguir entre el crimen y la anarquía.

También en este aspecto debería atenderse a la calidad y no contentarse con sucedáneos fabricados para la gente de medio pelo. Si bandidos, entonces *maître* Villon en persona; si *stercor, sexus* y *crimen,* entonces el Marqués; si polémica inflada de veneno, entonces Léon Bloy.

Por cierto que de la polémica de Bloy contra sus paisanos hay que decir que sabe hacer diferencias. El grado en que los franceses repugnan a Bloy es mucho menor que el grado en que el francés merece su estima — y eso quiere decir mucho.

En este sentido todos, y principalmente los alemanes, pueden dar gracias al destino por haber nacido en la patria en que nacieron.

Ya no pueden prevalecer fidedignamente los tipos probados, tales como el tipo del «héroe» o el tipo del «sabio». La mengua general afecta a la paternidad e incluso, en sentido amplio, a la autoridad, mientras va creciendo la violencia y ganan terreno los poderes elementales. Con esto guarda relación la propensión hacia los medios dotados de una fuerza, una rapidez y un alcance cada

vez mayores, y también la tendencia a averiguar relaciones numéricas. Lo único que tiene vigencia es lo que puede cuantificarse.

Figuras de oro, marfil, mármol en los templos, en los mercados y acrópolis — los dioses daban la norma en cuanto modelos inalcanzables. «El ser humano», en cambio, pierde perfil y precisión: introduce en sí las diferenciaciones. En el crisol se desvanecen las formas.

Son siempre arriesgadas las tentativas de dar en esto definiciones y de ofrecer pautas o, no digamos, incluso crearlas. Tales tentativas brotan o bien de una gran arrogancia o bien del desconocimiento de la situación mundial. Ambas cosas explican por qué los planteamientos «fascistas» no logran penetrar. No es una cuestión de valor. Las pautas bastan desde luego para la ejecución de esfuerzos grandes, pero no para la ejecución de esfuerzos duraderos; dentro de la corriente indivisa de la marea mundial escasea demasiado el aliento.

La cuestión que se plantea es si no serían consumidas aun las masas que pudieran aportar los chinos, considerados como tipo. En última instancia no será suficiente ninguna cosa que esté basada en la tradición y en la raza.

Eso mismo habría ocurrido con el «hombre nórdico» aun cuando se lo hubiera admitido como tipo en un territorio amplio. A mayores exigencias, menor el valor programático de una construcción especial. En ella lo dividido debe ceder a lo indiviso; eso se aplica en mayor medida a lo esotérico.

Hubiera podido hablarse sobre el *Reich* como figura, claro está que sin restricciones geográficas. Ya el antiguo *Reich* tenía formato de gran potencia, pero no de potencia mundial; de ahí las reservas de Bismarck con respecto a las colonias, a la flota, a los compromisos de alcance mundial. A la postre quien paga con sus huesos es «el granadero de Pomerania»; hemos vuelto a verlo.

El estadista no ha de guiarse ni por los ideales del poeta ni por las ideas del pensador, especialmente cuando se acumulan los acontecimientos, y eso aun prescindiendo de que ambos, poeta y pensador, son significativos más bien para un mundo futuro que para el mundo actual. Las cortes de las Musas son cortes de príncipes que tienen tiempo.

Por otro lado el espíritu figurativo dispone de autoridad no menor que el espíritu activo. Es muy independiente de los hechos y no está ni al servicio del Estado ni al servicio de ninguna realidad, cualquiera que sea su índole. El espíritu figurativo no tiene

que medir su obra con el metro del acontecimiento, sino medir el acontecimiento con el metro de la obra.

La libertad espiritual no es posible estandarizarla; de ahí que no dejen de ser vagos y discutidos los límites aun en los sitios donde se intenta fijarlos, como en el caso de la libertad de prensa. Así como ninguna libertad se hace visible hasta que no desaparece la protección, así la libertad espiritual comienza donde acaba la libertad de prensa — entonces, desde luego, se pone inmediatamente de manifiesto, a la luz de los relámpagos, el esplendor y la miseria de la libertad.

Es perdonable y aun comprensible que entre los contemporáneos, y especialmente entre los alemanes, el juicio venga determinado por la experiencia empírica, la cual es una experiencia casi enteramente turbia. No sólo el mundo histórico, también el mundo espiritual lo ven los alemanes como a través de cristales sucios.

Como ocurre con otras distinciones, tampoco puede presuponerse ya la distinción entre el análisis especial y el análisis general de la situación, distinción que separa y enlaza la experiencia práctica y la interpretación del destino. Pero el diálogo no comienza hasta que no se da ese presupuesto. ¿Qué son los matices políticos cuando el mundo está con dolores de parto?

La mirada dirigida al trabajador ha de atravesar la manifestación empírica. Lo que en el trabajador está operando es algo más que una magnitud histórica; también en el mundo de los dioses y de los héroes hay sin duda analogías, pero no cosas idénticas.

Los nombres antiguos se adhieren al dueño de la nueva casa que está aguardándolo y que es amueblada por él. A medida que ese dueño va adquiriendo realidad, se quita de encima la polémica y las teorías.

La visión de las enormes obras y expediciones militares del dueño de la nueva casa trae al recuerdo los trabajos de Héracles. Pero también con eso no se haría otra cosa que seguir una mera analogía. «Como los príncipes es Heracles», dice Hölderlin, conocedor insobornable de las grandes proporciones — pero el trabajador es el enemigo nato no sólo de los príncipes, sino también de los dioses y semidioses, él es un hijo de la Tierra y es mayor su parentesco con los grandes Titanes, como Anteo, Prometeo, Atlante, que con Heracles.

Menos aún puede satisfacer la valoración socioeconómica de los acontecimientos históricos. Los oprimidos están presentes en todos

los sitios donde se los necesita. Son gente pegada al suelo, en el sentido en que la rueda que avanza toca el suelo. Cambian los individuos, el hecho queda; y todo vencedor encuentra a su señor.

En los sitios donde aumenta el movimiento casi no resulta ya posible distinguir entre los opresores y los oprimidos; las teorías van siempre a la zaga de la evolución. A menudo se cubren apenas las vergüenzas.

De los sitios donde continúan preponderando los conflictos económicos cabe sacar la conclusión de que son territorios provincianos. Lo mismo puede afirmarse de la sublevación de los pueblos de color; de ahí que a escala mundial, que es hoy la escala del trabajador, sean no sólo consentidas, sino también fomentadas ambas tendencias; son movimientos de orden dentro de la capacidad mundial. Aquí son asentadas en el libro no sólo las partidas que van juntas, sino también las que se enfrentan. Las teorías han quedado retrasadas frente a la praxis dominante; se las utiliza según convenga.

Muchas cosas contradictorias y poco claras se escuchan también acerca de los armamentos, porque están ligados muy estrechamente al miedo. Vistos desde la figura del trabajador, los armamentos tienen misiones funcionales más bien que misiones definitivas. De ahí que su ampliación a la totalidad tenga que ser posible y tenga también que ser evitada, de manera similar a como un proceso químico atraviesa estadios explosivos; éstos forman parte del riesgo que se corre, pero no del efecto.

El cáncer de la guerra no consiste en que consuma cada vez más, consiste en que consume también la victoria. «La corona arde con la victoria.» Con la nivelación se pierde también la índole diferente, el modo diferente de ser, la alteridad; cada vez resulta más difícil distinguir no sólo los interlocutores, sino también los programas — lo único que la gente sigue queriendo es combatir al adversario para «liberarlo». Al final la gente es vencida por su propia teoría. Las guerras igualan, ya no diferencian.

Con la ignominia llega el oro — eso lo vio ya muy bien Bloy.

Que ha hecho su entrada un señor cabe notarlo en el servicio, que comienza a hacerse más estricto — cabe notarlo en la jornada de trabajo planetaria, que abarca veinticuatro horas; en las exigencias extremas que se hacen a la *physis* y al intelecto y que consumen mucho; en la brusca multiplicación de los operarios; pero cabe notarlo también en las inclinaciones al derroche, que son de tal envergadura que ningún tiempo feudal ni apenas ningún tiempo sacral pueden competir con ellas. La técnica y la ciencia en

los pisos más altos son un lujo supremo, más costoso que los palacios de dinastías enteras y más peligroso que las guerras de los reyes. Las cosas que aquí se exigen cabe calcularlas haciendo una visita a los centros y observando al ser humano no sólo en los sitios donde trabaja, sino también en los sitios donde se divierte.

La intención tiene que pasar al segundo plano en los sitios donde lo que se pretende es describir la realidad; menoscabaría la topografía. Tampoco debería desempeñar papel ninguno la circunstancia de que esa realidad agrade o desagrade al observador. Esto presupone disciplina, ascetismo con respecto a los ideales deseados.

El siglo XIX ha desarrollado en este aspecto un *ethos* que permite como casi ningún otro la descripción detallada de un objeto. Laboriosidad de abeja, escepticismo, desinterés por los supramundos, centralización de los métodos críticos y perceptivos, todas esas cosas han asegurado la más rica cosecha obtenida nunca por el pensamiento.

Lo dicho hubo de ir precedido de las restricciones impuestas por la crítica del conocimiento. De la preparación para la gran carrera hípica forman parte también las anteojeras. Kant no salió del término municipal de Königsberg. Schopenhauer se figuró que, poniendo la voluntad como cosa en sí, completaba la filosofía kantiana. De ahí procede su influjo enorme sobre espíritus atípicos en sentido clásico como Burckhardt, Huysmans, Nietzsche, Wagner y muchísimos más que ya están olvidados. Citar a Schopenhauer hoy, en este entresuelo espiritual en que estamos viviendo, es de mal estilo. Esto viene a corroborar, entre otras cosas, algunos de sus aforismos, como el que dice que todos los tontos se ponen de acuerdo tan pronto como hace aparición un hombre de inteligencia superior.

Es cierto que a eso podría oponerse más de una objeción. Sin embargo, debería aportarse al menos un modesto sistema si uno quiere meterse con un espíritu que tiene algo que ofrecer en lógica y en metafísica, y ello aun prescindiendo completamente de su ética, la cual es tal vez la única que en suelo europeo puede competir con la ética cristiana. Es cierto que para eso Schopenhauer hubo de ir más allá de nuestra península. En qué sitio se oye hoy una frase que destaque por encima de todos los conflictos temporales, como lo hace, por ejemplo, la siguiente:

«El atormentador y el atormentado son una misma cosa. El primero yerra creyendo que no es partícipe del tormento, y el segundo, creyendo que no es partícipe de la culpa».

Con frecuencia se ha deplorado que cada vez resulte más difícil ver el todo. En los sitios donde el pensar es un trabajo la metafísica se convierte necesariamente en un lujo. Los resultados mostrarán hasta qué punto esto forma parte del aligeramiento de carga que precede a un salto. El secreto está luego en el movimiento; y la acción habla en favor de sí. Ello hace también que se torne más difícil el juicio moral.

En el gran Todo no hay bajadas, sino sólo una red de movimientos palpitantes. Si se quiere llenar otra vez la copa es preciso vaciarla antes.

Al siglo burgués le debemos un buen instrumental, sobre todo un refinamiento de las artes de medir que habría causado asombro a los espíritus barrocos, causado asombro incluso a un Leibniz, a un Newton. Nunca se han colocado las redes antes de una cacería con tanta paciencia, con tanta sutileza. Para hacer capturas en las cosas que carecen de nombre es preciso disparar el arco allende las cosas visibles. En las primeras es donde están también las cosas que no se aguardan. Ahora apunta la posibilidad, la resaca, de construcciones nuevas. De ello da testimonio el brillo fantasmagórico de los talleres. Son diseños de un mundo ilusorio-matemático.

El instrumental es transportable; no está adherido a razas ni a paisajes. Es una ventaja, y eso puede verse en que los suelos intactos son más propicios a la formación del mundo nuevo. Los esquejes crecen así más robustos que el tronco.

No es posible localizar la evolución, pero sí centralizarla. Lo que queda por preguntar es si con los caracteres empíricos se difunde también el mundo inteligible que reposa tras ellos. ¿Se trata de una producción anticipada de la cultura genuina, que promete grandes ganancias, o se trata de su lixiviación? La respuesta a esto la dará no sólo la vieja Europa, la darán también las mutaciones que ocurran en los próximos decenios.

Después de toda derrota grande los hijos opinan que el padre los ha sacrificado en vano. El enojo de la juventud alemana contra el «burgués» después de la primera guerra mundial no se explica únicamente, sin embargo, por la situación. Con mayor o menor claridad se veía que lo que hacía falta eran, no constelaciones nuevas, sino principios nuevos. El hecho de que ni la dere-

cha ni la izquierda los hicieran realidad forma parte del destino alemán y confirma la experiencia de que en Alemania las grandes cuestiones han quedado desde siempre indecisas, cosa que Nietzsche nos reprochó con virulencia.

A la vista de un fallo que viene repitiéndose tan manifiestamente desde los Staufen habría que preguntar si aquí intervienen propiedades del carácter no menos que propiedades de la situación. Así, las leyes de la balanza actúan de un modo diferente en el centro que en los extremos, y también lo hacen de un modo más secreto. Muchas de las cosas que fueron planificadas, proyectadas, descubiertas, inventadas en Alemania, las vemos ejecutadas en otros lugares. Tanto en un sitio como en otro eso favorece a la gran economía.

De hecho los alemanes no han ido, ni en la derecha ni en la izquierda, más allá del mundo burgués, es decir, de la Revolución de 1789; a pesar de esfuerzos y excesos violentos han conseguido, antes bien, que en ese marco no se los tome en serio. Tampoco lo subsanarán, tanto menos cuanto que lo que ocurre dentro de ese marco, es decir, la praxis, les contradice en todo el mundo y lo hace de una manera cada día más clara.

El libro *El trabajador* pretendía llevar más allá de eso y hacerlo con hondura mayor que la empleada en Rusia. En esa medida es un libro político y, simultáneamente, un libro que es ya historia pasada. Pero es algo más todavía, puesto que describe una magnitud que ha salido de la catástrofe no sólo indemne, sino con más poder que nunca, y cuyo estudio aparece más excitante que antes. Ese crecimiento, que ya ahora es visible, otorga un sentido nuevo, unas tareas modificadas, también a la restauración. Las fuerzas museísticas, retardatarias, de ésta actúan ahora introduciendo matices, formando islas dentro de las mareas dinámicas. Con ello es ya historia pasada también la polémica contra el burgués; esa polémica desviaría del asunto. No se echan abajo puertas abiertas. Sin embargo, para iluminar un hito de la inflexión, para iluminar una decisión importante, que fue desperdiciada ya en 1918, y mantenerla en la conciencia, no es posible prescindir de los pasajes del libro que contienen la citada polémica.

En la práctica eso significa que la descripción del mundo nuevo ha de ir precedida de un esbozo histórico, a no ser que haya de concebirse y clasificarse como tal el texto existente.

Puede vislumbrarse por anticipado la violencia de una tempestad, de igual manera que puede hacerse eso mismo con el *Föhn*,

el viento Favonio, o con un terremoto. Lo que causa sorpresa son los fenómenos — los aludes, las casas destechadas, las mareas vivas. Esto no excluye que el sentido subterráneo de todo esto se perciba con mayor claridad en la obertura. Esta da las formas previas de los cuadros cuya multitud desconcierta luego en los diversos actos de la obra.

El *Ecce homo* de Nietzsche, del año 1888, da más que un análisis grandioso de la situación. En él se capta, se sufre un destino, no sólo con la inteligencia, sino en los átomos, de manera atmosférica. El aire se enrarece, resulta más difícil de respirar, pero las montañas se acercan con mayor claridad. En el estilo se conservan juicios errados grandiosos. Y entre ellos aparecen reminiscencias de críticas de periódico, una cita a la que se faltó. Todo eso es un resto de tierra, un rasgo humano.

La irritación contra los contemporáneos, especialmente contra los alemanes, resulta comprensible en alguien que tiene cosas enormes que decir y no encuentra eco. El que está más cerca es el peor tratado, aun prescindiendo de que en los pisos superiores eso es habitual entre alemanes.

Con respecto al horóscopo queda por decir esto: los instantes más fuertes son acaso aquellos en que no hubo ningún encuentro ni con personas ni con cosas. Obrar es tejer; tejer es también destejer — no cabe agotar la coyuntura. Todo encuentro interrumpe entonces un diálogo grande. De ahí que el recuerdo devuelva una y otra vez la magia de horas imprecisas en que estábamos solos y sobre cuyo significado reflexionamos. Vislumbramos entonces que estamos llamados a más cosas que a actos y a obras. Aun los actos supremos, aun las obras supremas, son meras parábolas.

El ideal del pensador es que los pensamientos se transformen directamente en actos, como por una fórmula mágica. Eso es lo que distingue al pensador del sabio, el cual sabe que los pensamientos tienen tiempo y que no se pierden tampoco aquellos que no encuentran eco.

Sin duda quedó ya bastante explicado que tampoco en su manifestación política es el trabajador el representante ni de un estamento ni de una clase ni de una nación. Con todo, es en los grandes acelerones cuando las naciones dirimen los conflictos y los transforman. El que en ello las naciones se muevan de manera más o menos ajustada a la corriente mundial es algo que no introduce ningún cambio en el peso del destino, pero sí en el resultado. Las víctimas de los unos caen bien, las de los otros tienen

mala reputación. En ello la persona singular llega a pasajes dolorosos durante los cuales ha de decidirse en favor de sus parientes naturales y en contra de sus parientes espirituales. Tal vez sea eso una selección que favorece a las naturalezas muy robustas, en las cuales los lugares comunes pierden su condición problemática e intervienen con mayor firmeza. Ahí es más recia también la conciencia moral.

Las revoluciones tienen también un lado mecánico; mediante el descenso del nivel se consigue trabajo. Esto explica en parte la expansión que sigue a las revoluciones. El que en ellas pasen a primer plano tipos subalternos es algo con que se cuenta; casi todos los grandes de las revoluciones son efímeros.

El juicio sobre las revoluciones no deja de ser perspectivista, pues ni cabe abstraer del dolor que trajeron al mundo ni es posible mirar dentro del funcionamiento interno de su tiempo. La distancia suaviza y modera las cosas; por otro lado, perfila los caracteres en una manera a la que también contribuyen los poetas. Véase la opinión que Schiller tenía sobre los conflictos franceses del siglo XVI y la que tenía sobre los de su propio tiempo.

«Ser capaz de ver sangre», eso es lo que distingue a los matarifes. Es una ventaja mágica con la cual, cuando se ponen en movimiento, paralizan a una mayoría inmensa como si mostrasen la cabeza de Medusa.

Ahí se halla uno de los secretos de la pena de muerte; el justo muestra que no se amedrentará. Es un mensaje que llega hasta los rincones más oscuros. Lo que aquí rige no es «lo que se hace se paga», lo que aquí rige son leyes homeopáticas: la sangre de un asesino puede compensar profilácticamente la de cien mil inocentes. Cuando los antiguos decían: «Que no quede la sangre en el país» — era por miedo a que el asesinato pudiera extenderse como una epidemia.

Esa misma circunstancia se hace visible en el hecho de que sean regímenes explícitamente cainitas los que supriman la pena de muerte. Esta se opone al asesinato no tanto en el marco de la causa y el efecto cuanto en el principio más íntimo. Cuando el asesino llega al poder quiere matar a su arbitrio; el derecho no debe darle cortada ya la pieza. Para él carece de importancia la distinción entre culpa e inocencia.

El atentado, en cambio, queda fuera de la ley; provoca el efecto inverso. Refuerza el sufrimiento, como una vacuna aplicada durante la crisis.

En anotaciones como éstas es menester reprimir los propósitos pedagógicos; lo único que éstos pueden hacer es contribuir a la confusión. Cuando baja el alud, ¿qué son las posiciones en que se está?

A la postre, al menos en la medida en que también intervienen consideraciones vaticinadoras, se renuncia incluso a la lectura del barómetro. Basta la lectura del electroscopio o de las máximas y mínimas de un termómetro. A uno que no se atreve ni a tocar un pelo al asesino de millares de personas se lo ve como contemporáneo de otro cuya conciencia moral no es turbada por el asesinato de millares de personas — y entonces se sabe qué va a pasar.

Con esto guardan relación el estilo «Ejército de Salvación» de los generales, el estilo «Solterona» de los filósofos, el estilo «Guante de terciopelo» de los pedagogos, en un mundo de violencia, de odio, de pruebas inmisericordes — como correspondencia exacta del no actuar y del actuar, del miedo y del horror en general. Pero esto, *sine ira et studio* y, a la postre, con benevolencia, y sin caer en el error de Nietzsche, en el error de moralizar, como amoralista, el triple que todos los demás. Ante esa marea, en esa inflexión, nadie actúa de manera completamente acertada ni de manera completamente desacertada. Mucho más importante que pleitear es verificar la cuenta — así como la investigación precede a la valoración, así los trabajos topográficos preceden a la ordenación jurídica.

Lo que hay que hacer es o apuntalar bien una posición o alcanzar de un salto una posición nueva; puede ganarse tiempo o bien ampliándolo o bien comprimiéndolo. Según Clausewitz la defensa es la modalidad más fuerte. Sin embargo, esta tesis rige únicamente en ciertos períodos, ya que el tiempo absoluto sigue corriendo y todos tienen que ajustar su reloj a él por las buenas o por las malas.

En este sentido los alemanes se han quedado en el campo intermedio; ni han conseguido afianzarse en los principios de 1789 ni han conseguido desprenderse creíblemente de ellos y de las formas acuñadas por ellos. De igual manera que en 1803 y en 1813 tomaron unos anticipos insuficientes sobre aquellos principios, y en 1848 omitieron el imponerlos, así en 1918 no supieron librarse de ellos. En 1933 se perdió la última oportunidad. Entretanto ocurrió lo que ocurre con toda decisión aplazada demasiado tiem-

po: que se tornó irrelevante. Lo que no consiguieron los hundimientos de montañas está sucediendo por erosión.

También en eso se muestra que los ajustes de cuentas entre los pueblos no tienen ya un carácter definitivo, sino un carácter funcional. La figura del trabajador atraviesa, modificándolos de raíz, no sólo los individuos, sino también las naciones.

«Es otro el que da órdenes; y lo que debe suceder, sucede» (Gotthelf).

Que las teorías no bastan lo muestra cada vez más claramente el modo en que se tornan descoloridas en comparación con los hechos. Su insuficiencia lleva a que grandes masas vayan de acá para allá sin rumbo, en frentes y direcciones poco claros. Aunque las capacidades intelectuales crecen de manera vertiginosa, cada vez bastan menos para enjuiciar satisfactoriamente la situación.

Frente a eso el autor ha de esforzarse por alcanzar un estado tal que en él dé su aprobación a la gran marcha de las cosas, aunque esa marcha le contraríe e incluso amenace con arrollarlo. Tanto mejor podrá comprenderse el destino cuanto más a fondo se prescinda del propio bien y del propio mal. Entonces el destino resultará fascinante incluso en su amenaza: «Todo lo que acontece es digno de admiración».

Todas las teorías políticas tienen una relación más intensa con la actividad que con la realidad. De ahí que sean sobre todo un asunto de los partidos y de sus distinciones de arriba y abajo, debe y haber, izquierda y derecha. Son movimientos dentro del Estado; otras son las medidas que rigen para este mismo, en el cual se concentra el ser. De ahí que el arte del Estado no se apoyará tampoco en el teórico, sino que lo hará, de un lado, en el filósofo, que echa cimientos más hondos, y, de otro, en el poeta, que es el expositor y creador de pautas de índole superior.

El que hoy las cosas sean completamente diferentes, dado que los poderes se apoyan preferentemente en teorías y carecen de obras de arte creíbles, cabría concebirlo como una confirmación *ex negativo* — como señal de que hoy están entrando en escena no tanto Estados auténticos cuanto magnitudes dinámicas: partidos activos en la guerra civil mundial. Por cierto que eso forma parte de los presagios favorables.

Si a la vista de uno de los giros o incluso virajes no aguardados que son indefectibles quisiera el teórico contradecir el curso de las cosas remitiendo a los inicios, la evolución pasaría a su lado

o lo apartaría del camino. Esto confirma la preeminencia de los hechos. Los mejores teóricos son los que están en los monumentos.

El auténtico valor de una teoría reside en la guía, en la conducción racional hacia el objeto. Esto significa un mérito y una limitación al mismo tiempo. Una vez que se ha alcanzado el objeto la teoría se torna superflua, adquiere un significado histórico, o se modifica.

Si comparamos la producción del objeto —por ejemplo, del Estado— con la génesis de una estatua, entonces las teorías forman parte de las cosas que sobran; quedan en el suelo como pedazos o fragmentos, acaso también como reliquias. Pero han liberado una imagen en la materia. Eso se repite simbólicamente en el descubrimiento de las estatuas durante las grandes solemnidades.

Ese sería uno de los modos posibles de ver las cosas. El otro es el que afirma que la figura comienza a agitarse por sí misma en la materia y sale de ella cuando ha llegado la hora; deja atrás como vestido histórico, como envoltura de crisálida, los pensamientos evolutivos.

Cuál de esas dos opiniones le parece digna de crédito a la persona singular depende de la posición que esa persona ocupe. ¿El ser humano guía o es guiado, cambia en su propio nombre el mundo o lo cambia por encargo? La discusión acerca de estas cosas aboca a la cuestión del libre albedrío, cuestión antigua y siempre nueva.

El que en los puntos críticos se afirme hoy con pasión el libre albedrío, puede que sea necesario. El hombre de acción necesita del desenfado, el cual puede ir ascendiendo, a través de todos los escalones de la ingenuidad, hasta la conciencia de la semejanza con Dios.

Post festum causa asombro la desproporción entre la indigencia de los individuos y las enormes modificaciones que van ligadas a nombres cuya mera mención sume en perplejidad al historiador. Esto es desde luego un indicio entre otros muchos de que los medios del historiador son insuficientes.

El que las artes figurativas sean cada vez más desafectas a las cabezas depende no sólo de los artistas, depende también de los modelos. En tiempos anteriores podían coadyuvar los sastres y los peluqueros. Las insignias de rango y de estamento apenas pueden ser ya mostradas bajo aspectos museísticos; su vista provoca un ambiente de miércoles de ceniza. Se ha echado sobre el mundo una red de camuflaje, un telón anónimo, detrás del cual está naciendo una escena nueva.

Con esto guarda relación también la destrucción de la forma por el color en el campo de batalla, en la pintura, en la arquitectura, bajo una luz que gira en remolinos e inunda cual una marea. Pero tampoco cabe mantener la forma en sí; una voluntad imprecisa, pero que hace precisiones cada vez más agudas, diluye la forma en una cadena de diseños. Lo que queda tras de esa voluntad son escorias.

Casi puede dársele la vuelta a la antigua expresión «Paren las montañas...» — hace su entrada un ratón minúsculo y parece parir montañas. El secreto se halla en las masas que están en suspensión; el eco de un disparo, la pisada de una liebre pueden desencadenar aludes. Esto no se opone a la grandeza humana — al contrario. En el enorme escenario cambian las dimensiones y, con ellas, las cosas que pueden ser concebidas como grandes. Ante tal espectáculo el observador habrá de formarse necesariamente un juicio sobre la libertad que será diferente del que se formará el hombre que actúa.

Cuando sube la marea, quien derriba diques causa efectos mayores que quien los conserva. Ni lo uno ni lo otro ha de inquietar al navegante; él permanece en el elemento.

El conservador genuino no quiere conservar este o aquel orden, lo que quiere es restablecer la imagen del ser humano, que es la medida de las cosas. Justo por eso resultan hoy problemáticos todos los planteamientos conservadores.

Cuando aumenta el calado se vuelven muy parecidos los conservadores y los revolucionarios, ya que se aproximan necesariamente al mismo fondo. De ahí que siempre sea posible demostrar la existencia de ambas cualidades en los grandes modificadores, en los que no sólo derrocan órdenes, sino que también los fundan.

Antes de las grandes escenas hay ajustes de voces, oberturas delicadas, pero llenas de atisbos, mientras muy pausadamente va infiltrándose la luz. La sala de fiesta va iluminándose hasta que a su resplandor la nueva sociedad se reconoce como fraterna. Todas las cosas —los decorados, los rostros, los vestidos— han experimentado cambios y todas ellas confirman el gran descubrimiento y redescubrimiento: el de que somos seres humanos. Eso puede durar luego cien años y más. El modo en que concordaban todas las cosas, los tonos racionales y los irracionales, los actores y aquellos que intervenían en el espectáculo sin tener en él papel ni sueldo, las imágenes, pensamientos y acontecimientos, las invenciones y los viajes de descubrimiento a mundos lejanos — todo

eso fue sentido solemnemente, desde luego, en aquel instante, pero sólo en el recuerdo se hace manifiesto.

Suceda lo que suceda, la Tierra responde. Siempre y a todo está ella dispuesta. Pero las cosas se vuelven inquietantes cuando la vieja Gea empieza a agitarse por propio impulso. Entonces se mueven cosas que están a mucha profundidad por debajo de las capas en las que prosperan el Estado y la sociedad, a mucha profundidad por debajo también de las criptas y de los sótanos. El ser humano no puede dirigir los acontecimientos históricos y mucho menos explicarlos. Pero si el historiador rinde las armas, si le falla la lengua, eso no significa que se enfrente a cosas que no tienen sentido; significa que sus medios son insuficientes.

El hecho de que planes grandes puedan invertirse, puedan transformarse en su contrario, no quiere decir que no posean sentido; antes por el contrario, siguen un plan diferente. Entonces fallan los medios del estadista no menos que los del historiador. El arte del Estado, la política, se convierte en un sistema de auxilios. Si ese arte quisiera alcanzar más —por ejemplo, fundar—, sería llevado *ad absurdum* en poco tiempo. Si uno no quiere vivir como un nómada, entonces el único estilo razonable en un paisaje de terremotos es el estilo de taller; bien que no sea sostenible, sólo él es, sin embargo, firme.

Con la figura del trabajador hace su entrada, más que un hermano de Heracles, un hermano de Anteo, de Atlante y de Prometeo — un nuevo Titán e hijo de la Gran Serpiente, de la cual el semidiós aniquiló únicamente un trasunto. Ahora son voladas no sólo las estructuras históricas, ahora son volados también los presupuestos míticos y cultuales de esas estructuras, si es que no incluso sus presupuestos humanos en general, que están en la base de todo ello.

La figura del trabajador no tiene su correspondencia en ninguna clase, en ningún estamento, en ninguna fe, a no ser en la fe en la materia, fe que, ciertamente, es más bien un saber o una segura confianza. Esa figura da respuesta, como la dieron en otros tiempos los dioses, pero lo hace con más fuerza, de manera más visible todavía. No es preciso que suscite inquietudes el hecho de que al principio se reconozcan sólo los fenómenos.

En el nuevo escenario la luz se torna más intensa, es más fuerte que la que iluminó nunca un cambio de figuras, hasta donde llega el recuerdo. La experiencia que se adecua a esa luz no es la experiencia histórica, sino la experiencia interior. El pensamiento

se ha emancipado insuficientemente en los sitios donde refluye a la historia y al mito como a un ambiente más suave o a unos nichos semioscuros. En las crisis se conjura a los héroes, se muestran las reliquias, pero de esas cosas no llega ninguna respuesta.

La cuestión de la misión encomendada es una cuestión apta únicamente para confundir al hombre que actúa. «Quien llega más lejos es el que no sabe adónde va.» En el taller prometeico, con sus fuegos innumerables, la luz que domina es una luz telúrico-plutónica más bien que una luz apolínea. En los sitios donde está naciendo un mundo entre convulsiones enormes se buscará en vano la *misión* encargada por los dioses, el *ethos* heroico, el derecho paterno. Entre dos dolores de parto reinan el miedo y la ceguera — quien desee mantenerse firme habrá de trocar el optimismo transcendental por el fundamental. Entonces le serán suministradas, también en el mundo real, las fuerzas precisas.

Sin la Tierra no puede suceder nada en la historia. Zeus tiene que aconsejarse con las Moiras, las viejísimas Madrecitas. Zeus pesa los pesos; y lo que aquí es pesado tiene más peso que la voluntad y el espíritu. La Madre vieja y siempre joven ha sobrevivido a los dioses y al cielo de los dioses, ha sobrevivido a los padres y a los hijos. La Gran Serpiente: en cada muda de piel son eliminados mares y montañas, volcanes y ventisqueros, plantas y animales. Con una juventud nueva emerge la Gran Serpiente de cada baño de llamas.

Por la boca de la Pitia habla el espíritu emergente de la Tierra; a ello ha de añadirse la interpretación apolínea. Necesariamente es acertada la interpretación para todas las eventualidades — quede destruido este imperio o quede destruido aquel otro, sucumba o triunfe este o aquel de los hijos de la Tierra: el sentido de ésta se cumple. Con dolor sacrifica el padre al hijo, mientras que la madre lo concibe con alegría. Una de las grandes cualidades de la Tierra es la cualidad de sepulcro; Tierra Santa son todos los lugares donde muere un ser humano. Sin la Tierra no hay santuarios.

La Tierra está ardiendo en todas partes; pero en aquellos sitios donde se hace visible el fuego —en volcanes, en floridas praderas primaverales, en incendios criminales, en celebraciones amorosas, en llamas hogareñas y en llamas sacrificiales—, ha adquirido ya cualidad. Lo que los ojos ven son las protuberancias — a los mortales les está vedada la visión del fuego central, en el cual se unen la Vida y la Muerte.

Moisés vio arder la zarza antes de oír la voz y de recibir la

misión. El profeta es el centinela avanzado en la frontera más extrema; no tiene saber como el sacerdote, sino que es en la materia. «Llama soy yo ciertamente.»

Moisés en el monte Horeb, Juan en la playa de Patmos: en esos sitios comienza lo indiviso. De igual manera que únicamente hay *un* hombre, así también en esos sitios puede haber únicamente *un* elemento. «Tú eres eso.»

Esa simplificación extrema, esa confrontación con lo absoluto en lo intemporal, va seguida de exégesis interminables, de turnos de trabajo y de amplificaciones. La Serpiente se mueve por el lapso de un relámpago y otorga a milenios la forma por la que se orientarán los fenómenos. El mundo se convierte ahora en un molino; comienza un calendario nuevo.

«Ay, el grito de las parturientas.» Con él se anuncia una desventura inacabable. Se lo percibe mucho antes de los planes, mucho antes de las batallas. «Se ejecuta el sino de los dolores del parto»; la Hilandera reanuda su tarea. Aún es gris el hilo; el rojo de la aurora traerá los colores. Todas las cosas son aún mero atisbo. El pitido de las primeras sirenas en el *Wilhelm Meister* — el corazón del caminante solitario es tocado ahí por algo que es más que el surgimiento de un siglo nuevo, y más grave que eso. Sobre su ruta cae una y otra vez una sombra. El sufrimiento es más hondo que las interpretaciones que de él se hacen.

La adivinación del destino es una especialidad que se ha vuelto obsoleta. Y el lenguaje vive de los desechos. En tales circunstancias, ¿qué sentido puede tener un análisis de la situación que sea de rango superior?

¿Habremos de contentarnos con la respuesta de que lo que aquí demanda ser satisfecho es un instinto noble, ingénito a la *species*? La situación del ser humano es, desde los comienzos, una situación de peligro; en este aspecto nunca deja de ser tempestiva la lectura de Isaías. En el hombre occidental se añade su ansia específica de saber. Un bello ejemplo de esto nos lo ofrece la muerte de Plinio el Viejo: el *ethos* de las ciencias naturales unido al *ethos* propio de un magistrado.

Acaso pueda aparecer como una pérdida el hecho de que se aísle la soberanía espiritual y de que el pensamiento, si es que quiere seguir diciéndose que el pensamiento gobierna el mundo, se convierta, sin embargo, en un pensamiento muy especializado. Ejemplos de lo dicho son tanto la amonedación de la filosofía hegeliana como el significado dominante, más aún, fatídico, que han adquirido las ciencias naturales exactas.

No hay duda de que el pensamiento crea hechos; en tal caso son hechos que dan que pensar y que apremian cada vez más, hasta que el pensamiento les otorga preferencia. El pensamiento sigue a los acontecimientos y, a la postre, al curso del día. Así, los filósofos acogen el átomo tal como se lo entregan los físicos. Ya Nietzsche pensó, y lo hizo en un período bastante tardío de su vida, si no debería estudiar aún durante diez años ciencias naturales — no cabe duda de que pensó tal cosa en un momento de debilidad. Al caballo no se le pone la brida en el rabo, es decir, no hay que tomar el rábano por las hojas.

La frase de Overbeck: «A Nietzsche no hay que tomarlo en serio como hombre docto, pero sí que hay que tomarlo muy en serio como pensador», tenía una intención crítica. Sin embargo, es lo mejor que puede decirse de un espíritu que no se alimenta de los textos, sino de la fuente. El filósofo o bien permanece en la línea fundamental del pensamiento, de la cual son únicamente brotes laterales aun las evoluciones más fuertes, o bien se degrada hasta convertirse en un mero peón de gentes chabacanas y, a la postre, también de los filibusteros políticos. Con el mero saber no se mantiene firme nadie.

La libertad espiritual no se otorga; o está presente, o falta. Tampoco se la reclama, sino que se la prueba; y de eso vive el mundo. No hay cosa más sencilla que esa demostración, pero tampoco nada más difícil. Lo que cualquiera podría hacer, ¿quién lo haría?

Todos acuden en masa a sentarse con Sócrates en el banco de los burlones, pero las filas quedan diezmadas cuanto se trata de acompañarlo, como hizo Jenofonte, con el escudo y la espada; y cuando se entrega la copa de veneno, la sala se vacía.

El que las disciplinas particulares estén interviniendo de manera directa e incontrolada es una señal de que el centro de la acción se ha desplazado. De ahí que no quepa ya tampoco apresar la acción con los medios clásicos.

Con respecto a la figura, los caracteres de trabajo que se marcan en el mundo son caracteres secundarios. De ahí que el mundo aparezca como un solar gigantesco, lleno de un ajetreo desasosegado. La contemplación de los turnos de obra y de los diversos sectores particulares que se dan incluso en los grandes planes estatales no transmite una imagen llena de sentido. Aun prescindiendo de que esos planes son a menudo contradictorios (y tienen que serlo), el resultado sobrepasa lo planificado y proyectado. Esto comporta desde luego grandes peligros y también catástrofes, mas por otro lado permite inferir o al menos sospechar que existe una coordinación global y que los planes visibles han de ser concebidos

como partes emergentes de un plan total que aún resulta invisible. Esto permite a su vez inferir que existe un objetivo, una meta.

La mencionada sospecha queda corroborada por una serie de percepciones ulteriores. Así, por el hecho de que en el paisaje de talleres esté difundiéndose ya un estilo mundial que transciende todas las antítesis de las razas y de los pueblos y también de las potencias mundiales. Tales antítesis subsisten ciertamente, ahora igual que antes, y hasta pueden llegar a agravarse, pero adquieren un sentido nuevo. Cuando murió Kennedy pudo observarse por vez primera una explosión eruptiva de simpatía mundial.

Con más fuerza aún que la ordenación recíproca de los diversos sectores sorprende su florecimiento súbito y no aguardado, un florecimiento que está a su vez en correspondencia con el deterioro o la pérdida de otras disciplinas. Tal cosa guarda semejanzas con el ascenso a partir del estado de larva, con el despliegue de alas liberadas a partir de la forma de crisálida. Un ejemplo de esto nos lo ofrece la metamorfosis experimentada por la astronomía, que de ser una ciencia teológica ha pasado a ser una ciencia teórica y, finalmente, una ciencia aplicada. No hace aún mucho tiempo se tenía a la astronomía por una muestra de que el Estado mantiene también cátedras que no le rinden ningún beneficio, o sólo un beneficio escaso.

El plan de la disposición embrional se desvela únicamente cuando se lo mira retrospectivamente. Se seca el cordón umbilical, se cae el diente del huevo, pero los pulmones se llenan de aire. Todas esas cosas pueden interpretarse tan sólo si se admite y reconoce un centro. Ese centro no habrá que buscarlo dentro de los planes humanos y de la inteligencia humana, la cual no dispone de poder legislativo, sino que posee tan sólo una participación, bien que esencial, en el poder ejecutivo.

La mencionada participación en el conjunto habrá que excluirla de una manera satisfactoria si quiere restablecerse la armonía entre el ser humano y su destino, entre la libertad y la providencia, entre el plan estatal y el plan mundial, entre el poder real, el espiritual y el metafísico. Eso depende de la profundidad hasta la que logre llegar un acercamiento al ser que sea nuevo, directo, y no esté atado a tradiciones.

Unicamente así podrán enjuiciarse también verdades corrientes como la que dice que la técnica modifica el mundo. Una perspicacia extraordinaria, que va unida a una franca ceguera, permite sospechar que la participación de lo inconsciente es más fuerte

que la conciencia. En medio de una noche impenetrable, inquietante, el campo de juego está iluminado con una luz intensísima. El barco está en orden, pero ¿quién conoce la corriente que lo arrastra? Esto se vuelve claro cuando nos encontramos con tipos que llevan adelante el proceso. Traen a la memoria la frase de Clemenceau de que nadie tenía menos idea del *affaire* que Dreyfus. El triunfo de Newton sobre Goethe es perfecto. El diálogo se pierde en relaciones de medida y en relaciones de números, *rage du nombre,* en lugares comunes éticos y políticos. «Se abre la puerta más baja que lleva al infierno», ésa es una de las mejores cosas que se oyeron a ese propósito — presuponiendo que uno posea pensamientos propios sobre ese lugar.

El fin del mundo ocurre a cada minuto, ya que cuando muere el ser humano húndese el mundo con todos los demás hombres. En otros tiempos se conocían mejor los horrores de ese acceso tremebundo.

Sin una diferencia de nivel en los valores, sin un orden que pueda exhibir tipos superiores, espíritus e ideas fidedignos, poetas y obras de arte, tales juicios no pueden ciertamente introducir ningún cambio en la gran marcha, pero sí contribuir a que el ser humano no capitule ante ella por poco precio. Esos juicios pueden corroborar un descontento que habita en el mundo técnico y que define al progreso mecánico. De esa manera son un complemento del nihilismo y de su instinto infalible.

El saber aplicado va ganando necesariamente poder y va ganándolo por la misma razón por la que está perdiéndose, o está convirtiéndose en un lujo, la inteligencia de la conexión de las cosas. Cuando la serpiente cambia de piel su córnea se enturbia.

Aun prescindiendo de eso, siempre quedan puntos en los que también los caracteres especiales hacen pie en lo indiviso. De lo contrario se tornarán pronto absurdas todas las artes de medir.

En los sitios donde la capacidad técnica toca suelo, es decir, en los sitios donde está inmediatamente por encima de lo indiviso, los elementos de la voluntad quedan pospuestos en favor del conocimiento puro. En tales sitios el conocimiento puro se convierte en un juego, en una intuición sublime, en la percepción de las vibraciones más finas del universo y de su armonía. En comparación con eso la conciencia de poder proporcionada por los grandes preparativos pasa a segundo plano y se enreda también fácilmente en conflictos que apartan del camino. Tras haber estado defendiendo a su patria con máquinas ingeniosas, Arquímedes es muerto mien-

tras en el jardín está meditando como en sueños sobre sus círculos.

El motivo conductor de la técnica es de naturaleza matemática y la *historia in nuce* de la técnica es realmente la historia de los grandes matemáticos. A partir de ahí los hilos se separan y se introducen en las ciencias y en la praxis. Allí donde se hizo pie en éstas, antes hubo una averiguación o también una concepción tanto de relaciones numéricas cuanto de llaves que no sólo conducen, hacia dentro, a lo infinitamente pequeño y, hacia fuera, a lo infinitamente grande, sino también, hacia arriba, a lo transcendente. En todo gran matemático se esconde un metafísico.

Como prehistoria de todo esto hay que considerar la conquista del número en cuanto tal, una aventura del espíritu humano cuyo rastro se pierde completamente en la oscuridad. Los números son grandes retiradas de fondos del ser. Los triunfos así conquistados no deberíamos atribuirlos puramente a la capacidad de abstracción. A ella se agrega algo inmediato, una especie de iniciación — y no como un acto que ocurre una sola vez, sino como un acto que se prolonga en el curso de los milenios. En él se llega al asombro que al espíritu le causa su propio poder, cual si se viese en un espejo límpido. La inspiración queda allende los estudios y sus fatigas, igual que la gracia queda allende la oración. Pitágoras vio su teorema mientras estaba bañándose, Bohr vio el modelo atómico mientras viajaba en un autobús. En su biografía dice Max von Laue, en un pasaje en que habla de la óptica, que para captar las estructuras finas no basta ni aun la inteligencia más aguda; a ella debe añadirse, dice, una capacidad congénita, una especie de vibración genuina que nos introduzca en la cosa.

Por lo que respecta a la perspicacia y la ceguera en el área de los talleres, baste con lo dicho. La ruta está muy bien iluminada, pero es limitada. Es posible que las indicaciones anteriores arrojen alguna luz también sobre la cuestión de la tecnocracia. Entretanto se ha hecho cada vez más visible la preeminencia del pensamiento técnico, en especial frente al pensamiento económico; naturalmente esto no significa que se hagan ahorros. Tampoco se vuelve menor la explotación; se torna más anónima y consuntiva — sobre todo porque los técnicos se preocupan no sólo del tiempo de trabajo, sino también del tiempo libre y en general saben infiltrarse con muchos medios y por muchas vías en la esfera privada. En los sitios donde los técnicos adquieren poder político o, no digamos, dictatorial, se corren grandísimos peligros.

Incluso en circunstancias normales, cada vez puede hablarse menos de libertad en sentido clásico, es decir, de libertad enten-

dida, por un lado, como intangibilidad personal y, por otro, como disfrute tranquilo del ocio. El creciente automatismo restringe ambas cosas. En su obra *La perfección de la técnica* Friedrich Georg Jünger ha puesto en evidencia con todo detalle ese lado oscuro.

Parece, empero, que las restricciones de la libertad son sentidas cada vez menos como tales. Esto tiene, entre otros motivos, el siguiente: a las restricciones se oponen cosas equivalentes, una de las cuales es la reducción del tiempo de trabajo. A quienes les parecía, hace aún pocos años, que justo esa promesa de los tecnócratas tenía unos rasgos utópicos, la realidad les ha enseñado entretanto que estaban equivocados.

Es cierto que ese alivio afecta únicamente al carácter especial de trabajo, pero no a su carácter total ni a su presencia continua. Desde luego en ninguna otra época hubieran sido consentidas las cosas que diariamente le exigen a la persona singular el tráfico, la estandarización, la higiene, la pedagogía. Esas cosas presuponen no sólo una aceptación interna, sino también un concepto nuevo de libertad que aún está aguardando a ser formulado.

En esos detalles se hace perceptible el modo en que los hechos se adelantan antes de haber quedado incluidos ya en un sistema, se hace perceptible que sobre ellos se discute no sólo en el marco de unos conceptos que han perdido vigencia, sino también en el marco de una ética anticuada.

Con el ascenso del trabajador, desde los inicios de la edad industrial, a tipo dominante, también la palabra «trabajo» ha experimentado una transformación y lo ha hecho de tal manera que ya no cabe contraponerla a «no-trabajo» u «ocio». Ese cambio no se efectúa sin sacrificios y pérdidas, pero se lleva a cabo de manera sustancial y mediante una cadena de selecciones. Mencionemos, para hacer evidente lo dicho, el ejemplo del cazador. El cazador y el perro están siempre de caza, lo están también cuando descansan, también cuando sueñan, más aún, lo están precisamente entonces. Continúan siendo cazadores aun en su paraíso: en los Cazaderos Eternos.

También hoy ocurre eso: en ninguno de sus segundos, y tampoco cuando dormimos, es comprensible nuestra jornada sin una gran pasión, sin un sentimiento global de la vida. La participación en un todo, la participación en un sueño mundial hace no sólo soportable el espectáculo, lo hace también fascinador en aquellos sitios donde alcanza su punto crítico. Visto desde otros tiempos, visto desde otros mundos, ese espectáculo podrá parecer espantoso, desmedido y absurdo.

La jornada de trabajo tiene veinticuatro horas; en comparación con eso resulta secundaria la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo libre. El ser humano que abandona su lugar de trabajo no por ello se aleja del sistema. Asume, antes por el contrario, una función diferente, ya que se transforma en un consumidor, o en un participante en el tráfico, o en un receptor de noticias. Tanto si se mueve en la red de las vías terrestres, marítimas o aéreas como si lo hace en la esfera de jurisdicción de unos juegos automáticos — siempre permanece dentro del sistema. El disfrute y el servicio se entretejen en una materia intercambiable. Eso es algo que cabe observar especialmente en los sitios donde aumenta la dinámica, como ocurre al volar o en general al manejar vehículos rápidos.

El hecho de que dentro del mismo orden las producciones puedan aumentar y el tiempo individual de trabajo pueda reducirse no introduce ningún cambio ni en su ritmo ni en su velocidad creciente. Incluso los favorece. La producción de bienes que se generan de manera automática y que se gastan de manera automática mantiene una relación de dependencia con un consumo de cuyos presupuestos forma parte no sólo el tiempo en general, sino también una significativa participación de tiempo «libre».

Algo parecido, bien que en menor proporción, podía observarse también en sistemas anteriores; en ellos las capas elevadas que disponían de su tiempo se señalaban por un consumo que sobrepasaba el mero sustento necesario para vivir. Para tales capas trabajaban manufacturas enteras y tribus de inteligentes artesanos. El equivalente de ese ocio era la exposición de un orden y un modo de vivir más elevados y libres, es decir, la exposición de eso que cabe considerar como cultura en sentido propio. Visto desde la perspectiva económica, el lujo era tenido no sólo por lícito, sino también por benéfico. En el sistema mercantil el príncipe podía gastar cuanto quisiera, con tal de que «la riqueza quedase en el país».

Entretanto ese «país» ha pasado a ser el mundo, y la capa productora está convirtiéndose masivamente en capa consumidora, consumidora no sólo de los bienes imprescindibles para el sustento, sino también de los otros bienes que en tiempos anteriores se consideraban como derroche. No son ya privilegios el coche propio, el reloj de bolsillo, el pollo en la cazuela, y, para gozar de todas

esas cosas, el tiempo libre. Antes eran pocos los que viajaban en coche de cuatro caballos, mientras que ahora no forma ya parte del lujo el disponer de un número considerable de caballos de fuerza.

La evidencia enseña que el tiempo libre no es el ocio en el sentido antiguo. El tiempo libre no forma tampoco parte del trabajo en el sentido antiguo, pero sí del mundo de trabajo. El contravalor del tiempo libre no está en la sublimación ni del ser humano ni de sus obras, sino en la producción y ostentación de símbolos de enorme poder dinámico. Aquí no se repara en gastos, no se repara en sacrificios.

A la vista de tal espectáculo no pueden bastar los criterios económicos. La materia cambiante en la cual la guerra y la paz, la ciudad y el campo, el día y la noche, el disfrute y el trabajo, la coacción y la libertad se entretejen de tal manera que a menudo las meras palabras pierden su sentido, es una materia que está tejida con otros hilos.

La adquisición, el reparto y la utilización de los medios presuponen siempre una riqueza natural y la explotación de esa riqueza. Cuando los fisiócratas buscaban tal riqueza en el producto neto del suelo se hallaban en la buena senda. Pero entretanto la explotación de ese suelo no sólo se ha intensificado, sino que se ha refinado enormemente. Así, por poner un ejemplo, ya no se considera la madera únicamente como un material destinado a la combustión o a la edificación, sino que se la aprovecha de múltiples e inesperadas maneras operando en sus estructuras más finas. Se sospecha que la Tierra es algo más que un suelo que produce frutos y un lugar que guarda tesoros; la Tierra sirve y se exterioriza sobre todo como fuente de poder dinámico. Esto es algo que se aplica también a los desiertos, a los océanos, a los casquetes polares. Se alumbra y define de un modo nuevo la riqueza.

Tales modificaciones no deberían considerarse sencillamente como evolución, a no ser que quiera darse a esta palabra un sentido ampliado. Del río forman parte los rápidos y las cataratas; de la Tierra, el magma y el volcán. Las roturas, los divertículos en el devenir histórico poseen sus modelos tanto en el mundo orgánico como también en el mundo inorgánico.

Uno de los indicios de que la vida está entrando en una casa nueva, en un orden diferente, es también el que pasen a ocupar una posición central órganos que durante largo tiempo han estado sirviendo. Mencionemos como ejemplo la preeminencia que en nuestro mundo ha adquirido el molino.

El molino, ya sea el molino de mano o el molino de tambor, ya sea el movido por la fuerza muscular humana y animal o el movido por la fuerza de los elementos, es el más antiguo de los dispositivos mecánicos. Comienza su molienda en todos aquellos sitios donde la tierra no es ya caminada únicamente como cazadero o como prado, sino que es también cultivada como suelo que produce frutos; y las ruedas de los molinos estaban girando ya mucho antes de que se pensase en la rueda del carro. Las ruedas de los molinos están también estrechamente relacionadas con la fundación de los Estados, en virtud sobre todo de la hidroeconomía desarrollada en los valles por los que discurrían ríos. Para los detalles, especialmente para el significado que su esquema tiene para la medición del tiempo y para la técnica de las máquinas, remito aquí a las consideraciones desarrolladas en mi libro sobre los relojes de arena.

En los mitos se vislumbró muy pronto que en el molino se esconde algo más que una herramienta especial. Se lo vio como un símbolo, como un mediador de las riquezas cósmicas que afluían. Uno de los sobrenombres de Zeus es el de Molinero; en las *Eddas* el universo es visto como un molino. Grotta, el molino milagroso, muele no sólo oro puro, muele también la guerra y la paz, las armas y los ejércitos, muele todas las cosas que el insaciable molendero se desea. Pero con el mundo de los molinos está entreverada también la noción de una temprana e incesante servidumbre. Junto al esclavo de las minas, el esclavo de los molinos era el que tenía la suerte más negra.

En el molino la técnica humana imita modelos cósmicos. Es un prolongado ascenso el que hace que el principio que aquí opera, con su movimiento de rotación, ajeno al mundo orgánico, se eleve por encima del arado. Pero de su triunfo no cabe dudar. Entre las consecuencias trágicas se cuenta la aniquilación del estamento campesino o la transformación del campesino en trabajador, cosa que puede estudiarse en el destino de los pueblos y de las personas singulares en todas las partes del mundo. En los sitios donde hoy se alumbra tierra nueva, el molino no sigue al arado que va removiendo surco a surco el suelo, sino que la colonización se realiza de conformidad con planes técnicos; empieza con la construcción de instalaciones cíclicas.

La Tierra se recubre cada vez más densamente de turbinas y centrales eléctricas, y ello no sólo en los valles por los que discurren ríos. Son cada vez más variadas, pero también más extrañas

y abstractas las cosas producidas por los giros en círculo o en espiral. En unos sitios las materias son divididas hasta más allá de los límites de lo imaginable; en otros, transformadas. En unos sitios se desarrolla un poder titánico; en otros se arranca por la fuerza al universo una riqueza nunca antes sospechada. A menudo el espíritu inventivo parece aproximarse mucho a Grotta, el molino milagroso. Pero no es únicamente la invención lo que aquí opera.

El mundo orgánico está situado encima de un mundo mayor, de igual modo que el suelo que da frutos es sólo una delgadísima lámina de la Tierra. Es evidente que las fuerzas orgánicas y las fuerzas inorgánicas o sobreorgánicas están entrando en una relación nueva. Están removiéndose poderes telúricos, y no sólo telúricos. El don de invención del ser humano es un instinto superior; sus raíces se hunden profundamente en la materia. Los molinos son puntos cruciales en los que se hace eso visible. Aquí están preparándose cosas que no se aguardan.

De la marcha del destino forma parte el que hagan su entrada cosas no queridas, no esperadas, pero también algo más que cosas esperadas. En la inflexión en que nos encontramos esto se hace especialmente perceptible en los súbitos cambios de luz y oscuridad del mundo prometeico. Pero el ser humano se habitúa a todo, y cuando, recurriendo a todas sus fuerzas, ha hecho lo que le toca hacer, puede contentarse —pero sólo entonces— con la divisa de Vincent de Gournay: *Laissez-faire, laissez-passer, le monde va de lui-même.*

También el reloj es un molino, una fábrica que muele el tiempo. El reloj permitió ver ya muy pronto que la jornada de trabajo cuenta veinticuatro horas. En comparación con eso resulta secundaria la división de esa jornada en tiempo de trabajo y tiempo libre. El estilo de trabajo da a ambos tiempos su ritmo, el cual viene definido por una peculiar conciencia del tiempo. Esa conciencia capta las unidades conocidas por ella, desde las más grandes hasta las más pequeñas, como unidades que están en movimiento continuo: desde los sistemas cósmicos hasta el átomo. Esto ocurre también en lo fisiológico; el árbol, la flor son atravesados con miradas que ven en ellos el taller de jugos que giran sin cesar, de jugos en los cuales se transforman las fuerzas de la luz y las fuerzas de la tierra. Los grandes y pequeños relojes marchan día y noche, tanto en la acción como en el sueño, y en el trabajo igual que en el juego.

El hecho de que el juego y el trabajo se mezclen e invadan, como ocurría antes en la existencia del cazador o del pescador, es tal vez únicamente un comienzo, una imprecisión de los confines del mundo nuevo. No se aprecia ese hecho en su entero significado si se intenta captarlo con conceptos éticos; por ejemplo, como cumplimiento del imperativo categórico. Cabe sospechar que ese significado está más bien en capas de las que emergen asimismo el baile y la música.

El trabajo se torna más coaccionante en todas las áreas, pero también en muchas de ellas se vuelve más ligero y agradable, se adecua al ambiente. De un lado hay, aun en el marco restringido de la técnica, funciones que proporcionan goce, y, de otro, juegos que parecen un trabajo pesado. A veces apunta un mundo de aficionados. La pasión por los problemas y conexiones mecánicos que se observa en todas las edades de la vida delata un sentimiento fundamental que se individualiza y en el cual se desvanecen no sólo las fronteras que corren entre el juego y la profesión, sino también las que corren entre el juego y el peligro.

El hecho de que el tiempo de trabajo y el tiempo libre, la producción y el consumo, se repartan cada vez menos en capas distintas, el hecho de que esas cosas sean portadas por un mismo tipo, es algo a lo que irá adaptándose poco a poco, pero a fondo, el empleo del tiempo y también de los medios.

Tal adaptación atraviesa fases en las cuales se torna ambigua. Según cuál es la posición de los participantes, así se afirma o se niega que, con respecto a la distribución del tiempo de trabajo y el tiempo libre, de la producción y el consumo, del salario y la capacidad de compra, del confort y el armamento, esa adaptación ha de aspirar a la comodidad personal, a la lucha por el poder o a la precisión técnica.

La tesis y la antítesis giran alrededor de un centro a partir del cual no sólo cambian las realidades, sino también se tornan imprecisas las palabras con las cuales se designaban hasta ahora esas realidades. Expresiones como «guerra fría» o «pueblos libres» son poco claras, son provisionales porque el lenguaje no se ha apoderado todavía de un *status* que es novedoso. De eso padecen tanto las cosas como las palabras, que antes tenían un sentido inequívoco. El foco común del que irradia la perturbación se halla a gran profundidad, como el foco de una conmoción tectónica que afecta no sólo a los límites del Estado, sino también a sus fundamentos.

Dentro del orden estamental podía ponerse el trabajo como un valor ético; por ejemplo, como una obligación moral. Eso ya no convence, y no convence especialmente en los sitios donde entran en contacto las demandas éticas y las demandas económicas, lo cual se explica porque la figura del trabajador no plantea exigencias morales, sino exigencias sustanciales. Tales exigencias penetran más hondo y no precisan de argumentos; captan a la persona singular en una capa a partir de la cual se escinden las funciones. Esto arroja una luz nueva también sobre palabras como «salario».

Lo que a la persona singular le cae en suerte y le corresponde es algo que depende de la cuenta final, es decir, de la valoración final de la capacidad indivisa de trabajo. El salario está transformándose cada vez más claramente en una participación y la lucha por el salario está pasando a ser la averiguación de la participación. Con ello se modifican los argumentos; éstos se refieren a un presupuesto mayor que el de una fábrica, una industria o incluso un Estado, y se apoyan en cálculos estadísticos.

Es evidente que así se ponen límites a la arbitrariedad; por ejemplo, a echar las cargas sobre otros. La persona empleada en un gran almacén tendrá interés en que las tiendas cierren pronto, tanto diariamente como en el conjunto de la semana. Eso es bueno para ella en su condición de vendedora empleada en la circulación y distribución de bienes. Como consumidora, en cambio, como disfrutadora, se ve limitada en su acceso a los bienes precisamente durante el tiempo que ha ganado.

Se trata de un ejemplo baladí; parece, sin embargo, que la gente no distingue aún con precisión suficiente el tiempo de venta y el tiempo libre del vendedor. No hay contradicción en que *ambos* se dilaten.

La jornada de trabajo cuenta veinticuatro horas y ése es un hecho que transciende su división en tiempo de trabajo y tiempo libre. Con ese hecho se corresponde un dispositivo en el cual los servicios siguen funcionando continuamente, claro está que con personal distinto. En muchas áreas podrá prescindirse de eso, del funcionamiento continuo; pero en otras, sobre todo en las del tráfico, está ya en uso desde hace mucho tiempo. Las ruedas siguen girando a todas horas y una gran estación ferroviaria permanece iluminada día y noche.

Es probable que precisamente en tales caravasares se formen módulos de dispositivos complejos. Uno de ellos es el equipamiento con autómatas en número y especie cada vez mayores. Tal equipamiento ahorra una gran parte de los servicios prestados

por personas y transforma otra parte en puros controles o *actes de présence.*

Entre los módulos perfectos se cuentan los sistemas ramificados en forma de red, de anillo y de corriente, sistemas que no sólo hacen entregas y efectúan repartos a todas horas y en cualquier cantidad, sino que en el mismo turno de trabajo realizan la medición y el cálculo de las prestaciones. Un ejemplo de eso lo ofrece el servicio telefónico automático.

En comparación con tales instalaciones es posible dar un juicio sobre la prolijidad que aún domina en otras áreas; por ejemplo, en la de los impuestos, la cual se señala por una muchedumbre de complicados tributos, cálculos y recaudaciones. Es probable que, dada la abstracción siempre creciente del dinero y de su circulación, se precisen solamente unas cuantas buenas cabezas para hacer realidad la demanda clásica de los fisiócratas: que sea suficiente la recaudación de un impuesto único.

La revisión reducirá la palabra «burgués» a un breve capítulo histórico; eso tiene varios motivos, aun prescindiendo de que de lo contrario se derribarían puertas abiertas.

Lo primero que debe subrayarse con fuerza es que el paso del Estado de clases a los órdenes nuevos puede efectuarse tanto por evolución como por revolución. Hay que añadir que ese cambio en la superficie de nuestro planeta afectará no sólo a Estados de clase, sino también a Estados feudales y aun a tribus primitivas. El denominador común habrá que buscarlo no en las formas políticas del relevo, sino en el carácter irresistible de un estilo nuevo de pensar y de su aplicación. Sin duda ha quedado ya suficientemente explicado que en algunos casos, así en la instalación de máquinas, los valores simbólicos tienen más peso que los valores prácticos, especialmente que los económicos.

El burgués es el padre espiritual del trabajador; éste recoge la herencia de aquél, sobre todo la herencia de un trabajo científico previo muy amplio. Claramente pueden reconocerse los puntos en que ese trabajo introduce un cambio en su sentido y pierde el carácter progresivo. Se conduce al ser humano al trampolín desde el que tiene que saltar. El ser humano cambia no sólo su estilo, sino su modo específico de ser, sale no sólo de un milenio, sino de la historia, ha de vencer cosas imposibles de calcular.

¿Sigue el heredero sencillamente las huellas de sus antepasados? Con respecto a su padre, ¿se convierte en Edipo o se con-

vierte en Eneas? Estas son preguntas dentro del mundo de los fenómenos y de sus ramificaciones. En unos puntos las cosas cambian casi sin que se note, lo hacen de manera obvia, como *révolution sans phrase;* en otros cambian entre convulsiones, en catástrofes trágicas e infiernos asesinos.

No es fácil dar respuesta a la pregunta de cuál es el punto de partida favorable. Vistas las cosas sociológicamente es ventajoso que el tercer estado se expanda en una capa amplia y decisiva, como ocurre en Suiza y en los países escandinavos. A la planificación técnica, en cambio, le resulta más provechoso topar con un terreno intacto y unas circunstancias poco desarrolladas. Aquí puede trabajarse con la regla y el compás.

Es preciso tener en cuenta esa ambivalencia si es que se pretende en aboluto dar retrospectivamente una valoración de personajes y decisiones históricos. Al restringir la Ilustración a una capa muy delgada, Catalina II contribuyó a la preparación de una catástrofe que costó la vida a millones de seres humanos. Por otro lado, fue precisamente así como se acumuló la energía potencial para una hora del mundo.

La descripción de un acontecimiento histórico elemental puede hacerse *con amore* o puede hacerse de manera científica. No se excluyen completamente ambas cosas; entre Kleist y Clausewitz hay toda una escala. Cuanto más prescinda el observador de su propia situación nacional, social y moral, tanto más claro será su juicio de la situación. Desde luego lo único que puede conseguirse son acercamientos. También se impone una medida, que Jomeini sobrepasa cuando, durante una batalla decisiva, expresa el deseo de actuar operativamente también en el lado contrario. Eso significaría jugar al ajedrez consigo mismo — *l'art pour l'art.* En todos los conflictos hay una frontera entre las exigencias naturales y las exigencias espirituales, frontera que sin duda hay que tener en cuenta y también respetar.

La situación de Alemania después de la primera guerra mundial era favorable; pese a todas las pérdidas de hombres, bienes y tierras se mantenía la energía potencial. Eso lo prueban *ex negativo* las enormes fuerzas que se malgastaron durante la segunda guerra mundial. Sobre todo era favorable el hecho de que Alemania se hubiera librado de la herencia de instituciones medievales que habían sido acogidas en la constitución cuando se fundó el *Reich.* En aquel momento parecían posibles grandes cosas; y tampoco faltaban planes e ideas para realizarlas. Ese sentimiento explica el peculiar optimismo que estuvo vivo como corrien-

te subterránea durante los años veinte, a pesar de las agobiantes turbulencias políticas y económicas.

¿Cómo ocurrió que se llevase la partida en una dirección falsa, y eso ya en la apertura? Ante tales cuestiones parece difícil no perderse en consideraciones partidistas, incluso cuando se miran retrospectivamente las cosas. Pero no debe olvidarse que conceptos como «derecha» e «izquierda» son conceptos que se bifurcan a partir de un eje común de simetría y tienen sentido únicamente si se los ve desde él. Tanto si cooperan como si se oponen, tanto si actúan una detrás de otra como si lo hacen al mismo tiempo, la derecha y la izquierda dependen de un cuerpo cuya unidad tiene que hacerse visible cuando un movimiento pasa del marco del movimiento al marco del Estado. En los sitios donde el jefe del partido se convierte en jefe del Estado ha de desprenderse de partes de la doctrina.

Pero del destino alemán forma parte, y no sólo desde la Reforma, el que hayan quedado indecisas todas las grandes cuestiones que en los países vecinos fueron resueltas de una o de otra manera. En especial le ha sido denegado a la izquierda el hacer pie de manera convincente; en ese juicio podría incluirse también la Guerra de los Campesinos del siglo XVI. Es una pérdida grande, de la cual no tienen la culpa únicamente los adversarios. Los motivos son múltiples; entrar en ellos con detenimiento llevaría demasiado lejos. En mi correspondencia con Ernst Niekisch, uno de los pocos a los que pude guardar el respeto en medio de nuestros conflictos, encuentro el pasaje siguiente, que toca este asunto:

«Pregunta usted por qué no ha habido nunca en Alemania una izquierda eficaz. En Francia llegó un momento en que el destino y la integridad de todo el pueblo reposaban en el poder de la izquierda, de los jacobinos. Eso no ha desaparecido jamás de la memoria de los franceses. La unificación alemana no salió de la acción del pueblo, sino que fue la obra de Bismarck y de los militares. También eso quedó grabado en la memoria del pueblo. Una izquierda alemana nunca ha sido idéntica a la existencia total y al futuro del pueblo alemán. En eso está la causa de la constante debilidad de la izquierda.»

Lo dicho es cierto, aunque los problemas no los resolvemos sólo con explicaciones históricas. Entretanto la historia alemana ha alcanzado puntos cero en los que habría sido fundamentalmente posible empezar una era nueva y que en nada cedían al fiasco a que se vio enfrentada la monarquía francesa hacia 1789. Pero: «El

modo propio de ser es el demon del hombre» — y tal frase se aplica a ese rasgo de nuestro carácter nacional que no ha resaltado sólo a partir de la fecha que Valeriu Marcu señaló como «el nacimiento de las naciones». Ese rasgo se halla a su vez estrechamente ligado a la situación central del *Reich*. Aquí la decisión se torna necesariamente más difícil. Cuanto más cortos sean los brazos de la balanza, tanto más indefinidas serán las caídas del peso.

Ahí es donde hay que buscar la razón de que los conflictos alemanes se prolonguen indefinidamente y cosechen la solución más débil, en comparación con lo que se ha conseguido en otros países. Cavour no fue un estadista más grande que Bismarck, pero encontró un terreno más fácil, un campo más favorable.

Enrique el León y Barbarroja, Lutero y Erasmo, los caballeros y los campesinos, el emperador y los príncipes territoriales, la Unión y la Liga, la iglesia de San Pablo y la corona, Este y Oeste — cuestiones viejas y nuevas, pero a las que siempre se dio respuesta demasiado tarde, o de manera insuficiente, y nunca sin pérdidas. Cada siglo las plantea a su modo, con ropajes nuevos y sorprendentes — y el modo de nuestro siglo es si se representa o no se representa convincentemente la figura del trabajador. Tampoco esa cuestión fue respondida suficientemente ni en 1918 ni en 1933 ni en 1945.

Lo primero que ha de hacerse es concebir de un modo nuevo la palabra «trabajador», reconocer en ella y detrás de ella la mutación que están sufriendo muchos conceptos e instituciones del siglo XIX — una metamorfosis que se asemeja al desarrollo de la imago a partir de la crisálida.

De todos modos resulta mucho más sencillo comunicar un pensamiento nuevo a un hombre que piensa que comunicarle la visión de una imagen que aparece sorprendente. Ese hombre ve lo mismo, pero no lo ve de la misma manera. Tal cosa les ocurre incluso a cabezas del rango de Oswald Spengler, como me he enterado por una carta suya del 25 de septiembre de 1932 que entretanto ha sido publicada en su correspondencia. En ella Spengler enjuicia *El trabajador* desde la posición antimarxista, es decir, desde una posición superada, y para ello hace referencia especialmente al campesino y a su futuro. Esto era sin duda algo más que una cuestión generacional. Es una diferencia de principio la que hay entre ver ideas y ver figuras. Eso me lo han enseñado hasta la saciedad los treinta años que han pasado desde la aparición del libro.

La mencionada referencia al campesino me ha dado que pensar por cuanto contradice al sistema de Spengler y a sus rasgos fundamentales. Todo querer imperialista ha de avenirse, por las buenas o por las malas, a sacrificar el estamento campesino. La potencia mundial se realiza a costa de ese estamento; de ello se tuvo experiencia en Roma y en Inglaterra y de eso se tiene hoy experiencia no sólo en Rusia, sino también, de conformidad con la evolución que lleva al Estado mundial, en los rincones más lejanos de la Tierra, en cada granja y en cada cabaña de aborígenes, en cada arado y en cada caballo.

Plantéase aquí la cuestión intermedia de sobre quién habrá que cargar, en el caso del Estado mundial, los trabajos pesados. En el Estado mundial no puede haber, por su propia naturaleza, ni colonias, ni explotación de graneros conquistados, ni diferencia entre trabajo «blanco» y trabajo «negro» — no puede haber toda esa ganancia que los Estados muy desarrollados han venido sacando desde la Antigüedad, gracias a su superioridad técnica, militar y política, de las cosechas y productos de los territorios conquistados; dicho con una sola frase: no puede haber las ventajas procedentes de un trabajo mal pagado o no pagado en absoluto. En esta cuestión se enfrentan los sistemas políticos y los morales, los técnicos y los económicos; es una cuestión que en lo que queda de nuestro siglo, y aun más allá de él, continuará ocupando no sólo a los espíritus, sino también a la voluntad. Como ejemplo de los conflictos que se desarrollan a partir de la mencionada cuestión puede considerarse la guerra de secesión de Norteamérica — eso es lo que hace tan instructivo su estudio, más aún, lo que lo hace casi ineludible, de modo parecido a como el estudio del asunto Dreyfus resulta indispensable para juzgar los imponderables que se dan dentro de la democracia moderna.

La cuestión de sobre quién cargar el trabajo esclavo puede solucionarse de manera técnica, en lo cuantitativo desarrollando robots y autómatas, en lo cualitativo refinando y transformando los productos brutos de una manera de la que ahora apenas podemos vislumbrar ni su meta ni su extensión — eso ha de concebirse como una de las prestaciones posibles, entre otras, del mundo que está formándose, ha de concebirse como uno de sus medios, pero no como su propósito. Forma parte de las cosas aportadas por la figura del trabajador, de su dote. La meta de la técnica es la espiritualización de la Tierra.

La reducción del estamento campesino es la expresión más perceptible de que están siendo puestos en juego el *nomos* heredita-

rio y la raza autóctona. Toda ampliación espacial se alimenta de ellos, como puede estudiarse paso a paso en el curso de la historia romana.

Dentro del mundo de trabajo contribuirán a esa reducción, y lo harán de una manera insospechada, no sólo la mecánica, sino también la química — ya no se explotan suelos, lo que se explota es la Tierra sin más.

Las pérdidas debidas a las guerras, pérdidas incluso como las de Canna, tienen menos peso que los desleimientos debidos por un lado a la expansión y por otro a la irrupción de realidades pertenecientes a una especie ajena. Los vencidos aportan no sólo su fuerza de trabajo, aportan también su modo específico de ser, sus costumbres, sus cultos y su lujo. Los esclavos tienen una frente de hierro; observan con agudeza y son difíciles de calar.

Quien conquista es conquistado; eso lo vislumbraron ya los macedonios cuando se celebraron las bodas de Alejandro con Roxana, en las cuales se celebró simultáneamente la fusión de Europa con Asia.

Spengler pronostica para la segunda mitad de nuestro siglo unas luchas encarnizadas entre los blancos y los hombres de color: «Ellos empuñan la espada cuando nosotros la soltamos. En otro tiempo temieron a los blancos, ahora los desprecian... Los hombres de color calan a los blancos cuando éstos hablan de "humanidad"... ¿Qué ocurrirá si un día se fusionan la lucha de clases y la lucha de razas?... La Francia negra no vacilaría en superar en tal caso las escenas parisinas de 1792 y 1871. ¿Y los jefes blancos de la lucha de clases se sentirían desconcertados si los disturbios de los hombres de color les abriesen el camino...?».

Hoy, treinta años más tarde, no cabe negar que en esas visiones se inscribían rasgos concretos. Lo que en tan breve lapso de tiempo ha sucedido y está sucediendo en el norte de África y en su extremo sur, en el este y en el sur de Asia, en Norteamérica y en Suramérica —lo que ha sucedido y está sucediendo en China, en Argelia, en la India, en Egipto, en el Congo, en Cuba, por nombrar algunos puntos críticos— es algo que va más allá de una serie de sublevaciones y luchas de liberación. El fuego, que ya no puede ser apagado con sangre, con ella menos que con nada, trasciende también la antítesis entre hombres blancos y hombres de color. Tiene todas las características de un incendio mundial. No es puesta en entredicho esta o aquella raza, es puesta en entredicho la *species*. Spengler no vio esta extensión del fuego, esta extensión que es la suya verdadera y de cuyo conocimiento pueden

obtenerse no sólo inferencias correctas, sino también determinaciones, decisiones. El no pudo ver esa extensión, y hoy menos que nunca estaría en condiciones de verla, aunque viviese. Spengler vio síntomas; y dado que éstos se han agravado entretanto de manera crítica, le confirmarían su diagnóstico.

Cuando una cabeza tan perspicaz desconoce la extensión de un fenómeno, eso no puede deberse a su inteligencia, eso tiene que deberse a su posición. Tal cabeza se parece al cazador que está en un puesto desde el cual ve, antes que los demás, aparecer a los monstruos y los reconoce con una agudeza apasionada. Pero los monstruos pasan a su lado en una dirección no prevista y se pierden en espesuras inexploradas.

A pesar de ello un sector de la gran cacería fue captado con un estilo inusual de pensar. Esto mismo se aplica también al sistema de Spengler. Las culturas son vistas en su sucesión y su simultaneidad, pero no son vistas, como lo fueron por Herder, Goethe, Hegel, de manera arquitectónica y simbólica, ni tampoco como la obertura de una edad nueva del mundo, que fue como las vio Nietzsche. La decisión, la lucha por la superioridad de poder, la edad de los Estados combatientes — ninguna de esas cosas es el sentido; son los dolores de parto en medio de los cuales clausura la Tierra una de sus grandes fases metahistóricas e inicia otra diferente. Entonces caerán las fronteras y tampoco espacialmente «podrá separarse ya a Oriente de Occidente».

Para la figura del trabajador, el poderoso hijo de la Tierra, la sublevación de las razas de color es un acto anteico entre otros; esa sublevación se parece al llamamiento a filas de un ejército de reserva. Es algo que sólo podrá apreciarse debidamente en el resultado, es decir, dentro de la cuenta final. Es comprensible que al principio salten a la vista las cantidades negativas, las bajas y pérdidas, el regreso a formas primitivas de pensar que están adquiriendo virulencia.

Eso ocurre también con otros fenómenos que se hallan estrechamente emparentados, como el brusco aumento de la población mundial. Tiene sus motivos el que sea precisamente China la que se sustraiga al esquema de la cultura tardía trazado en *La decadencia de Occidente.* Todas estas cosas podemos interpretarlas con tiento, tal vez nos sea posible incluso influir en ellas, pero lo que no sabemos es adueñarnos de ellas y mucho menos frenarlas.

Cuanto mayor sea lo cosechado, tanto mayores serán las posibilidades. Un gran premio en la lotería presupone un sinnúmero

de billetes. Esto se aplica también a la mezcla de razas y a la separación de razas; la primera viene determinada por la sangre, y la segunda, por el espíritu. En este sentido el tipo del trabajador peralta las razas, de modo semejante a como su técnica utiliza primero las herramientas y armas hereditarias y luego las transforma. El territorio del trabajador es la Tierra, y su documento de identidad es la dominación de los medios específicos mediante el poder espiritual.

De la supresión de las diferencias, de la uniformidad causada por el carácter de trabajo forman parte también tanto la supresión de las diferencias entre las ciudades del interior y las ciudades portuarias como su uniformidad; en unas y en otras puede atracarse, aterrizarse. Los signos neptunianos son completados por los signos más ligeros y más rigurosos del mundo del Aire y del mundo del Fuego.

Mientras la batalla marítima se ha vuelto impensable sin una fuerza aérea, la batalla terrestre adopta formas anfibias. El poder mundial presupone la dominación equilibrada de los cuatro elementos antiguos. De ahí que las potencias marítimas clásicas se hallen bajo auspicios favorables.

Cuanto más reducida es la planta tanto más inseguros se tornan los edificios elevados. Los planteamientos nacionales tienen una medida propia determinada, y son no sólo corregidos, sino también reducidos en los sitios donde se rebasa esa medida. Las tempestades pasan por encima de los conquistados; éstos se inclinan y luego vuelven a erguirse. Pero el tronco propio queda debilitado por siglos, como le ocurrió a Suecia después de las campañas de Carlos XII.

¿Pertenecen a la historia los asaltos, los huracanes mongoles? Esa pregunta tiene más significado dentro de la prognosis histórica clásica que para el paisaje elemental del trabajador: «El movimiento del batán, tanto si es derecho como si es torcido, es siempre el mismo» (Heráclito).

Para otorgar duración a la conquista es preciso que las virtudes expansivas vayan acompañadas de virtudes receptivas: de una fuerza que se transforma al recibir. Esa fuerza es más poderosa, está más próxima a la Tierra; es menos visible que la fuerza de las armas, pero es más duradera. Conquistadores poderosos como los manchúes en China y los hicsos en Egipto quedan absorbidos en el curso de pocas generaciones, adoptan la lengua, las costum-

bres y los ritos de los conquistados. Yang triunfa con la espada, Yin lo hace con el huso; ése es el juego eterno. La izquierda reparte, mientras que la derecha trincha.

Para el despliegue pleno de las fuerzas terrestres es menester un territorio suficiente. Es una cuestión no sólo de superficie, sino también de profundidad y de calidad. El gran espacio no puede ser creado *ad hoc,* no puede ser confeccionado. Eso ha vuelto a quedar confirmado en la historia más reciente de Alemania, de Italia, de Japón; por otra parte se ha demostrado la base estable de China, de Rusia y de Norteamérica.

Especialmente el hombre conservador hace, muy a pesar suyo, la experiencia de que la ampliación del espacio y la mengua del *nomos* son cosas que se corresponden. La teoría y la praxis entran en esa contradicción que ya iluminó con una extraña luz ambigua la figura de Catón el Viejo. Ya los romanos se rompieron la cabeza pensando en cómo podían armonizarse el rigor y la dignidad del Censor con las especulaciones del suelo y los negocios de seguros marítimos.

Ese conflicto atraviesa como un hilo rojo la historia; sin su conocimiento no es posible enjuiciar las desavenencias de los años ochenta del siglo pasado en Alemania, que condujeron a la caída de Bismarck. Tales desavenencias tenían su fundamento tanto en el personaje como en el asunto; son discusiones entre el autóctono y los poderes abstractos ascendentes que se aglomeran de múltiples formas. Aunque se han escrito bibliotecas enteras sobre ello, todavía hoy resulta difícil decidir qué es lo que hubiera sido propiamente acertado. Del resultado cabe sacar la conclusión de que el *fundus,* la base, no era suficiente. Bastaba para hacer política de gran potencia, pero no para hacer política de potencia mundial. Precisamente entonces quedó a la vista qué cosas eran las que habían dejado de hacerse en 1848 y no podían ya remediarse. En el Marne faltaron no sólo los cuerpos de ejército que estaban en camino, sino también aquella parte del poder bélico que se hallaba sujeta en las colonias y en la flota.

Es preciso pensarse bien la expansión; no sólo los agrandamientos de los Estados, también los agrandamientos de los negocios privados van seguidos de contragolpes; y ambas cosas coincidieron en los llamados en Alemania «años fundacionales», de 1871 a 1873. Con la prosperidad crece la inseguridad. En los autores antiguos se encuentra ya una gran cantidad de material acerca de esto, de igual manera que en nuestros tiempos se lo encuentra en

las novelas de Balzac y Fontane. No es lo mismo estar viendo con los propios ojos los negocios de los que se obtienen ganancias que el que esos negocios queden lejos o se hallen en el aire.

Una perspicacia siempre creciente está ocupada en atisbar el valor dinerario, que nadie había sospechado siquiera, de ciertas relaciones, o en instalar en el flujo de los negocios unos escalones de los que cabe obtener dividendos.

Parece fácil impedir eso; pero el hacerlo comportará casi siempre pérdidas no sólo en el disfrute, sino también en la libertad. En los sitios donde desaparecen los banqueros y los comerciantes emergen bandadas de funcionarios y policías. Un viaje por los países de nuestro planeta, un breve viaje desde Beirut a Damasco o a El Cairo, confirmará lo dicho.

Hay cabezas inteligentes que tienden a sobrevalorar la influencia de la opinión, a sobrevalorar sobre todo el medio de la ironía. Es un error del que sanan tarde o nunca — a menudo se curan de él tan sólo cuando se precipitan al suelo con la rama que ellos mismos habían estado aserrando, como le ocurrió a Chamfort.

A la postre el proceso irónico conduce siempre al fundamento y en éste las cosas son más fuertes que la crítica. Eso va seguido de entusiasmo, de aniquilación y también de tabuización de lugares comunes.

La opinión no crea verdades, sino que comprueba realidades. De ahí que con frecuencia broten personajes autoritarios precisamente en épocas en las que reina una libertad ilimitada de opinión. Esos personajes avanzan hacia la meta a través de las mudanzas de la crítica como a través del mal o el buen tiempo. Nunca alcanzarían su meta si el hallazgo de la verdad fuera la regla del juego. El «desenmascaramiento» no abate a nadie que pueda presentar un rostro detrás de la máscara o un corazón debajo del chaleco. Son cuestiones de constitución. Quien está constituido como Clemenceau sale airoso incluso de un asunto como el del canal de Panamá.

La libertad de prensa es peligrosa para los poderes que van de retirada. Y no hay ningún poder que no pase, antes o después, a la defensiva. Los que arriban se sirven de la opinión y luego la dominan. En todos los tiempos y bajo todas las constituciones hay un catálogo de cosas que no es lícito tocar.

En las dictaduras, pero también en aquellos sitios donde la autoridad se debilita, emergen *condottieri* inteligentes — en el primer caso, al servicio de los dueños del poder y de su gramática, en el segundo, al servicio de personas privadas o de grupos que compi-

ten entre sí. El concepto de *public relations* proviene de la primera guerra mundial; circunscribe no sólo una ampliación, sino también una modificación de la formación de la opinión y de su tecnicismo.

Hace ya más de ochenta años que Villiers de l'Isle-Adam presentó de manera gráfica la «máquina de la fama». De ese autor procede también el plan de subdividir el cielo en áreas que estarían destinadas a la publicidad y que podrían alquilarse. Entretanto la propaganda se ha convertido en una ciencia que ha desarrollado unas reglas fijas y una técnica propia.

A la larga la opinión no puede reemplazar a la sustancia, no puede hacerlo ni siquiera en aquellos sitios donde están controlados los medios de reproducción. En los sitios donde no hay derrumbamientos la erosión actúa de un modo más lento desde luego, pero más concienzudo.

También estos problemas son de menor cuantía con respecto a la figura del trabajador, pues más importante que la multiplicidad y que la marcha en espiral de la evolución es su unidad; ésta se pone de manifiesto en el hecho de que ningún poder puede renunciar a la aplicación de los medios específicos, y no puede renunciar a ellos tampoco en la formación de la opinión. De esos medios irradian unas cosas más convincentes que las que se logran mediante las proclamas — una potencia todavía indivisa, que rítmicamente se agita en oleadas y brilla de repente. Eso tiene mayor peso que la opinión formulada y que sus querellas, pues la técnica es el lenguaje del trabajador; es el idioma mundial. No son las cosas que en él se negocian y dirimen lo que marca la dirección, sino que la victoria pertenece de antemano a aquel en cuyo idioma se negocia, aunque todavía resulte difícil captar eso, reconocerlo. En ello consiste su poder.

Si se sabe oír —es decir, si se sabe escuchar no tanto las palabras y su contenido cuanto el tono y la música—, hoy es posible percibir muy bien si un hombre, si un pueblo, si un movimiento poseen futuro.

La expresión «poseer futuro» no debería entenderse en el sentido de «sobrevivir», sobre todo no debería entenderse en ese sentido — precisamente el afanarse y preocuparse por la suerte personal y el ansioso andar girando alrededor de la seguridad se cuentan entre los presagios negativos. Al hombre libre se lo reconoce a la tercera frase que dice. Esto rige dentro de las tiranías, también dentro de la tiranía de los lugares comunes.

En los sitios donde se multiplican los signos amenazadores el

optimismo basado en la libertad delata una salud muy íntima y una fuerza que tiene sus raíces profundamente hincadas en la Naturaleza, en el Universo. Tales espíritus dicen sí al mundo y al tiempo. Saben que han nacido en el lugar bueno y en la hora buena y también, lo mismo que Ulrich von Hutten, en la patria buena.

El conservador —en el caso de que todavía haya fuerzas que merezcan ese nombre— se asemeja a alguien que, en un vehículo que va rodando a una velocidad cada vez mayor, quiere crear orden, desea mantener las cosas en su lugar habitual. Justo eso refuerza la violencia de la catástrofe. Los objetos sujetados artificialmente forman un peligro creciente. Esto ocurre especialmente en los sitios donde se pretende conservar en su *ethos* y en sus instituciones el Estado nacional, y ocurre en un sentido amplio con las ideas de 1789 en general. Las cosas anteriores son piezas de museo. En eso se basa la creciente simpatía por los príncipes, aun en aquellos sitios donde todavía gobiernan, en eso se basa la protección social de la Naturaleza y de los monumentos en general.

Están justificados los reparos del espíritu conservador acerca de las perspectivas que van abriéndose sobre el Estado mundial; a él le parece más simpática la estampa de un mundo dividido en tres partes o en más de tres. En ello tiene a su favor tanto la experiencia histórica como también consideraciones muy generales basadas en la relación entre la cantidad y la calidad. El espíritu conservador echa de menos el contrapeso.

A eso ha de replicarse que a ningún tiempo le faltarán sus disturbios y a ningún poder, un contrapoder. Este viene siempre ciertamente de las cosas que no estaban previstas. Y eso mismo se aplica también al orden en su conjunto; es algo que forma parte de los fundamentos físicos que actúan antes, en y después del mundo histórico — o, como decían los antiguos, algo que forma parte del plan de la creación (*Eclesiástico*, 33, 16).

Uno de los errores de los utopistas es que esperan del Estado una felicidad que éste, por su propia naturaleza, no puede brindarles — esperan de él, por ejemplo, la paz eterna o la renuncia a la violencia. Ni siquiera el Estado mundial puede lograr tales cosas.

En el instinto natural del hombre formador de Estados hay, sin embargo, un saber más hondo, y de ahí que sus edificios sean algo más que viviendas, por muy bien acabadas que éstas estén. Ese hombre se desprende de las ciudades, de los Estados, de las culturas, como de un adorno que es insuficiente. La

unidad inquebrantable queda atestiguada, pero no se la encuentra; se la vislumbra acaso mediante una arqueología transcendente.

Comparada con el orden prerrevolucionario, la nivelación operada por el Estado nacional afecta no sólo a la sociedad y a su multiplicidad, afecta también a las artes. Y en ellas se incluyen el arte de la guerra, la arquitectura, los oficios, en general todas las articulaciones orgánicas. De ello forma parte la igualación de los paisajes a costa de su especificidad, su creciente dependencia de las centrales, su división por las vías, canales y carreteras que los atraviesan.

Ese cuadro, en ejecutar el cual estuvo ocupado el siglo XIX entero, no ha surgido de repente — fue precedido por la institución de la monarquía absoluta, la cual tuvo a su disposición administradores excelentes, como Colbert y Fouquet. Esos administradores procuraron la instalación a los revolucionarios, como decía Rivarol. Tanto espiritual como institucionalmente el Estado nacional está preformado. El siglo del Estado nacional preforma a su vez el mundo de trabajo con su vulcanismo y sus Titanes — lo preforma especialmente mediante la ciencia. Tampoco aquí puede haber ninguna meta; lo atestigua suficientemente la provisionalidad. Con frecuencia se edifica ya con vistas al derribo, como cuando se instala un campamento de tiendas.

La sospecha de que habrá todavía grandes destrucciones tiene su fundamento no tanto en la violencia de los medios cuanto en el surtido de ideas e instituciones periclitadas. El peligro no está en la llama, está en la mecha. Tanto los poderes históricos como también los poderes primitivos que están emancipándose atraviesan no sólo zonas de fuego, sino también fases de una elevada combustibilidad. De ahí que uno de los factores capitales de la selección sea la espiritualización, la cual acompaña continuamente al proceso y trata de juzgarlo *in toto*.

Con la aceleración creciente aumentará necesariamente la centralización. Ambas cosas dependen la una de la obra. Al mismo tiempo disminuirá la especificidad, cualquiera que sea el sitio en que aparezca, bien en paisajes, en ciudades, en obras de arte, o bien en pueblos, en sexos, en profesiones, en individuos. Los caracteres formales menguan en favor del poder dinámico. Esto, naturalmente, no significa nada con respecto a lo indiviso; el ser atraviesa cada una de las fases sin debilitarse. También cabe esperar que se conserven siempre puntos de perspectiva desde los cuales resulte posible enjuiciar en su envergadura los acontecimien-

tos históricos. De lo contrario éstos se transformarían enseguida en un puro espectáculo de la Naturaleza.

En medio de un movimiento que no tiene precedentes históricos y a la vista de unos fenómenos que emergen sorprendentemente es preciso andarse con tiento en lo que respecta a las predicciones. Sobre todo debería evitarse el sacar conclusiones definitivas de la investigación histórica comparada.

En el caso de que desempeñen un papel los ciclos que retornan, la duración de su giro es en todo caso significativamente más larga que todos los espacios de tiempo aprehensibles históricamente, aun incluyendo la prehistoria. Hemos de recurrir a la ayuda del mito, luego a la de los saberes geológicos, zoológicos, astronómicos, y además a la de la astrología, que es una ciencia que está desarrollándose precisamente ahora.

La evidencia enseña y cada nuevo día confirma que la aceleración seguirá incrementándose. Una de las características del trabajador es su insaciable hambre de espacio y de tiempo. Podría creerse en una inflexión únicamente si fuese anunciada por imágenes y pensamientos de índole enteramente nueva.

Igualmente es indudable que el movimiento encontrará alguna vez su final. Muchos indicios apuntan a una aceleración terminal. En todo caso está tanto descubriéndose como produciéndose un volumen tal de reservas que puede seguir haciendo frente a un fuerte consumo. Más digno de consideración es el hecho de que el sistema parezca estar aproximándose a su término, a su clausura.

Desde luego lo único que nosotros conocemos es la participación humana en el movimiento y no sabemos hasta qué punto están actuando también otras fuerzas. Pudiera ser que los esfuerzos que hoy nosotros conceptuamos como trabajo se elevasen a otra potencia. Entonces adquirirían un sentido nuevo, el sentido, por ejemplo, de un disparador, de una abertura de puertas, de una iniciación rítmica, o también el sentido de un conjuro cuyo resultado justificaría los enormes dispendios con que se efectúa; la capacidad técnica se convertiría entonces en un instinto superior.

Lo mejor que hay tanto en el estadista como en el estratega es instinto: la medida en que desempeñan su cargo con una humanidad indivisa. Sólo así se enfrentarán al destino en una profundidad hasta la que ningún sistema ni ningún pensamiento conducen. Lo que el entendimiento cree y ordena es caduco, pero «la raíz del entendimiento no se pudre» (*Sabiduría*, 3, 15).

Unicamente en el ser domina algo que es inconmovible; sobre él resbalan los tiempos como por el cauce de un arroyo. El orden sustancial brilla fugazmente a través de las olas y sus reflejos, y el espíritu lo concibe como el orden ideal. El primero, el orden sustancial, se realiza en la existencia de los pueblos de manera vegetativa y soñadora; al segundo, al orden ideal, se acercará en el mejor de los casos la voluntad. No ha habido ninguna concepción que no haya sido modificada por la resistencia de los hombres y de las cosas; con bastante frecuencia ocurre que un programa se convierte en lo contrario de sí.

A la inteligencia de los hombres que actúan se le escapa necesariamente que tanto de la dote del estadista como de la dote de todo hombre activo forma parte una buena porción de ceguera. Esta habrá de aumentar también en tiempos de grandes acciones como los nuestros.

La meta quiere que se llegue a ella, bien desde la derecha o bien desde la izquirda, bien desde arriba o bien desde abajo, bien en solitario o bien en compañía, bien por el camino directo o bien por rodeos — de eso forma parte la opción y la decisión y, con ello, los huecos. Sólo a la mirada retrospectiva se le hace manifiesto que faltó algo, que hubo algo que no se aportó. Pronto se torna cuestionable también la meta misma, pues el tiempo sigue operando en ella, modificándola o también destruyéndola. Las grandes fiestas, las grandes celebraciones de victorias son únicamente un breve, alegre respiro.

Aquí tal vez ni el hombre sabio ni el hombre amigo de las Musas tienen una visión más aguda, pero sí tienen una visión más completa; de ahí su aversión a los negocios políticos o su predisposición a dejárselos a tipos inferiores, con tal de que a ellos no los perturben en sus ocupaciones.

No son raros los escépticos entre los estadistas que van haciéndose viejos, sobre todo cuando ya en vida ven amenazada su obra, como le ocurrió a Diocleciano. Siempre se encuentra en la obra también algo que el estadista había pasado por alto, una influencia que no fue posible prever, un germen de resistencia que ahora crece rápidamente, un sucesor incapaz o malvado.

Toda esas cosas forman parte precisamente de la esencia o del destino de un mundo que está experimentando cambios. No es posible evitarlas; y con lo que menos, con la violencia. De ahí que Séneca tuviera razón cuando le decía a Nerón: «Por muchos que sean los hombres que mates, tu sucesor no estará entre ellos».

El escepticismo que el príncipe que va envejeciendo siente aun cuando perdure su buena fortuna encontró su precedente en el *Eclesiastés*, una obra sorprendente, especialmente en el marco de un libro sagrado.

Ese escepticismo es una de las perspectivas posibles también con respecto a todas las unificaciones. «Pues todo lo que nace es digno de perecer.» El mundo político está repleto, sin embargo, de afanes que aspiran a fusiones cada vez mayores, a despliegues cada vez más fuertes. Los sistemas de ese mundo se asemejan a los ríos que, nacidos de fuentes diversas y alimentados con afluentes cada vez más caudalosos, van adquiriendo poder y capacidad de carga hasta que finalmente la vista apenas es ya capaz de distinguir sus orillas. Ciertamente también ellos desembocan al fin en el mar, igual que todas las formaciones regresan a lo indiviso. A veces eso va precedido de una división, de la formación de un delta en el fondo inundado. El imperio romano ofrece un modelo de todas esas cosas.

No ha de concebirse el Estado mundial como un mero agrandamiento surgido por fusión, sino como una formación orgánica en cuyo despliegue embrional participamos nosotros. En comparación con eso es secundaria la ventaja práctica, como lo es toda explotación de algo.

En la medida en que se refieren al Estado mundial son injustificados los temores acerca de una superficialización ulterior. La mengua del *nomos* que estamos observando por doquier en el planeta no corresponde tampoco puramente a la cuenta de las pérdidas. El nuevo capítulo reclama una hoja en blanco.

En todo caso el Estado mundial no trae una ampliación o una agudización de los principios que rigen el Estado nacional. Cabe prever lo contrario. El área abarcada por el Estado mundial no es un territorio nacional, por muy grande que sea, sino que es la Tierra misma. Su soberano no es este o aquel pueblo, sino que es el ser humano como tal, en una unidad que ha ido perdiéndose a partir de la aparición más temprana de la *species*. Por vez primera desde los tiempos del cazador errante caen las fronteras o pierden el significado de marcas vigiladas. Con ello adquiere la Tierra una piel nueva.

El Estado es patria (tierra paterna), la tierra natal es «matria» (tierra materna). Si la Tierra se convierte en una unidad, entonces habrán de pasar también a segundo plano los principios paterna-

rios y, con ellos, sus símbolos: la frontera, la corona, la espada, la guerra.

El hecho de que esté desvaneciéndose el *ethos* del Estado nacional, de que sus medios pierdan agudeza y fuerza de convicción, es algo que no se explica únicamente por el agotamiento. En todos los sitios donde, en el siglo XX, se han hecho guerras con esas ideas, tales guerras estaban perdidas de antemano, tanto si acababan en victoria como si terminaban en derrota o finalizaban en empate. El significado genuino de tales confrontaciones es el de unas gigantescas prestaciones de trabajo. De ahí que tenga más peso el carácter elemental que el histórico.

Mientras van quedándose exhaustos los poderes históricos, y eso aun en los sitios donde formaron imperios, está creciendo a escala mundial la potencia dinámica — creciendo no sólo de una manera burdamente plutoniana, sino también mediante un refinamiento inaudito de las materias primas y un ensamblaje del aparato técnico.

En el inmenso escenario son todavía más visibles las pérdidas que las ganancias. Junto al muro del tiempo se desvanecen el derecho y la frontera; el dolor y la esperanza pasan a ocupar su lugar: también el mundo del trabajador será tierra natal del ser humano.

De la correspondencia sobre *El trabajador*

Maurice Schneuwly *Ginebra, 7 de julio de 1978*

«... la obra de usted viene haciéndome compañía; estamos teniendo entre nosotros una conversación como la que se daría entre un padre iniciado y su hijo mayor. Sin embargo, yo nunca he buscado un maestro. El verdadero maestro es el blanco al que dispara el tirador sin apuntar — no es el tirador el que busca el centro, es el centro el que viene hacia él...

Hablemos de *El trabajador*. Usted sabe que la polémica sobre él es de naturaleza puramente política. A pesar de las justificaciones sustanciales y etimológicas de la figura que usted ofrece, el libro estará siempre expuesto a un juicio superficial y subjetivo...

Al principio yo juzgué al trabajador en el aspecto moral; usted lo considera evidentemente como un organismo nuevo, cosa que ya dice el título del libro. Se le hace a éste la acusación de ser la Biblia del totalitarismo y de la violencia. De hecho la nueva sociedad está fundada en la violencia y para ello no ha necesitado de su libro. Usted ofrece a esa sociedad una verdad que es insoportable; el retrato es demasiado auténtico. El hombre prehistórico que hay en nosotros se opone al Titán que habita en su interior y que quiere empujarlo a un mundo en el cual acaso cristalice el orden definitivo...

En su obra *El Estado mundial* dice usted que la figura del trabajador vencerá también a la más antigua de las grandes antítesis: la que existe entre el Este y el Oeste. Yo me inclino a sospechar, más allá de eso, que el ser humano en cuanto Titán se apoderará de todas las utopías históricas y las fundirá en una utopía única. Vuelven a unificarse el más acá y el más allá y su síntesis abre de pronto mediante la técnica una perspectiva nueva. Cansado de mirar hacia dentro, el ser humano se pone a soñar — él mismo se convierte en un sueño...

Las fronteras han dejado de tener significado para el trabajador; éste las cruza como una pared ilusoria...

En cuanto a los pensamientos, el trabajo de usted se parece al de un biólogo que estuviera manipulando los genes...»

Wilflingen, 24 de septiembre de 1978

A Henri Plard. «Siguiendo mi costumbre me llevé a San Pietro un paquete de cartas para contestarlas al menos con tarjetas postales. Me aflige no poder responder cumplidamente, como lo merecen, ni siquiera las misivas valiosas.

A propósito de esto me viene ahora a las mientes que jóvenes franceses (y también belgas) inteligentes me piden cada vez con más impaciencia noticias sobre la traducción de *El trabajador*. Preveo que eso traerá consigo considerables perturbaciones del sosiego de que disfruto aquí en Wilflingen.

Como usted sabe, desde hace decenios vengo intentando evitar esa traducción. Ya antes de la segunda guerra mundial publicó Marcel Decombis un folleto sobre mi libro. Puesto que también en Francia va a aparecer ahora mi Obra Completa, sin duda no cabrá ya detener la traducción.

En Alemania el libro ha disfrutado de una agradable bonanza. Apareció en 1932, poco antes del Tercer Reich, pero ni los nacionalsocialistas ni sus adversarios supieron qué hacer con él. Al final de *El trabajador* se dice que su figura no tiene fronteras nacionales ni fronteras sociales, sino que posee un carácter planetario. «La técnica es el uniforme del trabajador.» Tanto la derecha como la izquierda tomaron esto a mal. En el *Völkischer Beobachter* apareció una reseña en la cual se decía que yo tenía ahora el atrevimiento de adentrarme «en la zona donde se reciben tiros en la cabeza».

La traducción simplificará los pensamientos fundamentales. Por un lado esto refuerza su lógica, mas por otro les da un *élan* agresivo que se transparenta ya en las mencionadas misivas.

Dicho crudamente, con esto se me echará encima una politización del libro. El texto no he vuelto a revisarlo nunca. Es una lástima que en él se colasen críticas a las circunstancias de aquel tiempo, especialmente en lo que se refiere al «burgués». Tales críticas tienen poco que ver con el asunto. Hoy, en un momento en que estoy ocupado en otros problemas y preveo la caída de los Titanes, me faltan ganas de hacer una revisión del texto y ni siquiera de tachar algunas cosas.

En aquel tiempo no podía prever yo que con la concepción de la obra me aventuraba en una empresa muy arriesgada. He de

rechazar la interpretación antimarxista. Marx cabe dentro del sistema de *El trabajador,* pero no lo llena. Algo parecido puede decirse de la relación de mi libro con Hegel.

Presumo que Hegel estaría más de acuerdo con la «figura» del trabajador que con la reducción de éste a la economía, la cual es tan sólo uno de sus sectores. La «figura», la *Gestalt* (esa palabra alemana es en sí de difícil traducción), es la representante del Espíritu del Mundo, del *Weltgeist,* para una época determinada; lo representa de manera dominante, entre otras cosas también en lo que respecta a la economía. El problema fundamental es el poder; él determina los detalles. Esto es algo que ya hoy va quedando confirmado; en todos los sitios donde gobiernan partidos de trabajadores, desde China y Rusia hasta la Alemania del Este, los problemas del poder tienen preeminencia sobre los de la economía. Cuando a esos Estados se les reprocha que se desvían de Marx —y ese reproche se lo hacen también algunos comunistas de Occidente—, la objeción está justificada, pero resulta anticuada.

La Materia, no la Idea, es lo que está detrás de la representación del Espíritu del Mundo. No es la teoría lo que determina la realidad, como recalca Hegel de manera frecuente y decidida, sino que la realidad alumbra las ideas y las cambia por sí misma. Aun los inventos técnicos obedecen a la coacción de la realidad. A fin de cuentas ésta no es ni un producto de la imaginación ni algo casual.

Con lo dicho está en correspondencia una concepción de la materia que llega en el tiempo hasta una época anterior a Platón — no es una concepción materialista, sino una concepción material. De esto trato con detenimiento en mi libro *Junto al muro del tiempo.* La figura tiene más afinidad con la mónada de Leibniz que con la idea de Platón, y más con la protoplanta de Goethe que con la síntesis de Hegel.

El trabajador es un Titán y, con ello, un hijo de la Tierra; obedece al sentido de la Tierra, como dice Nietzsche, y lo obedece aun en aquellos sitios donde parece destruirla. El vulcanismo aumentará. La Tierra producirá no sólo especies nuevas, sino también géneros nuevos. El superhombre es todavía una especie.

Este trabajo queda a mis espaldas, pero a veces conecto con él desde la perspectiva de la provocación; así lo hago, por ejemplo, al final de mi novela *Eumeswil.* Por el momento no ha llegado aún a su final la caída de los dioses, es decir: el ataque material al mundo paternario, con sus príncipes, sacerdotes y héroes. No dejará de producirse la réplica. Hesiodo y las *Eddas* están cobrando actualidad.»

Wilflingen, 28 de octubre de 1979

A Walter Patt. «...Y con esto paso a hablar de *El trabajador*. Con este ensayo, que hoy yo abordaría de manera diferente, intenté recobrar las esencias que Marx había destilado de Hegel y ver, en lugar de un personaje económico, una figura, más o menos en el sentido de la protoplanta. En Francia han comprendido eso mejor, aunque sólo en parte — con lo cual está cerniéndose la amenazadora perspectiva de que se haga de un personaje un objeto de discusión. Ahora bien, para la tranquilidad del propio ánimo es mejor pinchar el globo con un alfiler que tirar de la cuerda de desgarre.

Por cierto que en Rusia y en la zona oriental se han acercado más a la figura del trabajador que aquí en la Alemania del Oeste. Eso se expresa en la preeminencia del poder sobre la economía. Marx es *le bon vieux père*, el Gran Jefe, al que la gente de allí imita en la parte delantera de su cabeza de Jano. A eso se debe el que a menudo esa gente produzca la impresión de estar un poco chocha, pero eso forma parte del negocio.

También quisiera yo evitar que se me presentase como antimarxista — ciertamente yo no quepo en el sistema de Marx, pero Marx sí cabe sin duda en el mío...»

Wilflingen, 6 de febrero de 1980

De una carta de Walter Patt. «Escribe usted que *El trabajador* queda a sus espaldas. Eso es cierto para usted en lo personal y biográfico. Consideradas las cosas en la perspectiva de la historia de la metafísica, sin duda la edad mundial del trabajador se halla todavía en buena parte delante de nosotros; el ser humano se ha convertido en un «animal que trabaja» (Heidegger, *Vorträge und Aufsätze* [Conferencias y artículos], cuarta edición, pág. 68).

Entretanto vuelve a hacerse historia. Con respecto a eso conviene tener también en cuenta que el marxismo de cuño soviético representa hoy la única fuerza que posee significación histórico-metafísica... la Unión Soviética es la revolución congelada, la cual se pondrá en movimiento una y otra vez... Si el mundo oriental tiene como ideología el materialismo y como modo de vida, un idealismo heroico, aquí en el Oeste lo que domina como manera de vivir es el materialismo y un empecatamiento completo.»

El recelo con respecto a la actualidad política lo sentí en 1930 y ahora noto con espanto que han trascurrido cincuenta años desde entonces. También en París andan ahora tras las pistas de *El trabajador;* me lo confirman algunas conversaciones que he tenido con Palmier, con Towarnicki, con Hervier. Sobre esto digo lo siguiente en mi respuesta a la extensa carta de Henri Plard del 14 de enero:

«...también estoy preocupado por la insistencia de Bourgois en que aparezca pronto la edición francesa de *El trabajador.* Usted sabe que durante mucho tiempo he tratado de impedirla. Es un asunto que he archivado. Ahora se ocupan de él en diferentes sitios. Yo no puedo contradecir la opinión de que hoy es el Este el lugar donde la figura del trabajador está representada de manera más pura; por otro lado, la preeminencia del poder sobre la economía es sólo una parte o una consecuencia de la aparición de la figura mítica. Esta figura está quieta; la economía y aun la técnica son únicamente el pliegue que da movilidad al ropaje. El pensamiento fundamental es sencillo; si hoy hubiera de revisar mi ensayo, ese pensamiento destacaría con mayor claridad aún, mas para ello me faltan ganas y tiempo...

Querido amigo, no sólo a sus espaldas, también por delante tiene usted un gran trabajo. Una vez que se ha ido de nuestro lado nuestro querido Jean Pierre des Coudres, es usted, junto a Taurita, mi sostén y mi consuelo en medio de la marea, que aún continúa subiendo...

Ahora quiere usted cargar también, además, con el realismo mágico y partir en esa tarea de la *Carta siciliana.* En eso he de darle la razón: no sólo es un texto mágico-realista, sino la clave de esa óptica en general. Para mí personalmente la *Carta siciliana* representa el paso del expresionismo *(La lucha como vivencia interior)* al surrealismo. Ese mismo cambio se repite en el paso de la primera a la segunda versión de *El corazón aventurero.*

Ya ve que usted me provoca consideraciones acerca de mí mismo que propiamente deberían evitarse. ¿Qué valen tales consideraciones en un tiempo en que el mundo está comenzando a tambalearse? Pero, como decía Lutero, uno planta todavía su árbol.»

Wilflingen, 24 de marzo de 1980

«Estimado señor Waldner... Por lo que se refiere a *El trabajador,* no sólo yo y mis amigos hemos reflexionado sobre el proble-

ma que usted toca, sino que también lo han hecho otros. Están a punto de salir algunas publicaciones que se ocupan del seminario que Martin Heidegger dio sobre el libro. No sé adónde conducirá eso.

En la concepción lo único importante es el instante de la visión de la «figura» como una magnitud mítica que está haciendo su entrada en la historia, por el momento en forma de Titán, y que tal vez la destruya. Es natural que los años veinte influyeran en el modo de desarrollar el asunto. Ahora bien, por consideraciones históricas no puedo introducir ningún cambio en el texto, el cual es más extenso en el manuscrito.

Por otro lado aquellos años están presentándose a una luz nueva. También trabajos posteriores han aportado exégesis y complementos. Además han aparecido sobre el libro escritos breves (Decombis) y extensos (Brock). Llegaron, en fin, cartas, entre las cuales cuento también las suyas.

Finalmente, no quiero excluir que vuelva a ocuparme del asunto en un escrito que tendría tal vez una treintena de páginas. En todo caso los sucesos ocurridos desde la aparición del libro en 1932 son una confirmación de la concepción.»

Wilflingen, 4 de agosto de 1980

A Walter Patt. «... Menciona usted *La movilización total* y la "figura del trabajador". En esas concepciones desempeñan aún cierto papel muchos simples atisbos, pero me llevaría demasiado tiempo precisarlos y desarrollarlos con más detalle. Un ejemplo: si es que yo hubiera tenido entonces la figura del trabajador por una idea, eso habría que corregirlo, en el caso de que no se lograse adensar de tal manera las sombras de la caverna platónica que se tornasen sustanciales. Otro ejemplo: si es que yo hubiera considerado que la figura del trabajador era el superhombre, también eso habría que corregirlo, por cuanto también el superhombre ha quedado entretanto superado y se ha convertido en algo paleontológico. Con lo que sí cabría conectar es con la sospecha de que en la figura retornan cosas titánicas: eso estaría en correspondencia con el interregno y justificaría, pero sólo en parte, las expectativas pesimistas de usted.»

Wilflingen, 10 de octubre de 1980

«Estimado señor Waldner: A punto de autorizar la inclusión del texto de *El trabajador* en la segunda edición de mis Obras Completas, he vuelto a revisar otra vez las cartas que se ocupan del asunto — entre ellas, también la suya del 12 de julio.

Opina usted que el sitio donde más claramente se ha hecho visible hasta ahora la representación de la figura es en algunas variedades del socialismo. No discutiré ese asunto, con tal de que perseveremos en que no cabe concebir la figura ni como una clase ni como una magnitud económica o nacional. Es cierto que la figura puede operar dialécticamente de muchas maneras, pero lo único visible son los fenómenos. Estos poseen su jerarquía propia, de todos modos.

Aun la clase en sentido marxista se disolverá como tal después de la fase dictatorial de transición. Eso no parece ser sencillo y la política actual en los países socialistas lo confirma. También habría que considerar si nuestras formas de vida no son modeladas más intensamente por la técnica que por el socialismo. La sociedad intenta adaptarse a los medios — primero a la fuerza de vapor, luego a la electricidad, y ahora a la técnica nuclear. Con respecto a la figura del trabajador, sin embargo, lo primario no son ni las estructuras técnicas ni las sociales; sus modificaciones se asemejan más bien a las consecuencias de una erupción.

Cita usted *La condición anticuada del ser humano,* una obra que desconozco. Me parece importante esa expresión por cuanto alude a una situación que no puede ser ya zanjada con medios históricos — es decir, ni con la guerra ni con la paz, ni con acuerdos ni con dictaduras, y tampoco con un sistema filosófico.

Según Heidegger la metafísica ha llegado a su final. Empero las cosas que ella mentaba o a las que apuntaba no se desvanecen; un indicio de eso es la acrecentada significación de la física, la cual, por su parte, está comenzando a volverse irracional.

El ser humano podría haberse arriesgado a dar un salto en falso, como hizo el volatinero de Nietzsche. Pero sería un error ver en el trabajador el superhombre o una idea platónica — habría que verlo más bien como figura en el sentido de la protoplanta de Goethe. Tampoco la protoplanta es un tipo, sino una fuerza formadora de tipos.

Visto desde la figura, la cual está quieta,/el mundo es concebido como movimiento, desde los átomos hasta las galaxias./En lo que se refiere a la medida y el número vemos con una nitidez enorme los detalles, mientras parecen escapársenos cada vez más

el sentido y la meta del todo. Mas son justo la precisión y el engranaje de los detalles lo que permite sospechar que "detrás" hay algo, pero no "trasmundos", sino "el interior de la Naturaleza".

La figura se encuentra en sus inicios titánicos. Quien se ocupa de ella ha de arriesgarse a ir más allá de todos los sistemas históricos. Para ello no es ya suficiente la transvaloración de los valores. La vieja moral es incapaz de sobreponerse a los hechos, pero con razón retrocedemos asustados ante una nueva moral que correspondiese a los hechos. Esto lleva a una ambigüedad fatal — por ejemplo, en lo que respecta a la guerra y la paz, a la fuerza atómica, a la limitación de los nacimientos, a la buena conciencia en general.

Lo que con estos apuntes quiero indicar es que aún sigue habiendo muchos simples atisbos en eso que llamé "figura". Resulta difícil fijarla, por tanto; no es fácil hacerlo ni históricamente ni, menos aún, políticamente — en los sitios donde cabe conectar con esas cosas, seguro que no me emancipé bastante de las nociones tradicionales. La evolución habida desde 1932 transcurre de acuerdo con el programa, aunque no de manera agradable.

Según dejé ya escrito, el asunto queda a mis espaldas. Tal vez hoy me comportaría con menos apasionamiento, pues en las cuestiones de poder no es lo mismo el disfrute que la lógica, ni es lo mismo tampoco aquello que a nosotros personalmente nos parece justo y razonable que aquello que nos parece agradable. Así ocurre, por poner un ejemplo, con los disturbios que están ocurriendo ahora en Polonia. La simpatía interna que siente el espíritu liberal se ve contradicha por la inteligencia de que, dentro de la evolución, las cosas que allí están sucediendo son un retroceso.»